

FRANCES STONE

Casi
como
hermanos

BILOGÍA LGBT
Nº1 "A PARTIR DE AHORA"

Casi como hermanos

“A partir de ahora”

Frances Stone

@fstonewriter
#CCHermanos
stonewriter.wordpress.com

2º edición Noviembre 2018
© 2018, Frances Stone

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Quiero dedicarle este libro a
nadie más que a mí mismx,
porque lo he hecho muy bien*

*También quiero darle las gracias
al resto del mundo por dejarme en paz
y facilitarme el seguir siendo perfectx*

Índice



[Prólogo](#)

[1 Mr Simpatía](#)

[2 No se lo digas a mamá](#)

[3 Secretos y mazmorras](#)

[4 Cosas de hermanos](#)

[5 In Spanish, please](#)

[6 Los dos príncipes](#)

[7 ¿Pero quién deja siempre medio limón?](#)

[8 Ups, fallo mío](#)

[9 Al pescado dormilón se lo traga el tiburón](#)

[10 “Love My Way”](#)

[11 Fasto y furioso](#)

[12 Medio lleno si es gratis](#)

[13 Lanzar la moneda](#)

[14 Medio vacío si cuesta algo](#)

[15 Acción, ergo reacción](#)

[16 Gira y gira pero nunca toria](#)

[17 Estoy, que es lo importante](#)

[18 Una historia congelada](#)

[19 Trae buena suerte](#)

[20 El truco es apuntar a los diamantes](#)

[21 Gotta go fast](#)

[22 Nuestras pesadillas](#)

[23 Die petunien sind heute morgen sehr schön](#)

24 El lobo y la liebre

25 Maldita mariposa de los huevos

Prólogo

—¡Ya vienen, ya vienen! —grita, asomado al ventanón del salón con las rodillas sobre el sofá.

—¡Vienen, vienen! —repite la pequeña niña rubia, encaramada al respaldo con las manos pegadas al cristal.

Cuando el Volvo gris apaga el motor, se levantan de un salto y van volando hasta el recibidor. Suben un par de peldaños de la escalera y se quedan muy quietos, esperando.

El mayor, con el pelo castaño revuelto y los ojos verdes tan brillantes como la sonrisa que le cubre medio rostro, se peina el flequillo, se acomoda el cuello de la camisa y coloca las manos tras la espalda. Luego junta los pies y tensa el porte, tal y como le han enseñado en la escuela, cuyo escudo está grabado en el pectoral izquierdo del uniforme que todavía no se ha quitado.

—Hermanito —le llama la pequeña.

—Annie, pórtate bien, ¡que ya están aquí! —dice, pero ella le agarra el pantalón y le zarandea la tela muy angustiada.

Se agacha un poco para atenderla, y sus cejas se curvan cuando la ve a punto de derramar una lágrima.

—¿Qué pasa?

—El Señor Pingüino no está —advierte la niña.

Anthony se ahorra un suspiro, porque no tiene tiempo.

Baja los escalones y se pone a buscar al dichoso “Señor Pingüino” a toda prisa.

Lo revuelve todo. Sacude las mantas, aparta los cojines lanzándolos fuera, despega el velcro del sofá... Annie siempre hace igual, le da por un peluche y ya lo lleva a todas partes. Luego se lo olvida, se pone a llorar, y tiene que ser él quien lo busque. Ahora peor, claro, porque al bicho este le ha puesto hasta una pajarita para la ocasión.

Sus dedos se topan con una mullida bola de algodón, y cuando tira de

ella un peluche emerge de entre los pliegues del sofá. Justo a tiempo para oír las llaves tintineando en la cerradura.

Vuelve corriendo, y la punta de su zapato se choca con un peligroso pliegue de la alfombra que no ha visto. Se cae hacia atrás, soltando un pequeño grito que se ahoga cuando da a parar contra el suelo.

La niña se lleva una mano a la boca y su expresión exagera una sorpresa. Luego se ríe.

—Anthony, ¿qué haces ahí? —le regaña su madre en la puerta.

Consigue levantar los párpados, muy despacio; pero los rayos del Sol le hacen tener que entrecerrarlos de todas formas. No consigue abrirlos del todo hasta que una sombra le tapa el rostro.

Con el pingüino de peluche extendido al aire como si hubiese temido que llegara a romperse, sus pupilas se contraen hasta el mínimo y sus ojos se abren a punto de desbordarse.

—Niños, este es Marc —les presenta—. Saludad a vuestro nuevo hermanito.

—¡Bienvenido, hermanito! —exclama la pequeña, lanzándose a una de sus piernas.

Anthony se levanta con dificultad, pero el dolor punzante no le permite enderezarse por completo. Con una mano sobándose la espalda, tiene que elevar la barbilla para alcanzar a ver el rostro del chico que acaba de entrar por la puerta, que está intentando librarse de Annie con cuidado y una mueca incómoda.

Su pelo azabache absorbe la luz por completo, su flequillo cae desordenado a ambos lados de su frente. Sus ojos portan un azul transparente que Anthony no recuerda haber visto jamás en los ojos de otra persona que haya conocido, y no parece que la vergüenza o los nervios de un primer día en la familia sean la causa de su expresión afilada. Más bien es puro desinterés lo que proyectan sus facciones.

Con más de una cabeza de diferencia en altura, el nombrado Marc, le mira con desgana.

—Hola —se pronuncia. Su voz suena ronca, y su mirada estridente se centra en él. Le dedica un fugaz vistazo antes de apartarle la cara.

Anthony se ha quedado en blanco.

Hoy Ellen, su madre, traía a casa un nuevo hermanito. Eso lo sabían desde hace mucho tiempo, porque se ha tirado meses de extenso papeleo para conseguir la adopción.

La casa quedó un tanto vacía cuando su marido falleció hace ya unos años, y había caído en la cuenta de que si ella se hubiese desvanecido también, su hijo se habría quedado solo. La conclusión fue que, con su buena situación económica, tenía que hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudar a los niños de algunos padres que no tuvieron tanta suerte.

Aunque a primera impresión le ha descolocado un poco, Anthony se aclara la garganta y estira la mano buscando estrecharla.

—¡Bienvenido! —exclama cargado de energía—. ¡Yo soy Anthony!

Marc observa la mano unos segundos, desinteresado. Sus ojos prefieren centrarse en observar la casa, y a Anthony su indiferencia le cae como un ladrillo que le hace perder la postura.

El techo de la entrada es muy alto, hay una sobria escalera que ocupa gran parte de la pared y toda la estancia está decorada con plantas de plástico. Una cocina americana se ve a la derecha, el salón queda a la izquierda.

La casa en su totalidad hace recordar las revistas de decoración.

—Anthony, cielo, enséñale a Marc su nueva habitación. —La mujer esgrime una radiante sonrisa—. Yo voy a preparar la merienda. Bajad en cinco minutos.

Coge la mano de la niña y se la lleva consigo a la cocina, y la entrada queda sumida en un incómodo silencio.

Anthony siente un viento congelado treparle la espalda. Ahora debería estar jugando con un adorable niño de, no sabe, tres o cuatro años de edad, pero en lugar de eso... Es decir, no es como si fuese a juzgar a alguien por su aspecto, pero, bueno...

—¿Y bien? —habla el nuevo, viendo cómo se ha quedado en el limbo del pensamiento.

—Ah... ¡Sí! —se disculpa con una mueca—. Los dormitorios están arriba. Te ayudo con las maletas.

Sale fuera y busca a ambos lados de la puerta, pero no hay equipaje alguno que cargar. El sigiloso chico empieza a subir las escaleras sin esperarle, y cuando se ha dado cuenta, ya está en el piso de arriba.

Contrasta de manera exagerada con la pulcritud de la estancia. Viste una camiseta negra, unos vaqueros con el dobladillo desgastado y una mochila que se supone debió ser verde en algún momento, pero que ahora es más bien de un tono marrón oscuro y está descosida por varias partes.

Anthony sube con rapidez. Le adelanta unos metros y señala una puerta, estático y con una sonrisa, como un presentador de concurso enseñando el coche que nadie se lleva nunca; antes de abrirla.

La ventana es grande, la pared azul. Todos los muebles parecen recién salidos de la tienda.

—Antes era el despacho de mamá —le informa entrando detrás de él—, pero ahora es tu cuarto.

Marc deja la cochambrosa mochila sobre el escritorio. Echa un perezoso vistazo, y se sienta en la cama.

—Mi habitación está a la derecha, y en frente está la de Annie —le explica como un azafato de vuelo—. La del fondo es la de mamá. Baños hay tres: uno en el cuarto de mamá, y dos aquí. Annie y yo compartiremos el mismo, así que este de enfrente lo tendrás para ti solo... Y... ¿Qué más...? —Repasa la madera del escritorio con la mano—. ¡Ah! En el jardín tenemos una piscina de esas de plástico. No es muy grande, pero en verano la llenamos y dejamos que vengan nuestros amigos. Si quieres puedes invitar a alguien del orfanato —propone.

En cuanto deja hablar se hace un silencio absoluto. Marc no dice nada, él no sabe qué decir...

Se mordisquea el labio con nerviosismo, y se pasea por el cuarto buscando algo más que pueda comentar para volver la situación un poco menos rara. Aunque parece que al azabache le da igual. Es más, tiene pinta de que ha estado pasando olímpicamente de él todo el tiempo, porque está mirando el techo, pero ahí arriba no hay nada de nada.

—¿Cuántos... Cuántos años tienes? —pregunta con algo de reparo. Marc no le está mirando cuando le contesta.

—Diecisiete —dice.

—Yo... Yo tengo dieciocho... —murmura, bajando la cabeza y la voz con lentitud, porque con su altura poco importa la diferencia de edad.

Además, él los acaba de cumplir en enero, serán solo meses de diferencia... ¡Se suponía que iba a ser el “enrollado” hermano mayor de Annie y del niño nuevo...!

Anthony deja escapar un tenue suspiro. Al menos sigue siendo el más grande de los tres... Cuando vuelve a erguirse, está sonriendo con amplitud.

—¡Bueno, Marc! —Habla con tanta efusividad que consigue llamar su atención—. Debe ser raro llegar de pronto a una casa nueva, pero yo voy a estar aquí al lado. Puedes pedirme ayuda en lo que necesites. O incluso si solo quieres hablar. —Con su expresión relajada y sus grandes ojos verdes, Anthony estira los brazos señalando a su alrededor, y exclama—: ¡A partir de ahora somos hermanos de sangre!

Y por primera vez desde que ha entrado, los ojos rasgados del azabache se expanden con sutileza. Visualizando al alegre chico que le devuelve la mirada con una enorme sonrisa que no parece fingida.

Mr Simpatía

Los pájaros saludan desde el cielo, los vehículos recorren el asfalto, y los chicos caminan mochila en mano una soleada mañana de un jueves cualquiera. Las conversaciones amenas antes de entrar a clase y las risas se oyen de fondo, los pies se arrastran sobre la arena porque es exasperantemente temprano.

—¡Esta es la escuela! —exclama desde la entrada.

Oleadas de estudiantes pasan junto a ellos entre risas y quejas, caminando hasta en el edificio que se ve al fondo.

—Ese es el pabellón de los pequeños. —Le señala con el dedo—, y eso otro es el polideportivo. Vamos a dejar a Annie y te acompaño a la secretaría para ver cuál es tu clase. Puede que estemos en la misma —cuestiona, desviándose a Primaria con la niña, que va canturreando la canción de unos dibujos animados.

Marc también camina, pero hacia el edificio principal. Anthony se da cuenta un rato después de haber seguido hablando solo.

—¡Marc, espera y te acompaño! —le llama desde lejos, pero el chico no se gira.

Anthony se queda un poco desconcertado. ¿No le ha oído? Le ha llamado bastante alto. Con las cejas curvadas, le ve irse.

Si Marc hubiese llegado a casa un fin de semana quizás habrían tenido tiempo para crear lazos, pero ayer lo único que hicieron en familia fue merendar y cenar. Marc prefirió recluírse en su nueva habitación el resto del día.

Su madre dice que «deben dejarle tiempo para que se acostumbre», pero es que no ha intercambiado con él más que un par de palabras. Debería pensar algo que hacer este fin de semana. ¿Qué puede gustarle a Marc? Tiene que preguntárselo.

Todos los chicos llevan el mismo uniforme: pantalón negro, camisa blanca y zapatos marrones. Más soso imposible. Y todavía el azabache resalta entre la multitud, por su altura, y por su pelo...

Podría haberse peinado.

—¡Marc! —se le aproxima sonriente. A su lado hay un par de chicos a los que saluda con la mano—. ¿En qué clase te ha tocado?

—¿Este es tu hermanastro? —le interrumpe uno con guasa. La cuestión no es para él, sino para el azabache. Él es simplemente ignorado—. Uno no elige a la familia, ¿eh? —se jacta, y se echa a reír, él y el otro chico.

Anthony los ve marchar de reojo y con las cejas fruncidas, pero no responde al comentario. Son de la clase de al lado.

Marc, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mira por encima de su recién adquirido hermano a los chicos que se marchan riendo. Sus ojos están entrecerrados en una expresión poco amigable, pero siempre los tiene así.

Anthony empieza a suponer que esa es su cara neutra.

—Segundo B —responde sin desviar la vista.

—¿B? Vaya..., yo estoy en el A —expresa con algo de tristeza—. Supongo que como el curso ya lleva unos meses te han inscrito donde quedaba sitio —dubita, encogiendo un hombro—. O quizás como no tenemos todavía el mismo apellido te han ordenado por el tuyo. En realidad..., no sé tus apellidos...

Espera que le responda, pero como ya se estaba esperando, Marc ignora la mal disimulada pregunta.

Se despide de Marc cuando suena el timbre, y clava el codo en el pupitre para sujetarse la mejilla. No aparta la vista de la pizarra mientras el profesor explica, pero tiene la mente en otra parte.

Tener un hermano con el que no compartes padres ni... Bueno, ni sangre; es un poco complicado. Pero con Annie todo había sido fácil desde el principio, desde que llegase a casa hace dos veranos. Se encariñó con él y con mamá desde el primer día, y ahora es su hermana. Sin “adoptada”, ni “política”, ni ninguno de esos adjetivos tan fríos.

Con Marc parece que va a ser un poco más complicado.

Es normal, supone; porque no es lo mismo llegar a una familia nueva con cuatro años de edad que ser un adolescente de casi dos malditos metros que parece haberse escapado de una película de mafiosos.

Gruñe un poco sin darse cuenta.

Él no ha tenido que pasar por un orfanato, así no hay forma de que entienda qué clase de pensamientos o vivencias llevan a una persona a ser así de fría y callada. Su vida siempre ha estado llena de viajes familiares al extranjero y montones de regalos bajo el árbol de Navidad... Pero Marc solo tiene que saber que, desde ayer, él también forma parte de esto. ¡Ahora él también es uno más!

Pasadas tres horas de clase y dos intercambios que se ha pasado asomado al pasillo buscándolo sin suerte, llega el receso.

Mientras los de Secundaria tienen su recreo en el patio principal, ellos suben a la azotea vallada, que en las épocas cercanas al verano se llena de corrillos en el suelo, pero que ahora, todavía en invierno, se vuelve una estepa de hielo.

—Anthz —le llaman desde atrás mientras se levanta del pupitre; una voz algo grave—. Has estado ido toda la clase. ¿Te pasa algo?

—No... —Su tono no inspira mucha veracidad. Él mismo se corrige enseguida—: Sí. Hoy ha entrado mi nuevo hermano.

—Ah. ¡No te preocupes, Anthz! Le irá bien —le anima, pero él todavía no ha visto a Marc. Anthony supone que se está imaginando a un niño de la edad de Annie.

Él es Kyle, su amigo de siempre. Le sobrepasa largos centímetros en altura y aparenta ser mucho mayor aunque comparten la misma edad, y el mismo mes. Le está sonriendo desde arriba. Con su impecable sonrisa que destaca sobre su piel exóticamente bronceada, tanto por genética como por los numerosos deportes que practica.

Sus ojos son marrones como su pelo, y su flequillo colocado a conciencia cada mañana se eleva a un lado. Siempre lleva la camisa con los dos primeros botones desabrochados, aunque los profesores le regañen cada vez que se le cruzan por los pasillos.

—No lo entiendes. Va a cumplir dieciocho, y es... —Trata de hallarle

un adjetivo, pero todo lo que se le ocurre suena demasiado dramático—. Muy callado —decide suavizar.

—Te preocupas demasiado, como siempre —le reprende. Aunque le ha sorprendido que tenga casi su edad.

Su brazo se le desliza sobre los hombros con confianza, su mano se alza despreocupada dejando a la vista unos dedos grandes llenos de callos de tocar la guitarra.

—Los chicos están diciendo de ir luego al café que han abierto hace poco en el centro —dice Kyle—. Han puesto un billar.

—¿Un billar? —Sus ojos centellean con ilusión—. ¡Sí, claro que iré...! —Se corta de pronto, recordando algo. Acaba meneando la cabeza—. No puedo. Tengo que pasar tiempo con Marc. Tiempo en familia, con Annie, y con mamá... —Se encoge de hombros, dando por obvia la explicación.

—Pues tráelo también. Así se integra.

Anthony niega con desidia. Se muere de ganas, pero no cree que sea apropiado. Marc ni siquiera habla con él, que es su hermano. Forzarlo a estar con otras personas no parece una buena idea.

—La próxima vez —promete, y se disculpa.

—Bueno.

Suben las escaleras hasta la azotea con el menor mirando hacia atrás todo el tiempo. Porque, ¿no debería estar con Marc? ¿Apoyarle el primer día de clase, y todo eso?

Kyle abre la puerta de la azotea, y el Sol les obliga a entrecerrar los ojos hasta acostumbrarse.

—¿Dónde estabais? —pregunta Noemí. Mirada alegre, pelo oscuro, ojos claros. Está sentada con las piernas cruzadas, apoyada contra la valla como los demás—. Os vais a perder la nueva atracción.

—Mirad —señala Oliver. Pelo castaño, estatura reducida. Su fino dedo apunta hacia la masa de personas que se amontona en la esquina contraria. Kyle se pone de puntillas. Intenta ver algo entre el remolino de estudiantes.

—¿Qué pasa allí?

—Un estudiante nuevo —explica otro, utilizando el índice para recolocarse las gafas. Es el único que no está mirando hacia aquel punto. Con los ojos clavados en un libro, lee con tranquilidad. Alto y esbelto, pelo negro, siempre serio; ese es Ryota, y siempre está leyendo.

—¿Pero que están, peleándose? —cotillea Kyle.

No lo ha pensado bien, y hace una mueca cuando se da cuenta de que acaba de decir justo lo que su aprensivo amigo necesita. Anthony, que ya tenía las cejas curvadas, se activa.

—¡Ay, no! —exclama antes de correr hacia la multitud.

Los demás no entienden qué pasa hasta que Kyle se lo explica.

—Permiso..., permiso... —Apartando a la gente con reparo, se abre paso hasta el epicentro, temiéndose lo peor.

Seguro que son los estúpidos del curso metiéndose con él por su aspecto. O por su actitud. O por... Por lo que sea. Esos chicos no necesitan una razón para molestar a las personas.

Cuando casi ha conseguido llegar a la primera fila, su voz se corta. Sentado sobre una de las mesas con los pies sobre la banca, está Marc. Rodeado de un grupo de chicas que se pega y se empuja en silencio por sentarse al lado suya.

—¿Y cómo es la vida en un orfanato? —pregunta una, cruzando las piernas e inclinándose hacia atrás. Destaca sugerentemente su pecho hacia el azabache.

—¿Tiene cicatrices?

—¿Tendrá tatuajes?

—Seguro que lo has pasado super mal... —dice otra, posando su mano sobre la rodilla del chico. Él, o no se da cuenta, o no le importa; no expresa reacción alguna.

Las chicas se pegan codazos para quedarse en primera fila, pero con mucho disimulo, siempre con una sonrisa. Sobre la mesa, al lado de Marc, hay unos chicos sentados con poses que imitan ridículamente las películas de bandas callejeras. Anthony sabe quiénes son. El grupito de los autodenominados “populares”.

Marc debe estar pasándolo realmente mal. Esto es agobiante. Seguro

que, como es el chico nuevo, todos los que se creen superiores intentan meterse con él. Él tiene que impedirlo.

¡Tiene que protegerlo de los acosadores como el hermano mayor que es ahora!

—¡Marc! —grita, saliendo de la marabunta. El azabache levanta la cabeza en su dirección.

—¿Quién es ese retrasado que se ha puesto en medio? —habla alguien al fondo.

Anthony se agarra el antebrazo. Incómodo, da un par de pasos lentos ignorando las voces. Se siente observado por la mitad del curso.

Ha venido hasta aquí muy deprisa, pero ahora que tiene la atención de los ojos azules se le ha ido el pensamiento. Igual ha exagerado un poco.

—¿Estás... Bien? —es lo que se le ocurre. Con lo bajito que se ha pronunciado lo raro es que Marc le haya escuchado.

—Sí. Te puedes ir —le contesta, desviando la vista a otra parte.

Anthony titubea, siendo despedazado por las miradas de odio de las chicas, que se pegan aún más a su hermano como si él fuese a llevárselo. No sabe si Marc está incómodo o si está disfrutando de esto..., ¡porque su cara está siempre igual!

Se limita a asentir de forma queda, sintiéndose un tonto por haberse preocupado. Es evidente que Marc ni necesita ni quiere su ayuda.

Vuelve al rincón desde donde le han estado observando sus amigos. Llega farfullando algo incomprensible.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Noemí.

—Pues... Me ha dicho que está bien. —Sus palabras se arrastran, con una pizca de incredulidad y confusión—. Y luego se ha girado, y me ha echado.

—Tu hermanastro es un capullo —concluye Kyle muy pronto, comiéndose su bocadillo.

—No es eso. Es que para él yo todavía soy como cualquiera del curso. No me conoce —trata de defenderle.

Kyle no tarda en responder. Habla con un pedazo de pan hinchándole el moflete, por eso no impone mucha seriedad.

—Ni tú a él tampoco —le advierte.

Se hace un pequeño silencio, con Anthony reflexionando.

—Kyle tiene razón. —Asiente Noemí—. No sabes por qué estaba en el orfanato.

—Supongo que mi madre sabe algo —responde él enseguida—. Si no, no hubiese...

—¿Y si es un loco? —suelta Oliver por encima de su tono hilado.

Empiezan a hablar entre sí, y ya no le escuchan. Sus amigos sacan hipótesis donde Marc se convierte en un capo de la mafia o en un pirómano en serie como mínimo.

—Si fuese un maleante no habría salido del orfanato —expone Ryota, que sin querer acaba prestando atención—. Si asesinas a una persona o quemas un edificio no vas al orfanato, vas al reformatorio.

—Bueno, pero puede serlo y no haber sido culpado por ello... —deja caer Oliver. La probabilidad de que pase algo interesante en la escuela es demasiado baja como para abandonar la fantasía tan pronto.

—¡Eso no tiene nada que ver! —exclama Noemí—. Si estaba en el orfanato es porque no tiene padres. Y ya está.

—No tiene padres porque los ha matado... —Un aura sombría rodea a Oliver. Ryota frunce el entrecejo.

—Chicos —susurra Kyle, y señala con el pulgar a Anthony, sentado al lado suyo. Sus ojos están abiertos al máximo, clavados en el cemento. Se ha quedado atrapado en algún pensamiento hace unos minutos—. ¿Anthz? —le llama. Le pincha sutilmente el hombro con el dedo.

—¡No es verdad! —grita al reactivarse—. Él no es mala persona. Creo. Él es... Bueno, no sé lo que es, pero...

—¿Crees? —inquire Kyle, esta vez visiblemente intranquilo.

Anthony echa la vista atrás. Justo en el epicentro del barullo, puede ver parte del rostro de Marc asomar sobre las cabezas de los alumnos.

—Venga, no le asustéis —les espanta Noemí—. Si seguro que el chico es buena gente.

El castaño le observa desde la distancia.

Supone que si su madre lo ha metido en casa es porque está segura de que no es mala persona. Aunque con esa actitud esquiva le va a ser muy complicado estrechar lazos...

¿Y no debería estar inmensamente agradecido? O al menos mostrarse un pelín más sociable.

El azabache también alza el rostro, y le mira. Anthony se asusta, pero ambos se mantienen la mirada en la distancia, en silencio, y sin hacer un gesto o mover un músculo.

—Marc... —susurra—. ¿Quién eres?

No se lo digas a mamá

Los intentos de Anthony por estrechar lazos han fallado una y otra vez estrepitosamente. Marc solo responde a sus preguntas con monosílabos o afirmaciones para llevarle la corriente.

Hoy, cumpliendo una semana desde que llegase a casa, no ha sido distinto. Han caminado al instituto sin oír la voz de Marc y se han separado al cruzar la puerta. Almorzaron, se subió a su cuarto, y ya no ha vuelto a verlo hasta la merienda y la cena. Con su madre habla un poco más, pero solo porque Ellen le hace muchas preguntas.

Las horas han ido pasando hasta que la noche ha decidido cambiar el paisaje, y en estos momentos la oscuridad ya se ha extendido en todas direcciones. La época del año se hace notable en las intermitentes brisas que golpean las ventanas pidiendo entrar en casa.

—Ah... Déjame... —musita, revolviéndose en la cama. Su pelo castaño está alborotado, los mechones se le pegan a la frente con el sudor.

—Hermano. —Una voz suave le llama desde la oscuridad.

—No me toques, suéltame... —se queja él, dando una vuelta entera. Zarandea las manos en todas direcciones.

—Anthony.

Desde la puerta, la presencia gruñe. Pulsa el interruptor y termina de entrar en la habitación. La luz del pasillo dibuja en el suelo una silueta oscura que se alarga a cada paso.

—Hermano. —Esta vez suena más grave.

Y como sigue sin responder, pasa a zarandearle el hombro. Los ojos verdes se abren de sopetón, levanta la espalda como un resorte.

—¿Qué pasa? —Se despega el flequillo y se le queda todo en punta—. ¿Annie? ¿Qué pasa?

El corazón le golpea con fuerza el pecho, se le va a salir.

—Estás hablando en sueños otra vez, y ni yo ni el Señor Pingüino podemos dormir. —Sostiene el muñeco entre los brazos. Intenta fruncir el ceño, pero no le sale, solo consigue que sus mejillas se hinchen y se coloreen como fresas.

—Lo siento. —Se rasca la nuca con reparo—. ¿Queréis dormir conmigo?

Levanta las sábanas dejando a la vista un pedazo de colchón, pero la pequeña meneas la cabeza y se da la vuelta.

—Ya somos mayores —aclara dignamente, como si hace menos de un mes no hubiese entrado en su cuarto para colarse furtivamente entre las sábanas porque no podía dormir—. Buenas noches, hermanito —se despide, aunque suena más como una amenaza.

Deja la puerta casi cerrada, tal y como estaba. Unos segundos después la luz se apaga y la habitación vuelve a quedarse a oscuras y en total silencio.

Anthony deja caer la espalda y se peina algunos mechones hacia atrás. Inhala hondo y luego lo saca todo en un resoplido.

No es capaz de recordar qué estaba soñando. Con esta van dos veces en una semana, lo cual es raro, porque hacía tiempo que no le pasaba. Quizás debería preocuparse.

Intenta reconciliar el sueño, pero después de dar veinte vueltas a la cama y hacer todas las posturas del Kamasutra con la almohada, abandona la idea. Se levanta, y como no quiere molestar no enciende la luz del pasillo, usa el móvil para iluminar el camino hasta el baño.

Levanta la tapa con una mano mientras ilumina con la otra. Está muy cansado, es muy tarde. Si Annie no le hubiera despertado podría estar durmiendo e igual por la mañana ni recordaba la pesadilla. Su cuerpo se tambalea con suavidad, aflojando el agarre al móvil que deja de emitir luz.

¿Qué hora será? ¿Las tres? ¿Las cuatro? Ya mismo tendrá que estar preparándose para ir a la escuela, menudo fastidio. ¿Por qué solo hay dos días de descanso pero cinco, repito, cinco, dichosos días de escuela? Es más del doble, es exagerado....

Abre los ojos a tiempo para ver cómo el dispositivo se le resbala de la mano.

—¡Mierda! —Lo atrapa por los pelos, ya rozando la taza. Se queda un

rato apretándose al pecho, preguntándose cómo de alto ha exclamado eso.

Pasa un rato... Nada. Nadie se mueve ni se oye nada, todo bien.

Suspira con los ojos bien abiertos, espabilado por el susto. Comprueba con tristeza que la pantalla se ha apagado porque se ha quedado sin batería, y cae en la cuenta de que se ha olvidado de enchufarlo antes de acostarse. Tiene que ponerlo a cargar o se aburrirá mucho mañana en clase.

Y aún así no ha quedado por completo a oscuras. En mitad del pasillo una tenue luz se escapa por el resquicio de una de las puertas cerrada, la de su nuevo hermano.

Sus cejas se inclinan interrogantes. Es ya muy tarde, quizás Marc se ha quedado dormido con la luz encendida. Se acerca y pega un par de toques suaves en la madera. Antes de obtener un permiso, la abre, despacio. Se asoma tímidamente.

—¿Estás despierto? —susurra.

—No. —El azabache no se molesta en bajar el tono.

De todas formas entra y cierra la puerta.

Tumbado en la cama con los brazos tras la cabeza, está Marc mirando al techo. Todavía no se ha quitado la ropa del uniforme. ¿No está incómodo, con el cinturón al menos? Qué raro es.

—La habitación ya es tuya, puedes decorarla como quieras —sugiere, paseando sus dedos por el escritorio. No hay un solo libro o lápiz sobre la madera—. Si quieres puedo ayudarte.

—Así está bien.

Anthony da un par de pasos por la habitación. Todo está impecable, no parece que haya deshecho la mochila. Que tampoco debía traer muchas cosas... Pero es que no hay nada de nada.

—¿Qué grupos de música te gustan? Guardo todos los pósters de las revistas, a lo mejor puedes colgar alguno. ¿Te gustan los superhéroes? ¿Los juegos?

Marc calla unos segundos. Parece reflexionar antes de volver a articular palabra. O igual no va a decir nada más, es que es muy difícil leerle.

—No hace falta estropear la pared —dice al final.

—¿Pero qué dices? —Se levanta del escritorio, se acerca a la cama

para mirarle desde arriba. Extiende los brazos a modo de pregunta con una sonrisa cortés—. Es tú habitación, puedes ponerle lo que quieras.

—Así esta bien, gracias —resuelve enseguida.

Anthony separa la silla del escritorio y se sienta, bloqueado. Marc es muy cortante, cuesta entablar una conversación con él. Pero él tampoco conoce a Anthony.

A ver si le puede ganar a cabezón.

—En el salón tenemos una Zboz y una Wee, y en mi cuarto tengo todas las Pley que han salido —insiste sin perder la sonrisa—. No te cortes si quieres jugar, porque ahora esta también es tu casa. ¿Qué clase de videojuegos te gustan?

—No me gustan los videojuegos. —Anthony tiene un pequeño cortocircuito.

¿Cómo no le van a gustar? Eso no... Eso no es posible.

—Pero... ¿has jugado alguna vez?

—No.

—Ah. —Respira más calmado—. Pues si quieres podemos jugar juntos.

Esta vez el azabache no pronuncia una sílaba.

Anthony desvía la vista, primero hacia un lado y luego hasta sus zapatos. Va repasando mentalmente el fichero de posibles temas que sacar con un total desconocido, pero se niega a rebajarse a hablar del tiempo.

—Te gusta... ¿Algo? —No se le ocurre nada mejor.

Marc se encoge de hombros.

—Supongo.

Anthony se recuesta en la silla.

Está frustrado. Esto está siendo más complicado de lo que esperaba cuando su madre le dijo lo de la adopción, pero todavía no se ha rendido. Se queda así, pensando...

Y oye, es cómoda la silla. Su espalda se va adaptando a las curvas del respaldo y sus ojos se entrecierran solos.

Es más cómoda que la suya. Su cuerpo se desliza, su barbilla se inclina hacia atrás, y su boca queda de pronto entreabierta. Como Marc tampoco le

espabila, se queda así un rato largo.

Pero largo.

Eventualmente recupera la compostura como si solo hubiese sido un pestañeo, aunque Marc ya se estaba preguntando si el chico había venido solo para dormirse en su silla.

—Ahora que somos hermanos —Da un largo bostezo, y se da cuenta de que de repente le duele un poco el cuello—, puedes contarme lo que quieras.

Es una pérdida de esfuerzo que se empeñe en mantener la sonrisa, porque Marc no le está mirando.

—Gracias —responde de forma escueta, dando a entender que no tiene el más mínimo interés en hacer eso.

Anthony arruga el entrecejo.

—¿Eres siempre así? —suelta, sin saber que más puede decir. Tampoco el azabache se está esforzando mucho.

—¿Así cómo? —Ladea el rostro hasta el menor.

—Pues..., tan serio, como si todo te diese igual —dice. Y las palabras salen de su boca antes de que se pare a analizarlas—. Como si fueses demasiado guay para este mundo.

En cuanto se calla, el incómodo silencio invade de nuevo la habitación; pero ahora él tampoco dice nada más.

Ha sonado horrible dicho en voz alta. Tendría que haber usado un tono más suave o haberse callado directamente. Si intentaba hacerle ver a Marc que podía hablar con él, acaba de quedar como un borde de primera.

Lleva sus dedos al último botón de su pijama de Spiderman. Lo saca y lo vuelve a meter varias veces, incómodo.

Entonces Marc se ríe, con una breve y disimulada risa que hace a Anthony girar el cuello en su dirección tan rápido que podría haberse suicidado sin pretenderlo.

—Demasiado guay, debe ser eso —repite Marc. Anthony no puede evitar curvar los labios, pero esta vez no es programado.

No tiene ni idea de por qué se está riendo Marc, pero se siente bien. No esperaba hacerle reír... Se han superado con creces sus expectativas.

También es que estaban muy bajas.

—Marc, me gustaría saber algo más de ti... —Aprovechando la situación lo deja caer con rapidez.

—¿Como qué?

—Pues, no sé. Cómo fueron tus días en el orfanato, o cómo entraste a él. O si has prendido fuego a algún edificio alguna vez. O si has matado a alguien... —Se va apagando hasta que apenas él mismo puede oírse.

—Entré allí porque me quedé sin padres —dice.

Anthony se endereza de inmediato, abre las orejas al máximo posible para enterarse bien en cada detalle... Pero el azabache ya no sigue hablando. Eso era todo lo que iba a decir.

Se le curvan las cejas. Sí, vale, ha contestado a una pregunta... Pero no ha contestado nada... ¡Lo que ha dicho era más que obvio!

Va a replicar, pero otra voz le solapa.

—¡Marc! —Es un grito que viene de fuera. A estas horas de la noche, en el patio delantero.

—Perdona, tengo que irme. —Se levanta.

—Espera, ¿qué? ¿Te vas? ¿A dónde? —Desconcertado, le sigue con los ojos. El azabache agarra una sudadera colgada en la puerta del armario y se la mete caminando a la ventana.

—¡Marc, desliza tu culo hasta aquí! —vuelven a gritar, pero es otra voz, es otro. Deben estar justo debajo de la ventana porque se les escucha muy cerca. Lo que significa que han cruzado el murito de setos... Están allanando su propiedad.

—Luego vengo —dice Marc.

—¿Pero a dónde te vas? —Echa un nervioso vistazo a la ventana. Tres chicos le reclaman. Visten de negro y llevan la capucha de sus sudaderas puesta. Entre eso y la oscuridad no puede verles bien el rostro.

Anthony se lleva una mano a la boca.

—Dios mío, lo sabía —susurra en un hilo—. Eres un mafioso.

—¿Qué esperas, Rapunzel, a que te crezca el pelo? —grita uno. Como sigan así van a oírles.

Marc le aparta de los hombros y se sube a la ventana. La expresión confusa en extremo del menor es muy divertida. Se le ve tan inocente que no puede evitar meterse con él.

—No se lo digas a mamá, ¿vale? —Le guiña el ojo, y Anthony lo ve bajar y deslizarse por la tubería del agua hasta poner los pies en el suelo, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

—¿Quién es esa, tu hermana? —pregunta alguien.

—Déjalo, solo es un crío.

Anthony se les queda mirando desde la ventana.

¿Pero a quién demonios les ha metido su madre en casa?

Secretos y mazmorras

Lo primero que hace cuando suena el despertador es esconderse. Se enrolla la almohada en la cabeza y gruñe con la boca cubierta. Luego se cuestiona con seriedad si la máquina se ha roto, porque él acaba de cerrar los ojos; pero al asomarse comprueba con agravio que, en efecto, son las siete de la mañana.

Muy, pero que muy despacio, se sienta en el borde de la cama.

No ha podido dormir bien desde que se desveló en mitad de la noche. Se ha estado comiendo la cabeza con quienes eran esos chicos y por qué su hermano se ha ido con ellos. Evoca un suave y largo suspiro, con la preocupación saludándole ya desde temprano. Serán amigos suyos, pero podría invitarles a casa en vez de escaparse por la noche como un delincuente.

Se soba los ojos dando un pequeño bostezo y recuerda las palabras que su madre no deja de repetir.

«Dejad que se acostumbre».

«Todavía no se ha acostumbrado».

No, claro, y es normal. Apenas ha pasado una semana desde que llegó. Pero también es normal que él quiera saber quién es el desconocido que duerme a unos metros de Annie y de su madre.

Bufa, estresado, y se levanta por fin de la cama.

Se pone el uniforme y va al baño, se lava la cara con agua muy fría y se despierta un poco, tampoco mucho. Lo suficiente para bajar ahora a desayunar y luego arrastrar los pies hasta el colegio, como todas las mañanas; pero al salir del baño no puede evitar desviarse.

La puerta de Marc sigue cerrada. Duda..., pero enseguida está tocando la madera, y sin dar tiempo a una contestación la abre.

Marc no está. La ventana sigue abierta.

Frunce el ceño y va al piso de abajo muy despacio, arrastrando el pie por cada escalón. Ellen ya está en la cocina, desayunando.

—Buenos días, cielo —lo saluda.

Él no lo ha pedido, pero su madre le coloca un plato enorme con tostadas y huevos fritos delante.

—Buenos días... —Coge asiento con torpeza. Sus ojos están llenos de ojeras. Agarra el tenedor y pincha la yema de los huevos sin interés en llevárselos a la boca.

—¿Estás bien, cariño? Tienes mala carilla. —Le levanta el flequillo para medirle la temperatura con la mano. Él está bastante seguro de que eso no sirve nada de nada, pero bueno.

—Estoy bien, mamá. Es que no he dormido muy bien.

—¿Estás teniendo pesadillas otra vez? —Suena preocupada.

—No, no es eso —contesta sin más. Pero la pregunta debía ser retórica, porque su madre sigue hablando de todas formas.

—Deberíamos ir un psicólogo —propone. Él niega.

Es cierto que suele tener pesadillas extrañas y a veces demasiado realistas, no es la primera vez. Tampoco es la primera vez que su madre sugiere ir a un especialista, pero no le hace falta.

—Estoy bien mamá. Todo el mundo tiene pesadillas. —No quiere hablar otra vez de esto. Sigue pinchando la yema del huevo hasta que la rompe. El líquido se extiende por el plato—. Mamá, sobre Marc...

—¿Os habéis hecho ya amiguitos? —le interrumpe, poniendo más pan en la tostadora para Annie, que acaba de bajar.

Anthony gruñe para sus adentros. Su madre tiene que dejar de usar los diminutivos para todo. Para empezar, podría no pasarse meses anunciando que va a venir un nuevo hermanito si lo que va a entrar por la puerta roza los dos metros.

—No, si... Se ve que es buena persona —retoma el tema. Quiere sacar información—. Pero me gustaría saber..., no sé. De dónde viene y esas cosas....

—¿Y por qué no le preguntas tú mismo? Es mejor dejar que las personitas cuenten su propia historia —le responde con ternura.

Anthony hincha los pulmones. Lo suelta muy despacio.

Ya sabía que diría eso.

Su madre se parece mucho a él. Por fuera, claro. Lo ha cuidado sola mientras lleva una empresa importante y él la admira muchísimo, pero a veces lleva un rollo Mr.Wonderful encima que le saca de sus casillas.

—Le pregunté, pero... —Dubita un momento.

No sabe si Marc va a volver.

Igual está perdiendo el tiempo al pensar en estrechar lazos porque nunca vuelve a pisar la casa y ya está. E igual debería contarle lo que pasó anoche a su madre ahora mismo...

—No me contestó —resume.

No quiere preocuparla.

—Tenemos que darle un tiempecillo, Anthony. Hay que dejar que se acostumbre.

Tiene que controlarse para no gruñir.

—Pero tú sí sabes dónde ha estado, qué ha hecho... ¿No? —Confusión mezclada con un mal disimulado temor.

Su madre le sirve el desayuno a Annie mientras sonrío. Le divierte la exagerada preocupación de su hijo. Debe de haber visto demasiadas películas de detectives y misterio.

—Marc es un buen chico. Sé bueno con él, ¿vale? —dice, con toda la parsimonia del mundo.

Él quiere rebatir, pero no le da tiempo. Se escucha un ruido seco que viene de arriba. Lo reconoce enseguida. Es la ventana al ser deslizada de golpe, a veces se queda atascada y hay que usar la fuerza. A él le ha pasado un millón de veces.

—Vuestro hermanito ya se ha levantado —anuncia Ellen con alegría —. Annie, cielo, avisa a Marc para que baje a desayunar.

—¡Ya voy yo! —se adelanta él. Abandona el plato de comida todo revuelto pero sin haber probado bocado.

Vuela por la escalera y con dos toques pega en la madera, pero como ha cogido por costumbre entra directamente.

Dándole la espalda cara a la ventana, el azabache le echa un vistazo por

encima del hombro. Lleva puestos los pantalones del día anterior, pero su torso está al descubierto. Tiene la camisa echa una bola entre las manos.

Ha subido a regañarle, pero se le ha olvidado cómo se usan las palabras cuando ha visto las cicatrices de su espalda. Anchas y finas, las líneas se subyacen y se entrecruzan. La piel entera está cubierta de marcas ya sanadas que deben ser muy antiguas, porque se le han estirado al crecer.

Se han quedado de un color rojo suave y da la impresión de que ya no van a aclararse más.

Los dos callan, y los ojos de Anthony se abren como platos cuando Marc tira la camisa al suelo. Antes blanca, la prenda está llena de los manchurroneos color marrón rojizo.

—¿Qué demonios te ha pasado? —susurra. Cierra la puerta con suavidad.

Cuando se agacha a cogerla no puede evitar un grito ahogado. La parte delantera está empapada, una figura abstracta se cala por la tela y le mancha los índices. Está fría, y parece sangre. Huele a sangre.

—¿Qué has hecho, Marc...?

—Me he caído. —Se la quita de las manos.

Anthony se lleva una mano a la sien y baja la cabeza.

Esto no ayuda para nada a cambiar su visión de Marc. ¿Y ahora qué? Annie y su madre están abajo. Si le ven así, como mínimo llamarán a la policía, y le devolverán al orfanato. O peor aún, a algún correccional de la zona.

Puede que eso sea lo mejor, que se vaya.

Desde luego se libraría de las preocupaciones de tener que vigilarlo. Podría olvidarse de esos tipos raros de anoche y dormir tranquilo. Podría pasar los recreos hablando con sus amigos de nimiedades en lugar de preocuparse por su herma... Ah, es verdad.

Que se supone que Marc también es familia ahora.

Levanta la cabeza, y sus ojos mantienen con los del azabache un silencioso duelo.

—¿Te has caído? —repite.

Marc asiente. Desinteresado, en realidad.

Después de un largo rato, Anthony da un angustiado suspiro.

—Así no puedes ir a la escuela —decreta. Se arrodilla delante del armario para abrir un cajón—. Creo que mamá te puso ropa limpia por aquí.

El azabache le observa con curiosidad.

—No la encuentro, pero tiene que estar aquí. Te dejaría una de las mías, pero es evidente que no será tu talla —menciona en tono bajo, celoso, quizás—. ¿Qué es esto?

Coge una prenda con el escudo de la escuela bordado. La abre para examinarla y su rostro se ensombrece cuando ve la camisa, que debería ser blanca, teñida de un rosa descolorido.

No dice nada y la vuelve a dejar en su sitio, porque tiene una ligera idea de lo que le podría haber pasado... Él. Aquella lavadora que le salió mal. Cuando vio el estropicio dobló las cosas muy rápido y las metió en los cajones. No se había fijado en que esto era un uniforme.

—Genial —murmura para sí—. A ver qué hacemos, porque si vas con esto a la escuela creerán que eres gay.

Sigue rebuscando. Está engurruñando todo. Hay mucha más ropa, pero camisas ninguna, y no puede llevar una vulgar camiseta porque su colegio es muy estricto. Si no llevas el uniforme puesto no te dejan pasar del portón principal. Y si no le dejan pasar la puerta y falta a clase van a llamar a su madre. Y si su madre pregunta por qué no tenía el uniforme puesto lo va a buscar ella. Y si encuentra la camisa blanca...

Empieza a respirar con dificultad.

El mayor se inclina sobre él. Se apoya en el armario y desde arriba coge la tela rosa. La sacude, mete un brazo y luego el otro, comprobando cómo la impecable camisa es del exacto largo y el ancho de sus hombros.

Anthony, no muy seguro, cierra el cajón; porque tampoco tiene idea de qué otra cosa podría ponerse. Espera que no le digan nada por llevar la camisa de otro color. Podría explicar lo que ha pasado, pero para el próximo día tendrán que comprar otra, o lavar la de las manchas de sangre...

¿Por qué se está metiendo en este lío?

Se levanta y se queda observando a Marc abrocharse los botones. Sus cejas están curvadas, pero la preocupación enseguida se convierte en espanto.

Con dos rápidas zancadas llega hasta su hermano y aparta uno de los lados de la camisa para descubrirle el pecho. Tiene que ahogar una

exclamación, porque observa horrorizado el corte de tamaño considerable que adorna el pectoral de Marc.

La herida, de un rojo oscuro que aumenta de fuera hacia dentro, está cicatrizando muy poco a poco. Es reciente.

—¿Qué coño es esto, Marc?

El azabache le aparta la mano.

—No es nada.

—Marc..., no sé en qué clase de problemas estás metido, pero ahora que eres parte de esta familia deberías contárnoslo.

—He dicho que no es nada —repite, serio y cortante. Su voz es más grave de lo habitual.

Termina de abotonarse la camisa y se la mete por dentro del pantalón, que no está manchado. O al menos las manchas no se ven sobre el negro. Solo se cambia las deportivas por los zapatos del uniforme.

—Si quieres quedarte en esta familia... —le llama desafiante antes de que haya alcanzado a girar la perilla de la puerta. Marc no le devuelve la mirada, y apretando el puño Anthony pretende una voz rígida—. Deja de comportarte como un idiota.

El mayor se queda en pausa un par de segundos.

Anthony se cuestiona si se ha pasado. Su intención no ha sido amenazarle... O sí. Ni él lo sabe. Es que, ¿por qué tiene que hacerlo todo tan difícil?

Marc abre la puerta y se va sin decir nada. Él se queda en la habitación, sintiéndose culpable.

Si Marc es alguien peligroso para su familia y él no consigue darse cuenta, es un inútil —piensa. Pero si resulta ser una buena persona es él quien se está comportando como un idiota. ¿Y qué se supone que puede hacer? Si Marc no le está ayudando en absoluto a confiar en él.

Al volver a la cocina, todos están sentados alrededor de la encimera, desayunando. Su madre se ríe, y Annie tira de la camisa del mayor para que le haga caso. Le está contando lo buena estudiante que es y lo orgullosa que está de ella su profesora. Marc está comiendo.

Ninguno se gira cuando entra a la sala y se sienta. Siguen hablando. De

vez en cuando ellas sueltan una risa.

Anthony observa el plato sin apetito.

¿Por qué es el único al que le incomoda vivir con un total desconocido en casa?

Camino al instituto, Marc va por separado, porque un grupo de chicos se ha acercado a hablar con él. Anthony se adelanta con Annie, pero le observa de reojo por encima del hombro. Su hermano no luce muy sociable, igual que en casa; pero se alegra de que los chicos se hayan fijado en él para hacerlo su amigo. Aunque haya tenido que ser el grupo de chicos más retrasados que hay en la escuela.

Es probable que solo quieran unir a Marc a sus filas por su aspecto misterioso y su pasado que hace a las chicas arremolinarse a su alrededor. Pero no entiende por qué él querría pertenecer a ningún grupo, si va por ahí como si nada le importase.

Deja a Annie en Primaria y sube a clase cabizbajo. ¿Está cometiendo una imprudencia al no confesar de inmediato a su madre lo que ha visto?

—Hola, chicos. —Se sienta en su pupitre.

Kyle le manda callar zarandeando la mano.

Sentado al revés y con los brazos apoyados en la mesa, le está manteniendo la mirada a otro chico.

—¿Qué están haciendo? —le pregunta a un compañero que los está observando.

—Kyle ha leído en Internet que en la película de Hannibal Dexter el tío no parpadea ni una vez. Noemí dice que eso es imposible, y Kyle se ha empeñado en demostrarlo. Lleva así casi tres minutos ya.

—Pero eso será lo que se ve en la película —usa la lógica—. Cuando no se le enfoque, y detrás de las cámaras, seguro que sí parpad...

—No te molestes —le interrumpe Ryota, que también se ha tomado su momento para tratar de explicarlo antes. Ha sido claramente ignorado.

A Kyle se le escapa un pequeño tic, y levanta el párpado de abajo y el de arriba al mismo tiempo intentando que no lleguen a juntarse. Le pican los ojos y ya se le empiezan a marcar pequeñas venas rojas. Anthony tiene que

llevarse una mano a la boca para no reír y desconcentrarle, porque la cara de su amigo intentando aguantar es cada vez mas graciosa y siniestra.

—Es imposible, ríndete ya —le pincha Oliver, que sujeta el cronómetro.

—¡Aaarg! ¡Pica, pica! —se queja Kyle, apretando por fin los párpados. Se frota los ojos.

Como su mejor amigo desde Infantil, Anthony es el primero en reírse de él, y también el que más alto lo hace. Kyle da un resoplido, y su flequillo se levanta unos centímetros. Aún con su estatura tan alta y sus facciones tan definidas y masculinas, su sentido del humor es el de un niño. Anthony, ahora más alegre, se sienta en su pupitre. Justo delante de Kyle.

La profesora comienza a explicar pero la hora se pasa rápida, básicamente porque no está prestando atención. Después de toda la noche casi sin pegar ojo, se pasa los minutos entre la vigilia y el sueño, hasta que el timbre vibra escandalosamente dando paso al breve descanso entre clases.

Se estira con pereza y sale al pasillo con sus amigos, que quieren sacar comida de la máquina expendedora. Por una hora entera se ha olvidado de la situación en casa, pero mientras sus amigos deciden qué chokolatinas van a sacar, Anthony echa un vistazo por el largo pasillo. Es inevitable, sus ojos se van para en el manchurrón rosa del fondo.

—¡Ah, hombre! Me faltan veinte céntimos... —murmura Kyle, mirando de reojo a sus amigos. Noemí se hace la loca y mira con disimulo al techo. Él la mira mal por un segundo, pero sabe que Noemí desde siempre es una tacaña. O lo suficiente lista como para no caer en la misma trampa todos los días. A Kyle siempre le faltan algunos céntimos—. Si alguien pudiese prestarme... —insinúa nada sutilmente.

Anthony, de espaldas a la máquina, observa a Marc. El azabache está tranquilamente apoyado en la cristalera, hablando con un par de chicas que deben de ser de algún curso más bajo porque a él no le suenan de nada.

—¿Has visto la camisa de Marc? —comenta una chica que pasa cerca, hablando con su amiga.

—Sí —dice la otra, mirándole embobada—. Solo un tío bueno como él puede llevar una camisa rosa sin parecer gay.

—Yo le veo hasta más macizo aún... —debaten entre ellas.

Una gota se desliza por la frente de Anthony. Observa a su hermano desde lejos. Pelo despeinado, ojeras marcadas, y siempre con esa expresión de desinterés en la cara. Encima hoy lleva la camisa rosa y llena de arrugas por todas partes.

¿Qué es lo que le ven?

—Anthz, amigo del alma, hermano... —le llama Kyle, arrastrando las palabras. Le pasa los brazos sobre los hombros desde atrás y junta las manos ante sus ojos, suplicando. Es raro de ver porque se comporta como un crío, pero su altura le saca muchos centímetros al castaño.

—Toma. —Sin dejar de mirar, le tiende una moneda.

—¡Gracias!

Anthony arruga el ceño, porque no puede oír lo que está diciendo su hermano, pero sí puede verle a la perfección: solo por un momento Marc se lleva una mano al pecho, y se separa ligeramente la tela. Las chicas no se dan cuenta, están ocupadas mirándole a los ojos.

—¿Quieres, Anthz? —le ofrece Kyle, pegando un sorbo al refresco de limón antes de extenderse. Él, sin quitar la vista del frente, se acerca a la lata; Kyle la inclina y da un sorbo.

—¿Visteis ayer la final de la LCS? —pregunta Noemí, y los chicos asienten; el único que niega es Kyle.

—Anoche me quedé hasta tarde con la guitarra. Tampoco me ha dado tiempo a hacer los deberes —se excusa.

Lo raro sería que sí los hiciese por una vez. De hecho, el día que eso ocurra es probable que mueran todos, porque significará que el Apocalipsis habrá llegado. La Biblia es muy gorda, seguro que lo pone por algún lado.

Cuando suena el timbre Anthony es el último en entrar. Cincuenta y cinco minutos más tarde, también es el primero en salir.

Para su sorpresa el pasillo ya está lleno de estudiantes. Es increíble cómo entran como zombies a las ocho de la mañana pero salen disparados como balas cada vez que suena el timbre.

Camina decidido hasta la puerta de la clase contigua, y espera hasta que sale su hermano. Enseguida lo agarra de la muñeca; se lo lleva por el pasillo.

Unas chicas que habían subido de los pisos de abajo le ven alejarse con decepción.

Marc no sabe qué quiere, pero se deja llevar y no dice nada hasta que ya han bajado una escalera.

—¿Qué pasa? —Suena muy serio, y su expresividad es nula.

El chico no responde, solo camina hasta el baño de la segunda planta y le suelta cuando están ya dentro.

—Eso es lo que quiero saber yo —habla decidido. Marc le mira desde arriba. El menor está visiblemente enfadado—. Supongo que ahora tampoco vas a decir nada.

Anthony se saca una pequeña caja blanca del bolsillo. Levanta la tapa y busca algo, Marc no alcanza a ver el contenido. Entonces alguien habla fuera del baño, demasiado cerca, y el menor cierra la caja. Le empuja dentro de uno de los cubículos y cierra la puerta cuando unos chicos entran.

Marc no entiende qué demonios está haciendo, aunque sus párpados siempre bajados y su rostro serio no reflejan su curiosidad. Él se sienta en la taza cerrada sin dejar de mirarle, y es Anthony quien empieza a hablar, en un tono tan bajo que cuesta oírle.

—Quiero que sepas —Trata de mantenerse firme, siendo esta vez él quien puede mirarle desde arriba—, que no sé en qué estás metido; pero si le pasa algo a mamá o a Annie, te mataré —dice. Aunque su expresión suave pone muy en duda ese intento de amenaza.

—¿Me has traído aquí para decirme eso?

El menor suspira. Hacer de borde no es para nada su estilo, pero este chico consigue hacerle enojar muy rápido.

—No. No te muevas. —Con dificultad y paciencia, porque la tela se ha quedado un poco enganchada al fluido seco, deja a la vista la misma herida de la mañana. Lejos de haberse terminado de cerrar está mucho peor, lo raro es que no se haya calado la ropa.

De la caja saca algodones y un diminuto bote de alcohol.

—Me vuelvo a clase —sentencia Marc al verlo, haciendo ademán de levantarse.

Al menor solo le basta una mano para volverlo a sentar; le roza la herida

apenas con la punta de los dedos y el dolor le obliga a volver a sentarse.

Le quema tanto que, en lugar de enfadarse, su único instinto es alejarse para protegerse. Anthony reboza el algodón en alcohol.

—Se supone que soy tu hermano mayor —expone, y Marc enarca una ceja. Cierra los ojos y aprieta los dientes cuando a traición le aproxima el algodón a la herida.

Se separa como puede en el pequeño espacio. Le arde a horrores.

—¿Qué haces? —gruñe, reprimiendo el escozor. Le da igual que le oigan fuera.

—Si vas por ahí con eso se te va a infectar —le explica con calma, hablando en voz baja.

Marc abre uno de sus ojos cuando el picor va desapareciendo. Con las cejas inclinadas por el enfado y el dolor, observa al chico coger otro algodón y cubrirlo también de alcohol desinfectante.

Está tan sorprendido que se ha bloqueado. ¿Pero quién leches se ha creído que es este crío?

Cuando se lo acerca, lo detiene agarrando su muñeca. Anthony levanta una ceja, y sacude la cabeza en un gesto impaciente. Sus ojos preguntan dónde está el problema sin que tenga que abrir la boca.

Marc, en apariencia impasible, está alucinando. Este chico acaba de amenazarle con que si le hace algo a su familia le va a matar, y acto seguido le cura una herida, obviando que se preocupa por él.

Se le queda mirando, expectante.

Él no tiene hermanos, nunca los ha tenido. ¿Es así como se cuidan los hermanos? ¿Es lo que está haciendo este chico, con esos ojos decididos y las manos concentradas en sanarle la herida, algo normal? ¿Y en qué clase de secta religiosa está metido este crío que considera hermano a un desconocido que acaba de entrar por la puerta?

Marc está confuso. Está tan confuso que no sabe cómo reaccionar. Al final, tan solo se queja como un niño.

—Pica.

El castaño suspira. Pillándolo distraído, lleva el algodón a la herida otra vez. Marc vuelve a cerrar los ojos intentando aguantar el escozor, pero en vez de con lentitud, esta vez el dolor se esfuma de repente, cuando Anthony se

inclina sobre su pecho y sopla con delicadeza sobre la herida.

Los ojos del mayor se abren más de lo normal. Es inusual, pero una expresión delimita un pelín sus facciones. Lástima que Anthony, inclinado sobre él, no puede verla.

Marc cada vez comprende menos.

El castaño se incorpora, saca una venda del estuche y se la pega tapando la herida.

—Ya está. Ves, no era tan difícil. —Marc lleva unos dedos a la venda, pero deprisa él se los aparta—. No te la toques y se te curará pronto —le regaña—. Tampoco te desabroches la camisa o te la quites en los vestuarios ni en casa hasta que se te haya curado, porque puede que Annie te vea y mamá acabe enterándose. ¿Vale?

El mayor asiente de forma queda. Con disimulo y mirando en todas direcciones, Anthony sale del cubículo justo a tiempo para asustarse con el timbre.

Sube los escalones de tres en tres mientras Marc va a su ritmo sin molestarse, pero al llegar arriba le espera. Se muerde el labio, porque tiene que preguntarlo.

—¿En qué mes naciste?

—Febrero. —Le pasa por delante.

—Y... ¿Y qué día?

—Siete —dice.

Marc entra a su clase sin despedirse. Anthony le escucha disculparse con el profesor, y se queda haciendo cálculos mentales.

—Eso son dos semanas —murmura, antes de entrar a la suya.



Recostado en una de las paredes junto a la puerta de entrada, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza apoyada con desgana hacia atrás, el azabache le mantiene la mirada a la niña que lo observa desde abajo. Ninguno de los dos dice nada. De fondo se escuchan las conversaciones de los estudiantes que regresan a casa.

El patio delantero de la escuela se está quedando vacío. Ha pasado casi un cuarto de hora desde el timbre de salida, y el estómago de Annie suelta un adorable rugido de queja, porque ya es la hora de almorzar.

—¿Y tu hermano? —pregunta Marc con tono desganado.



—También es mala suerte —protesta Kyle en voz baja, por si algún profesor puede oírles. Anthony, portando una montaña de papeles igual que la de su amigo, sonrío.

—Estas cosas son las que convierten los 4.9 en un aprobado.

—Ya, bueno. Pero también es de mala gente acorralar a un estudiante justo cuando ha sonado el timbre.

—Yo estaba delante, quejica. Te ha preguntado amablemente si tenías prisa y luego te lo ha pedido por favor.

—Mhmm... —gruñe.

Después de doblar en un par de pasillos, los chicos llegan al despacho del profesor. Dejan el mogollón de papeles sobre la mesa y se despiden de él hasta la semana que viene.

Nada más cerrar la puerta el estómago de Kyle ruge tan fuerte que Anthony pega un pequeño brinco. El mayor se lleva una mano a la nuca, algo sonrojado.

—Gracias por ayudarme. Hubiese tardado un siglo.

—No es nada —responde alegre, y los dos caminan hasta la salida—. Ahora que somos tres hermanos Marc puede esperar con Annie, así que no se queda sola.

—Guay —asiente, sacando un bocadillo gigantesco de la mochila. Y esta se queda vacía. El chico tiene claras sus prioridades, ni un miserable libro ha metido dentro. Bueno para qué, si tampoco iba a hacer nada.

Van hablando entre risas. Kyle le acompaña hasta la puerta, pero a él todavía no le toca irse a casa. Hoy tiene entrenamiento de fútbol a las tres en punto, porque es viernes, igual que los miércoles. Si fuese martes o jueves le tocaría atletismo. Los lunes son más tranquilos, natación es muy light y

empieza más tarde.

—Ofe, ¿venfrás al fartido de faloncesto, no? —pregunta con la boca llena. Por lo menos se la tapa. Anthony no ha visto cómo, pero la mitad del bocadillo ya ha desaparecido.

—Pues claro. Después de todo lo que han dicho esos tontos de primer curso no me voy a quedar en mi casa —responde indignado—. Allí están mis hermanos.

—Nos vemos mañana, pues. —Chocan los puños en su tradicional señal de despedida. Kyle le ve adelantarse corriendo, disculpándose con una mano en la cabeza cuando llega junto a sus hermanos que le esperan en la puerta. La pequeña hincha los mofletes y le regaña. El mayor se despegaba de la pared con cara de pocos amigos y les sigue.

En casa, Anthony saca unos precocinados de la nevera y comen viendo Simpsorama.

Anthony y Annie no paran de hablar. Se cuentan las cosas que les han pasado en el día y se quejan por la de deberes que tienen que hacer para la semana siguiente. El mayor solo responde con un «sí» o un «no» cuando le pregunta si quiere el segundo plato o que le pase el ketchup.

Luego Anthony lleva a Annie a su cuarto para que se eche la siesta y vuelve al salón. Se lanza al sofá con un suspiro de cansancio. No se ha dado cuenta de que Marc sigue en la planta de abajo hasta que abre los ojos y se lleva un susto de muerte cuando lo ve mirándole justo encima.

—Gracias —dice Marc.

—¿...Qué? —interrogante, levanta la espalda. Él ya se ha dado la vuelta.

—Lo de antes.

—¿Lo de antes...? —repite, y por un momento cree que le está hablando en chino. ¿Marc está siendo agradecido, con él? Sus ojos brillan con extrema ilusión, sabiendo que ha avanzado un pasito más en su lucha por la conquista de su confianza. ¡Sí, toma! ¡Tomaaa! Apoya el brazo en el respaldo y se hace el desinteresado—. Ah, ¿lo de la venda dices? No tienes

que darme las gracias, para eso están los hermanos.

El mayor, con una mano en la barandilla y el pie en el primer escalón, parece que va a hablar; pero acaba por subir las escaleras sin decir nada más. Anthony vuelve a recostarse y enciende la televisión.

Se pregunta por qué aún no le ha contado a su madre o a sus amigos lo que ha visto por la mañana, y se sorprende al no encontrar respuesta. Quizás es porque sería muy triste que el chico fuese devuelto al orfanato en tan poco tiempo. O porque puede que lo único que necesita es volver a confiar en una familia de verdad.

Da un largo suspiro, soltando el mando porque no hay nada interesante. Hunde la cabeza en uno de los cojines.

Si supiese algo de su pasado a lo mejor podría entender por qué se comporta de esa manera tan estúpida, pero la respuesta está encerrada en un bucle. Mientras Marc no quiera hablarle, no puede acercarse a él sin que se moleste, y si no intenta acercarse a él, seguirá sin saber nada.

—Estúpido Marc... —susurra.

Antes de que pueda darse cuenta, se ha quedado dormido.



Sus párpados vibran cuando recupera el conocimiento, sus verdes se asoman con dificultad. En un primer momento cree que su visión está dañada, pero entiende más tarde que el borroso paisaje se debe a la niebla. Apenas puede ver un palmo de cielo entre la densa blancura, que avanza con sosiego a su alrededor.

Desorientado y dolorido, se percata de que su cuerpo descansa sobre piedra. No puede ver dónde empieza o acaba, pero cuando trata de levantarse le sorprende al tacto; está congelada.

Con dificultad apoya una pierna. Su cuerpo amenaza con derrumbarse, pero consigue mantener el equilibrio cuando apoya la otra. Entonces camina, y el sonido de sus pies al arrastrarse es lo único que puede oír.

El ambiente está cargado de humedad. No se atreve a pronunciar palabra porque no quiere elevar la voz en mitad del solemne silencio, y calla sus pasos apoyando con mayor suavidad las puntas sobre la piedra.

Largos y largos pasos da. Pero no halla más que piedra, niebla y

penumbra.

—¿Hola? —apenas un murmuro mudo, sigiloso. No ha sido audible ni para sus propios oídos. Se aclara la voz para elevar el tono, pero el intento se queda en su garganta. No brota de él más que otro fino hilo de aliento—. ¿Hay alguien?

Únicamente el silencio por respuesta.

Sigue caminando hasta que sus pies empiezan a doler. Camina y camina largos kilómetros sin encontrar un paisaje distinto, una persona, una sola cosa. En último término, cae al suelo de rodillas, exhausto.

Y de la inmensidad de la nada surge un estímulo, una sonora voz, grave en exceso. Se alza en mitad del crepúsculo. Su vello se eriza, su rostro se desencaja. Comprende pues que la densa niebla no es sino el pesado vapor que desata el fuego al ser derramado sobre líquido, porque surgiendo de entre las sombras, una aterradora silueta de escamas tostadas como la noche, se eleva.

—¿A quién tenemos aquí? —Sus fauces se muestran, porta una macabra sonrisa. El muchacho ahoga un grito.

De semblante frío y cuerpo soberano, la criatura está cubierta de puntiagudos pinchos repartidos por el cuello y las patas.

El altivo dragón inclina la cabeza en su dirección, enrollando su serpenteado cuello, y él trata de levantarse, pero sus rodillas se quejan dolorosamente. Se cae al suelo dos veces. Intenta arrastrarse. Esconderse, al menos, tras el humo; pero el dragón solo tiene que mover con vagancia el cuello para encararle de nuevo.

Su sola cabeza le multiplica varias veces el tamaño. Su vasta respiración le golpea el rostro y le revuelve furiosamente los mechones con cada exhalación. Sus ojos, del blanco más puro, le estudian con minucia.

—¿A dónde vas, Anthony? —le reprocha, y la estancia entera retumba a cada palabra que pronuncia.

Su cuerpo se eriza al oírse nombrado. No se atreve a contestar. Con torpeza cambia de dirección, continuando su pobre intento de escapar a rastras hacia ninguna parte.

—¿Huyes de mí? —Su voz majestuosa se alza, solemne—. ¿Me tienes miedo? —le acusa.

Aburrido de ver al chico restregarse por el suelo, alza una de sus grandes patas. Dos de sus dedos quedan a los lados del muchacho, y las gigantescas uñas se clavan en la piedra como endurecidos diamantes. Anthony no puede hacer más que rendirse. La frustración aprieta sus puños, y sus dedos se alisan en la áspera piedra.

—¿Qué quieres de mí? —se aventura a gritar, dándolo todo ya por perdido.

El coloso tuerce el rostro, apenado. Cree ver decepción en sus gigantescas orbes translúcidas.

—Los niños buenos no hacen preguntas —Su voz grave se incrementa, alza la cabeza, enfurecido. Sus fauces se abren dejando a la vista dos hileras de puntillosos colmillos afilados en extremo.

Una pequeña esfera nace en su boca, diminuta, del tamaño de una canica. Evoluciona de tamaño peligrosamente, en un cúmulo de fuego naranja y brillante como un pequeño Sol que le ciega la visión y le obliga a cubrirse con el brazo.

—Los niños malos van al infierno —concluye.

Y el fuego se dispara en su dirección. Inapelable. Implacable.

No pudo esquivarlo.



Repliega los párpados con estrépito y despega la espalda del sofá con brusquedad. Abre la boca para tomar aire, pero la saliva se le atasca en la garganta y tiene que toser para no morir ahogado.

Respirando a trompicones, observa su alrededor. Sigue en el sofá, en casa. Solo ha sido un horrible sueño. Solo una pesadilla más. Como las de siempre. No pasa nada.

Sus cejas están curvadas, y su mano derecha se aferra a la tela de su camiseta justo sobre el pecho. Trata de recuperar la respiración con la vista clavada en el brazo del sofá, solo por tener los ojos colocados en alguna parte.

Parado al otro lado de la habitación, su hermano le observa. Cuando Anthony se percata pega un brinco, y se sonroja una barbaridad.

—Tu madre dice que te despierte —le informa—. Casi es la hora de cenar.

—Ah... —Despegándose el flequillo de la frente, Anthony asiente, tratando de recuperar la compostura. Una fina sonrisa se instala en su rostro con dificultad—. Vale, gracias.

Dicho todo, Marc se da la vuelta. Regresa a su habitación sin mediar más palabra.

Con extrema parsimonia, Anthony se levanta del sofá y sube los peldaños agarrado a la barandilla. Está un poco mareado, tiene mucho calor y está empapado en sudor. Se da bastante asco ahora mismo.

—Voy a ducharme —avisa desde la escalera.

—¡Me voy a duchar yo! —grita Annie desde su cuarto. Él suspira con levedad, arrastrando los pies por los escalones.

—Déjame a mí primero, que tú tardas un siglo.

—¡Tarde! ¡Acabo de entrar! —responde con la toalla en la mano, cerrando la puerta en sus narices.

—¡Mamááá...! —la llama perezoso. Ellen se asoma desde la entrada. Lleva un delantal de cocina y la casa huele muy bien. Los días que llega temprano a casa son pocos, así que habrá querido aprovechar para cocinar algo rico de cenar—. Dile a Annie que me deje primero, que ella tarda mil.

—¿Marc también se está duchando? —pregunta ella. Anthony echa un vistazo. La puerta del otro baño esta abierta, así que supone que no. Niega con reparo. No lo había pensado—. Pues usa el otro —dictamina, volviendo a revisar la comida.

Duda bastante, pero no quiere molestar más a su madre. Da dos suaves toques en la puerta y la abre con lentitud, porque teme encontrar algo raro y siniestro. Más camisas con manchas de sangre, por ejemplo. Pero la habitación de mármol blanco está impecable. Si no fuese por un par de botes en el borde de la bañera y las toallas, pensaría que Marc no ha entrado aquí todavía.

Deja las cosas en el bidé y echa la cortina. Espera a que del agua empiecen a salir ondas de vapor, y se mete dentro con un poco de repelús.

Piensa que, si sus sospechas resultan ser ciertas, y está seguro al 99,9% de que Marc es un mafioso; aquí es donde debe librarse de la sangre de sus víctimas. Un escalofrío recorre su espalda, y se echa el champú mirando de reojo la puerta porque este baño no tiene pestillo y se siente inseguro...

Cuando se mete debajo del chorro caliente, todos sus pensamientos se evaporan. No hay nada mejor que una ducha caliente cuando fuera hace tanto frío que se empañan los cristales.

Cierra los ojos, y deja que el agua caiga por sus hombros y su espalda. El líquido se lleva sus preocupaciones, su reciente pesadilla y todo atisbo de razón. Inclina las facciones para calentar también sus mejillas y su nariz congelada. No hace nada más, se queda muy quieto.

Cuatro de sus sentidos dejan de funcionar, y así su cuerpo se centra en tomarlo toda de esa agradable sensación. Un largo gemido de completa relajación se le escapa en voz baja.

—Te agradecería que no te masturbases en mi baño.

Anthony se asoma con rapidez por la cortina. No sabe cuándo ha entrado, pero Marc está en el baño.

Maldición. Es muy silencioso, no deja de asustarle.

—¡No me estaba...! ¿Es que no sabes llamar?

—¿No es este mi baño? —habla con tranquilidad, y va a lo suyo, sin reparar en el menor—. No me has pedido permiso.

—Annie estaba en el otro, y tú no lo estabas usando —se defiende, achinando los ojos al máximo con recelo. Además, ni que el baño fuese de su exclusiva propiedad. ¿Cómo que “pedirle permiso”? Será idiota, engreído, borde egoísta, edgy lord...

Pero esas cosas no se las dice.

Tan solo le lanza una mirada siniestra, esperando a que se vaya de una vez. Es entonces cuando se fija en lo que está haciendo: con el pelo revuelto, los pantalones algo bajados y la camiseta de manga corta del pijama mal doblada dejando a la vista un pedazo de una de sus nalgas, Marc está de pie. Frente a la taza del váter con las piernas separadas y todo a la vista.

Abre los ojos como platos, y sus mejillas se colorean de un rojo intenso. Estira la cortina con energía y se esconde detrás.

—¿¡Estás meando mientras me ducho!? —pregunta en un chillido,

incrédulo—. ¡Fuera de aquí!

Marc no responde. A su ritmo, se recoloca el pantalón, baja la tapa y tira del botón de la cisterna. De la ducha sale un largo chorro de agua helada. Anthony pega un extraño grito al congelarse, y luego chilla unas ininteligibles palabras que él no se molesta en oír. Sale del baño y cierra la puerta a tiempo para que la esponja que el castaño le ha tirado choque contra ella y caiga al suelo.

—Será... —farfulla, intentando tranquilizarse y volver a relajarse cuando el agua sale caliente; pero ya es imposible.

Apoya la frente contra la pared de la ducha, y mira hacia abajo con los ojos abiertos en extremo, porque la imagen del miembro de Marc, completamente erecto; no se despega de su retina.

Tímidamente lleva la vista hasta el suyo, y se muerde el interior de la mejilla. Es la primera vez que ve ese específico trozo de carne entre las piernas de otro hombre. Claro que ha visto cosas en los vídeos súper hetero que visita de Internet, y en los vestuarios del instituto algo de reajo y sin querer, pero...

Es decir. Eso, lo de Marc... ¿Eso es normal?

Se extraña y se avergüenza al verse sonrojado. Su miembro, muy amablemente aunque con un poco de retraso, se ha levantado para saludar al otro.

Gira el manillar con brusquedad hacia el agua fría.

¡Marc es su hermano, por Dios! ¿En qué está pensando?

—Estúpido Marc... —susurra—. Es... Más grande que el mío...

Cosas de hermanos

A la mañana siguiente, Anthony se prepara el desayuno, engulle los cereales y se baja de un salto de la banqueta. Deja el bol en la pila y corre hasta la puerta.

—¡Hasta luego!

—Espera, Anthony. —Su madre, que sigue desayunando en la cocina con sus hermanos, le llama justo antes de que le de tiempo a poner un pie fuera. Frena en seco, se queda junto a la puerta corriendo en el mismo punto —. ¿A dónde vas con tanta energía?

—Voy al parque, vamos a jugar al baloncesto.

—¿Y por qué no te llevas a tu hermano? —propone, y Anthony hace una mueca incómoda antes de contestar.

—No sé si querrá.

No tiene ningún problema con ayudar a integrar a su hermano, pero se siente incómodo después de lo que pasó ayer en el baño. No sabe si podrá volver a ver a Marc de la misma forma... Al menos no hasta dentro de unas horas, cuando la imagen anclada en su retina se difumine.

El azabache se hace el loco. ¿Ir a jugar un partido con unos críos? Por Dios, ni de coña.

—Claro que sí —afirma la mujer mirando al mayor, que acaba de terminar su desayuno y deja el bol sobre la pila—. Vamos, cariño, vete con tu hermano. Te lo pasarás bien.

Marc la mira sin decir nada. ¿Se está refiriendo a él?

—Bueno, venga... ¡Pero date prisa, Marc, que ya voy tarde! —le apremia el castaño.

El chico vacila. Su supuesta nueva madre no deja de mirarle sonriente. No puede negar que la mujer es amable, pero que le haya metido en casa

precisamente a él, al más mayor y perdido del orfanatorio; y que ahora le llame cariño y le trate como a uno de sus hijos biológicos, es otro nivel. Es surrealista. No sabe si la mujer es tonta o si debería de estarle agradecido por el intento, pero ni en un millón de años logrará entender su forma de pensar.

Marc hace lo de siempre, asiente en silencio. Va junto al chico, que sigue corriendo sin moverse del sitio levantando las rodillas con un gesto impaciente.

Anthony le ojea de arriba abajo y arruga la nariz, porque mientras él lleva la camiseta de su jugador favorito de la NBA y sus zapatillas de deporte, Marc lleva la camiseta negra del pijama. Solo se ha puesto unos vaqueros y las mismas desgastadas zapatillas tipo Sinverse con las que llegó.

—Va, no importa. Ya no hay tiempo para buscarte algo. ¡Vámonos, venga!

Y le empuja presionándole la espalda para sacarle a rastras de la casa, y al cerrar la puerta echa a correr.

Marc le sigue, andando tranquilamente sin molestarse en acelerar el paso, con Anthony quejándose durante todo el camino y revoloteando a su alrededor intentando meterle prisa.

Cuando llegan al descampado el partido ya ha empezado. Anthony saluda a sus compañeros sacudiendo la mano.

—¡Anthz! —Kyle le saluda desde lejos. Oliver está detrás.

—¿A cuánto vais? —pregunta apenas lo alcanza.

—Siete a tres, acabamos de empezar —informa Noemí—. ¿Ese es tu hermano?

—¿Ah? —Anthony se inclina en posición de ataque y persigue con la vista la pelota, que acaba de ser robada por el otro equipo—. Ah, sí. Mi madre ha insistido y, bueno. ¡Marc! ¡Ven!

El mencionado se acerca, sin saber bien que está haciendo ahí. Tendría que haberse negado.

—Hola —habla Marc, y le saludan con un toque de cabeza.

Con rapidez Kyle se lanza a por la pelota, que acaba de pasar por su lado. Con un rápido juego de muñecas se la quita a uno de los críos de primero y se la pasa a uno de su mismo equipo, que la intercepta y corre

campo arriba con ella. El partido es solo un amistoso, pero siempre se lo toman muy a pecho.

—¿Te gusta el baloncesto? —le pregunta su hermano. El azabache solo se encoge de hombros—. Ponte a defender, ¡solo tienes impedir que encesten! —grita, y se va corriendo cancha arriba porque ha visto la oportunidad de robar la pelota.

Marc se queda defendiendo. Que para él significa quedarse de pie con cara de pocos amigos, pero eso ya es más que suficiente. A esa esquina del campo nadie se acerca. Tampoco los de su propio equipo.

Kyle y Anthony se pasan la pelota entre ellos. De vez en cuando el mayor tiene que girar o cruzar peligrosamente la pelota entre las piernas de sus oponentes, pasándosela a Anthony que, perfectamente cronometrado, la caza en el aire.

Van pasando los minutos, con ambos equipos corriendo campo arriba como si les fuese la vida en ello, y luego para abajo de igual forma. Gritan. Se pasan la pelota. Se la roban.

Se ve muy cansado, da pereza solo de verlo.

—Con el dúo dinámico esto es un poco aburrido —protesta otro defensa—. Ellos lo hacen todo, el otro equipo casi no puede acercarse y nosotros no estamos haciendo nada.

El dúo acaba por encestar, y exhaustos, vuelven a su zona chocando las manos.

—¡Buena! —grita Noemí. Anthony se coloca más atrás, apoyando las manos en sus rodillas para descansar un poco—. ¿Qué tal lo llevas, Anthony?

—Bien, supongo —intenta normalizar su respiración.

Kyle, también cansado después de más de media hora de partido, se une a la conversación. Aunque sigue atento al movimiento de la pelota de lejos.

—¿Supones? —Él también se agacha—. ¿Ha hecho algo tu hermano? —Al apartarse el sudor de la frente con el antebrazo su flequillo queda aún más en punta.

—Bueno, no, ese es el problema. Sigue sin hablar mucho, y... —Está a

punto de contar el asuntillo de la herida y su extraña desaparición nocturna, pero ante la inseguridad, prefiere esperar. O por lo menos escoger un sitio menos público—. No sé. Mamá y Annie le han cogido cariño muy rápido.

—¿Has sabido algo más de su vida? —pregunta Noemí, y Anthony, viendo sus intenciones, suspira.

—No, pero sigo sin pensar que sea un asesino en serie o un pirómano —chista, y se pone a la defensiva cuando cree que la pelota se acerca, pero Oliver se acerca corriendo y consigue desviarla y llevársela lejos—. Es solo que. No sé. Con Annie fue fácil porque era pequeña cuando llegó, pero con Marc es diferente.

—Anthz... Me preocupas —manifiesta Kyle. Anthony curva las cejas, con una pequeña sonrisa divertida mezclada con incompreensión—. Lo digo en serio —se reafirma, mirando de reojo a Marc para comprobar su posición, y continúa cuando ve que está suficiente lejos—. No sabes de dónde ha salido, qué cosas ha hecho...

—Vamos, Kyle, no exageres. Sé que... Bueno, sé que sus pintas no ayudan —da vagamente su brazo a torcer—. Pero eso no significa nada. Será su estilo —le defiende.

—Su estilo —repite Kyle, molesto—. Ir por ahí con esa cara y pasar de las personas que le han dado un techo y comida, es su estilo.

—¡Kyle! —le regaña. Es muy raro ver a Kyle de ese modo, hablando mal de alguien. Casi no le reconoce. Anthony entiende que eso solo puede significar que está realmente preocupado, pero sigue sin entender el motivo—. Todos estaríamos igual si nos adoptaran después de pasar... Bueno, lo que sea que le haya pasado.

Kyle se yergue. Sus cejas fruncidas y su rostro serio es lo que hace a Anthony alarmarse. ¿Sus amigos están viendo algo que él aún no ha comprendido?

—Anthz, no sabes por lo que ha pasado —le da la razón—. Y precisamente por eso, deberías tener cuidado.

—Creo... Creo que estás exagerando. —Aparta el rostro, incómodo; no

por la advertencia o la preocupada mirada de su amigo, sino porque empieza a cuestionarlo severamente.

¿Es Marc un peligro?

A unos metros, su nuevo hermano no se ha movido de donde él le ha dejado. Tiene las manos metidas en los bolsillos y está siguiendo la pelota con los ojos, pero tampoco parece estar por la labor de hacer algo o mover un músculo.

Sacan la pelota desde el centro del campo, y esta vez son los de primero los que consiguen golpearla. Noemí sale corriendo para recuperarla, pero el oponente consigue hacerle una finta y la primera barrera con los novatos de su equipo no consigue ni despeinar al jugador estrella del equipo azul.

—¡Defended! —grita alguien, y Kyle y Anthony se separan. Inclínados hacia delante, siguen con atención la trayectoria de la pelota. Cada vez está más cerca de la canasta.

El chico de primero avanza esquivándolos a todos, y corre hacia Marc, porque el chico está completamente ido. Ni está mirando.

—¡Ja! ¿Esta es vuestra defensa? —grita el chaval, con voz burlona y una risa aguda. Y nada más pestañear se ve de espaldas contra el suelo sin comprender qué ha pasado.

El azabache ha impedido que marquen.

La pelota se va pegando botes sin que nadie la coja, hasta que se para fuera del campo. A Marc no le ha hecho falta mover más que la mano para empujar y tirar al suelo al pobre chico. En cuanto ve la escena, Anthony corre hacia ellos.

—¿Pero qué haces? ¡Bruto, animal! —se queja en un audible chillido.

—Defiendo —responde él. ¿No es obvio? ¿No es eso lo que tenía que hacer? Qué pregunta tan estúpida.

El chaval se levanta con dificultad del suelo, y para cuando está de pie sus compañeros ya le han rodeado para ayudarlo. Acusan a Marc de jugar sucio.

—Hacer trampas es la única forma que tenéis de ganarnos.

—Tranquilos —se disculpa Anthony, interponiéndose entre él y su hermano—. Es la primera vez que juega al baloncesto, no sabe cuales son las

reglas.

—¿Qué? ¿Qué más da si es su primera vez? ¡Me podía haber matado!
—exagera, y le pega un empujón a Anthony. Le pilla desprevenido y se tambalea hacia atrás un par de pasos. Choca la espalda con el muro que es Marc y eso lo frena.

En un abrir y cerrar de ojos aparece Kyle y agarra al crío de la camiseta. Lo levanta dos palmos del suelo.

—¿Qué crees que haces, niño? —suenan calmados, pero sus ojos marrones están afilados como espadas.

—Es penoso que intentéis lesionarnos para ganar —se queja. Trata de zafarse pateando al aire, pero Kyle es mucho más alto y no le sirve para nada.

—¡Parad! ¡Parad! —grita Anthony—. No nos peleemos. Ha sido un malentendido. Vamos a seguir jugand... —Antes de que pueda terminar la frase, alguien ha lanzado la pelota desde lejos. Y ha ido a parar justo a su frente.

Esta vez sí se va al suelo, y no se golpea la cabeza de milagro.

—¿Quién ha sido? —grita Kyle, furioso. Suelta al chico apartándolo con desprecio y avanza desafiante hacia todos los demás. Su mirada pasa de uno en uno buscando una minúscula pista que delate al culpable.

—¡Kyle! ¡Para, por favor! ¡Estoy bien! —Intenta levantarse, sobándose la frente con una mano, pero tiene que cancelar la acción. Al intentar apoyar el pie este cruje y él hace una visible mueca de dolor.

—¿Te duele? —acude Noemí, pasando uno de los brazos de Anthony por sus hombros para ayudarlo a levantarse.

—Creo que me he doblado el tobillo... —musita.

Kyle afina tanto la vista que podría haber empezado a disparar rayos láser por los ojos hasta exterminar al otro equipo, si no fuese porque Anthony vuelve a pedirle que lo deje, que no es nada; y él le hace caso. Pasa el otro brazo de su amigo por sus hombros para sostenerlo.

—Vamos a llevarte al hospital —afirma sin discusión posible.

Anthony quiere negarse, pero el dolor que golpea su pierna como un

semáforo intermitente le impide liberarse e ir por su cuenta.

Los chicos se miran unos a otros, y se acaban marchando dando el partido por finalizado. Marc se queda unos segundos en el mismo lugar. No se ha movido desde que ha llegado y ya todo el mundo empieza a irse. Qué aburrido ha sido el partido —piensa—, antes de meter las manos en los bolsillos del pantalón y seguir a los chicos que escoltan a su hermano.



—Qué mal... Se suponía que iba a ser un amistoso —suspira Anthony, sentado en la camilla con el pie ya vendado.

A su lado está Kyle, los demás esperan fuera.

—La he fastidiado —se lamenta.

—¿Qué dices? —salta Kyle de inmediato—. Han sido esos críos estúpidos. Además, quien ha empezado a liarla con el otro equipo ha sido ese maldito Marc.

—No importa, Kyle —sonríe, pero él sigue farfullando.

—¿A quién se le ocurre? Ahora vas a tener que llevar eso en el pie solo porque no sabe jugar como una persona normal.

—Fui yo quien le dijo que defendiese —dice, y Kyle se ofende muchísimo, porque Anthony es demasiado bueno. La culpa es de ese estúpido adolescente edgy que no sabe comportarse como una persona normal. Y del maldito que ha tirado la pelota, que ya verá cómo averigua quién ha sido pero que tampoco quedará impune.

—¿Y qué importa eso? Solo tenía que tocar la pelota, no es tan difícil —protesta Kyle.

—Pero él no había jugado nunca, no conoce las normas...

Kyle le interrumpe con un chistido de incredulidad.

—No hace falta sacarse un máster para saber que pegar a las personas está mal.

—Kyle, no importa. Mira, ni siquiera me duele —miente.

—Claro que importa, ¿es culpa suya que te hayas hecho daño!
—aprieta los puños, furioso con el dichoso Marc. Hace ademán de levantarse, pero Anthony le coge la mano.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta agobiado.

—¡Voy a ir a por él, te va a pedir disculpas!

—Pero que no pasa nada, no me importa. De verdad.

—¡Pues a mí sí me importa!

—¡Kyle, déjalo ya! —eleva él también el tono.

—¿¡Pero por qué le defiendes!?

—¡Porque es mi hermano, Kyle!

Las palabras le caen como un jarro de agua fría. Deja de apretar los puños y solo se queda en pie, bajando la mirada hasta sus zapatos.

¿Cómo puede decir eso? ¿Por qué lo defiende? ¿Por qué considera hermano a ese borde que no es capaz ni de pedir disculpas, a alguien que conoce desde hace poco más que una semana?

¿Y qué hay de él?

Llevan siendo amigos desde Infantil, han estado juntos años y años. En la misma clase, en pupitres uno al lado del otro. Se han prestado el workbook, se han pasado las respuestas de los exámenes, saben cosas del otro que nadie más conoce. Pero Anthony nunca le ha llamado hermano.

Kyle calla. Se limita a esperar a que el médico regrese para que puedan marcharse.

Algunos minutos más tarde, Anthony sale del hospital con una muleta bajo el brazo. La lesión es leve, pero tiene el pie vendado y tendrá que llevarlo así un par de días.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, Oliver. Gracias a todos por acompañarme. —Echa un vistazo al móvil para ver la hora y se sorprende. Ya es la hora del almuerzo, ¿cómo ha pasado? Ni siquiera tiene hambre todavía—. Ya podéis iros a casa, es mega tarde.

—Te acompaño.

—No hace falta, Kyle —sonríe—. Marc puede llevarme.

Y antes de que Anthony siga hablando sobre su maravilloso hermano, Kyle asiente de mala gana. No sin antes soltarle una maliciosa mirada al azabache como aviso.

Anthony vuelve a casa con Marc, caminando muy despacio apoyándose en la muleta. Hace frío, y aunque el Sol radiante pega en sus mejillas cuando no está cubierto por alguna nube pasajera, las corrientes de aire campan a sus anchas por las calles rectas del vecindario.

Pasados unos metros, con sus dedos y sus antebrazos congelados por el aire que se cuele por su camiseta sin mangas, el castaño observa a su Marc, unos metros más adelante; y emite una pequeña sonrisa melancólica.

—Siento que tu primer partido haya sido un rollo —se disculpa, aunque no está seguro de que esas sean las palabras adecuadas para describir lo que ha pasado.

—Este no ha sido mi primer partido —desmiente, y Anthony aprieta el ceño con incompreensión—. En mi escuela jugábamos de otra forma —añade.

—¿Pero en qué clase de escuela...? —murmura.

Siguen caminando en silencio. El azabache delante y él unos metros más atrás, apoyándose con dificultad en la muleta. Desde atrás lo ve caminar. Marc está erguido, serio, sin expresión como siempre. Anthony sonríe, y no puede evitar reír tontamente por lo bajo.

—¿Qué te pasa? —pregunta Marc, deteniendo el paso hasta que su hermano, con extrema lentitud, le alcanza.

—Nada, me estaba acordando de cómo le has pegado a ese chico —confiesa, intentando aguantarse la risa. Solo consigue retenerla con los hombros temblorosos un momento. Luego rompe a reír—. Perdona, perdona. Es que estabas ahí, tan serio, y de repente se te acerca tan ilusionado...

Marc está esperando a que termine la frase, pero él estalla en una tierna risa que no tiene fin.

Con las mejillas coloreadas, intenta contenerse, pero sus hombros se mueven entre espasmos y de sus ojos cerrados salen un par de lágrimas de la risa. Marc no sabe si entre carcajada y carcajada tiembla de la risa o de frío.

Anthony se seca las lágrimas y se disculpa con la mano. Vuelve a andar, pero lo hace sin cuidado y su pie aúlla dolorosamente, tiene que pararse. Gruñe suave y largamente reprimiendo el dolor.

Sin avisar, Marc se agacha dándole la espalda. Le agarra cada pierna con una mano y se lo echa a cuestras. A Anthony apenas le da tiempo a reaccionar, consigue agarrarse a los hombros del mayor por los pelos para no caerse hacia atrás.

—¿Qué estás haciendo? —Sus verdes le miran interrogantes.

—Eres molesto y muy lento. Te llevo a casa.

—¿Gracias? —contesta con sarcasmo el despliegue de simpatía. Se revuelve, pero él no suelta sus muslos y no se puede bajar—. Puedo caminar yo solo.

Se pelean en silencio, con el castaño tratando de liberarse y el azabache negándose sin necesitar mucho esfuerzo.

—Te vas a comer el suelo —le advierte.

—Suéltame, ¡no soy un niño! —su voz se torna aguda e infantil. No necesita su ayuda para nada, aunque camine más despacio no está inválido.

—Solo cállate, ¿quieres? —dice fastidiado.

—¡No, párate! —Zarandeando las piernas y los brazos al aire, se le resbala la muleta y va a parar al suelo en un ruido aparatoso.

—¿No se supone que esto es lo que hacen los hermanos? —cuestiona Marc. Anthony deja de revolverse, y él también se lo pregunta.

El azabache se agacha con cuidado, sujetándole una de las piernas, y recoge la muleta con la mano libre para alcanzársela. Anthony la toma sin soltar otra queja. Hasta la forma de intentar ser simpático de Marc es brusca y siniestra, porque su actitud es tan seria que la acción más que tierna es violenta.

El menor entiende que en este momento debería decirle algo así como un agradecimiento, pero está confuso, porque la acción es más bien un secuestro. Sonríe, porque al menos Marc está intentando ser amable.

—Supongo —musita como respuesta, a modo de disculpa.

Así que pasa un brazo por el hombro de su supuesto hermano, y se inclina un poco hacia delante para no caerse, apoyando el pecho en su

espalda.

Se siente bien. Con el cuerpo pegado al de Marc las olas de aire se hacen más soportables, porque tiene la piel muy calentita. Al menos comparada con la suya, que se ha quedado pálida por el frío.

Apoya la barbilla en uno de sus hombros, y acaba cerrando los ojos y girando el rostro. La punta de su congelada nariz queda muy cerca del cuello del azabache. En cada respiración sus pulmones se impregnan de su aroma.

El olor de Marc es ciertamente extraño —piensa Anthony. No es fuerte, no lleva ningún tipo de colonia ni tampoco huele a sudor, básicamente porque apenas se ha movido en el partido. Pero tampoco es a flores ni a ningún tipo de comida. Simplemente es el puro olor de su piel. Y es un olor cálido, delicado, suave. Un olor que se le antoja familiar y reconfortante.

Anthony entreabre los ojos, y ve los oscuros cabellos de la nuca de su hermano a un centímetro de su pupila. Se aferra con mayor fuerza para no caerse, utilizando su brazo y liando las piernas alrededor de su cintura, y vuelve a cerrar los ojos, solo por un segundo más; dejando que Marc le lleve a casa. No puede negarse a la única muestra de interés que ha mostrado Marc hasta ahora, por brusca que haya sido. Quizás esta es la única forma que sabe de demostrar cariño.

Y se deja envolver por la calidez que su cuerpo desprende, y cierra los ojos contando los vaivenes que le hacen elevarse con suavidad a cada paso, viéndose a sí mismo aceptando el gesto del azabache de una forma más agradable de la que hubiese imaginado. Su fragancia, el calor de su espalda que le calienta el torso, sus manos que le sujetan con firmeza y su cuerpo que le sostiene el peso...

Respira profundamente, cruzándole los brazos sobre el pecho antes de relajarse al completo.

—Anthony —le llama Marc con voz calmada. Él abre los ojos sin muchas ganas. Están en el patio delantero de casa, junto a la puerta—. Ya hemos llegado.

—Creo que me he dormido... —musita desperezándose, y se cuestiona cómo y cuándo.

Marc se agacha y él vuelve a poner el pie y la muleta en el suelo. Abre la puerta y suelta un pequeño y silencioso suspiro cuando comprueba que el interior de la casa está calentito y sus músculos pueden por fin relajarse.

—Mamá tiene que estar al llegar. —Cojea y se tira de espaldas al sofá—. ¿Quieres jugar un rato a la Pley?

—No si puedo evitarlo.

—Bueno, como quieras —pasa de insistir. Se sienta para encender la consola y coger el mando. Ya se está acostumbrando a las respuestas de su hermano. A lo mejor no se comporta como un borde, simplemente es su forma de expresarse; simplemente es un borde—. Oye, Marc —le llama antes de que se vaya. El azabache no le mira, pero igualmente él sonrío—. Gracias.

—No me des las gracias, ya estamos en paz —aclara, y Anthony va a preguntar, pero él ya ha desaparecido escaleras arriba.

—¿En paz? —Da suaves toques al mando esperando a que se encienda la consola—. No funciona así —musita, de golpe otra vez confuso.

In Spanish, please

—¡Hermanito! —gritan los dos chicos a coro. La puerta se abre de golpe y sus hermanos llegan como un terremoto.

Al azabache, sentado en el escritorio de su habitación, apenas le da tiempo a levantar la vista de los papeles.

—¿Qué estás haciendo, hermanito? —preguntan al mismo tiempo. Annie se pone de puntillas, asomándose por el borde del escritorio para intentar ver algo. El mayor le rodea por el otro lado, mirando los papeles con el codo apoyado en la mesa sujetándose el moflete.

—Nos aburrimos —dice Anthony.

Marc suspira, y cierra el libro dejando atrapada entre las hojas la libreta en la que estaba escribiendo.

—Pues leed un libro o ved la tele. —Se recuesta en el respaldo de la silla, cruza los brazos sobre el pecho.

—¿A ver? ¿Estabas haciendo los deberes de Matemáticas?

Intenta coger la libreta. Él todavía no los ha hecho, y tienen el mismo profesor, así que...

—Si no los haces por ti mismo. —Descruzando con pereza los brazos, sujeta la tapadera del libro para que no pueda sacar la libreta—. No vas a aprender.

Anthony le echa una mirada maliciosa, pero abandona el intento. Siempre tiene el plan B, copiarlos de Ryota cinco minutos antes de empezar la clase. Hacer los deberes por sí mismo es el plan Z, después de llevarle gominolas a Noemí para que le preste los suyos, publicarlo en Yahooo, o simplemente no hacerlos.

—Hermanito, vamos a jugar. —Annie le tira de la camiseta.

—Llevas aquí todo el día desde que hemos llegado, y ya es de noche

—apunta Anthony.

Y es cierto, porque desde que volvieron del hospital el azabache solo ha bajado unos escasos minutos para almorzar cuando su madre y Annie volvieron del cine. Tampoco había dicho nada cuando todos se sentaran en la mesa y Ellen se diese cuenta del vendaje que ahora cubría el pie de su hijo, ni cuando Anthony le contó a su madre lo bien que se había portado con él, acompañándole al hospital y luego llevándole a casa.

Entonces habían terminado de comer, el azabache se había encerrado en su habitación y Anthony se había puesto a jugar con la hiperactiva Annie a los superhéroes, y luego a las princesas. Hasta que la luz del Sol se hizo insuficiente y tuvo que levantarse para encender la lámpara, que se sorprendió al ver el cielo tan apagado y el alumbrado de la calle ya encendido. No había hecho ninguno de los deberes que le habían puesto en todo el día. Y para evitar pensar en ello y sentirse culpable, le había propuesto a su hermana hacerle una visita a Marc.

Así que, saltando a la pata coja con Annie imitándole por el pasillo, habían contado hasta tres para irrumpir en el cuarto.

—Ya mismo bajaremos a cenar —informa Anthony, cogiendo una figura con forma de dinosaurio que hay en una balda desde antes de que Marc llegase. Con un pequeño salto se sienta en la cama, apoyando la espalda en la pared y manteniendo su pie vendado en posición horizontal.

—¡Marc, juega conmigo a las princesas! —exclama Annie.

Anthony forja una pequeña sonrisa, imaginando al mayor dar vueltas con la corona y la varita mágica con purpurina y forma de corazón que siempre le obliga llevar a él.

—Sí, Marc, será divertido... —especula, acariciando la figurita lentamente, maravillado por la idea.

—¡Tú serás el príncipe y yo la princesa! —grita, moviendo las manos con mucha ilusión.

—¿Eh? —se le escapa a Anthony.

El azabache mira a la pequeña, y esta le devuelve la mirada con los ojos tan enormes como brillantes. Marc separa la silla, y coge a la niña para sentarla en una de sus rodillas de lado. A ella parece encantarle el gesto, porque mueve las piernas emocionada y no deja de mirar al mayor desde

abajo con las mejillas algo sonrojadas.

—¿Yo el príncipe? —Su voz suena neutra, le mantiene la vista a Annie pero sin cambiar la inexpresividad de su rostro.

—¡Sí! ¡Uno muy guapo!

El castaño mira con recelo la escena. ¿Qué tiene Marc que él no tenga? —piensa, dándole vueltas al dinosaurio—. Ah, ya. Veinte metros de alto.

Apoya la cabeza en la pared. Aquí, mientras ve a Marc sujetar a Annie en sus rodillas, no puede evitar pensar en lo adorable que los dos se ven. Como él mismo y Annie, como si fuesen hermanos desde hace más que apenas una semana. Y el nudo de dudas que oprime su pecho con el azabache como epicentro se va haciendo más y más pequeñito. Hasta que se encuentra sonriendo tontamente sin poder apartar la vista. Agradece no haber corrido a contarle a su madre sobre la escapada nocturna, porque definitivamente, este chico no puede ser un peligro.

De pronto, un fuerte golpe interno hace a su pecho retumbar en un inesperado y único latido, cuando los labios de aquel a quién ha empezado a autodenominar hermano se abren, dejando a la vista una hilera de relucientes dientes blancos que se asoman tímidamente, construyendo una sonrisa imposiblemente fingida.

Anthony nota cómo su propia sonrisa se desvanece en una nube de confusión, porque el tiempo corre entonces a una velocidad tan pausada que parece detenerse un instante. No sabe cuándo sus ojos se han abierto de esta forma, ni que su pupila era capaz de contraerse hasta ese límite.

Con los dientes perfectamente blancos y lineados, los párpados ligeramente cerrados y un par de arrugas adornando a los lados de sus ojos azules, estos se almendran; acompasadamente con la extensión de su deslumbrante sonrisa.

¿El rostro de Marc siempre ha sido tan... fascinante?

Entonces, solo un par de segundos después de abrirse, esos labios capaces de detener el tiempo vuelven a cerrarse.

Anthony ve que el mayor le está mirando, y aparta discretamente el rostro preguntándose cuánto tiempo lleva sin pestañear. No ha alcanzado a oír la voz de su madre, que les está llamando desde abajo para que vayan a cenar.

Marc deja a Annie en el suelo, abre la puerta y la pequeña sale

corriendo. Él va detrás, pero Anthony se queda sentado. Intentando recordar cómo pestañea la gente normalmente.

Se levanta de la cama, y vuelve a la realidad cuando apoya su pie vendado, porque este le saluda mandándole una fuerte punzada de dolor. Sacude con brusquedad la cabeza de un lado a otro despeinando su flequillo, y da un leve resoplido antes de salir del cuarto a la pata coja.

En la cena Anthony apenas habla.

El chico no levanta la cabeza más que en un par de ocasiones, cuando su madre le pregunta qué tal tiene la pierna o si quiere algo más de comer. Menciona algo sobre ir de tiendas para comprarle ropa a Marc, y Annie insiste en ir para ayudar a escogerla porque, según ella, sus muñecos siempre van a la última moda.

Cuando acaba de cenar, Annie se ofrece a llevarle el plato hasta el fregadero, pero es una tontería, porque la niña aún es pequeña y no puede llegar a la encimera. De todas formas él asiente, y vuelve a subir las escaleras a saltos.

—Mamá, ¿qué le pasa a Anthony? —pregunta Annie, acostumbrada a que se tire toda la cena hablando de cualquier cosa por tonta que sea.

—Déjale descansar, cariño —sugiere la mujer, revolviéndole el cabello—. Los calmantes le tendrán adormilado.

En la planta de arriba, Anthony cierra la puerta de su habitación y se queda en pie recostado sobre ella.

Se siente raro.

Su estómago se agita y sus párpados se cierran con un suspiro. No es nada, no le pasa nada; intenta convencerse. Simplemente ha visto a su hermano feliz. Le ha visto feliz y eso significa que después de todo a Marc le agrada estar aquí, ser parte de la familia. Es complicado saber el estado de ánimo del azabache por sus gestos o expresiones porque rara vez muestra sentimiento alguno, y se ha sorprendido al verle sonreír de verdad por una vez. Eso es todo. Pues claro que eso es todo.

Cojea hasta tumbarse en la cama, y se queda mirando el techo.

¿Realmente está bien que se confíe?

Sigue sin saber de dónde viene o a dónde fue la otra noche, o cómo se hizo la herida en el pecho. Todavía no ha confirmado que los chicos que berreaban en su ventana fuesen sus amigos. Tampoco sabe cosas básicas

como qué odia, o qué le gusta; cómo fue su infancia y su familia. O si está a gusto, o qué piensa de ellos; qué piensa de él.

No sabe nada.

Hunde la cabeza en la almohada y se tapa con los extremos. Las imágenes pasan efímeras por su mente, reproduce las voces de sus amigos y familia una y otra vez: la de Kyle elevándose en un arranque de racionalidad, sus amigos discutiendo las posibilidades de su pasado, su madre y su hermana confiando a ciegas en él... Los gritos de esos tipos que le llaman desde la ventana. Su expresión desinteresada. Sus palabras cortantes. La sangre.

No tiene ni idea de si Marc es peligroso.

Suspira, angustiado, porque si es así, la seguridad de su familia recae sobre sus hombros.

—Tengo que saberlo —susurra, levantándose rápida pero silenciosamente. Atraviesa el pasillo con una velocidad sorprendente para estar cojo de una pierna, e irrumpe en la habitación sin siquiera avisar con toque alguno.

—¿Otra vez aquí? Creía que tenías tu propia habitación —habla Marc, arrodillado sobre el suelo. Se está atando los zapatos.

El menor frunce el ceño. Todos los buenos pensamientos y la alegría de verle mínimamente integrado se han desvanecido.

—¿Vas a salir otra vez?

Marc nota el tono exigente de Anthony, y cuando termina de atarse los cordones se levanta. El castaño tiene que elevar el cuello para mantenerle la mirada, pero su expresión desafiante no disminuye un ápice.

—Es posible —contesta escuetamente, consiguiendo crisarle aún más los nervios.

—¿A dónde vas? —exige. Anthony está muy serio, es la primera vez que lo ve así; como está siempre sonriendo cuesta creer que también pueda poner esa expresión. Aunque le queda más adorable que agresiva.

—No te interesa.

—Claro que me interesa. —Eleva el volumen sin darse cuenta.

—¿Qué te ha dado? —Con gesto cansado, se sienta en la balda de la

ventana abierta, apoyando la espalda en el marco. Del bolsillo de su camisa saca un cigarrillo que no tarda en prender.

El horror se refleja en los verdes.

—Contéstame. —Cojeando para llegar hasta él, se lo quita. Lo apaga furioso contra el escritorio.

Lo que le faltaba por ver.

Marc enarca una ceja, pero no le da demasiada importancia, porque tiene más. Coge uno nuevo del mismo bolsillo.

—¿Fumas? —La pregunta es un reproche, pero obtiene una respuesta de todos modos.

—No. —Cargada de sarcasmo, una de sus manos sobrevuela su pecho en un fingido gesto de ofensa. Sujeta el cigarrillo en el lateral de sus labios. Las palabras suenan distintas mientras se palpa los bolsillos y saca el mechero—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Anthony se lo quita antes de que le haya dado tiempo a prenderlo. Lo aprieta en el puño doblándolo por la mitad.

—Fumar acorta la vida.

—No tenía pensado vivir mucho. —Ahora él también está molesto. Los cigarrillos no caen de los árboles precisamente, de hecho, son bastante caros.

—Marc... —Intenta tranquilizarse, recordando que no ha venido a pelear. Ignora el asunto del cigarrillo y se lo guarda en el bolsillo. Mentalmente se apunta ventilar el cuarto para que su madre no se entere—. ¿De dónde vienes?

Él le mira unos segundos, no entendiendo por qué tanto jaleo por la obviedad que va a ser la respuesta.

—Del orfanato.

—No... No me refiero a eso. —El azabache, o no comprende, o simplemente se hace el tonto. Y eso le crispa aún más los nervios. Le hace querer gritarle que deje de ser idiota, que diga más de dos palabras seguidas y sin sarcasmo; pero trata de controlarse—. ¿A dónde fuiste anoche?

—No me acuerdo —miente sin esforzarse.

Anthony mantiene la compostura con dificultad. Nadie podría decirle

que no lo está intentando con toda su alma. Su voz se eleva sin pretenderlo, quizás demasiado.

—Contéstame en serio. Soy tu hermano, tengo derecho a saber.

—No somos hermanos realmente —aclara con desgana lo que debería ser obvio. Y aún así, las palabras parecen afectar mucho al chico, porque su expresión cambia drásticamente.

—¿No me...? ¿No me consideras tu hermano? —musita, desviando la vista hasta el suelo. Tampoco esperaba que diera saltos de alegría o que fuesen cogidos de la mano cantando ser hermanos felices, pero después de ayudarlo, y después de ver cómo sonreía con Annie... Pensaba que, aunque solo fuese un poquito, empezaba a considerarle como tal.

Marc evoca un leve suspiro. Se levanta de la ventana con desgana para acercarse a él.

—Anthony. —Observando las temblorosas pupilas, piensa en lo ridículo que es este chico por darle tanta importancia al tema. Luego usa un tono tan cariñoso que Anthony no puede evitar que se le ericen los pelos de la nuca—. Tú no quieres que sea tu hermano.

—¿Por qué dices eso? —murmura, pero el mayor se separa y vuelve a acercarse a la ventana, dándole la espalda. Él también se acerca, porque no está dispuesto a verlo marchar de nuevo sin haber sacado nada en claro.

—¡Maaarc! —gritan al otro lado de la ventana. Su corazón pega un fuerte latido por el susto.

Es esa voz de la otra noche, son esos niñatos otra vez.

—No te vayas. —Se apresura en retenerle, angustiado.

—No lo entiendes —dice, y Anthony aprieta los dientes, tratado como un crío que no es capaz de entender. ¿Qué es lo que no entendería, qué tiene que entender?

—¡Pues explícamelo! —exige penosamente. Su corazón se está acelerando.

Otra noche no. Quiere saber, ¡necesita saber!

—¡Deja caer tu melena, princesa! —Un tono burlón al otro lado de la ventana.

—Mira, hablamos en otro momento. O mejor no —zanja. Pero, con el pie flexionado a punto de bajar, se ve enganchado en la mano de su hermano. Dubita un momento, con las orbes del chico exigiendo una respuesta y sus dedos enredándose en la manga de su sudadera.

Baja el pie de la repisa, y lo sujeta de los brazos haciéndole dar un par de pasos hacia atrás. Se aleja con él de la ventana para que desde abajo no puedan verle.

—¿Por qué no nos dejas ayudarte? —pregunta Anthony.

El menor, angustiado, se debate entre los gritos que llaman a su hermano, la impotencia de saber que no puede retenerle, y la inseguridad de no saber con quién comparte techo. Porque sabe que Marc ha ido dando tumbos de familia en familia, es una de las pocas cosas que su madre le ha contado; y probablemente así seguirá si tiene que irse también de la suya, con esa actitud de imbécil y esas escapadas extrañas.

Ah, pero Marc cumple la mayoría de edad muy pronto, entonces también lo echarán del orfanato.

—¿Por qué te importa tanto, Anthony? —le pregunta. Él ladea el rostro, opacado, cansado de haber pensado y repensado tantas veces el mismo tema en los últimos días.

Marc puede ser peligroso para su familia, eso lo entiende. Entonces debería contarle. Solo tendría que ir a despertar a su madre, que está ahí mismo, durmiendo a un par de metros. Le hablaría de sus desapariciones y de la herida en su pecho, y Marc volvería de una patada al orfanato. En un par de años ni siquiera le recordarían.

Esconde los ojos detrás de uno de sus antebrazos, porque un par de lágrimas traicioneras amenazan con escaparse.

—Porque sé lo que es perder a uno de tus padres. —Con los ojos tapados y la voz quebrada, el menor da un respingo—. Y tú has perdido a los dos y estás solo.

Y como solo sucede raramente, los ojos de Marc se abren con expresividad; con confusión y tristeza. Porque el chico que se derrumba delante suya, está llorando por él.

Ha resumido en una sola frase su vida entera, en una combinación de palabras que se supone debería hacerle sentir algo, que debería hacer a sus

nervios saltar, o inclinarle a mostrar tristeza, o decepción, o un sentimiento más allá que un simple levantamiento de párpados algo más amplio de lo usual. Sin embargo, no es él quien llora.

Empatía... ¿De verdad existe ese sentimiento?

—Yo solo quiero... —intenta volver a hablar, sorbiéndose la nariz—, ...que te quedes con nosotros. Que sonrías como lo has hecho antes.

Marc no sabe cómo reaccionar, qué debería responder, o si realmente debería decir algo. Porque aquí, sujetando los brazos de este chico que le llama hermano y llora con los labios temblorosos, una punzada de culpabilidad sacude su estómago.

Empieza a cuestionar firmemente si su forma de pensar está correcta, si no es tan extraño que esa familia le trate ahora como uno más, si debería fingir él también hasta que el sentimiento acabe materializándose. Hasta convertirse en un lazo como aquel que une a los que verdaderamente comparten la misma sangre.

Marc le coge la muñeca, le aparta el brazo dejando a la vista un par de ojos vidriosos que se abren para él.

—Así que eres un llorica. —Esboza una fina sonrisa.

Él pestañea con rapidez, apartando las lágrimas para negarlo, pero la voz no le sale porque Marc se acerca mucho de pronto, lleva sus labios hasta su frente. Le deposita un casto beso que no hace ruido.

Cuando vuelve a erguirse, Anthony le está observando desde abajo, atónito, con sus ojos verdes exageradamente abiertos. Ha dejado de llorar al instante.

Se hace un silencio excesivamente incómodo.

Marc no sabe por qué lo ha hecho, pero el chico ha parado de lloriquear, así que todo bien. No se lo piensa dos veces. Aprovecha su confusión para separarse y se encarama de nuevo a la ventana. Echa la vista atrás para ver cómo ya no le persigue. Anthony se ha quedado en shock y ya no dice nada, pero le sigue mirando directamente con las cejas curvadas en una visible preocupación. Marc se muerde el interior del labio, pensando.

—Voy a volver —siente la necesidad de aclarar, y se queda unos segundos estático en la repisa. Él, ni contesta, ni hace un solo gesto, así que Marc se pone la capucha y se desliza por la tubería desapareciendo de su visión una noche más.

—Por fin —escucha decir a uno de los chicos de fuera—. ¿Te la estabas cascando, verdad?

—Cállate, tenía que mear —habla Marc con voz grave, completamente opuesta a la suavidad de hace un momento.

Anthony se ha quedado solo en la habitación, a oscuras y en completo silencio. Otra vez.

Se soba la frente y se da la vuelta sin poder haber resuelto ni una de sus preguntas. Ahora está aún más perdido.

Marc es imposible de leer, es como si estuviese en otro idioma. Un día es un completo capullo y al otro le da un beso en la frente. Porque, ¿a qué demonios ha venido eso? Es... Ha sido muy raro.

Vuelve a su cuarto extremadamente confuso y se deja caer en la cama. Se protege del frío haciéndose un burrito entre las sábanas, y está tan shockeado que se le olvida la pequeña posibilidad de que debería ir corriendo como el viento a contárselo todo a su madre.

Porque debería, ¿no?

Coge el móvil para mirar la hora y se percata de la oleada de mensajes que le ha dejado su mejor amigo.

retrasado

hoy

Avisa cuando llegues a casa 14:33pm

Siento haberme puesto borde antes...

Me da un poco de pene reconocerlo

Pero supongo que Marc en el fondo es buena gente

Ups pene*

Pena**

Pudo autocorrector siempre igual 17:27pm

Anthz

Sigues vivo? 20:27pm

Antoniaaaaaaa

Antoniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa 21:49pm

23:56pm Claro que estoy vivo, retrasado

Alubia

Aleluya*****

ea a la mrda xd 23:56pm

23:57pm Quedamos mañana?

mñn coy de esclada cn mi pdre 23:57pm

23:57pm Ah, me lo dijiste

ns si has ledo el grupo pro el lunes es festivoç
y estn diciendo de ir a la bolera
pq han puesto 2x1 en partidas
t vienes? 23:58pm

23:59pm No sé, con la pierna...

vaaa, q vas a estae
todo el doa aburrido en casa?? 23:59pm

Supongo

Mi madre va con mis hermanos a ver ropa

00:00am Me tendré que quedar solo

00:06am Kyle? Te has quedado dormido?

noo

el luns voy a tu cas ntoncs

m vy a dprmir buens nodheeesç 00:14am

00:07am Buenas noches Kyle

Anthony sonríe, y bloquea el móvil dejándolo sobre la mesita. Piensa que Kyle es un tonto a veces, pero agradece infinitamente tenerlo como amigo, porque sabe que si no fuese por lo pesado que es no podr a haberse relajado en toda la noche.

Los dos príncipes

Al día siguiente, el Sol sale temprano de su refugio entre las montañas. Él se limita a reunir unas pocas fuerzas para abrir los párpados, con el rostro hundido en la mullida almohada y la nariz sobresaliendo. Degusta esa sensación de incertidumbre al despertar, yaciendo sobre el colchón con los pensamientos bloqueados y la respiración pausada. Hasta que algo hace clic, y todo vuelve empujándose entre sí para recordarle que hay un mundo fuera que tiene que atender.

Se levanta de golpe. Recoge la persiana y tiene que entrecerrar los ojos cuando la brillante luz del Sol le abofetea la cara.

Lo primero que hace es dar cinco largas zancadas, caminando todo lo aprisa que su tobillo le permite; para llegar a la habitación al otro lado de la escalera. Con el puño levantado, se lo piensa antes de llamar, pero acaba abriendo la puerta sin pedir permiso.

Se encuentra con una habitación vacía.

La manta está desordenada, cae en cascada hasta el suelo. La ventana está abierta. Marc no está. Se muerde el interior de la boca con nerviosismo.

¿Qué le va a decir a mamá?

El agobio le vuelve de golpe, y sus cejas se curvan exageradamente en un gesto de preocupación. Si le cuenta que él lo ha visto marcharse, dos veces; tendrá más problemas, porque ni ha intentado retenerle ni ha ido a contárselo inmediatamente, que es lo que debería haber hecho.

Entra para poner bien la manta, y la levanta como si Marc fuese a surgir de entre los pliegues para borrar su problema. Luego abre las puertas del armario, despacio, como si temiese qué pudiera encontrar escondido. Se relaja mínimamente cuando ve la cochambrosa mochila del azabache descansar sobre la cajonera. Todas sus cosas están aquí, esta vez tampoco se ha ido para siempre. Al menos cumple su palabra.

Baja las escaleras musitando. Cuando entra en la cocina puede volver a

respirar con normalidad. Marc está subido en una de las banquetas, desayunado con mamá y Annie.

—Por eso a final de curso te harán también los exámenes de primero —está diciendo su madre. Marc está sentado en frente, asintiendo levemente. No han reparado en Anthony todavía—. Sé que es complicado, pero las que no apruebes puedes recuperarlas en septiembre. En el orfanato me dijeron que te sacaste allí la secundaria con muy buenas notas.

—Sí —confirma él, comiendo mientras. Ellen sigue felicitándolo pero a él no le interesa mucho. La mujer suspira con satisfacción, y con ternura lo ve comer.

—Los profesores han sido muy amables haciéndonos el favor, es una suerte que puedas hacer los dos cursos en uno y no tengas que perder un año.

—Buenos días... —Anthony se acerca con inseguridad.

—Buenos días, cariño. —Ellen le da un bol vacío y le acerca el cartón de leche y los cereales. Marc ni le saluda ni levanta el rostro para verle.

Anthony trata de disimular lo mejor que puede. Sonríe, y caminando como un robot al que no le han programado aparentar humanismo, se sienta junto a su madre. Todos están muy felices, como una familia normal. Hasta que él abra la boca para contar lo que pasó anoche y fastidie el desayuno a su familia. Y la semana. Y el mes.

—Uy, ¿has dormido mal? Tienes ojeras —advierte Ellen. El chico niega de forma queda, pero acto seguido eleva uno de sus hombros.

—Sí, no sé. Es que me desperté a media noche —le resta importancia. Lo único que le preocupa ahora es el azabache, que está desayunando con total tranquilidad. Con su maldito rostro serio e impenetrable como siempre.

—Yo sí que he dormido mal —protesta Annie—. Anthony no se callaba.

—¿Otra pesadilla? —Su madre le chequea de arriba abajo muy preocupada, y le peina un poco el pelo porque está totalmente desaliñado. No ha pasado por el baño antes de bajar a la cocina, con la angustia se le ha olvidado.

—No sé, no me acuerdo —evita la conversación. Se llena el bol hasta

arriba y come despacio. No deja de analizar a Marc de reojo.

—Bueno. —Decide no insistir, su hijo nunca quiere hablar del tema. Coge su bolso de la mesa—. Me voy a trabajar. Para comer podéis hacer los filetes de la nevera.

—Vale, mamá —se despide Anthony, zarandeando la mano.

Incluso un domingo por la mañana como hoy, su madre tiene que ir a la empresa. Trabaja demasiado.

—¡Adiós, mami!

—Adiós —habla Marc.

Cuando se cierra la puerta Annie también se levanta.

—¿A qué vamos a jugar? —pregunta muy ilusionada. Anthony está masticado. Se queda mirando a la pequeña sin ninguna expresión en la cara, pero por dentro está quejándose muy fuerte. Todos los domingos es lo mismo, hacer de niñera de Annie. Algunas semanas tiene la suerte de que Kyle viene a hacerle compañía y hasta juegan a videojuegos los tres juntos, pero esta vez no es el caso.

Aunque... Sí que tienen un “invitado” nuevo.

—¿A qué quieres jugar? —pregunta él, con el moflete derecho hinchado de cereales. Mientras tanto, Marc también termina de desayunar. Pasa por detrás de Anthony y de la niña para poner el bol en el fregadero, y luego sigue andando para salir de la cocina.

—No sé. —Annie corre hasta el azabache. Le atrapa sujetándole el pantalón del pijama con sus pequeños puños y él tiene que detenerse—. ¿A qué quieres jugar tú, hermanito?

Marc baja la barbilla para mirarla. Parece sorprendido.

—¿Yo? —pregunta, con tono desganado y sus ojos azules entrecerrados como siempre.

—Sí, eso, Marc... —A Anthony le encanta la escena, porque el azabache no sabe cómo responder. No se le da bien ser sociable con personas, por eso es muy divertido ver cómo reacciona cuando Annie, que es extremadamente cariñosa, se le echa encima—. ¿A qué quieres que juguemos?

—¡A papás y mamás! —exclama, zarandeándole violentamente la tela del pantalón, y sin esperar una respuesta sale disparada escaleras arriba—. ¡Venga, vamos!

Anthony también termina de desayunar, y se levanta de un pequeño salto del que enseguida se arrepiente. Se olvida de su lesión todo el rato, menos mal que su tobillo se lo recuerda amablemente todas y cada una de las veces. Pasa por detrás de su hermano cojeando.

—Vamos, Marc —le apremia, subiendo las escaleras a saltos.

El azabache se queda un rato más en la entrada, preguntándose si de verdad es necesario. Está cansado de lo que hizo anoche. ¿Y qué son estas confianzas?

Como sea, él también sube.

Cuando llegan a la habitación ya está todo preparado. Annie ha colocado una pequeña mesa con taburetes sobre la alfombra y ha acercado la cocina de juguete a un lateral para delimitar lo que sería el interior de una casa. Le ha dado tiempo hasta de poner elementos de decoración: un jarrón de plástico con una flor en medio de la mesa y unas cacerolas sobre la falsa hornilla como si estuviese cocinando algo.

—Tú ponte ahí —le ordena al azabache. Él va a entrar en la alfombra, pero la niña le frena con un agudo chillido. Parece que la estuvieran matando—. ¡Eso es la pared, por ahí no se puede pasar! —chilla muy ofendida.

Anthony, apoyado en el marco de la puerta, se ríe por la nariz. Trata de disimular cuando el mayor le mira porque le ha oído. La niña señala con su pequeño dedo una parte de la alfombra. Ha colocado dos lápices pegados formando una línea, dando a entender que eso es la puerta, clarísimamente.

El chico adelanta un pie, no muy seguro de si lo está haciendo bien. Ella asiente con una sonrisa y no le regaña, así que sigue andando.

Es altísimo.

Las banquetas de la mesa apenas le sobresalen por encima del tobillo. Se sienta en una, y entonces ya sí que Anthony no se puede aguantar la risa, porque su hermano es como un gigante en una casa minúscula, tiene que doblar las rodillas y ponerse de lado para poder acercarse a la mesa. Annie le pone delante un plato con una patata sin pelar y un pegote de arroz de plástico muy poco realista.

—Tú eres papá, y yo me voy a trabajar. —Coge una mochila con forma de conejito y se la pone con dificultad porque sus bracitos aún son muy cortos—. Para cuando vuelva tienes que haber hecho la comida —le advierte muy confiada.

—Vale —asiente.

Igual no estaría tan incómodo si Anthony no estuviese en la puerta señalándole y meándose de la risa. Pero claro que se ríe de él, porque para una vez que no le ha tocado hacer de esclavo de Annie lo piensa gozar como nadie.

—Tienes que pelar la patata, así. —Annie le coge las manos, poniéndole un cuchillo de cortar plastilina en los dedos—. Y cuando la hayas pelado la echas en el cazo.

—Muy bien. —Asiente, como si la explicación hubiese sido muy complicada pero él la ha comprendido perfectamente. Supone que la niña se acabará cansando, así que le va a seguir el rollo hasta entonces y todo listo. Tampoco es como si tuviese algo mejor que hacer, su plan para hoy era mirar el techo desde la cama, y quizás dormir un poco.

Se siente incómodo, y desconcertado porque nunca había tenido algo como una hermana pequeña con quien jugar. Resulta muy fastidioso..., pero es adorable al mismo tiempo.

—Pues me voy a la empresa —enuncia muy contenta. Seguramente esa actitud la haya sacado de su madre, que por lo que él sabe, les ha criado sola y siempre está trabajando. La niña se pone de puntillas y le da un beso en la mejilla que le pilla bastante desprevenido—. Hasta luego, papá. —Salta los lápices del suelo.

A Marc se le ha quedado cara de idiota. Puede que esta clase de cosas impliquen demasiado contacto para él. Anthony trata de controlarse, riéndose esta vez muy bajito.

—¿Y yo que soy? —pregunta desde la puerta.

La niña se sube a la cama, estira las manos como si sujetara un volante y se queda reflexionando. Se había olvidado de él.

—Tú puedes hacer de paisaje —sugiere, conduciendo por la carretera inexistente.

—¿...Cómo? —Se le ha borrado la sonrisa al instante.

—Ponte por allí, así. —Junta las palmas de las manos sobre la cabeza para ilustrarle—. Como un árbol.

Sentado en la minúscula banqueta, Marc sonríe visiblemente. Anthony, farfullando por lo bajo, hace lo que la niña le ha dicho: se pone de rodillas en una esquina fuera de la alfombra, con los brazos en alto y una cara de asco importante.

—¡Oh, no! ¡Los frenos no funcionan! —grita Annie zarandeando los brazos—. ¡Me han saboteado el coche!

Marc la mira sobre el hombro porque la cama está a sus espaldas. La niña se ha puesto a rodar sobre la colcha de un lado a otro. Grita muy alto y patalea con fuerza.

—¡Nooo! ¡Debe haber sido la competencia!

De repente se queda bocabajo, quieta. Cambia la voz, y sin moverse, empieza a hacer ruidos con la boca. Primero hace la sirena de una ambulancia, luego varias voces de personas distintas. Da un poco de mal rollo. Luego empieza un diálogo con ella misma.

—¡Dios mío, ha tenido un accidente, tenemos que salvarla!

—¡Usaremos el suero!

—¡No, ya conoces los efectos secundarios!

—¡No hay otra forma!

Se incorpora de rodillas sobre la cama, inyectándose el suero ese, que es su dedo índice. Simula tener convulsiones y hace ruidos muy raros con la boca. Marc busca a Anthony, interrogante, y este aclara su incomprensión sin pronunciar palabras; simplemente niega con los párpados entrecerrados, y luego se encoge de hombros sin cambiar su pose de árbol. Annie siempre hace cosas de estas.

—¡Oh, no! ¡Ahora soy un dinosaurio! —grita poniéndose en pie. Mantiene los brazos pegados al cuerpo como un pollo y empieza a dar pisotones sobre la cama—. ¡Groaaar!

Se baja de un salto y empieza a pegarle patadas a los muebles de la casita. Parece ser que a ella no se le aplica la regla de entrar por la puerta,

porque atraviesa la alfombra por cualquier lado y se pone a tumbar las cosas. Echa abajo la cocina, dobla los taburetes, mueve la mesa. Lo único que no pone patas arriba es el asiento donde está el azabache, que le sigue con la mirada mientras lo destroza todo. Le da igual mandar a volar todas las piezas de plástico porque, obviamente, quienes van a recogerlas después son sus hermanos.

—¡Ya no queda nada, pero quiero más! ¡Groaaar!

—¡Ay Dios mío, que no me coma a mí! —exclama Anthony sin moverse. Ya se le están cansando un poco los brazos, a ver si Annie le tumba y puede descansarlos un rato.

—¡Un árbol que habla! ¡Me lo comeré también!

—Noo... —Interpreta agonía y sufrimiento, pero muy mal.

—¡Solo un príncipe podrá pararme! —exclama, y luego se hace un breve silencio. Marc se ha quedado mirando la escena, curioso por lo siguiente que va a ocurrir. Annie deja su papel de dinosaurio para hablarle —. Ese eres tú, hermanito.

—Ah.

El azabache se levanta sin saber qué tiene que hacer, y se agacha al lado de sus hermanos. Todo está siendo tan ridículo que a él también empieza a hacerle gracia. La niña debe de estar montándose en su cabeza una película impresionante, pero en lo que es la vida real todo es tan cutre que da vergüenza ajena.

—¡Groaaar! ¡Comida!

—¡No, por favor! —suplica Anthony.

—¿Qué dices? —Cambia la voz y vuelve a hablar sola—. ¿Que la única forma de detener al monstruo es volver a inyectarle el suero? ¡Pero no sabemos dónde está! —exclama.

—¡Ñam, ñam! —Finge que le come el brazo. Le está mordisqueando de verdad, pero no le hace daño.

—¡Socorro, me está devorando!

—Vale... —suspira Marc, rascándose el cuello—. Aquí hay otro suero

—dice, cogiendo un plátano de plástico que ha venido a parar cerca cuando la niña lo ha tirado todo—. Lo escondí dentro de este plátano por si hacía falta —explica.

—¡Oh, no! ¡Aparta eso de mí! ¡Groaar! —Annie se aleja del castaño para echarse encima de él, intentando alcanzar el plátano. Marc le toca el antebrazo con la punta de la fruta y hace un ruido de inyección con la boca—. ¡Nooo! ¡El suero me volvía a hacer humana, pero también me mata! —grita, desplomándose en el suelo.

—Ah... Perdón —musita Marc.

—No lloréis por mí, ya estoy muerta... —susurra, elevando sus dígitos al cielo, comprimiéndolos en un puño. Las fuerzas le abandonan, sus ojos se cierran con estrépito, y su lengua sale fuera. Ha dejado de moverse.

Los hermanos se quedan en silencio sin saber qué más quiere la niña que hagan. Entonces Annie rueda sobre sí misma para apoyar los mofletes en sus manos.

—Ahora el príncipe besa al árbol porque es otro príncipe con una maldición. —Sus pies se mueven en el aire y dibuja una pequeña sonrisa expectante. Toma plot twist, ni Tarantino.

Anthony chasquea la lengua. Obviamente no van a hacer eso. No le gusta esta historia, solo quiere bajar ya los brazos que se le están entumeciendo, pero sabe que Annie va a ponerse a gritarle si los baja sin más.

—A mí me gusta ser un árbol, es un final feliz —intenta cambiar el guion, para que termine esto y le de otro papel menos pesado. Una piedra, una mesa... Algo tranquilito que no requiera mucho esfuerzo. Un arbusto estaría bien.

—El príncipe besa al árbol —repite enfadada. No entiende por qué no se está haciendo de inmediato lo que ella quiere.

Marc se pone delante de él acercando sus rostros, según Anthony, demasiado. Él se queda inmóvil, lo único que se mueve son sus párpados, que se abren notablemente.

Marc no va a hacer eso, ¿no? De rodillas como él, el azabache apoya los brazos en el suelo para inclinarse. Sus azules están puestos en sus verdes,

aproximándose con lentitud.

El corazón empieza a latirle más rápido.

Marc no va a besarle por mucho que sea un juego —piensa—, ni mucho menos delante de su hermana, sería una locura. Y aún así, el rostro de Marc se queda muy cerca del suyo.

Él se queda quieto, atrapado en la profundidad de esos ojos azules que ahora puede ver tan de cerca.

Son impresionantes, no sabría acertar el color exacto. Combinando hebras blancas platino con otras azules más oscuras, el color resultante es impactante. Es frustrante cómo Marc ni siquiera tiene que intentar controlar ese par de orbes, ha tenido la suerte de nacer con dos puñales que son capaces de atravesar almas sin pretenderlo. Se fija en que el contorno de sus cuencas es ligeramente achinado, que sus cejas están despeinadas, que su flequillo le cae a ambos lados de la frente y sus ojeras se marcan a la perfección en dos largas líneas que se difuminan hacia el exterior.

Tampoco se había dado cuenta hasta ahora, pero la combinación de sus ojeras con las cejas algo inclinadas forma una equis casi perfecta entre sus ojos. Está tan cerca que se percata hasta de un lunar que tiene sobre el labio, a la izquierda. Es muy pequeño pero está ahí. Ah, mira, debajo del ojo tiene otra.

Anthony aprieta los párpados, incómodo; no entiende por qué de repente ha empezado a marearse. Marc inclina todavía más el rostro sobre el suyo, y puede sentirle la respiración sobre los labios. Está muy cerca, demasiado cerca.

¿Qué demonios está haciendo?

Escucha un sonido corto, un choque de labios justo frente a él. Marc no le ha tocado, solo ha fingido el beso haciendo el sonido con sus propios labios. Annie está a sus espaldas, así que de todas formas no lo hubiese visto.

Anthony, convertido en “príncipe”, por fin puede bajar los brazos para que la sangre vuelva a fluir.

—¡Bieeen! —exclama Annie—. ¡Qué bonito! —aplaude.

El azabache se ríe, y Anthony vuelve en sí sintiéndose un estúpido. Marc le ha vacilado y él ha caído como un tonto. Le gira la cara con descaro, enfadado. Menudo idiota. Se supone que son hermanos, no ha tenido ninguna gracia.

El mayor, sin embargo, esboza una amplia media sonrisa. La reacción de Anthony ha sido adorable.



—Tengo que bajar a preparar el almuerzo —dice Anthony, levantándose de la alfombra.

—¡Yo quiero hamburguesa! —grita la niña.

—Hamburguesa no. Hay filete.

Al ponerse en pie tiene que tomarse un momento para desentumecerse. No sabe cuántas horas llevan jugando con Annie, pero han sido demasiadas. Está agotado. Han colocado todas las cosas bien y han recogido las piezas de plástico en un cubo de juguetes, han interpretado varias escenas de Titanic, han estado un rato coloreando, luego ella ha vuelto a destrozar todo, luego lo han vuelto a ordenar... Anthony suspira.

—Bajad en diez minutos —decreta, saliendo del cuarto.

Le está cogiendo el truco a bajar las escaleras sin poder apoyar el pie, solo tiene que bajar saltando todos los escalones. Cansa bastante, pero es mucho más rápido que hacerlo con la muleta, y es un rollo tener que llevar un palo a todas partes. Tampoco recuerda dónde lo ha puesto.

Coge los ingredientes para preparar el almuerzo, dando un pequeño bostezo mientras espera a que se caliente la vitro. Ha sido muy bonito jugar un rato a los hermanos como una familia feliz, pero el problema sigue estando ahí. Debe hablar con Marc sobre sus escapadas cuanto antes.

Tiene que existir alguna combinación de palabras que le sirva para preguntarle sin ser invasivo pero tampoco idiota.

—¿Te ayudo? —le llaman a la espalda, y pega un breve brinco. Es precisamente Marc, que acaba de entrar a la cocina.

—No hace falta, quédate jugando con Annie —dice, poniendo los filetes en la sartén.

—Me ha echado ella. Dice que te ayude porque estás «lisiado».

—¿Lisiado? Solo me duele el tobillo —refunfuña.

Andando hasta ponerse al lado suya, Marc se queda viéndole cocinar.

Anthony se pone un poco nervioso, pero sigue a lo suyo.

No entiende nada. Por las mañanas su hermano parece querer socializar con ellos, y eso está muy bien, pero si luego por las noches va a ser un capullo están en las mismas.

—Oye, esos amigos tuyos... —titubea, buscando qué palabras usar—. No tienes que escaparte por las noches, puedes traerlos a casa un día. —Esboza una de sus mejores sonrisas. Lo está intentando de verdad, que Marc se sienta a gusto con ellos. El azabache mete las manos en los bolsillos y asiente brevemente.

—Vale.

Su tono ha sido tan normativo que es evidente que lo ha dicho solo para no seguir hablando del tema. Anthony insiste.

—¿Son amigos del orfanato?

—No —responde, y él se preocupa aún más.

Asiente de forma queda, volviendo a observar la comida. Quiere preguntarle si al menos son amigos, pero eso sonaría muy agresivo, quizás.

—Anthony —le llama Marc, y él acude al instante, sorprendido porque quiera seguir o empezar una conversación. Pero resulta que no quiere hablar. Marc lleva la mano a su cara, y con dos de sus dígitos le pellizca el moflete. Anthony se queda aturdido, y se sonroja sin pretenderlo. Va a replicar, enfadado, pero él habla antes—. Tienes rotulador en la cara —aclara, y el entrecejo del menor se relaja al instante.

—Ah —es lo único que se le ocurre decir. Marc frota su mejilla unos segundos con el pulgar, y cuando ha terminado se aparta y se va a otra parte. Él se queda dándole la vuelta a los filetes, confuso. Eso no se lo esperaba.

A sus espaldas, el azabache se sienta en una de las banquetas, esperando la comida. Una visible media sonrisa se ha instaurado en su rostro.

—Anthony. —Recostado en la encimera, sujeta su sien con dos dedos y tiene el codo clavado en la superficie—. ¿Tienes novia?

El castaño se extraña, bastante. Definitivamente Marc está intentando conversar con él. ¡Sí, eso es un paso! Por fin están estrechando lazos, hablando de chicas como harían dos hermanos normales.

—Pues no, no tengo —contesta, sonriendo sin dejar de vigilar la comida.

—¿Has tenido novia alguna vez? —pregunta.

—Todavía no —manifiesta algo incómodo. No es el tema que más le agrada debatir, porque reconoce que es un poco triste que a sus dieciocho años no haya salido con ninguna chica, pero tampoco lo considera tan importante—. No me interesan las chicas —añade con desinterés, aclarando que es solo su voluntad.

Que todas las chicas del curso pasen olímpicamente de él no tiene nada que ver.

—Entiendo.

—¿Y tú? —pregunta por cortesía. Saca los filetes y los va colocando en sus platos, luego coge aire y vocifera—. ¡Annie, a comer!

—Tampoco me interesan las chicas.

—Supongo que cambiando tanto de casa al orfanato es difícil tener una relación... —reflexiona, en un tono más bien bajo que aparenta ser una conversación consigo mismo—. Ahora que estás con nosotros puedes buscar a alguien —le anima, sonriente. Marc también sonríe, curvando una de sus cejas gentilmente.

—Es posible —cuestiona, tomando el plato de comida que el castaño le tiende, rozando sus manos en el proceso. Anthony, o no se da cuenta, o no lo ve como algo relevante. Marc le sonríe, y él lo interpreta como un agradecimiento por la comida, así que le devuelve la sonrisa antes de darse la vuelta para coger otro plato.

De espaldas, el castaño se muerde el labio.

Quiere sacar el tema de las escapadas nocturnas. Bueno, no es como si fuese algo opcional, tiene que hacerlo. Se enfada con sí mismo por no haberlo hecho ya. ¿Por qué siente que hacerlo sería presionarle o ser una mala persona? Es Marc quien no le quiere dar explicaciones. Ahora está de buen humor, sería el momento idóneo para hablar de ello...

Al final, Annie baja a comer y no tiene tiempo para preguntarle. Parece ser que tampoco tuvo cinco minutos para hacerlo después del almuerzo. Ni

durante la merienda, ni antes de la cena... También se le pasó comentárselo a su madre, qué despiste.

La solución para compensar su falta de iniciativa fue quedarse toda la noche agazapado contra la puerta, esperando escuchar un solo ruido para ir corriendo a ver si Marc estaba yéndose otra vez. No quería entrar de golpe a inspeccionar y ser agresivo; eso sería retroceder en lo poco que habían avanzado.

Marc, o fue demasiado silencioso, o esa noche se quedó en casa, porque no se escuchó un solo ruido o deslizamiento de ventana. Sea como sea, si le preguntasen qué pasó a partir de las tres de la noche, tampoco podría decirlo; se quedó dormido en el suelo, tirado en la alfombra del pasillo.

¿Pero quién deja siempre medio limón?

Anthony masca los cereales embobado. Tiene la vista clavada en la televisión y cada vez que el bol se vacía vuelve a llenarlo hasta arriba y sigue comiendo. Le duele un montón todo el cuerpo. La tontería de ayer le ha costado un dolor horrible de cuello y un casi-infarto esta mañana. Aún no puede creerse que le diera tiempo a levantarse del suelo y meterse en el baño antes de que le viera su madre. Hubiese sido muy complicado tener que explicar por qué estaba haciendo guardia en la puerta de Marc.

Afina la vista y se inclina sobre la encimera, acercándose a la pantalla que cuelga en la pared de enfrente. Como si por estar unos centímetros más cerca pudiese entender mejor lo que dicen.

Está viendo 'Regular Show', y acaba de descubrir que su televisión tiene opción de cambiar el audio al idioma original, pero no se está enterando de una mierda.

El timbre suena, y desvía la cabeza hasta el recibidor aunque desde la cocina no alcanza a ver la puerta. Baja de un pequeño salto apoyándose en exclusiva sobre su pie bueno, cogiendo la muleta para llegar hasta la puerta.

—Qué pasa, Anthz —le saluda Kyle, parado delante con una camiseta de Flash arremangada y un pantalón de chándal. Con una de sus manos sujeta el asa de una bolsa algo abultada. Su amigo sin el uniforme parece un surfista de Malibú.

—Holi —sonríe, chocando su puño extendido.

—¿Todavía estás en pijama? —Colándose en su cocina como si fuera su propia casa, se sube al taburete y se zampa los cereales de Anthony.

No se queja porque no tiene más hambre, lleva un rato rellenando el bol por gula.

—Me acabo de levantar.

—Qhfe vagofh efehf —farfulla con la boca llena. Y aún así él le entiende.

—Mi madre y mis hermanos se fueron temprano, tampoco tenía nada que hacer —comenta, apoyándose con una mano en la encimera y la otra en la muleta. Kyle termina el líquido de un solo trago y se levanta de un salto.

—¿Deberes, por ejemplo? —insinúa, con una intensa mirada de reproche.

No le dura ni tres segundos, sus labios se separan y una pequeña risa inunda la estancia. Hacer los deberes, qué locura, si pueden copiarlos en clase. Anthony también sonríe.

—No pasa nada, ya estoy yo aquí. —Saca unas cuantas carátulas de videojuegos que trae en la bolsa y las extiende con una sonrisa.

—La Pley está en mi cuarto.

Con extrema parsimonia, Anthony sale de la cocina y procede a subir los escalones en una escena lamentable que se hace eterna. Apoya la muleta, y sujetado al pasamanos pega un pequeño salto. Luego sube otro escalón, da otro pequeño salto. A Kyle la pena se le mezcla con las ganas de reírse de él.

—¿Te ayudo?

Anthony se detiene para descansar, vigilando a su amigo por si se le ocurre fastidiarle de alguna forma o llevarle en alto.

—No, deja. Soy fuerte e independiente —afirma con mucho orgullo, y continúa subiendo los escalones infinitos. Kyle le adelanta por el lado.

—Voy preparando la consola —avisa antes de desaparecer.

El tobillo no le duele esta mañana, pero el médico le dijo que se dejara la venda unos días que aún no se han cumplido. Resopla, cansado. Se muere de ganas de quitarse esta cosa y no tener que armar un espectáculo cada vez que tiene que ducharse. Entonces cae en la cuenta: mañana hay clase. No piensa caminar desde casa al colegio dando saltitos, ni con la muleta mientras el mango se clava en su axila; es super molesto... A la porra, esta misma noche se la quita.

Cuando entra a su cuarto la tele que cuelga en la pared está azul. Kyle pulsa un botón, y tras un breve pitido la consola se enciende y el logo brota

en la pantalla.

La diferencia entre su cuarto y el de Marc es breve, porque todo está en el mismo sitio pero de forma invertida. La pila de basura y papeles arrugados que acumula le dan bonitos toques de color a la estampa.

—¿La Pley uno? —pregunta al ver el logo, sentándose en la cama justo frente a la televisión. Apoya la muleta en el borde pero se desliza y cae al suelo. Los dos la ven caer, pero no se molestan en recogerla—. ¿Qué juegos has traído?

Kyle le acerca la bolsa y luego baja un poco la persiana para que el brillo no refleje en la pantalla. Anthony los saca y empieza a darles la vuelta. Son juegos muy antiguos, algunos tienen el sello oficial arañado o abolladuras en las esquinas. Kyle se sienta al lado suya, ahueca un par de cojines y se apoya en la pared. Recostado, le mira desde atrás.

—Escoge uno.

Hay un montón de títulos que recuerda haber escuchado o leído en alguna parte, primeros juegos de sagas que todavía duran, y otros que no sabía ni que existían. Son literalmente del siglo pasado.

—¿Has viajado en el tiempo?

—Los encontré en la tienda de segunda mano, estaban tiradísimos de precio.

Anthony lee los párrafos detrás de cada carátula, fijándose en las imágenes. La calidad de la portada de los discos no se parece en absoluto a lo que se ve en las capturas del juego, podría ponerse a contar los píxeles de los personajes y no le llevaría demasiado tiempo.

—No me extraña. —Va amontonando los que ya ha visto a un lado, sacando más de la bolsa—. ¿Cuántos te has comprado?

—Todos los que había —manifiesta orgulloso, y Anthony le mira interrogante. Sus párpados abiertos con sorpresa hablan por él, porque su amigo no nada en dinero precisamente. Kyle levanta una ceja—. ¿Qué querías que hiciera? ¡Son reliquias!

—Bueno, puedes sacarte un dinero en eGuay.

Kyle luce dramáticamente ofendido.

—¡No voy a venderlos! ¿Estás loco? —exclama. Se lleva al pecho el montón sobre la cama. Los protege como si quisieran arrebatárselos a sus bebés —. Forman parte de mi colección. Se los daré a mis hijos e irán pasando de generación en generación. Algún día valdrán millones. —Su vista apunta al horizonte, su gesto se ha vuelto digno.

Anthony ladea la cabeza, pero sonrío.

—¿Para qué quieres un objeto que vale millones cuando puedes comprar millones de objetos con él? ¿Seguirás sin venderlo aunque valga más que tu casa? —pregunta en retórico, pero Kyle reflexiona la hipótesis.

—Eso no va a pasar —saca en conclusión—, porque igualmente seré millonario.

—Ah, vale, perdona... ¿Y qué vas a hacer para ser millonario?

Kyle se encoge de hombros, y luego responde muy decidido.

—Nada de nada. Algún día la gente se dará cuenta de lo maravilloso que soy y me tirarán billetes por la calle. —Su barbilla levantada y sus ojos cerrados con superioridad. Anthony sonrío mientras sigue viendo los juegos para escoger uno.

Kyle le observa mientras le da vueltas a los discos, y él también sonrío, porque la sonrisa de Anthony no se despegaba de su cara. Sus ojos verdes siempre se entrecierran un poco cuando lo hace, y sus mofletes se levantan formando una mullida media esfera ligeramente coloreada que dan ganas de mordisquear. Cabizbajo mirando los discos, su flequillo corto queda separado de su frente y flota justo a la altura de sus cejas. Sus ojos se mueven de un lado a otro leyendo los textos.

—Kyle —le llama por tercera vez. Su amigo se ha empanado pensando a saber qué—. ¡Kyleee!

—¿Ah? —Se incorpora para sentarse, cruza las piernas sobre la cama.

—¿Y este?

"Battle Arena Toshinden"

Unos minutos después, los dos están inclinados hacia delante. Anthony

tiene la pierna apoyada en alto y Kyle está en el suelo con la espalda pegada a la cama.

—“Bout one! Fight!”.—Empieza la primera ronda.

—Mi campeón mola mil —presume Anthony. Su personaje es alto, esbelto y lleno de músculos. Lleva un traje de judo que le deja a la vista un pixelado pecho—. Se parece a mí.

—Si, en el color del pelo —se jacta—. Eiji es basura. Mi Ellis está rota, ya verás.

Nada más empezar, Kyle mete combinaciones raras que se sabe de memoria y tira al personaje de Anthony al suelo. Él intenta defenderse, haciendo un par de ataques que no llegan a darle al otro. Kyle va a por él y le empuja de nuevo al piso.

—¡Quítate de en medio, no me dejas hacer nada! —grita indignado. Está pulsando a la vez todos los botones que puede, a ver si le sale algún combo sin querer.

—¡Aaah...! ¡Se siente!

Anthony le empuja el hombro con el pie bueno para distraerle, pero él solo se ríe, y sigue pegándole y tirándole al suelo una y otra vez.

—Ay, Antonia, no me esperaba esto de ti. Se te da de pena —se regocija. A los dos les encantan los videojuegos, se los prestan constantemente y si tiene opción de multijugador los prueban juntos. Llevan años compartiendo fines de semana así; pero eso no quita que Anthony sea malísimo jugando.

—¡Cállate, déjame probar los combos al menos!

Kyle aleja un poco su personaje, y el chico se pone a pulsar los botones uno a uno, viendo para qué sirven.

—Vale, este es para saltar. La “x” hace una voltereta. El “o” es para... —Al pulsar el círculo, su personaje pega un salto hacia el de Kyle. Le mete una patada en la boca que lo tira para atrás y le quita un pedazo grande de la barra de vida.

—¡Ah! ¡Tramposo!

¡Ha sido traicionado, era una trampa desde el principio!

—¡Espera!

Kyle apalea los botones deprisa, moviendo sus dedos con una habilidad asombrosa. Anthony pulsa los suyos a boleo muy fuerte y muy rápido, pero no puede hacer nada. Su personaje se queda sin vida.

—I never give up! —exclama Ellis.

—No es justo. El juego es tuyo, por eso se te da mejor —se queja inclinando las cejas, concentrándose al máximo en lanzarle una maliciosa mirada—. Seguro que eres un viciado y en tu casa echas veinte horas.

—“Bout two! Fight!”. —Empieza la siguiente ronda.

—¿Qué tiene que ver eso? —Una media sonrisa en su rostro—. Lo que pasa es que eres un manco. ¡Manco y cojo! —Se ríe.

Golpean los mandos y se mueven con brusquedad de un lado a otro, como si eso fuese a ayudar al personaje. El juego es tan antiguo que la batalla se ve a cámara lenta: una patada que se queda en el aire, un personaje que da una voltereta en la dirección contraria... El escenario está en 3D pero es muy complicado moverse, solo se puede avanzar o retroceder.

—Ya te vale, aprovechándote de un discapacitado —dice, con un falso tono de lástima; ni aparta la vista del televisor ni deja de pulsar los botones como loco. Su personaje va a parar por decimoctava vez al suelo sin poder defenderse. El personaje de Kyle está todo el rato encima suya.

—Tú ya estabas así antes de romperte el pie —se burla.

Entonces una almohada vuela por el aire, y su visión se ciega cuando le golpea en la cara. Del susto suelta el mando, y apartar la almohada le lleva unos segundos valiosísimos que Anthony aprovecha al máximo.

—¡Uy, que paliza te estoy dando! —Se ríe el menor, sus labios curvados con entusiasmo. No sabe qué ha tocado, pero le ha salido un combo poderoso. Justo cuando consigue acabar con su barra de vida, levanta los brazos tan rápido que casi se le olvida la venda del pie y se pone a saltar—. ¡Tomaaa! —Se ríe fuerte—. ¡Te he ganado sin saber jugar, o sea que eres más malo que yo!

—Todos los cojos tenéis mala leche... —murmura Kyle con falsa tristeza.

La mañana pasa rápida jugando a la consola, y cuando se dan cuenta sus estómagos están rugiendo por encima de las voces del juego. Anthony se levanta ayudándose con la muleta.

—¿Te quedas a comer? Ya no creo que vengan a almorzar —supone, bajando las escaleras agarrado a la barandilla.

—Si insistes —contesta, y ya en la cocina, se sube en una de las banquetas—. ¿Qué hay de comer?

Anthony abre la nevera y se queda un buen rato mirando.

—Dime que te apetece más de esta lista: ¿medio limón, lechuga pocha o ketchup?

—Me siento tentado por ese medio limón, pero el ketchup es ketchup —reflexiona.

—Ah, espera. —Apartando las lechugas hay unos envases. Saca un par de plásticos con comida precocinada y cierra la puerta con la rodilla—. Hay lasaña.

Anthony ha dejado la muleta apoyada en la encimera y no tiene ganas de seguir andando con ella, va dando saltitos por detrás de los taburetes para llegar hasta el microondas. Kyle gira su asiento en un pequeño impulso con el pie, y desde arriba le quita los envases antes de levantarse de la banqueta.

—Yo lo hago —dice.

—Puedo yo solo —protesta Anthony, y se sienta. Solo quería dejarlo claro.

Enciende la tele pero todavía no han empezado los dibujos.

—Me duelen los dedos... —se queja. Tiene algunas yemas rojas, y se las frota entre sí—. Están lisos. Me voy a quedar sin huellas por tu culpa.

—Eres tú el que pulsa los botones del mando como un loco.

Kyle se acerca con una sonrisa, y Anthony extiende las manos en la encimera. Comprueba que efectivamente están muy suavitas; sobre todo el dedo gordo.

—¿A ti no te pasa?

—No, qué va. —Extiende también su mano.

—Ah, por la guitarra —entiende, y le repasa con el índice las durezas en sus dedos. Están más rígidas que el plástico de los botones, el que habrá sufrido es el mando—. Pero esto es trampa —musita.

Anthony coge la flor que adorna el jarrón de la mesa y se pone a darle vueltas. Kyle se apoya en la encimera junto al micro, y se aclara la voz antes de hablar.

—¿Y cómo va... Con tu nuevo hermano?

—Bien. —La pregunta le pilla un poco desprevenido, y él no sabe mentir. Busca darle realismo—. Bueno, sigue siendo muy callado.

Kyle desvía la vista. No le agrada en absoluto esa actitud silenciosa del chico nuevo, ni que un desconocido pueda pasearse por la casa de Anthony y dormir a tan pocos metros de él, pero no quiere sacar el tema de nuevo. Al menos no directamente. Disimula lo mejor que puede, que es horriblemente mal.

—Y... ¿Tu madre te ha contado algo?

—Dice que esperemos a que se acostumbre. —Ninguno de los dos se da cuenta de la incomodidad del otro, porque ambos se evitan la mirada. Anthony le da vueltas a la flor.

¿Debería contarle a Kyle sobre las desapariciones de Marc?

Ya no ha sido una, sino dos veces. ¿O debería contarle sobre la herida que encontró en su pecho? Que en realidad podría ser cualquier cosa, como un... ¿tropiezo...?

Anthony suspira con suavidad. Kyle ya había desconfiado de él desde el primer día en clase, cuando todavía no había pasado nada relacionado con sangre o desapariciones extrañas. Si tiene que contárselo a alguien, no hay mejor candidato que su mejor amigo... Pero es que ya sabe cómo se va a poner.

Kyle se preocupará, muchísimo, y le dirá que ya se lo dijo. Quizás insista en dormir aquí varias noches para vigilarle, o directamente encarará a Marc y no lo soltará hasta que se explique o se largue.

¿Pero no hay más opciones? ¿Algo más pacífico?

El pitido del microondas les saca de sus pensamientos.

—Aquí tiene su lasaña, monsieur —interpreta Kyle, dejando el plato

sobre la mesa con una cutre reverencia.

—La lasaña es italiana, idiota. —Sonríe hincando el tenedor en la humeante masa de carne, tomate y queso—. Gracias.

—No me des las gracias —dice, apoyando el moflete sobre su puño cerrado. Anthony empieza a comer, pero tiene pinta de arder como el demonio, él espera a que se enfríe—. Solo lo he hecho porque das mucha penita dando saltitos por todas partes.

Sin dejar de comer, él enseña los dientes en una enorme sonrisa de burla. No lleva ni treinta segundos con la lasaña delante y ya casi tiene más comida alrededor de la boca que en el plato. Kyle alcanza una servilleta que le deja al lado.

—Además... Me siento culpable. —Kyle está serio.

—¿Culpafle por qué?

—Pues, por algunas cosas que dije ayer. —Anthony mastica y le echa una mirada interrogante.

—Ni me acuerdo de qué dijiste —confiesa despreocupado. Y es verdad, no tiene ni idea de qué se está disculpando. Enseguida vuelve a llenarse el tenedor. Kyle le observa.

—Anthz... Estos últimos días estás un poco raro.

—¿Raro cómo?

—Bueno, en los recreos, en clase... Estás como ido, no sé.

—Pero eso es normal. —Se encoge de hombros.

—Tampoco contestas a los mensajes —añade. Anthony trata de recordar los últimos días. Quizás sí es posible que haya tardado más en responder al móvil. No lo sabe, tampoco se ha fijado.

—Ayer estuve todo el día jugando con Annie y se me pasó volando —reflexiona en voz alta.

Kyle contempla el plato con los párpados algo decaídos. Le da vueltas al tenedor enredando las láminas de queso en las puntas. No sabe si Anthony está tratando de evadir el tema, pero él insiste. Ese «bien» seco de antes es lo más falso que ha escuchado en la vida.

—Anthz... Nos conocemos desde críos. —El castaño le mira, masticando el mogollón que se acaba de meter en la boca. Kyle sigue con la vista clavada en el plato, haciendo una pelota de comida cada vez más grande —. Creo que ya lo sabes, pero sea lo que sea que pase, puedes contármelo.

—¿Pero de qué estás hablando? —Suelta una breve risa que le sale por la nariz—. De verdad que no pasa nada, estoy perfectamente. ¿A ti te pasa algo?

Kyle deja de remover el plato. Aprieta sus dedos alrededor del tenedor, y sus pies apoyados en el reposapiés del taburete se ponen y se quitan de puntillas en un gesto involuntario que le sale siempre que está nervioso.

—No —niega algo apenado.

—Pues todo bien. —Y sigue comiendo.

Es difícil hablar con Anthony cuando tiene hambre, se pone a comer como si le fuese la vida en ello. Cada vez que va a su casa y hacen una maratón de videojuegos es igual, porque se les pasan las horas volando y se olvidan de comer, y cuando salen de su habitación el castaño arrasa la nevera.

Kyle deja de insistir porque tampoco sabe bien qué es lo que quiere decirle. No sabe cómo explicar qué es lo que pasa, porque aún no entiende qué es lo que está pasando. No obstante, no está loco. Estos últimos días ha pillado a Anthony con la vista perdida en varias ocasiones, tarda horas en contestar los mensajes cuando él siempre lo hace al instante y lleva una semana completa sin pasarle un solo vídeo absurdo de Internet cuando suele mandarle unos veinte por día.

Las cosas están cambiando.

Ya supuso que esto pasaría, que tarde o temprano Anthony se echaría novia y dejarían de hablar y estar juntos las veinticuatro horas del día, o que se separarían al escoger distintas carreras en la universidad... Lo que no esperaba era que ese muro llegase tan pronto y se llamase Marc; un chico de casi su misma edad que ha salido de ninguna parte para meterse en casa de su mejor amigo.

No puede dejar de preguntarse quién leches es, de dónde ha salido, a qué clase de cosas turbias puede haberse dedicado antes o durante su estancia en el orfanato.

La idea de un completo extraño viviendo bajo su mismo techo le ha

dificultado conciliar el sueño, porque Anthony es tan inocente, tan confiado, tan irracionalmente amable y altruista. Él siempre se ha encargado de protegerle, pero ahora el problema está en su propia casa y no puede cuidarle todo el tiempo. Tampoco puede pronunciar sus inquietudes en voz alta sin que Anthony le crea un paranoico: si le dice que está preocupado por él, responderá que eso es una tontería, que incluso en el hipotético caso de que Marc intentase hacerle daño, él podría defenderse solo. Le conoce demasiado bien, puede visualizar la escena a la perfección.

Pero algo tiene que hacer, porque las cosas definitivamente no están bien. Porque no puede ser normal la forma en la que su corazón late pausada pero dolorosamente, ni cómo su garganta se vuelve seca y su cabeza no ocupa otro pensamiento.

¿Son celos? ¿Es miedo a perderle? ¿Son las dos cosas entremezcladas las que le golpean los pulmones?

—Anthz. Para mí tú eres como un hermano. —Sus orbes clavadas en el plato, sus palabras tropezándose para salir corriendo antes de tener tiempo para retenerlas—. Eres... Para mí tú eres más que un hermano. —Y su corazón se vuelve entonces tan silencioso que parece detenerse.

El castaño, con el tenedor a dos centímetros de la boca, deja de comer. Mira a su amigo, pero este no se atreve a levantar la vista del plato.

Kyle está escondiendo sus ojos bajo los párpados. Los aprieta con fuerza sintiéndose un completo idiota. Le duele la barriga, le duele el pecho, y... No puede creerlo.

Lo ha hecho, lo ha hecho de verdad.

Esto no es como aquella vez en la playa, cuando le confesó con mucha seriedad que le gustaba, que se le olvidó pronunciar la “s” y Anthony le pasó el paquete de patatas que se estaba comiendo porque pensó que se refería a eso. Tampoco es como el verano pasado en la piscina con sus amigos, que iba a pronunciar un «te quiero» que la pelota de Noemí le interrumpió cuando le golpeó en la cara. Ni como la vez en gimnasia, cuando después de tantos intentos fallidos decidió decirlo sin palabras y se abalanzó contra su boca, pero Anthony se apartó para coger el balón y él se partió un diente cuando se cayó al suelo.

Coge aire y lo deja escapar con cuidado. Está orgulloso de sí mismo, y al mismo tiempo se odia a muerte por soltarlo de forma tan repentina. Aquí, en

la cocina, con Anthony con la boca chorreando tomate y él con el chándal del chino que le ha comprado su madre mientras los cansinos de “La Rueda de la Fortuna” acompañan con una palabra cada letra que piden. Y siempre son las mismas.

«¡La “S” de Salamanca!»

«¡La “R” de Roma!»

Uno acaba de caer en la quiebra.

Pero bueno, que aquí está; acaba de hacerlo, joder su amistad para siempre o elevarla un paso más arriba.

Su espalda se tensa cuando Anthony le recorre ambos hombros con el brazo. La cabeza del menor se queda muy cerca de la suya, ambos mirando la mesa.

—¿Y qué hay más arriba de un hermano? —cuestiona despreocupado —. ¿Algo así como súper-hermanos?

Anthony le da otro bocado al plato y mira hacia el infinito, absorto. Kyle se ha quedado aturdido. Tiene la boca entreabierta y está dudando si Anthony le está vacilando o si siempre ha sido tan tonto y él se acaba de dar cuenta.

Pestañea con rapidez.

—¡Claro, súper-hermanos! —afirma, con toda la alegría que son capaces de fingir sus cuerdas vocales. Pasa su brazo por los hombros del más pequeño completando el abrazo amistoso.

No ha pasado nada, todo está bien porque sigue igual que antes —piensa, intentado una sonrisa; pero sus labios se curvan hacia abajo negándose a una orden tan descarada. Agradece en sobremanera que no pueda verle la cara.

Tocan el timbre, y antes de que a Anthony le dé tiempo a levantarse del todo, unas llaves se agitan al otro lado y la puerta se abre. La primera en entrar es su hermana, que a la velocidad de la luz aparece y desaparece por la escalera con un montón de pequeñas bolsas en las manos.

—¡Holaaa! —se la oye gritar desde lejos.

—¡Annie, no llames al timbre si mamá tiene llaves! —le regaña, volviéndose a subir con cuidado en la banqueta.

—¡Ya estamos aquí, cielo! —vocifera su madre, porque creía que

estaría más lejos.

—Buenas tardes, señora Summer —habla Kyle.

—Oh, buenas tardes, Kyle. —Ellen deja un montón de bolsas con ropa sobre la encimera.

—Vine a hacerle compañía a Anthony, por su tobillo —cuenta, peinándose un par de mechones tras la cabeza. Kyle pasa tanto tiempo en esta casa que ya está acostumbrada a verle por aquí, es como tener otro hijo.

—¿Te quedas a dormir? —pregunta ella, y Anthony asiente con efusividad, mirando a Kyle con una sonrisa.

—No... Yo... —titubea, y tiene que desviar la vista de los brillantes ojos verdes—. Yo me tengo que ir ya.

—¿Tan pronto? —se extraña Anthony, pero su amigo ya se ha bajado de la banqueta y camina hacia la puerta deprisa, pero tampoco demasiado. Lo suficiente como para no levantar sospechas. Se excusa con la primera cosa que se le viene a la cabeza.

—Mi madre dice que tengo que estudiar más. Hablamos luego por chat.

—Saluda a Martha de mi parte —pide Ellen, y él asiente.

—¡Espera, Kyle, te dejas los juegos!

—¡Te los puedes quedar por hoy, a ver si así dejas de ser tan manco!
—habla sin detenerse.

Aunque Anthony no se haya enterado de su penoso intento de confesión, se le han sonrojado las mejillas y las orejas. No puede pensar en otra cosa que salir de aquí lo más rápido posible.

Al cruzar la puerta tiene que frenar en seco, cuando se encuentra de bruces con Marc.

A pesar de la prominente estatura del chico nuevo, la diferencia entre ambos es escasa o inexistente.

—Erh... Adiós.

Marc le ve marchar corriendo, pero ni conoce al chico ni le importa, así que simplemente entra en casa y cierra la puerta. Él también lleva unas cuantas bolsas, después de todo el supuesto día de compras era para conseguirle ropa. Aunque Annie haya salido del centro comercial con más

prendas que él.

—Hola, Marc —saluda Anthony desde la cocina. Su expresión refleja un trasfondo de duda, pero esboza una diminuta sonrisa. Sigue tan confuso sobre él que no sabe si debería estar enfadado.

—Hola.

Marc sube las escaleras y él se queda pensativo. Se siente mal por no haberle dicho palabra de lo ocurrido a Kyle. Si se hubiese quedado a dormir hubiese sido una buena oportunidad para contárselo.

Gruñe adorablemente, saturado.

Algo tiene que hacer ya, porque es evidente que solo no está consiguiendo nada. Después de más de una semana sigue igual que al principio.

Debería contarlo ya, ahora mismo, de inmediato.

¿O debería darle más tiempo a Marc para que se abra? ¿Pero cuánto tiempo? Son temas distintos el no querer hablar de tu pasado porque sea oscuro o desagradable, que escaparse todas las noches sin dar explicación y ser un maldito borde. El problema es que no es un capullo todo el tiempo, porque también sonrío, y juega con Annie, y le ayudó a volver a casa cuando se dobló el tobillo... Maldición, si fuese un imbécil las veinticuatro horas sería muy fácil, porque va a chivarse a su madre y a tomar por culo este estrés que le quita el sueño y esa voz que no deja de repetirle que es retrasado por no haber corrido a contarlo desde el primer momento.

Aprieta el puño sobre la encimera. Ya está, ya lo ha decidido. Esta misma noche volverá al cuarto de Marc a obtener respuestas, y no le dejará en paz hasta conseguir las. Por Annie, y por mamá; y porque odia mentirle a Kyle.

Ya ha esperado suficiente.

Ups, fallo mío

Las calles están vacías, el Sol hace tiempo que ha dado paso a una escasa medialuna y no se oye un ruido más allá que los maullidos y ladridos que suenan en la lejanía. Sentado con los pies en la cama y la cabeza sobre las rodillas, Anthony, envuelto en el futón, está a oscuras en la silenciosa habitación. Su tobillo libre de venda ya no le duele en absoluto, y zarandea los pies al aire para no dormirse.

Tiene los ojos cerrados pero no duerme, y no sabe cuántas veces han repiqueteado las agujas del reloj desde que entró. Supone que al próximo día de escuela le debe faltar poco, no está seguro, porque ha dejado el despertador en su cuarto y Marc aquí no tiene ninguno.

Esta tarde la ha pasado entre casitas de muñeca, videojuegos y cómics. Después de la cena tuvo la intención de hacer los deberes, pero le duró poco; prefirió adelantar la charla con Marc y ya si eso hacerlos luego. El plan se torció cuando entró en la habitación y no encontró a nadie. La ventana estaba abierta y el ambiente congelado por la brisa de la noche.

Así que cerró la puerta, y esperó. Y así sigue, esperando.

Aguanta largos minutos sin moverse, hasta que el ruido del metal viejo le hace levantar vagamente el rostro. Con los ojos cubiertos de ojeras y los párpados caídos, ve en primer lugar una mano engancharse en la cornisa, precediendo al chico de pelo oscuro que surge de la ventana.

Marc suelta un largo suspiro ronco, se quita la sudadera y la lanza sin prestar atención a su trayectoria. Le siguen sus zapatos y sus pantalones, dejándose como única prenda unos bóxers a rayas verticales. Luego saca un pijama del armario, pero solo se pone la parte de abajo. Anthony sigue sus pasos con la mirada cansada y los músculos entumecidos después de horas en la misma postura. Marc no se da cuenta de la intromisión hasta que, con los ojos cerrados y el gesto cansado, lleva sus dedos hasta donde debería estar la colcha y sus dedos no alcanzan más que aire.

—¿Qué haces aquí? —Su voz suena algo quebrada.

Cansado de horas haciendo quién sabe qué, en Dios sabe dónde; solo quiere dejarse caer en la cama e intentar conciliar un sueño en las tres o cuatro horas que le quedan hasta tener que ir a la dichosa escuela.

—Tres veces —susurra.

—Anthony, vete a tu habitación. —Su garganta está raspada y sus palabras se arrastran. No tiene ganas de esto, solo quiere dormir. El castaño desvía la mirada.

Marc le zarandea un poco el hombro, y al ver que no responde, agarra su muñeca. Tira de él para sacarlo de la cama pero Anthony no quiere moverse.

Suspira, y acerca el rostro al menor para verle mejor. Las farolas iluminan la habitación muy pobremente, lo justo para intuirle las facciones.

—Anthony —vuelve a llamarle.

Él aparta el rostro, asqueado.

—Apesta a alcohol.

—Vete a tu cuarto. —Esta vez tira de la fina muñeca con la suficiente fuerza como para hacerle levantar.

Anthony se libera con brusquedad y le empuja con la intención de alejarle. Le queda muy débil, Marc apenas se mueve.

Le mantiene la mirada apretando los puños.

¿Debería preguntar? ¿Para qué? Dándole una oportunidad tras otra... Solo había venido a hablar tranquilamente, a intentar conseguir su confianza; pero de ese pensamiento hace ya muchas horas. Es evidente que a Marc no le importa en lo más mínimo seguir o no en esta casa, y Annie y mamá viven en un mundo de luz y color ajeno a la vida real. Al parecer es el único al que le preocupa y estresa esta situación.

—Eres increíble —susurra, decepcionado. Gira sobre sus talones para largarse, pero Marc le atrapa el brazo antes de que alcance el pomo de la puerta—. Suéltame.

No quiere saber nada más de él.

Le da igual si es devuelto al orfanato. ¿Si a Marc no le importa, por qué tendría que importarle a él?

El azabache tira de él con cuidado, y coloca una mano tras su cabeza

para acercarle hasta su pecho. Lo hace todo con una sorpresiva calma que le pilló desprevenido.

—No llores otra vez —dice. Anthony bufa audiblemente.

—No estoy llorando —replica, sorbiéndose la nariz—. Déjame en paz. Le empuja para soltarse, y Marc suelta su brazo, pero solo para rodearle la espalda; le retiene en un abrazo.

Eso le enfada aún más.

—Eres estúpido, suéltame. —Sus palabras salen dobladas, y aunque siente en sobremanera la necesidad de gritar y zafarse, mantiene su tono lo suficiente bajo como para que ni su madre ni su hermana puedan oírles.

—¿Te pones a llorar por nada y yo soy el estúpido? —chista el azabache. Aún con el menor resistiéndose muy penosamente entre lágrimas, no aminora la fuerza del abrazo. Se queda observándole, curioso. Cuando llegó a esta casa no podría haber imaginado una situación así.

Anthony es extraño, tiene algo diferente a las demás personas que ha conocido. Puede que sea su inocencia, o sus tristes intentos por hacerle sentir uno más de la familia. No lo sabe. Es algo que se escapa a su comprensión.

Ninguno de los dos quiere ceder el forcejeo, así que Anthony es el primero en hacerlo. Deja que los brazos de su hermano le rodeen y estrechen contra él, pegándole el moflete a la piel desnuda de su pecho. Luego se sorbe ruidosamente la nariz, apretando los labios para silenciarse.

—Te agobias mucho —dice Marc, peinándole los mechones revueltos.

No es capaz de quejarse, porque un fuerte nudo le comprime la garganta y las lágrimas brotan sin permiso. Anthony completa el abrazo con resentimiento, pasando los brazos alrededor de su cintura. Apenas le roza la piel, solo se queda estático tratando de contener las lágrimas.

Ni siquiera sabe por qué está llorando. Odia llorar. Odia ser tan ridículamente sensible. ¡Se odia por estar llorando! No obstante, las lágrimas lejos de expresar tristeza, solo manifiestan su lucha interna y su frustración. Está cansado de pensar qué es lo correcto, qué es lo que debería hacer para no decepcionar a su familia, a sus amigos. Su mente ha cedido a la presión por un momento, y la suma de todas las cosas ha resultado en un llanto infantil que no está siendo capaz de controlar.

Marc le hace levantar el rostro. Sus ojos se enlazan un instante antes de

que Anthony los aparte. Decide enterrar la nariz bajo su cuello para no tener que enfrentar sus azules, y advierte que la piel de Marc está caliente a pesar de la baja temperatura.

Se entristece al pensar que probablemente se deba al alcohol que habrá ingerido.

Aprieta los brazos alrededor de su cintura para esconderse mejor, y sin proponérselo también se percata de la suavidad de su torso. Aunque tiene los brazos y las piernas llenas de pelos como cualquier adolescente, en su pecho no hay casi nada. Es extremadamente suave. Además, a pesar de su altura, de sus hombros anchos y del impacto intimidante de su complexión en general; puede comprobar que los músculos ligeramente marcados de Marc son tan blanditos y reconfortantes que podría quedarse dormido en pie.

Se queda escondido un rato, con el mayor acariciando los mechones de su pelo con soltura.

No se ha dado cuenta de en qué momento ha pasado de ser un burrito furioso sobre la cama a esto. La sensación es muy extraña, no sabría describir el sentimiento. Está sorprendido por la actitud de su hermano, pero también enfadado por ser tratado como un niño, y entristecido por ser incapaz de controlar la situación y el llanto. Suspira de forma irregular.

—En serio, no puedo entenderte —dice Marc, separándole. Anthony gira el rostro, pero se ve obligado a alzarlo cuando el índice y el pulgar de su hermano le presionan con delicadeza—. Anthony, eres tan vulnerable —reflexiona en voz alta.

Él va a negar eso, a imponerse ante tal ofensa; pero queda enmudecido por el llanto y el nudo que le oprime la garganta; y porque esos ojos cristalinos le observan directamente.

Marc se inclina sobre su oído, y su cálida respiración hace a Anthony temblar en cada palabra, porque, de pronto; su voz es muy dulce.

—¿Cómo podría contarte nada...? —Demasiado dulce.

El corazón del menor rompe a latir con estrépito, porque cae en la cuenta de lo cerca que está de su hermano. Sus pulmones se comprimen y expanden a una velocidad desacelerada, pero a cada segundo más vertiginosa.

No entiende qué pretende Marc. Supone que es otra broma de mal gusto, como ayer cuando jugaban con Annie. Sin embargo, Anthony no se queja,

tampoco se aparta; porque se siente bien. Porque un foco de calor calienta su estómago, y su propia porte se inclina hacia él sin pretenderlo.

¿Qué está haciendo? ¿Qué está pasando?

Este no puede ser Marc, su modo de proceder esta vez es distinto. No le está ignorando, de hecho, le está hablando; de hecho, le está... El verbo abrazar sería insuficiente para describirlo, inequívocamente incompleto. Lo apropiado sería decir que tiene el cuerpo encaramado al suyo, porque esos gruesos brazos se enlazan en la mayor cantidad posible en su espalda. Lo atraen furtivamente contra él.

—Marc. —Trata de separarse.

—Eres tan inocente. —Su voz ronca le calienta el oído en un susurro.

—No tiene gracia. —Sus dedos temblorosos empujan la barriga de su hermano en un débil intento por apartarle.

—Tan... Puro.

Los labios de Marc se posan sobre su cuello en un leve toque. Un simple roce entre pieles de distinto dueño que le apalea el estómago y prende fuego a su razón; le corta el llanto.

Anthony no sabe cómo reaccionar. Sus párpados son la única parte del cuerpo que puede mover; y se abren con estrépito cuando esos labios comienzan a trepar por su cuello, en un tortuoso y pausado ritmo ascendente.

—Marc... ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo...? —balbucea. Su cuerpo le traiciona, se niega a apartarse; su mente nublada es incapaz de distinguir la realidad del sueño.

Porque eso sería más probable, que se haya quedado dormido esperando, o antes de llegar a salir de su cuarto, cuando intentó hacer los deberes. Aunque la escena y el rostro decidido de su hermano parezcan tan reales, debe estar soñando.

Sí, es evidente que está soñando.

¿Pero por qué demonios soñaría esto?

Traga saliva, confundido. Incluso si solo es un sueño debería preocuparse, porque eso significa que algo va mal dentro de su cabecita: «las situaciones en las que nos vemos involucrados en los sueños, no son más que la muestra de nuestras pesadillas o nuestros más profundos deseos», le había dicho el psicólogo en la única sesión a la que ha acudido en toda su vida. Es

una frase estúpida sin base de ningún tipo —cae en la cuenta—, porque ni siquiera sirve para nada. No le ayuda a diferenciar a cuál de los dos grupos pertenece este.

Las piernas le flaquean y su cuerpo amenaza con derrumbarse de un momento a otro. Pero no se cae, porque Marc le sujeta con fuerza, porque su brazo le rodea con decisión la cintura, y a él el corazón le golpea ferozmente sin pausa; su cuerpo entero está retumbando.

Entonces Marc decide tomarse un tiempo para depositar un, muy leve, toque en cada uno de los lunares de su cuello. Pasa cuidadosamente por su moflete derecho para finalizar la cadena en un par de pecas de su nariz.

Anthony no es capaz de rebatir la acción o apartarse. No es miedo, no es por el shock, que también; es... Es otra cosa. No sabe qué es, pero no es una mala cosa. Porque el tacto de los labios de Marc no es desagradable, al revés, es muy suave. Tan excesivo y reconfortante que solo es capaz de concentrarse en seguir respirando con dificultad.

¿Qué es este sentimiento que le oprime el pecho? ¿A dónde va todo su aliento que le abandona entre suspiros? No es capaz de comprenderlo, no está preparado para combatirla porque esta es una sensación que no ha sentido antes. ¿Qué es? ¿De dónde nace? Tiene que ser en una de las partes del cuerpo que le están ardiendo: sus orejas, o su garganta, su cerebro o su estómago. Sí, es justo ahí; está saliendo de sus entrañas. Nace bajo su ombligo, muy profundo, y echa raíces por todo su vientre. Está creciendo, ¡se reproduce muy deprisa! Le está consumiendo el pensamiento... Y entonces, a sangre fría, le mata el juicio y se halla muerto en raciocinio. Un indecente gemido escapa de sus labios.

Sus párpados se aprietan con fuerza por la vergüenza.

Debe apartarse, debe salir corriendo de aquí. Tiene que avisar a su madre y contarle lo que Marc ha estado haciendo estas noches, lo que está haciendo ahora, y... Y que él no ha podido hacer nada para evitarlo. Su cuerpo se queda petrificado mientras el azabache se recrea en cada toque, degustándole la piel con esmero.

Una vez satisfecho, Marc curva los labios en una fina sonrisa, y acerca su boca hasta los labios contiguos, muy despacio.

—Por favor... —murmura Anthony. Sus dedos están aferrados al pantalón de Marc, la única prenda que lleva puesta.

—¿Quieres que pare? —cuestiona pronunciándose en un susurro. No encuentra respuesta. Sus dedos siguen paseándole por la piel, dejando un sendero de calidez a su paso.

Absurdo. Todo esto es ridículo y absurdo; surrealista. Justo frente a sus ojos, los labios del azabache esbozan una certera media sonrisa que le roba la capacidad de pensamiento restante. Anthony aprieta los párpados, y jadea silenciosamente; intentando tomar todo el aire posible al comprobar sus pulmones vacíos por completo.

Esto no es un sueño —comprende entonces—. Simplemente, Marc está jugando con él. Le está vacilando igual que cuando jugaron con Annie, pero ahora se apartará y se reirá de él. Se queda esperando ese momento.

Está tardando mucho. Demasiado. Marc no se está apartando. De hecho, cada vez está más cerca, y él se está asfixiando, se marea, va a desmayarse.

Claro que él también podría apartarse. Con un solo empujón fuerte sería suficiente. Luego sale del cuarto, corre a avisar a su madre, y fin. Eso es lo que debe hacer.

¿A qué espera, entonces?

—Marc... —susurra, incapaz de comprender ya ni sus propios pensamientos. Su respiración nerviosa golpea los humedecidos labios de Marc, pausados a solo unos milímetros de los suyos. Está demasiado cerca, ha traspasado con creces la barrera de su espacio personal—. Somos... Hermanos... —musita, perdido; cerrando los ojos por completo.

Resulta que Marc no estaba jugando. Con extrema parsimonia, une sus bocas; y para sorpresa de Anthony, la propia también se abre de forma queda.

Sus labios se ven mezclados en un delicado beso de lento movimiento. Las carnes se deslizan con suavidad sobre una fina capa de saliva compartida, cediendo a la presión del contrario. Cambian continuamente de forma sin separarse por mucho tiempo, adaptándose a la otra.

En primer lugar, tan solo son pequeños roces sobre la superficie. Pero eso dura poco. Escala con una rapidez que se les desborda de las manos.

Se encuentran con sus carnosidades entremezclándose hasta rozar la desesperación.

Con sus bocas pegadas, Anthony gime adorablemente, liberándose de una opresión de la que no se había dado cuenta, y asustado, y confuso; sus

dedos temblorosos tratan de unirse a los otros con torpeza. Marc los atrapa. Se entrelazan en un fuerte abrazo.

El sentimiento es demasiado amplio como para poder ser abarcado por su mente. Es una fuerza universal lo que le otorga la necesidad de estirarse, de lanzarse contra él. Su cuerpo se deja caer sobre ese muro de manera inconsciente. No halla el momento en el que ordena a sus pies elevarse sobre las puntas, sin embargo, se encuentra a sí mismo tratando de perpetuar el beso desesperadamente.

Intenta entonces separar las pieles, solo un segundo, notando sus pulmones faltos de aire; y el descuido de uno es el obsequio del otro, Marc mete su lengua en la cavidad ajena. Se abre paso entre las hileras del menor para unir ambas lenguas, sumiéndose en una adictiva batalla por la conquista sobre la otra.

Anthony presiona su cabello azabache atrayéndole también, con Marc sujetando sus caderas contra las propias pareciendo buscar fusionarse.

Se empujan el uno al otro con tanta presión que se descoordinan, y el cuerpo del mayor se lleva por delante al pequeño. Anthony jadea cuando su espalda impacta contra la pared, pero se defiende empujándolo de vuelta, y las piernas de Marc se golpean con el escritorio tirando al suelo un par de cosas.

Ruedan por la habitación en un amasijo de brazos, piernas y saliva en el que es muy complicado distinguir a las partes. Caen sobre la cama, Anthony con su peso sobre Marc; y sus labios obligados a separarse en la caída acuden a reencontrarse como si hubiesen sucedido lustros en medio.

Es Anthony quien le recorre el torso desnudo en mitad de un impaciente choque de besos; con una parsimonia dolorosamente forzada por sus principios tan molestos, y la casi imperceptible voz de la conciencia llamándole.

Hasta que abre los ojos.

Detiene el movimiento enseguida, y se separa apresuradamente habiendo recuperado algo de cordura. Marc los abre también, y sus azules se ven minuciosamente analizados por los verdes, que se aíslan tras las palmas de unas temblorosas manos.

—¿Qué estamos haciendo...? —Su voz sale ahogada, su tono es tenue como un suspiro.

—No me digas que ha sido tu primer beso —entiende Marc, lejos de ser pregunta.

—Se supone que somos familia —musita él, apenas en un hilo.

Recibe una silenciosa carcajada por respuesta.

—Pero entonces no podríamos hacer estas cosas —se jacta con una medio sonrisa, y un escalofrío recorre la columna del menor. La expresión sádica de Marc, sus ojos entrecerrados, invadidos por el alcohol... Una fina capa líquida cubre los verdes.

—Estás borracho —afirma, tratando de buscar explicación.

—¿Y qué? No he hecho nada que no quisiera hacer. —Pegando la espalda al colchón, cierra los ojos, cansado. Su pecho se llena y se eleva, y se vacía en un tranquilo suspiro. Sus azules resurgen hacia Anthony, que se ha quedado estático en mitad de la habitación—. Y tú tampoco —añade.

El menor aprieta los párpados con fuerza, le pincha el estómago, le duele el pecho.

¿Qué ha hecho él para hacerle pensar a Marc que quiere esto? Es el azabache quien le ha sonreído, quien le ha cogido para echarle a la espalda cuando no podía caminar bien, quien le ha vacilado al casi darle un beso delante de Annie. Y de todas formas, ¿no son esas cosas típicas entre hermanos?

Otra certera estocada se le clava en el pecho al recordarlo: Marc no es su hermano, de ningún modo comparten sangre, tan solo casa desde hace una escasa semana. Marc es un completo desconocido. Entonces es él quien está haciendo el ridículo al escandalizarse por cosas como un simple beso, ¿no es así?

Jadea a trompicones, confuso. Necesita confirmarlo. Necesita que alguien le indique dónde está la línea, y en qué lado está él ahora que se ha abalanzado a los brazos de quien mamá ha traído a casa y se supone que es su hermano.

¿...Pero no es eso también comprensible, justificable al menos en algún punto, que te guste aquello que bajo ningún concepto te debe gustar...?

No. Trata de desechar de su mente lo que acaba de pasar, pero los labios de Marc todavía se sienten sobre los suyos. Debe de tener su saliva seca en la piel.

—¿Y bien? —le llama otra vez. Anthony está absorto en sus pensamientos, no le ha escuchado a la primera—. ¿Te ha gustado? —Sus dientes brillantes relucen entre sus labios.

—No —niega rotundamente, con las cejas tiernamente curvadas en un intento de imponerse—. Besas de pena.

Abre la puerta sin molestarse en cerrarla, y se pierde por el largo pasillo echando a correr. Marc, degustando el sabor de Anthony pegado a sus labios, no se levanta. Sus ojos se van apagando lentamente por el cansancio y la desaparición de estímulo.

Cae en sueño sin siquiera molestarse en cerrar la puerta.

Al pescado dormilón se lo traga el tiburón

—¡Ryo, amigo del alma! ¿Has hecho los deberes de Mates...?

Ryota suspira, y como cada mañana, le tiende un par de folios llenos de números y letras a Kyle. Anthony se sienta a su lado al llegar a clase. Él tampoco los ha hecho, pero hoy no tiene ganas de molestarlos en copiarlos.

Son las ocho de la mañana y el cielo está cubierto de nubes grises. Finas gotas de agua golpean los cristales del aula echando carreras por ver cuál se desliza más deprisa.

El castaño se queda absorto en sus pensamientos, mirando a través de la ventana. A estas horas todo el mundo está en clase, así que el patio está casi desierto, con algún efímero alumno rezagado que corre desesperado porque llega tarde a clase. Todo el suelo está decorado por charcos de agua que le hacen suponer que anoche debió llover mucho, aunque él estuvo tan concentrado en tratar de fusionarse con el colchón para desaparecer que no alcanzó a oírlo.

Despertarse esta mañana y bajar a desayunar ha sido especialmente violento. Se ha terminado los cereales sin levantar la vista del bol, y ha dejado extrañados a sus hermanos y a su madre cuando solo se ha despedido con un sonoro «¡Hasta luego!» y ha salido disparado de casa.

No sabe cuándo ha entrado la profesora en clase, pero está explicando algo. Saca el libro y lo abre sobre la mesa para que no le regañen. Está acostumbrado a quedarse empanado en una postura más o menos creíble, pero si alguien le pregunta no podría contestar más que con un leve asentimiento de cabeza.

La hora pasa y el receso llega, y aunque ha estado tratando de evitarle, es inevitable coincidir en el pasillo cuando sus amigos insisten en salir para estirarse un rato.

Marc está allí, al otro lado del pasillo apoyado en una ventana. Está hablando con un par de chicos que deben ser sus compañeros, aunque para

ser del mismo curso les saca como mínimo media cabeza a cada uno. Se le ve más animado de lo normal. En ocasiones esboza una sonrisa que vacila entre la falsedad y la verdadera diversión, no está seguro porque es difícil leerle.

Hay muchos alumnos en el pasillo y parece que Marc no lo ha visto a él, pero eso es normal; solo es un chico cualquiera más de la escuela: pelo marrón, ojos verdes, estatura normal. No tiene nada destacable.

Anthony reprime un suspiro porque no quiere que sus amigos le hagan preguntas, pero sí que frunce el entrecejo sin dejar de mirarle. Un día es un adolescente idiota con el que no se puede intercambiar más de dos palabras, y al otro...

Ha sido real. ¿Seguro, no?

Con la cabeza agachada y las orbes verdes espiándole a través de su despeinado flequillo, lo analiza minuciosamente desde la distancia. Está seguro de que esa leve sonrisa que evoca cada poco tiempo es falsa, porque no se parece en lo absoluto a lo que él ha visto: los labios se le curvan tan poco que apenas relucen sus dientes, aunque el diminuto hoyuelo brota bajo su moflete derecho de todas formas. Hoy se ha peinado un poco más, o quizás simplemente ha dormido de lado y se le ha aplastado ese lado del pelo. Quién sabe, desde luego él no le ha visto sacar el peine del plástico del supermercado todavía. Menudo imbécil —piensa—. ¿Qué le cuesta peinarse? Debe creerse mejor que los demás.

Con esa sonrisa cínica, esa mirada de infinito desinterés, esa forma de moverse tan relajada y distraída... No le importa nada. Si cree que puede hacer lo que quiera cuando le venga en gana que espere sentado, porque por más hipnotizantes que sean sus estúpidos ojos azules, por más que su estúpida altura se levante exageradamente del suelo, por más blanquecina y extremadamente suave que sea su estúpida piel...

Mierda. Está mirando para acá.

Anthony tensa la espalda y disimula muy pobremente; levanta la mano con lentitud como saludo. Marc afina los ojos, y con sus brillantes azules mirándole directamente, hace lo mismo.

Y ahí está. Si aún le quedaba alguna duda acaba de desvanecerse, porque sus piernas vuelven a petrificarse cuando el azabache despega los labios para sonreír, esta vez verdaderamente. La diferencia es tan abismal que resultaría insultante para la gente a su alrededor si también lo hubiesen visto. Pero no lo

ha visto nadie más. Esa certera sonrisa que le ha atravesado el pecho iba para él. Solo para él.

Sus mejillas arden con fuerza.

—Voy al baño. —Gira la cabeza para que sus amigos no puedan verle.

Se para frente al largo espejo, abre el grifo y se echa agua fría en las mejillas con cuidado de no mojarse el pelo o las mangas.

Hace mucho calor aquí dentro. La habitación está sumida en un asfixiante aura de fuego que está consumiendo el oxígeno. A través del espejo ve al resto de personas que hay. Ninguna se queja o se abanica, están hablando mientras se esperan mutuamente, incluso están riendo... Un momento. Es que lo que está difuso no es el sitio, es su cabeza la que está dando vueltas.

Un grupo de chicos sale del baño, y la puerta no ha terminado de cerrarse cuando vuelve a abrirse. Anthony trata de aparentar normalidad cuando reconoce la figura de su hermano.

Lo mira en el reflejo, inquieto. Se relaja al saber que no está solo porque hay más personas, pero solo le dura el segundo que tarda en pensar que quizás eso a Marc no le importe. Se da la vuelta y se mete en uno de los cubículos.

No se da cuenta de que el pestillo de esta puerta está roto hasta que ya está dentro, pero la cierra de todas formas y la mantiene pegada al marco para aparentar que está cerrada.

—¿Pero qué estoy haciendo...? —se le escapa en un susurro.

Escondiéndose de él como un crío. Le ha salido automáticamente huir, igual que esta mañana, igual que tenía pensado hacer durante el resto del día, y de la semana, y de la vida entera.

Resopla, angustiado.

Viven en la misma casa, es absurdo evitarlo. No le apetece en absoluto tener que recordar lo que pasó anoche, pero tendrán que hablarlo más tarde o más temprano. Marc estaba borracho..., también estará arrepentido de lo que ha pasado.

Cuando sale, el azabache sigue ahí, apoyado en la pared.

—Hola —saluda Anthony, y vuelve al lavamanos para fingir que su huida al baño no ha tenido nada que ver con él.

—Hola —excesivamente aterciopelada, su voz le eriza los vellos al menor. Anthony trata de normalizar la situación, pero un gallo canta en su garganta.

—¿Qué tal? —Se le colorean aún más los mofletes, y se aclara la voz rápidamente.

—Muy bien.

—Me alegro —sonríe, incómodo.

Anthony permanece inmóvil, porque Marc lo hace todo muy despacio, de una forma sutil, y agradable. Se coloca tras él, y le rodea las caderas con delicadeza. Sus miradas se encuentran en el espejo, y la intensidad de los ojos azules rebota en el cristal para clavarse en su retina.

—¿Y tú? —susurra en su oído.

Anthony no puede reprimir el escalofrío.

Están muy cerca, Marc tiene el torso pegado a su espalda y sus brazos le envuelven el cuerpo. El corazón se le activa al máximo, y en alerta mira a su alrededor. O ha sido casualidad, o el azabache se ha asegurado de que no hubiese más personas aquí dentro antes de hacer esto.

Aún así alguien puede entrar en cualquier momento.

—Bien... —musita, y dando media vuelta se libra de él.

Cruza por detrás suya para salir del baño, pero Marc también se gira. Su brazo le rodea el costado con suavidad, le hace dar media vuelta. Cuando el cuerpo del mayor se acerca al suyo, él huye caminando hacia atrás.

Juntos recrean un pequeño baile, con los pies del menor recorriendo un paso a la inversa y Marc imitándolo seguidamente. Anthony retrocede hasta que se queda sin espacio y su espalda choca con los baldosines.

Aún así, el cuerpo del azabache da un paso más, presionando ligeramente ambos torsos.

—Así que beso fatal —sonríe.

—Ah... Sí. —Le evita los ojos con torpeza, intentando mantener a raya el fuego interno que insiste en extenderse por su cuerpo. Se le está concentrando dolorosamente en las mejillas y en la punta de las orejas.

—Vaya —emula una falsa pena.

Marc está demasiado cerca. Sus cuerpos están pegados, su aroma le invade

los sentidos. Lleva un botón de la camisa desabrochado y se le ve bien la nuez, y su feroz media sonrisa le ciega la visión.

Cuando esos dedos se le posan en la barbilla con sutileza, animándole a inclinar las facciones hacia él; difícilmente consigue mantenerle la mirada. Es devorado por las orbes azules que parecen poder encontrar y robarle el alma. Así que aquí está otra vez. Esta sensación. Esta combustión en su pecho repartiéndose en todas direcciones. Atrapado en esa reluciente sonrisa y esas cejas negras inclinadas con decisión, se le hace muy complicado respirar.

—¿Tú podrías enseñarme cómo hacerlo? —ronronea Marc. Anthony puede sentir los latidos retumbándole en las pestañas.

Marc lo hace todo con suma lentitud. Su brazo izquierdo le rodea la cintura, con una conjunción de cuidado y sensualidad que no se esperaba, y presiona sus cuerpos; los une peligrosamente. Luego atrapa apaciblemente su labio inferior con los dientes, y tira de él con suavidad.

Anthony no sabe cómo reaccionar. Se queda petrificado, con las cejas inclinadas en extrema preocupación y los ojos cerrados en exceso.

La boca de Marc acaricia sus labios pegados. Le da un pequeño beso que atrapa su labio superior, y un segundo más tarde el inferior, buscando una entrada; pero Anthony mantiene su boca cerrada fervientemente.

Marc acaba sonriendo contra sus labios antes de apartarse.

Anthony solo despega las pestañas cuando la sombra deja de reflejarse sobre él. Ve que, aunque se ha alejado notablemente, aún está demasiado cerca como para permitirse volver a respirar con normalidad. Con el brazo apoyado en la pared justo al lado de su cabeza, Marc está medio agachado y sus alturas se igualan. Tiene la barbilla inclinada y una media sonrisa que no se va.

Mientras, a él un nudo le aprieta la garganta y un palpito le golpea el pecho y la entrepierna.

Este chico... No. Este hombre que está delante de él, no puede ser la misma persona callada y con cara de pocos amigos que llegó a casa hace unos días. Es imposible, porque se hubiera dado cuenta entonces de la manera en la que su piel blanca reluce cuando está directamente expuesta a la luz, o de las facciones tan marcadas de su rostro y su nariz afinada en la punta, o de sus hombros anchos que deben ser perfectamente capaces de soportar su peso contra la pared...

Entrecierra los párpados, y a través de sus pestañas vislumbra la imagen de su hermano aproximándose. Su nariz le roza la mejilla y su aliento cálido le hace cosquillas.

Marc es extremadamente peligroso. Le está emponzoñando el cerebro. Cada movimiento, cada gesto o forma de mirar; es corrosiva. No hay otra explicación posible, porque esta vez tampoco hace nada para evitarlo. Marc les une con un beso.

Anthony jadea al sentir el tacto suave sobre sus labios, y sus verdes se cierran esta vez pausadamente. Ejerciendo una leve presión, Marc juega con ellos. Los abre muy lentamente para volver a cerrarlos del mismo modo, se toma su tiempo para degustarlos.

Entonces todo a su alrededor desaparece. El espacio, el tiempo; su mente se vacía de preocupaciones y de cualquier atisbo de pensamiento restante. Todo es sustituido fugazmente por la nada, de modo que puede concentrarse enteramente en sentir ese fuego en su pecho; y las llamas se esparcen en todas direcciones: toda brea de razón queda prendida y se evapora, hasta que solo resta en su pecho calidez, y ansiedad.

Más. Quiere sentirlo más.

Sus dígitos se alzan temblorosos, trepan por la camisa de Marc tímidamente palpando sin pretenderlo su abdomen rígido, su pecho extenso; y luego se aferran a su rostro. Le rodea las orejas, y lo acerca. Aprieta sus bocas con exasperación, y Marc acude, dejando caer su cuerpo sobre el más pequeño, rodeando sus hombros y su cintura con más fuerza.

Se aprietan el uno al otro sin darse cuenta, con sus lenguas saliendo a buscarse mutuamente. Sus puntas se envuelven la una a la otra con parsimonia.

Anthony no tiene ni idea de lo que está haciendo. Tampoco tiene experiencia, así que se supone que no sabe besar; pero no le hace falta saber nada. Marc juega con su boca y él responde del mismo modo. Se compenetran con excelencia.

No sabría decir cuánto tiempo pasan así, pero cuando la última parte de su cerebro que debe quedar despierta estima que ya es suficiente, Anthony recobra el conocimiento.

Sus ojos se abren de golpe, su boca se separa de Marc como un imán opuesto.

—Otra vez no... —es lo único que alcanza a articular, y nuevamente

sus cejas se curvan expresando una preocupación exagerada.

Cree escuchar a su corazón explotar y subir al cielo cuando la puerta del baño chirría al abrirse.

Es incapaz de reaccionar, pero Marc se aparta a tiempo con magistral disimulo. Él es el único tonto que se queda pegado a la pared con los ojos desorbitados y el pulso en las pestañas.

—Menudo palo más grande Matemáticas ahora —comenta uno de los que acaban de entrar.

—Lo sé, me quiero morir.

Anthony está aturdido.

No sabe cómo lo consigue, pero camina hasta la puerta y sale de ahí. Cuando llega a su grupo de amigos todos siguen charlando tranquilamente. El timbre debe estar a punto de sonar. Por lo menos él siente que han pasado lustros desde que dijo que iba al baño.

Su hermano también sale al pasillo, y se reúne con los chicos de antes. Su expresión es neutra como siempre.

Anthony solo pone atención a la conversación de sus amigos cuando Kyle le rodea el hombro.

—¿Cómo lleváis el examen de matemáticas? —sondea Oliver.

Noemí y Kyle resoplan.

—¿El examen... de...? —murmura Anthony, obtuso.

Abre los ojos como platos, y se pregunta si es una de las muchas bromas de mal gusto de su amigo, pero los demás se lamentan. Se quejan de lo difíciles que son las preguntas y lo largo que es el temario. Queda asegurado cuando Ryota, que nunca entra al trapo en las bromas; se pronuncia.

—No es difícil —desmiente—. Solo es memorizar fórmulas.

No puede ser verdad. No es propio de él olvidarse de un examen. Tampoco es un alumno modelo, porque nunca hace los deberes y se empana en clase, pero sus notas siempre giran entorno al notable porque los días anteriores al examen se tira horas estudiando... Esta vez ni se ha acercado a oler el libro. No se ha acordado. Ni recuerda en qué momento dijo la profesora que había un examen.

No puede ser.

Anthony empieza a respirar con dificultad.

No recuerda el último día que pasó el rato hablando de cosas tontas con sus amigos sin mayor preocupación. No se ha dado cuenta de cómo su forma de pensar ha cambiado, de cómo ya no es prioridad en su mente qué videojuego nuevo va a salir la semana que viene o dónde va a ir con sus amigos el sábado. Ha estado tan absorto en que la vida de su hermano sea confortable y se encuentre bien entre ellos que se ha olvidado de preocuparse por sí mismo.

Ahora ve a sus amigos charlando, soltando un par de bromas y metiéndose cariñosamente los unos con los otros, y él está aquí, justo a la izquierda de Kyle y a la derecha de Noemí, y sin embargo se siente muy lejos.

—Anthz, ¿estás bien? —pregunta Kyle, viendo cómo el pecho del castaño se agita con rapidez y sus ojos están más abiertos de lo normal.

¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué no se ha apartado? No solo una, sino dos malditas veces. Piensa largamente cómo ha podido suceder, si ha sido deseable o por el contrario detestable, pero su mente está nublada y el recuerdo es difuso.

No fue solo por el alcohol, entonces. Marc le ha tocado, le ha besado y le ha atrapado de forma consciente. ¿Y él? ¿Qué ha hecho él para evitarlo? La respuesta le retumba en las sienes tanto como el corazón bajo el pecho: nada, absolutamente nada.

Busca desesperadamente una forma de excusarse, porque tal vez el motivo sea que está cansado, o que Marc le ha besado sin pedir permiso y él se ha visto atrapado. O porque Marc le ha tocado de forma incorrecta en el sitio correcto.

Se lleva una mano al pecho y se aferra a la tela de su camisa. Las imágenes corretean libremente por todas partes: las manos del azabache rodeándole y apretándole contra él, sus dedos enredándose también en los mechones oscuros, sus lenguas peleando furiosamente en un huracán de saliva... Sus gemidos que resultaron ahogados por los labios del otro.

Todo está mal. Marc está mal. Sin embargo, no puede pensar en otra cosa que no sea él. En los ojos de Marc, en su cuerpo, en esos labios aferrándose a los suyos... Y en él mismo respondiendo efusivamente.

«Tienes que darle tiempo para que se acostumbre»

«No sabes de dónde ha salido, qué cosas ha hecho»
«Tú serás el príncipe»
«No he hecho nada que no quisiera hacer. Y tú tampoco»

Anthony cae al suelo de rodillas.

Oye las voces de sus amigos llamarle en la lejanía, sonando como un eco que golpea sus oídos rebotando en las paredes. De repente no comprende qué pasa, por qué el suelo se estira y se difumina en todas direcciones.

Logra distinguir el rostro de Kyle enfrentarse al suyo con preocupación, moviendo los labios sin llegar a emitir un sonido. Está diciendo algo, pero no puede oírle, no le entiende. Los alumnos se amontonan en silencio. Les miran, pero no intervienen. Marc también está. Mirándole desde lejos con esos malditos ojos azules.

Sus verdes se cierran, y cae hacia delante siendo sujetado por su amigo antes de llegar a golpearse con el suelo.



—Anthz —le llaman desde cerca. El aludido zarandea la cabeza, aturdido
—. Anthz, despierta.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado...? —Entreabre los párpados y la luz del Sol se abre paso de golpe en sus pupilas.

—Estás en la enfermería, te has desmayado.

—Kyle... ¿Cuánto tiempo...? —No es capaz de elevar el tono.

—Llevas inconsciente casi media hora —le informa con una pequeña sonrisa, y le ayuda a sentarse en la camilla—. ¿Tan mal llevabas el examen?

—¡El examen!

Quiere levantarse, pero Kyle le presiona los hombros.

—Tranquilo, ya nos lo perdimos.

—¿Tú tampoco has...?

—No te iba a dejar solo. —Sonríe—. ¿No has desayunado? Igual ha sido eso.

—Puede... —murmura, apartando la mirada. Se rasca la nuca con algo de nerviosismo.

Kyle suspira.

—Eres tonto. —Le regaña empujando con cariño su frente. Anthony se queja como un niño y él se ríe.

Entonces repara en las espaldas de Kyle. Con los brazos cruzados y recostado contra la pared junto a la puerta, su hermano mantiene los ojos cerrados.

—¿Marc? —le llama, y la sonrisa de su amigo se difumina.

—Lleva ahí desde que te has caído —le informa con desgana.

Marc descruza los brazos y se separa de la pared.

—Vamos a casa —dice.

—No hace falta, ya le acompaño yo. —Kyle se levanta, hace ademán de recoger la mochila del castaño.

—No te molestes —dice Marc.

—No es molestia —insiste con una falsa sonrisa.

Anthony, recostado en la cama, los mira. El rostro de Marc no refleja sentimiento alguno, Kyle, sin embargo, tiene las cejas inclinadas.

—No te pierdas más clases, Kyle —interviene Anthony, y cuando este le mira su expresión cambia drásticamente, porque sus cejas se inclinan en la dirección contraria.

No tiene ganas de quedarse a solas con Marc, pero lo prefiere a que sea Kyle quien le acompañe y le pregunte si de verdad la falta de azúcar ha sido el motivo de su desmayo.

—Puede que aún te hagan el examen —añade.

Kyle va a replicar, pero el enfermero le interrumpe.

—Anda, ya estás despierto. —Lee su nombre completo en el papel que lleva en la mano—. ¿Estás muy agobiado con los exámenes, Anthony?

—No... No lo sé, no especialmente... —dubita. ¿Lo está? Se le ha olvidado que tenía examen, así que supone que no.

—Tenías el pulso por las nubes. No tienes que tomarte las cosas tan a

pecho.

Anthony asiente. Que no se tome las cosas tan a pecho, dice, como si se hubiese desmayado a propósito. El médico sigue hablando, le dice que tiene que tranquilizarse, que los exámenes son importantes pero no tanto como para perjudicar su salud.

De reojo ve a Kyle, y él también le está mirando. Su expresión está seria. Está preocupado ahora que sabe que la glucosa no ha sido la causa. Anthony puede saber lo que está pensando, porque él le conoce bien, y sabe que nunca le han importado las calificaciones como para desmayarse.

Mentiroso. Kyle debe estar pensando que es un mentiroso.

—He hablado con el director y tienes permiso para ir a casa, te repetirá el examen la próxima semana. —Coge un papel y se sienta en la silla para firmarlo—. ¿Cuál de vosotros va a acompañarlo? —pregunta, sujetando el bolígrafo sobre una casilla vacía.

—Yo soy su mejor amigo —manifiesta Kyle enseguida.

—Yo soy su hermano —dice Marc.

Se hace un breve silencio. El enfermero apunta a uno con la cabeza y luego sigue rellenando la hoja.

—¿Tu nombre?

—Marc.

—Summer, supongo.

—Sí.

Anthony se apresura a mirarle. Marc se encoge de hombros. Aún no han tramitado los papeles del cambio de nombre, pero es más cómodo pronunciar una palabra que explicar eso.

El enfermero le extiende el permiso firmado a Marc, y en silencio desde el otro lado de la cama, Kyle le observa recoger las cosas de Anthony.



El castaño marcha a paso apresurado. Unos metros atrás está su hermano, que camina tranquilamente con las manos en los bolsillos y una mochila en cada hombro.

—Si sigues corriendo así vas a viajar en el tiempo.

Anthony le escucha, pero ni aminora la marcha ni voltea hacia atrás. Sigue hasta que, sin saber cuándo ha conseguido alcanzarle, su muñeca es atrapada por Marc.

—¡No me toques! —grita zafándose.

—¿Qué te pasa?

Marc deja de andar, y unos cuantos metros más allá, Anthony también se detiene al darse cuenta.

—Nada, vamos —le habla sin girarse, y se queda parado hasta que le alcanza. Reanuda la marcha esta vez con más calma.

—¿Estás huyendo de mí?

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Es por lo de anoche o por lo de hace una hora en el baño?

—¡Que te calles! —grita, y le rodea para quitarle su mochila del hombro—. Suelta mi maleta, ¡dámela!

Aunque Marc no intenta resistirse, Anthony forcejea hasta que consigue sacarla bruscamente. Se le va a caer, y al sujetarla por la cremallera se le abre. Se le sale el estuche y un par de libretas con hojas sueltas que se esparcen en mitad de la calle.

Los dos se agachan para recoger las cosas, pero el menor lo hace más rápido. Lo mete todo de cualquier forma, no le importa arrugar las páginas.

Marc curva el entrecejo.

—Creía que te había gustado —expone, y Anthony reduce bruscamente la velocidad, porque la voz de su hermano, por extraño que parezca, ha parecido expresar preocupación.

Cierra la cremallera y se levanta.

—No es eso... —murmura. Marc también se incorpora.

—¿Entonces cuál es el problema? —Anthony no responde, solo desvía el rostro visiblemente incómodo—. Sentirse mal por algo que te hace sentir bien... Es absurdo —concluye, quitándole la mochila de la mano para volver a cargar con ella.

Anthony no sabe qué contestar, no quiere seguir hablando.

Así que echa a correr.

Su casa no está lejos, y en pocos minutos a toda velocidad ha llegado a su patio delantero. Va directo a la cocina para llenarse un vaso de agua fría que se bebe de golpe. Luego apoya las manos en la encimera, dejando que soporten su peso mientras intenta tranquilizarse y pensar.

Quizás es verdad que no pasa nada, tampoco es algo tan grave. Lo único que ha hecho es besarse con su supuesto hermano, pero no fue él quien lo empezó.

Vale que él tampoco se apartó cuando este trepó por su cuello y depositó algunos pequeños besos por ahí, ni cuando su lengua se abrió paso hasta su boca..., y puede que la suya también contestase al movimiento con más efusividad de la que le gustaría reconocer, pero... ¿Pero?

Marc no tarda en llegar.

—Te has dejado la puerta abierta —dice desde la entrada, pero Anthony ni se gira ni levanta el rostro. Tampoco cuando el azabache camina hasta él y se para a sus espaldas—. ¿Por qué has salido corriendo? —pregunta, con un tono relajado, normal. Como quien pregunta por el tiempo.

Le irrita en sobremanera.

—¿Por qué a ti no te importa?

—No te entiendo —expone, y se le acerca.

Le rodea el abdomen y apoya la barbilla en el hombro de Anthony, que no responde ni evita el abrazo. Los mechones castaños le tapan los ojos.

—Dices que a ti te gustó —susurra, muy cerca de su oreja—. A mí también me gustó. ¿Dónde está el problema entonces?

—Somos hermanos, Marc —dice, y el azabache sonrío escuetamente. Aclara lo que cree evidente:

—No de sangre.

—Para mí como si lo fuera.

—Pero no lo somos, Anthony.

Entonces, sin previo aviso y con una suavidad excesiva, las manos del mayor se deslizan bajo su ropa y le levantan sin pretenderlo la camisa. Le

pasean por el abdomen únicamente con la punta de los dígitos, con lentitud. Le trepa hasta el pecho dulcemente, y allí sus manos se posan y le aprietan, presionándole contra el cuerpo propio.

—Se te va a salir el corazón —se burla, y sonrío.

Es increíble, sin duda debe ser magia; la forma en que Marc consigue hacerle dudar entre las sensaciones y el raciocinio en cuestión de milisegundos. Logra hacerle debatir constantemente entre la ruina y el escrúpulo, porque con ese grueso cuerpo ciñéndose al suyo, su corazón se vuelve débil y su piel sensible. Su juicio se disuelve y se evapora en el espacio.

Una de esas manos sigue trepándole el cuerpo. Se escapa por el cuello de su camisa y le rodea el rostro y la oreja. Le hace girar la barbilla, con cuidado, en un gesto cargado de sutileza que le desconcierta enormemente. Le deja un casto beso en la mejilla.

Anthony no puede retener un jadeo indecente.

—¿Te gusta esto? —pregunta Marc, pero no obtiene respuesta.

Es interminable. No para de contemplar el mismo problema desde puntos de vista distintos, pero es muy simple: Marc es su hermano, y por consiguiente, besarle está mal, así como buscar desesperadamente fundir su cuerpo al suyo, así como pensar en lo mucho que le gustaría volver a ver ese marcado torso al descubierto.

Se lo repite muchas veces, tratando de hacérselo entender a su cuerpo, pero le resulta muy complicado pensar si Marc no para de acariciarle el pecho a este ritmo asfixiante y, queriendo o sin querer, le roza de forma intermitente los pezones. Anthony aprieta los ojos tratando de mantenerse el corazón dentro.

Marc pasa de besar su mejilla a besar su cuello.

—Estás muy gracioso con las mejillas rojas.

Sus toques son escuetos, carentes de saliva y apenas audibles, pero solo son una distracción. Su mano le palpa el torso, le recorre el vientre en línea recta descendiendo poco a poco.

Anthony no se atreve a mirar, pero supone que ahora mismo debe haber una gruesa línea de lava dividiéndole el cuerpo en dos mitades, marcando allí donde el azabache le está tocando. Marc no se detiene al llegar a su ombligo, no le importa cruzar la frontera que delimitan los marcados huesos de sus

caderas; es en su cinturón donde encuentra la línea de meta.

Valiéndose solo con una mano, levanta el cierre de su hebilla.

Los metales chocan en un tintineo irregular, y los extremos del accesorio caen a los lados con el enlace deshecho.

—Marc, no... —logra musitar, y el azabache le hace callar con un suave y alargado chistido.

—No te preocupes, estamos solos ahora —susurra, como si ese fuese el problema, y se centra en bajarle la cremallera.

Anthony jadea.

Quiere apartarse, empujarle y salir corriendo de aquí. Sus mejillas coloreadas están tan calientes que le arde la piel, y su pecho se agita furioso allí donde le sujeta la firme mano de su hermano. Quiere apartarle, pero, es tan suave su tacto, tan reconfortantes sus toques, tan excitantes las cálidas palmas de sus manos que le acarician el cuerpo; que de sus labios no brota más que un gemido ahogado.

Adentrándose bajo las costuras de su pantalón, Marc usa solo la punta de dos de sus dedos para recorrer la abultada silueta que se ha formado en la ropa interior de Anthony. La tela de algodón es muy suave, se desliza con facilidad sobre la hinchazón.

—Marc... —Con la boca abierta ladea la cabeza, atontado.

—Anthony... —susurra él también, siguiéndole el juego.

Marc desciende un poco más, hasta un punto que al menor le palpita y arde a horrores. Se percata con agrado de la humedad de la prenda, justo en la punta del rígido pliegue. Le acaricia el sexo entero por encima, iniciando un pequeño vaivén.

El menor se revuelve de forma queda, y Marc baja su otra mano del rostro. Le recorre el cuerpo en una apretada caricia que termina en su cintura y la estrecha contra la propia para hacerle sentir la notable dureza que a él también le oprime el pantalón. Los ojos de Anthony se abren de golpe.

Intenta hablar, pero solo consigue sacar unos jadeos desesperados que se acrecientan cuando el mayor comienza a subir y bajar lentamente, paseándole el miembro enjaulado contra las nalgas.

Entonces Marc le baja la ropa interior, solo un poco, lo suficiente como para dejar a la vista un pequeño miembro endurecido. Es rosado en la punta,

y se zarandea con gracia en el aire al compás de su agitada respiración. Supura de líquido preseminal, y Marc lo contempla fascinado al saberse el causante.

—Vaya... —Su voz ronca se pronuncia con burla y sorpresa. Su índice acaricia la pegajosidad, se pasea serenamente por el pequeño orificio.

Anthony aprieta los puños sobre la encimera, y se inclina hacia delante sujetando la frente en uno de los armarios. No quiere estar aquí. No puede estar haciendo esto. ¡En la cocina, donde comen todos juntos...! Y aún así, con las manos de su supuesto hermano paseándose libremente por su cuerpo, la sensación lejos de ser desagradable, es placentera. Comienza a entender por qué todo el mundo está tan obsesionado con el sexo.

Porque es eso lo que Marc quiere hacer con él, Marc quiere tener sexo, Marc quiere follarle, ¿no es así?

Pequeños nudos le aprietan el estómago, una ola de calor sube desde sus pies para concentrarse en su entrepierna.

La vehemencia de Marc le inquieta, y luego le resulta insoportable. Acostumbrado a vivir en un aburrido oasis de paz y tranquilidad, el azabache le está descolocando su pequeño mundo. Ayer con un beso, antes en los baños otro, y ahora...

—¿Por qué haces esto...? —jadea, con esa mano paseándose por su miembro en una obscena caricia.

—Me gustas, Anthony —admite sin detenerse. El tortuoso vaivén de sus caderas le aprieta las nalgas. Las palabras abandonan sus labios con distendida calma, y su voz ronca le retumba en el oído—. Y si no me equivoco, yo a ti también.

Anthony aprieta las pestañas con fuerza, negando sin palabras, porque sus pensamientos también se están perdiendo.

Marc lo hace ver muy simple. «Si quieres algo, cógelo», repite con su filosofía hedonista. Qué egoísta. ¿Acaso no importa que el día que se conocieron comenzase con un «ahora somos hermanos»? Se muerde el labio, angustiado. Sabe que el único que los considera como tal es él, no parando de repetirlo todo el día como un maldito idiota.

—Marc... —murmura entrecortadamente, y su hermano se separa unos centímetros para quitarse el cinturón. El suave tintineo del metal predice lo

que vendrá después.

—¿Es tu primera vez? —supone—. Seré cuidadoso.

Ese no es el problema, ¡será estúpido...! Anthony separa los labios, porque necesita respirar y el aire que entra por su nariz se ha vuelto insuficiente. Está tan nervioso que los pensamientos vuelan por su cerebro sin conexión, aunque no tengan nada que ver con lo que está viviendo. Se acuerda de la semana pasada cuando subió a Oro V en el LoL, que le costó una barbaridad; y del otro día jugando al baloncesto cuando tuvieron que irse al hospital. Al final no se enteró de quién ganó el partido.

Entonces la mano del azabache le apresa una nalga. La aprieta con mucha fuerza, sus dedos se hunden en la mullida carne. Anthony jadea, y su vello se eriza y su vientre se contrae cuando Marc se pronuncia en su oído, con un susurro ronco que le corta el aliento:

—Me pones mucho, Anthony.

Su cuerpo tiembla, y aunque resultaría demasiado vergonzoso reconocerlo, decir que el motivo es algo como el miedo o el desagrado no podría estar más alejado de la realidad.

No, el tacto de Marc no es en absoluto desagradable. Ni las caricias que se le reparten por la piel, que la calientan allí a su paso; ni su aliento, que le golpea en la nuca erizándole el vello. Ni su ronco gruñido de satisfacción, que se le clava en las sienes.

Simplemente es... Es demasiado. Porque todas esas tardes tontas consigo mismo viendo vídeos en Internet no tienen nada que ver con esto, porque las caricias de... Las caricias de Marc...

—Esto está mal... —alcanza a murmurar.

Pero esos labios siguen recorriéndole la piel, depositando un beso tras otro. Le apartan el cuello de la camisa para pasear por su hombro.

—Por favor... Para...

Y es solo entonces, cuando los hombros de Anthony se tornan temblorosos y los jadeos se convierten en sollozo; que Marc detiene su avance.

—¿Por qué lloras?

Lleva sus manos fuera de las ropas, las posa a la altura de su corazón. Los latidos del menor golpean repetidamente en ellas.

Por respuesta solo recibe un par de palabras inentendibles.

—¿Estás bien? —Su mirada expresa confusión. Anthony está murmurando algo, pero con el llanto no se le entiende.

Marc le hace girar poniendo una mano en su hombro.

Las lágrimas han hecho que las ojeras del menor resalten en un pequeño brillo y sus mejillas están enrojecidas. Le aparta las lágrimas con el pulgar y sus cejas oscuras se curvan con preocupación.

Se sube la cremallera y recoloca el pantalón de Anthony, remetiéndole la camisa por dentro. Le abrocha el cinturón y después rodea el lloroso rostro, lo sumerge en un abrazo apretádoselo al pecho.

—Lo siento. —Con el chico temblando entre sus brazos, un nudo le agarra la garganta y la culpabilidad le golpea las sienes. Trata de encontrar palabras—. Pensé que...

—Esto está mal... —murmura—. Todo está mal...

—Creía que te estaba gustando, que todo ese rollo de “hermanos”... No lo sé. —Dejándole espacio, desvía la vista—. Yo p...

Anthony no le deja seguir la frase.

—No. —Sus ojos buscan los azules—. Yo sí, creo que yo... Claro que me gustó... —Las palabras se ponen en su boca sin pasar por corrección previa. No tendría que darle explicaciones, pero quiere hacerlo. ¿Por qué?—. Es que, para mí sí que eres mi hermano..., y Mamá, y Annie... y... y... —balbucea, repitiendo la letra incapaz de pronunciar la siguiente palabra.

—¿Que somos “hermanos”? ¿Es ese el único motivo? —pregunta Marc, buscando estar totalmente seguro. Obtiene un tímido asentimiento—. Anthony, yo no creo en la familia —dice, y su rostro se torna serio. Sus dedos pasean por la barbilla del menor—. La vida es corta para pararse a pensar en lo que es incorrecto —recalca, con su ceja derecha inclinándose, como si el simple hecho de pronunciar esas palabras ya fuese darle demasiada importancia al concepto—. La vida es... —En lugar de completar la frase usa el chasqueo de sus dedos como adjetivo—, y ya te has muerto.

Aunque creo que tú eso ya lo sabes —dice, recordando que al chico también se le ha restado la mitad de sus progenitores.

Anthony no contesta, y aún con los verdes temblorosos, es el azabache quien acaba agachando el rostro.

Marc niega con la cabeza, arrepentido, cuando comprende que el menor no le encuentra sentido a sus palabras porque, supone, sus visiones de la vida divergen demasiado.

—De todas formas, después de esto... —suspira, y mirándole a los ojos, se pronuncia con seriedad—. Lo siento. Entiendo que no querrás que me quede.

Marc se separa, y sube al piso de arriba sin volver la vista atrás.

—Espera, Marc... —susurra Anthony, con un hilo de voz que apenas él mismo puede escuchar.

“ Love My Way ”

La oscuridad de la noche se impone en el cielo, y aunque las farolas de la calle brillan intensamente, es la casa de Oliver la que ilumina todo a su alrededor como una gigantesca bombilla en medio de la nada. En el salón, los muebles están pegados a las paredes porque la sala se ha convertido en una improvisada pista de baile. Los adolescentes borrachos lo dan todo como si fuese su última noche, y copa en mano, otros tantos charlan en distintos puntos de la casa. El suelo del primer piso está lleno de vasos vacíos o manchas de refresco, la música resuena a todo volumen desde el salón y se sigue escuchando a la perfección desde el patio. Amigos y compañeros del instituto, incluyendo personas que no había visto en su vida, celebran el cumpleaños número dieciocho de Oliver con varios litros de alcohol que no se sabe de dónde han salido, porque todavía no tienen los veintiuno que hacen falta para beber. ¿Los padres de Oliver? Convenientemente en un viaje de relax a un Spa, o algo así había dicho.

¿De verdad existen personas tan descuidadas?

—Yo creía que no iba a venir nadie —grita Noemí, pero con el ruido su voz apenas es audible.

—¡Nunca creéis en mí! —se queja Oliver.

—Con alcohol gratis cualquiera —chista Kyle—. Ahora mismo aquí deben estar concentrados todos los adolescentes en cincuenta kilómetros a la redonda.

En la terraza de madera, Noemí y Oliver han pillado las butacas buenas, y están tan cómodos después de tanto baile que en cualquier momento se funden con el asiento. Kyle, apoyado en la barandilla, bebe ron mezclado con refresco.

Anthony está en la pista. Lleva un par de cervezas, y a juzgar por cómo zarandea los brazos de un lado al otro mientras baila locamente, no debería

tomar ni una gota más. Ryota está en casa, porque siempre ha odiado venir a este tipo de cosas. Lo hizo una vez para un cumpleaños de Noemí, porque ella se lo pidió, y acabó siendo la niñera de todos porque es el único que no bebe.

—Eh, Kyle. —Un chico alto, más o menos de su misma estatura, le llama a un par de metros. Es uno de sus compañeros de fútbol, él y otros dos forman un pequeño corrillo.

El chico levanta un papel enrollado. Kyle no sabe si es un cigarrillo o un porro, pero igualmente niega.

—No me va, gracias.

Oliver y Noemí se miran. Contienen la risa muy pobremente antes de estallar a carcajadas.

—«No me va» —le imita Oliver con gesto digno; está gritando desmesuradamente. Está demasiado borracho como para regular el tono.

Kyle sonrío enseñando los dientes.

—Qué gracioso —dice, pegando un sorbo al roncola. Él también ha tomado unas copas ya, pero su cuerpo se ha debido de ir acostumbrando en este último año desde que empezaron a introducir alcohol en las fiestas, porque no está ni cerca de estar mareado.

—Kyle —le llama Noemí—. ¿No te va a ti o no le va a Anthony?

Él se despega de la barandilla alarmado.

—¿Qué dices? —replica con mal disimulo, evitando responder directamente.

—Anthony odia el olor a cigarrillo —aclarar. Ella también está gritando como una loca.

—¿Ah, sí? No lo sabía —miente.

Oliver y Noemí vuelven a reírse a carcajadas. Kyle no sabe dónde meterse. ¿Desde cuándo lo saben? ¿Por qué lo saben? Y sobre todo, ¿quién más lo sabe?

Mira a ambos lados, nervioso. ¿Tan evidente es que sus amigos se han dado cuenta, o solo están bromeando?

—Eh, Charlie —chista, y como su compañero no le oye, se estira sobre la barandilla para tocarle el brazo—. ¿Me das uno?

Él asiente, y con un toque a la cajetilla sobresalta un cigarrillo que Kyle coge. El chico de al lado se lo prende, y él sonríe agradeciendo, volviendo a incorporarse. Observa a los borrachos de sus amigos mientras se lleva el cigarrillo a los labios.

Oliver y Noemí se miran y sonríen, pero no dicen nada más.

—Hola, Oliver... —Una chica pelirroja se acerca a ellos. Tiene el pelo rizado y su nariz está rodeada de pecas—. ¿Bailas?

Ni pueden disimular ni lo intentan, las bocas de Kyle y Noemí se abren con estrépito, pero no tanto como la de Oliver.

¿Una chica quiere bailar con él? ¿Ha bebido tanto que se ha quedado dormido? Es lo más probable.

El chico se queda empanado, pero Noemí le hace despertar con un golpe en la barriga.

—¡S-sí! ¡Claro! —Se levanta de un bote, y los dos se abren camino hasta el centro de la música.

Noemí vuelve a recostarse en la tumbona, y Kyle se sienta en la que ha quedado libre. Desde los cristales de la terraza se ve la fiesta que hay dentro. No ha visto por dónde se han ido esos dos, pero la figura de Anthony sí es visible, porque la gente está apretujada, pero a su alrededor se ha creado un pequeño espacio libre.

Debe de ser por la forma vergonzosa en la que se está moviendo. Lo raro es que todavía no se haya cansado con los aspavientos que está haciendo.

Kyle se acomoda en el asiento, observándole. Dos de sus dedos sujetan el cigarrillo con la misma mano con la que sostiene el vaso. De sus labios expulsa un largo hilo de humo gris que se desintegra en el frío de la noche. Luego sustituye el cigarrillo por la copa. El contraste de la calidez del humo con el frescor de la bebida le deja una sensación rara, pero no en un mal sentido.

Noemí se debe estar quedando dormida, porque lleva un rato callada.

Con dos leves toques se deshace de la ceniza antes de regresarlo a su boca, y se quita la camisa quedándose solo con la camiseta; se la echa por encima a su amiga. Es de manga corta, pero algo hará.

No le gusta fumar. Tampoco es algo que le disguste, pero visto lo perjudicial que es para la salud y lo caro que está no comprende cómo es posible que tanta gente esté fumando, mucho menos que vayan regalando

cigarrillos por ahí. ¿Por qué no gastar ese dinero en videojuegos?

Chasquea la lengua, pensando en que todos son tontos porque solo quieren hacerse los guays delante de los demás.

Se aparta el cigarrillo y lo tira al suelo, pisándolo para apagar la llama. ¿Y para qué sirve ser guay exactamente? —reflexiona en su cabeza—. Ser “guay” no entra en la lista de las cosas que le hacen o pueden hacerle feliz. Por favor, si el centro de su universo está ahora mismo perdiendo puntos de dignidad a una velocidad vertiginosa. Cada vez que Anthony zarandea ridículamente su brazo hacia un lado pretendiendo imitar pasos de los 80's puede ver 1,000,000 de puntos de dignidad saliendo disparados. Y ahí va otro millón. Mira, y otro más; porque a Anthony no le importan esas cosas. Ese es solo uno de los motivos que le hacen sonreír y desearle con fuerza como un idiota.

Se levanta de golpe y entra en la pista.

Anthony le ve cuando ya está a su lado, y solo le dedica una efímera sonrisa mientras gira sobre sí mismo. No deja de bailar ni un segundo. Entonces deja de ser un idiota borracho haciendo el ridículo, porque ahora son dos; dos idiotas borrachos haciendo el ridículo juntos, y eso es extremadamente más divertido.

Kyle trata de imitar sus pasos de baile, pero como son totalmente inventados y desincronizados es muy difícil. Anthony mueve los brazos como una medusa, y baja y sube sobre sus rodillas mientras le da la vuelta completa. Tiene cara de concentración.

Ahora le agarra las manos a Kyle para ayudarse a girar sobre sí mismo, y ahora se aleja. Se desliza un par de metros sobre las puntas de sus pies en un Moonwalk que le sale horrible, y luego vuelve como un boomerang. Los colores de las luces de neón cambian el tono de su rostro en toda la gama del arcoíris. Morado, rojo, azul; sus ojos se vuelven aún más absorbentes cuando el filtro verde se le superpone.

Entonces le da por hacer un cruce extraño de pies, y eso ya es demasiado para su escasa coordinación. Tropieza y está a punto de irse al suelo de boca. Kyle consigue atraparlo antes de que se caiga. Le sujeta la cintura y el hombro, y Anthony se echa a reír.

Su risa es apenas audible con la música, sus dientes blancos relucen inmensamente y sus ojos cerrados están apretados por la risa. Tiene las

mejillas coloreadas igual que la punta de sus orejas, y su aliento apesta a cerveza. Kyle sonríe.

Anthony se le escapa de los brazos con un maravilloso giro y sigue bailando.

Salta con los brazos en alto, gira y mueve las manos de una forma extraña. Parece sacado de esas películas de baile en blanco y negro, esas de cuando el betún servía tanto para los zapatos como para peinarse el pelo, pero... Ah, ahora está haciendo otra cosa... ¿Qué demonios está haciendo...? Lo siento, pero no puedo describir esto. Está moviendo los brazos a un lado y al otro, y parece divertirse mucho, pero desde fuera parece que está sufriendo un ataque de epilepsia, y... Y mirad, me niego a seguir mirando, es lamentable.

Digamos que en algún momento Anthony decide que está cansado de bailar, y abandona la pista de baile dando tumbos. Se acerca a la mesa de bebidas, coge otra lata y sigue andando. El ruido del gas al ser liberado viene acompañado por un cúmulo de burbujas y espuma que le chorrea por la mano. Sin esperar a que quede visible el orificio se la acerca a los labios tan rápido que el contenido se le desborda por las comisuras. Se mancha un poco la camiseta, pero al secarse no se notará, así que todo bien.

Kyle ha abandonado la pista al mismo tiempo, pero le cuesta un rato alcanzarle porque hay muchas personas en medio. Anthony se deja caer de culo en el bordillo de la acera.

—¿Se puede saber qué te pasa, Anthz?

El aludido se aleja la lata, soltando un fiero jadeo al tragar de una sola vez toda la cerveza amarga que puede acumular en los mofletes. El fuerte sabor le hace apretar tanto los ojos que hace sin querer una racista imitación de los rasgos asiáticos.

Kyle le observa preocupado y también se sienta.

A unos pocos metros, un invitado acaba de estamparse contra una de las elegantes macetas del jardín. Unos chicos están jugando a tirarse desde el pasillo montados en un monopatín. Kyle suspira. Se alegra mucho de no ser Oliver y de que esta no sea su casa, porque no quiere ni imaginarse cómo se pondrán sus padres como no lo deje todo como estaba antes, y le va a ser complicado.

—¡Menuda hostia te has metido, pringao! —grita alguien desde

dentro, y luego añade—: ¡Ahora me toca a mí!

Kyle los ve repetir la hazaña, sujetando los hombros del mareado Anthony que no deja de beber.

Eleva la vista a la noche estrellada. Hay mucha oscuridad porque en este barrio residencial no hay muchas farolas, y teniendo la luz de la casa a la espalda le cuesta distinguir si a quien sostiene es a su siempre «no gracias, yo no bebo» amigo, o un borrachuzo más de entre todos los de la fiesta.

—Nunca te había visto beber tanto, Anthz. —Intenta quitarle la cerveza, forcejeando sin emplear la fuerza contra un obtuso Anthony que no para de soltar quejidos extraños. Apoya la lata, que realmente está casi vacía, sobre el bordillo en el lado contrario.

—Nooo dámelaaaa. —La música sigue retumbando en su cabeza y habla muy alto. Intenta alcanzar la lata estirando el brazo, complicándose él solito al intentar hacerlo a través de Kyle. Le pega la cabeza al pecho empujándole como un animal desorientado.

—Ya has tomado suficiente, Anthz —ríe, alejando un poco más la lata hasta que Anthony se da por vencido y se deja caer en sus piernas—. ¿Cuántas te has bebido?

—¿Ese es Oliver? —pregunta él, ignorándole completamente.

Kyle sigue el punto que el inestable dedo de Anthony trata de señalar.

Su amigo Oliver está liándose con la chica de antes, de una forma tan exagerada que parece que en cualquier momento van a quitarse la ropa. Deben de estar muy borrachos para hacer eso ahí delante... Entonces se separan y la chica agarra a Oliver por el brazo, lo arrastra hasta el interior de la casa. Los ojos de Kyle se expanden una barbaridad.

—Geniaaal. —Anthony chasquea la lengua—. Oliver va a dejar de ser virgen antes que yo. —Kyle se ríe, pero se le corta al girar el rostro. El menor está buscándole la mirada torpemente, se ha acercado mucho y su respiración le golpea la mejilla—. Kyle, ¿soy raro por ser toodavía virgen?

La cuestión le pilla por sorpresa.

—¿Por qué dices eso ahora? —Entre confuso y curioso, en su boca se instala una brillante sonrisa de diversión.

—Porque toodo el mundo está toodo el rato hablando de eso. En la tele, en Internet. Todos lo habéis hecho ya... Menos yo —se lamenta. Kyle se reprime para no reírse de él en toda su cara. No sabía que fuera un tema que le preocupase a Anthony—. Jolines, es que, ¡ahora hasta Oliver...! —Eleva la vista al cielo bufa y deja caer sus manos. Parece que se lo esté reprochando al universo.

—Venga, no seas exagerado. —Kyle le acerca y él vuelve a recostarse encima—. Mira, Ryota tampoco lo ha hecho aún —dice, aunque se pregunta si en el caso de no serlo su amigo lo hubiese contado. Ryota no habla de temas personales, igual sí que lo ha hecho ya...

—Bueno, pues casi todos. Noemí lo ha hecho, Oliver lo va a hacer... —Su expresión no cambia, pero se queda en pausa un rato. Tiene lag—. Fer lo ha hecho... Tú lo has hecho... —Estirando los dedos sigue murmurando, contando personas.

Kyle arruga el entrecejo, y desvía la vista, incómodo.

Odia mentir con toda su alma, mucho peor si la mentira es para Anthony, pero en aquel momento no vio más opciones.

Desde que su amigo Michael, que ya no es parte del grupo porque se cambió de escuela al terminar la secundaria; llegase a clase muy orgulloso por ser el primero en perder la virginidad allá por tercero, las cosas cambiaron. Nadie paró de hablar del tema, y poco a poco todos los chicos fueron exponiendo sus aventuras de verano y sus experiencias con chicas para presumir.

Se convirtió en un auténtico infierno no poder formar parte de esos temas porque los mismos que siempre están buscando un motivo para reírse de alguien..., ¡sorpresa! Empezaron a reírse de ellos. Por supuesto a Kyle le importaba poco lo que pensarán de él, pero su opinión cambió radicalmente cuando empezaron a meter a Anthony en el mismo saco. Que si siempre estaban juntos, que si ninguno de los dos había tenido nunca novia... ¿El resultado? Kyle contando una penosa historia sobre él y un romance de verano en un campamento de deporte con una chica que nunca existió, el aplauso de algunos de sus compañeros de clase, y a otra cosa mariposa.

La verdad, no le interesa en lo más mínimo correr a tener sexo, ni las

chicas, ni... En fin, ni nadie más que... Suspira, y sale de sus pensamientos preguntándose cuánto tiempo lleva inmerso sin decir palabra. Se relaja al ver que Anthony sigue estirando sus dedos, contando personas y personas. Seguramente esté repitiendo nombres en bucle porque no hay tantas personas en el curso.

—Qué mierda —murmura Anthony finalmente, acomodándose bocarriba como si su amigo fuera un cojín.

Tratando de esquivar a Marc lo máximo posible, la llegada del fin de semana se le ha hecho eterna. No quiere ni pensar que mañana tendrá que enfrentarlo también.

Con los ojos entrecerrados apenas distingue el rostro de Kyle, que se ríe de él en voz baja pero con las cejas inclinadas en un gesto de preocupación.

Cierra los ojos. Ojalá el suelo dejase de dar vueltas.

—Todo es una mierda —farfulla en voz baja.

—Así que eres el tipo de borracho emo.

—¿El qué? —No le ha oído bien, estaba concentrándose en que el mundo deje de girarle de forma absurda, no se está quieto. Es como una de esas atracciones de feria que tan poco le gustan.

—Ya sabes, hay varios tipos de borracho. Está el tipo alegre, que es ese pesado que siempre está abrazando y dando besos a todo el mundo, está el tipo idiota —enumera, mirando de reojo a los del patinete, que no dejan de salir de uno en uno para comerse siempre la misma maceta—, el tipo estrella del rock, que se pone a dar berridos toda la noche, el tipo...

—K-Kyle —le interrumpe, levantando el brazo con torpeza. Él cree que le toca la cara, pero le está restregando la mano por la mejilla. No le mete sin querer el dedo en la nariz porque Kyle lo esquiva. Anthony respira, y tiene que hacer pausas entre sílabas porque hablar es muy complicado—. Tú eres —respira—, del tipoo alegre.

—¿Ah, sí? —se sonroja, se lleva una mano tras la nuca—. Lo siento por eso.

—Noo, pero no digo eso.

—¿Ah?

—Aunque no estés borracho tú siempre estás contento. —Abre un montón los ojos, cuántas palabras seguidas...—. Tú siempre estás «bieeen», «yuhuu...» —Zarandea los brazos en el aire y Kyle tiene que esquivarlo—. Te envidio.

—¿Pero qué dices, Anthz? —sonríe—. Deja de decir tonterías y vete a dormir la mona.

—¡Loo digo enserio! —Enfadado, intenta golpearle como siempre hacen en broma, pero apenas alcanza a atinarle en el pecho y el golpe es incluso más débil de lo usual. Kyle no puede evitar soltar un par de carcajadas en voz alta—. Kyle...

—¿Sí, Anthz? —pregunta con una fina sonrisa.

—No te vayas nunca —le ordena, y gira el rostro hacia su torso. Se aferra a su camiseta pareciendo querer darla de sí.

El rostro de Kyle se torna entonces serio, con su amigo recostado medio en la acera, medio en sus piernas. Anthony se calla por fin, y sus ojos están cerrados mientras su boca entreabierta lucha por tomar pequeñas bocanadas de aire.

Kyle le aparta el flequillo con suavidad.

Anthony tiene las cuencas cubiertas de ojeras, y debe haber estado durmiendo mal, porque su bronceada mano sobre la pálida frente se ve más oscura. Dos pequeños círculos sonrojados resaltan en cada una de sus mejillas, que arden como una estufa porque está muy borracho.

Tan borracho como para decir cosas realmente estúpidas.

Como si de la noche a la mañana Kyle pudiese decidir desaparecer de su vista o hacerle desaparecer de la propia. Como si no lo hubiese intentado ya. Como si no fuese jodidamente difícil borrarle de sus pensamientos, o al menos volver esos pensamientos un poco menos... Un poco más puros.

¿Irse, sin ti? ¿A dónde?

—No mientras tú quieras, Anthz.

—Más te vaaale.



—Anthz. Anthz, no. Ven —susurra, yendo tras su amigo cuando echa la llave—. Lleva los zapatos en la mano, no hagas ruido.

Suben las escaleras lo más despacio y en silencio posible, pero Kyle no deja de estar preocupado porque pueda liarla hasta que entran en su cuarto y cierra la puerta.

—No hagas ruido, ¿vale? Es tarde y mis padres están durmiendo. —Saca un colchón de debajo de la cama y se pone a buscar las sábanas.

Teniendo la habitación de Anthony con pantalla plana y una amplia selección de videojuegos y comida, la casa de Kyle de clase media-baja y su cuarto de tres metros cuadrados donde apenas puede caminar con la cama supletoria extendida, se queda un poco corta. Es raro el día que Anthony se queda a dormir en su casa y no es al revés, y esa era la idea hoy también, pero Kyle cree que es mejor dormir hoy aquí y que Ellen no vea a su hijo de esta forma tan lamentable.

—¿Qué es donde estoy lugar? —pregunta Anthony, sentándose en la cama que Kyle acaba de levantar del suelo. No le ha dado tiempo a colocar bien las sábanas.

—Estás en mi cuarto —le informa, y le empuja un poco el hombro para que se aparte. Anthony gruñe. Hace la croqueta hasta la otra cama y hunde el rostro en la almohada. Luego con pereza se palpa el bolsillo y busca su teléfono.

Al no encontrarlo de inmediato se alarma. Despega la cabeza, sus ojos están abiertos de par en par.

—¡Mi móvil! —alza la voz.

Agachado intentando meter las esquinas de la sábana, Kyle se lo saca del bolsillo y se lo enseña. Anthony suspira aliviado y vuelve a desplomarse.

—Anthz, no te duermas así. Quítate esa ropa que apestas a cerveza —le sermonea en voz baja, pero por respuesta solo recibe otro gruñido. Le regaña y le lanza una camiseta que Anthony se pone entre quejas.

Kyle se mete en la cama que acaba de montar porque él le ha robado la suya. La habitación es tan pequeña que aunque el interruptor está al lado de la puerta llega con el pie.

Se quedan a oscuras, pero a través de la persiana se cuelan ristros azules de la Luna que dejan una leve visión.

—Kyle —le llama muy bajito. Desde que han abandonado la fiesta la tartamudez y longitud de las vocales de Anthony se han ido reduciendo, sustituyéndose por una voz ronca que predice que mañana le va a costar hablar, pero al menos es señal de que va dejando de estar borracho. Kyle le tapa con la sábana y luego se cubre él también con la propia—. ¿He hecho mucho el ridículo?

—Un poco. —Anthony resopla, y él sonrío—. Pero todos estaban igual que tú, así que da igual.

Anthony se da la vuelta fastidiado.

Kyle mira la hora en el móvil. Mañana es festivo, pero ya son casi las cinco de la noche, deberían dormirse ya. Si duermen ocho horas se despertarán a la una... Así que perfecto, tempranito.

Anthony resopla y se deshace de la sábana de una patada.

—Kyle —le llama en un susurro, alargando la palabra. Se pone de lado hincando el codo en el colchón y su cuerpo se balancea tratando de mantenerse en el mismo punto.

—¿Tienes calor, quieres que abra la ventana? —Antes de que conteste ya está estirando el brazo al cristal.

—Ten sexo conmigo.

Como era una acción que ya había programado su cerebro, Kyle abre la ventana; pero acto seguido la cierra. Se tumba dándole la espalda y cierra los ojos para dormir.

—Kyle —insiste, como si no le hubiese oído—. Ten sexo conmigo. —Como no le contesta sigue repitiendo su nombre. Muy flojito, muchas veces.

—Buenas noches, Anthz —decreta, ignorándolo. Pobre de él por pensar que estaba ya menos borracho, está fatal.

—Sé que te gustan las chicas, pero yo seré... la chica... —musitando algunas palabras que Kyle no puede oír bien, Anthony se lamenta. Está hablando totalmente enserio.

Kyle aprieta el entrecejo.

No le enfada que esté perdidamente borracho, porque él también se ha puesto así de mal otras veces y ha sido Anthony quien le ha cuidado. Tampoco le molesta que le insinúe de algún modo que él sea gay, porque, en fin. Lo que le crispera los nervios y al mismo tiempo le entristece enormemente, es que él desea hacerlo.

Pues claro que tendría sexo con él, joder, si es lo que siempre ha soñado, y ahora el mismísimo Anthony en persona se lo está pidiendo... Borracho como una cuba. Mañana por la mañana no recordará lo que está diciendo.

No, no quiere esto. Esto es igual que nada. Peor que nada.

—Anthz, intenta dormir.

—Si cierro la persiana entera no me verás, te puedes imaginar que soy una chica. —Se pone de rodillas sobre la cama para alcanzarla y cerrarla de verdad. Kyle también se incorpora, le agarra de la muñeca para pararle.

—Estás borracho. Duérmete, Anthz —repite con paciencia.

—¿Es porque soy feo...?

Kyle desvía el rostro. Se muerde el labio inferior visiblemente cabreado con la situación.

No sabe cómo reaccionar. Sabe que Anthony solo está diciendo esas tonterías porque, no sabe de dónde ni por qué, se le ha metido en la cabeza que ya debería haber estado con chicas y de repente tiene mucha prisa por tener experiencia. Entiende que haber cumplido ya los dieciocho tiene algo que ver, pero sigue siendo una estupidez.

—Y-yo estaré abajo, tú solo tienes que...

—Anthony. —Su voz suena tosca, grave, y demasiado alta para tan tardía hora de la noche—. Ya basta.

El chico, de rodillas en el colchón, por fin se queda callado.

Con la escasa luz Kyle no puede verle bien la cara, y luego Anthony la esconde, y él empieza a sentirse culpable.

No es propio de él ser borde, y mucho menos con Anthony.

—Oye, mira... —Él también se sienta, cruzando las piernas. Su tono vuelve a ser el de siempre. Cálido, amable... Le habla muy despacio—. Estás borracho. Se te ha metido eso en la cabeza y crees que es algo malo no haberlo hecho aún, pero no es verdad. No pasa nada por ser virgen a los

diecisiet... Dieciocho —recuerda, porque cumplió el mes pasado, como él. Esboza una pequeña sonrisa de falsa seguridad—. No seas tonto, anda. Vamos a dormir.

Si hubiese apostado si alguna vez trataría de convencer a Anthony de no tener sexo con él, ahora tendría que darle mucho dinero a alguien. Tampoco hubiese creído ser capaz de controlarse en una situación así, teniendo que hacer el papel de cuerdo en esto, precisamente él. Pero todo está siendo tan surrealista que no puede tomarlo en serio. Suspira brevemente.

—Tú eres mi mejor amigo —dice Anthony, y vuelve a la carga. Pasa de una cama a otra, se acerca a gatas—. Solo es un favor que te estoy pidiendo...

El olor del alcohol le impregna el olfato aún en la distancia. Kyle le esquiva y le empuja atrás suavemente, pero Anthony persevera. Avanza torpemente siendo retrocedido una y otra vez.

—Si mi primera vez fuese contigo...

—Anthz, no —le corta.

—Te dejaré todos los juegos que quieras.

—¿Qué? —chista, incrédulo y divertido—. Como si eso fuese a... —habla en voz baja, y luego suspira largamente—. Que descanses.

—Kyle...

Anthony cambia de estrategia. Como Kyle no le deja avanzar hasta su cama, prueba a atraerle hasta él, con magia: hace desaparecer su camiseta.

Kyle se bloquea.

—Es como una clase. Yo... Yo no se lo voy a decir a nadie.

Su pecho estalla a latidos, tratar de controlarlos se vuelve imposible. El torso del menor está al descubierto, únicamente vestido con las rayas de luz que se cuelan de la calle. Sus pezones están estirados por el frío, resaltando como dos botones perfectamente redondos. Anthony vuelve a apoyar las manos en el colchón. Gatea en su dirección con sensualidad y parsimonia.

—Estás fatal... —musita Kyle.

—Solo va a ser un momento...

El colchón se hunde cuando sus pesos se superponen. Anthony se le ha

encaramado encima, sus torsos quedan separados por un breve espacio de aire. Kyle solo tiene determinación suficiente para apartar el rostro.

Desde tan cerca, puede sentir el cálido aliento de Anthony golpearle la mejilla, y su respiración errática por el alcohol.

El menor se le aferra a la camiseta. Sus finos dedos se enredan en la prenda formando un remolino. Y es minúsculo, carente de saliva; tan solo quiere llamar su atención: con la punta de la lengua le suelta un pequeño lametón en el moflete.

Inevitablemente, él también busca el encuentro. Kyle le encara con timidez, y crea una fina separación entre sus rostros al inclinar su barbilla y pegar sus frentes. Sus flequillos se dispersan a ambos lados.

Quiere mandarle a dormir otra vez, pero su garganta se ha quedado seca. Y ya que está, se plantea que sería una pena apartarse ahora, porque están muy cerca, la distancia entre ellos es ridícula. Se queda totalmente estático, paralizado sin saber qué hacer. Ha quedado petrificado en una pose de huida, cuasi tumbado en la cama con sus brazos apoyados tras su torso. Entonces Anthony deja caer su peso sobre él, y su torso desnudo le presiona de forma queda el estómago.

—Anthz, apártate... —susurra pobremente, usando la poca cordura que le queda.

Por única respuesta, él se inclina aún más, une la punta de sus narices en una suave caricia. Kyle traga saliva, y con los ojos cerrados a presión, la mente inhabilitada y el cuerpo sumido en una espesa nube de confusión; también busca alinear sus labios, guiándose por la cálida respiración de Anthony.

Si Anthony fuese consciente de lo que está desatando, o si supiera lo que Kyle quiere hacerle ahora mismo, sin duda se apartaría de corriendo. Porque él ya ha vivido esto, lo ha soñado más de una veintena de veces solo en el último año. Solo que esta vez es real. Su corazón se comprime buscando ocultarse, y se ensancha incapaz de contener tanta presión en tan pequeño espacio.

Los labios de Anthony, la boca de Anthony..., todo su cuerpo está muy cerca. Y es tan fácil desearle, es tan fácil quererle. No tiene un sólido motivo para explicar su sentimiento, porque no fue algo decisivo lo que le abrió los ojos y golpeó el corazón hace un montón de años. Fueron muchas cosas.

Son esos dos luceros que brillan incluso en la noche, con ese color verde intenso que es difícil de esquivar. Es la forma en la que sus hombros y su cadera se mueven zarandeándose, un poco, cuando camina. Es el gesto adorable que dibujan sus facciones cuando se enfada porque ha muerto en un videojuego. Son sus mofletes hinchados que se elevan enormemente cuando sonrío. Su amabilidad y comprensión por todo ser viviente por poco que lo merezca. El dulce sonido que canturrea su garganta cuando está riendo. Su infinita empatía que le hace llorar por cualquier cosa como un mocoso. Son cientos. Cientos de miles de pequeñas cosas, nimiedades tan absurdas que si las enumerase escribiría una lista tan extensa que sería tomado por loco.

Entonces, no hay nada malo en lo que quieren hacer. Si Anthony lo desea, y sabe Dios que él también lo desea, no hay problema que lo impida. Después de todo es Anthony quien se lo está pidiendo tan desesperadamente, y él ha intentado resistirse, lo ha intentado de verdad, pero... Pero...

—Buurggp.

Kyle abre los ojos muy despacio.

Lo único que alcanza a hacer es levantarse en silencio. Se quita la camiseta tratando de no restregarse el vómito de Anthony por la cara, y sin decir nada, se va directo a la ducha.



—¿Necesitas otra camiseta? —pregunta desde la cama. Anthony acaba de volver del baño.

—No, gracias —declina con poca dignidad, dejándose caer en el colchón. No se atreve a mirarle a la cara. No puede creerse que haya dicho esas cosas—. Vaya noche —murmura.

Kyle le mira de reojo, tumbado con los brazos tras la cabeza.

—A mí me lo vas a decir.

Anthony farfulla algo con la cara metida en la almohada, y cuando se da la vuelta sus mejillas están rojas.

—Lo siento mucho...

—Da igual. —Afina una sonrisa abreviada. Observa al menor atrapar la

sábana y hacerse un bollo, acomodarse la almohada y, ya bocarriba, evocar un largo suspiro—. ¿Qué ha pasado? —pregunta Kyle, y los ojos verdes se expanden ligeramente.

—Supongo que he bebido demasiado —se disculpa, restándole importancia con una sonrisa—. Lo siento.

Kyle niega. Eso no es lo que había preguntado.

—Y antes de eso, ¿qué estabas intentando olvidar?

Se cuele un breve silencio.

—Nada, ¿por qué? ¿Eres el único que tiene derecho a que le cuiden cuando decida ponerse pedo solo porque sí? —protesta, e intenta mantenerle la mirada fijamente. Con los ojos finos y el gesto serio, pretende lucir ofendido.

Kyle sabe que está mintiendo. Siempre baja la ceja izquierda y levanta la derecha una barbaridad; pero prefiere no insistir. Ellos siempre se cuentan todo, así que aunque Anthony no quiera hablar ahora mismo, lo acabará haciendo tarde o temprano.

El ambiente se vuelve tenso, y Kyle está harto de ser racional y de estar preocupado, así que decide quitarle hierro al asunto de la única forma que sabe. Haciéndose el idiota.

—Así que... —Anthony todavía está mirándole con intensidad, esperando a ver si la mentira ha colado—. ¿Ya no me deseas? —se lamenta, acercándose con voz sensual y gesto sobreactuado—. Me rompes el corazón.

—Idiota. —Rueda a una esquina del colchón cuando Kyle va a por él—. ¡No, deja!

Anthony usa la almohada de barrera, con su amigo diciendo frases cursis intentando alcanzarle.

—Venga, no me dejes así...

—¡Que me dejes, bicho! —trata de zafarse.

—Ay, jo, no me digas esas cosas.

—¡Quita, deja!

Los dos se ríen un poco, y después Anthony suspira escuetamente; sigue

muy mareado. Kyle se aleja y se tumba, y él le lanza la almohada a la cara. Sabe perfectamente que se comporta así para que él no se sienta mal por lo que ha pasado.

—Gracias, Kyle... Eres muy buen amigo... —Dibuja una sonrisa melancólica, está arrepentido.

Entonces una punzada sacude el estómago de Kyle, cuando se pregunta hasta qué punto puede pretender que no ha pasado nada. Agradece, que con la almohada de Anthony sobre su rostro, no puede verse el breve instante en el que sus ojos se paran y sus labios hacen una mueca de esa clase de dolor que nadie puede ver porque solo existe muy adentro.

¿Qué demonios está haciendo?

¿De verdad va a fingir que no ha pasado nada, otra vez?

Pretender que no ha estado a punto de cumplir su mayor sueño hasta que Anthony le ha vomitado encima. Él no quiere olvidar eso. Él no quiere que toda la culpa sea para el alcohol. Él quiere escuchar a Anthony pedírselo... ahora.

—Anthz —le llama, siendo golpeado repetidas veces con la almohada en la cabeza. Su pelo está completamente despeinado. Kyle le da la espalda, y su voz suena tan seria, tan abismalmente distinta a la de hace un instante, que el menor se asusta—. Sea lo que sea, siempre podrás contar conmigo, Anthz. Porque tú... Tú a mí me importas mucho.

Y como el castaño no responde, y él tampoco dice nada más, la habitación se cubre de un absoluto silencio.

Anthony se queda un buen rato callado

Kyle frunce el ceño.

¿Por qué no le devuelve aunque sea una palabra?

Necesita zanjar este tema, porque así podrán seguir como siempre. Él prometerá no decir nada sobre lo que ha pasado y pretenderán que esta noche no ha existido. Un «lo mismo digo, idiota» será más que suficiente. O «tonto», o «retrasado». O cualquiera de esos apodosos que de otros labios menos inocentes podrían considerarse insulto, pero que puestos en los suyos solo pueden responderse con una sonrisa.

—¿Anthz?

Duda en darse la vuelta. ¿Se ha molestado Anthony? De repente no

recuerda con exactitud lo que acaba de decir. ¿Qué ha dicho, qué ha sido tan malo que no le contesta? Dios, y ¿por qué se complica él tanto? Solo tiene que confesarse bien una sola vez, y afrontar las consecuencias.

¿Aunque la consecuencia equivalga a dejar de tener a Anthony en su vida...?

—Yo... —musita el menor, y el corazón de Kyle da un vuelco, porque cuando por fin se pronuncia, su voz va acompañada de unos inentendibles jadeos y sorbidos de nariz.

Kyle se voltea de inmediato, y sus ojos se abren como platos. Algo golpea en su ya de por sí espachurrado corazón cuando ve al pequeño de rodillas sobre el colchón, cabizbajo. Cubriendo sus ojos con el antebrazo intentando reprimir los sollozos.

—Lo siento... No sé qué me pasa... Yo... —Se difumina hasta convertirse en un simple quejido. Las lágrimas se liberan en una cascada para ir a formar círculos en las sábanas.

Kyle abre la boca para hablar, pero de sus labios no brota más que un jadeo seco. Los recuerdos de todos los intentos de confesión, las dudas de no saber qué pensará Anthony de él, la continua lucha contra las ganas de pegar los labios a los suyos... No importa.

Se acerca despacio, y estando de rodillas frente al tembloroso chico, lo único que puede hacer es rodearlo y apretarlo entre sus brazos tan fuerte como si temiese que pudiera llegar a evaporarse de un momento a otro. Le aprieta la cabeza y la hunde en su pecho, intentando formar entre sus brazos una muralla que no se pueda atravesar, para que nadie pueda hacer llorar a este par de ojos verdes que ahora se ven tan asustados y vidriosos.

No entiende por qué está llorando, no sabe por qué se ha comportado así esta noche, pero ya tampoco pretende preguntar por qué. Con su corazón latiendo con estrépito instando abandonar su pecho, solo se preocupa de que el menor no pueda verle llorar también; porque ha visto llorar a Anthony un millón de veces por cosas tontas, o cuando alguien se ha metido con él, incluso una vez jugando a la consola. Pero las cosas tontas se olvidan porque carecen de importancia, los abusos siempre reciben su puñetazo marca Kyle en la cara y las partidas pueden rejugarse una y otra vez. Ahora, sin saber un motivo ni recibir una explicación, ¿qué puede hacer él?

Si Anthony le necesita, y él no puede ayudarlo, ¿qué derecho tiene a

declararse?

—Anthz —musita, en un tono tan bajo que los sollozos del menor ahogan su voz—. Olvídalo, no ha pasado nada.

Entrelaza sus dedos entre los mechones castaños, apretándole aún con más fuerza si cabe.

—Lo siento... —solloza Anthony, y afianza la camiseta del mayor entre sus dedos, para que por muchos minutos que pasen a Kyle no se le ocurra separarse.

No quiere pensar más, no quiere saber nada más de la vida, es muy complicada. Así se está muy bien. Que llegue el día y que vuelva la noche; él se va a quedar así, y ya está.

—No sé qué tienes que sentir —insiste en hacerse el loco.

Kyle los tumba a ambos sobre el colchón y los cubre con la sábana. Anthony, que no ha hecho más que apretar los párpados con fuerza intentando contener las lágrimas, abre los ojos lentamente. Solo llega a ver parte del bronceado cuello de Kyle.

Se da cuenta entonces de la vergonzosa forma en la que sus dedos están aferrados a las ropas del mayor, en cómo sus piernas están entrelazadas a las del cuerpo contiguo. Pero la vergüenza no debe parecerle tanta, porque no cede un ápice.

Cierra los ojos, acurrucándose en el espacio que Kyle le ha preparado. Esconde la cabeza bajo su barbilla. Kyle huele muy bien, tira a avellanas.

Anthony sacó la hipótesis hace años. Como hace mucho deporte o levanta pesas en casa, se ducha unas dos veces al día, y su piel absorbe el olor del gel de ducha. Tiene que ser eso, porque odia las colonias. Dice que gastarse dinero en una «agüilla con olor» es estúpido.

Con una mueca de dolor, Anthony se lleva la mano al estómago, que se revuelve furioso como venganza por no haber sido tomado en cuenta en toda la noche.

—Kyle —habla muy bajito.

—Dime —susurra en el mismo tono, con sus labios despleándose en un tono paciente y calmado.

—Me duele la tripa.

El mayor deja escapar un leve suspiro.

—Eso te pasa por beber tanto —le regaña con voz dulce, y con cuidado se despega de un Anthony que, no muy convencido, le suelta.

Kyle le gira, hasta que la espalda del menor está contra su torso, y le atrae para eliminar el espacio sobrante.

Anthony, luchando contra los quejidos de su estómago, sube las rodillas intentando hacerse una bolita, apretando con fuerza la mano en su estómago en cada pequeño escalofrío. Ya ha visto a muchos de sus amigos ponerse así en las fiestas. Siempre beben más de la cuenta y luego alguno acaba tirado por el suelo o vomitando detrás de algún arbusto.

Resopla. Vomitar otra vez no, por favor, ya le ha causado suficientes problemas a Kyle.

Se contrae un poco más, cerrándose alrededor de su estómago, y le suplica en silencio que deje de doler. Le promete de verdad de la buena que no volverá a beber nunca jamás.

—Tranquilo. —Le aparta la mano para colocar la suya.

La extensión de la palma de Kyle le cubre casi todo el vientre. Es un poco áspera, y tan cálida que los escalofríos van desapareciendo poco a poco.

Destensa con inseguridad el cuerpo, bajando un poco las rodillas. El dolor y las preocupaciones desaparecen por completo cuando Kyle comienza a bailarle por la barriga apaciblemente. Está dibujando pequeños círculos alrededor de su ombligo.

—Avísame si necesitas vomitar.

Anthony niega, y se acomoda echándose un poco más atrás, pegando la espalda al torso del mayor todo lo posible. Kyle siempre tiene una respuesta a sus problemas, siempre le encuentra una solución a todo. ¿Entonces no debería contarle a Kyle sobre Marc?

Podría omitir la parte de los besos, porque no aporta gran cosa al problema en sí. Suspira, con la cabeza dándole vueltas y el cuerpo apaleado por el alcohol. Si le hubiese contado todo desde un principio, no sería tan dificultoso, pero ahora no quiere contárselo a Kyle, no quiere decepcionar a Kyle.

Zarandea los pies enredándose en la sábana. Puede que ya no haga falta contar nada. Marc parece una persona razonable, porque cuando le dijo que parase, paró. Así que, si solo fue una confusión, una... extraña confusión; ¿ya

ha acabado todo?

Aquí, refugiado bajo la manta, el cansancio comienza a entumecer sus músculos. Inspirando una gran cantidad de aire llena sus pulmones para después vaciarlos. Sus ojeras están cubiertas de agua seca, pero ahora se siente muy bien. Si hubiese sabido que esto era lo que necesitaba para olvidarse de las preocupaciones no se hubiese hinchado a beber, habría ido corriendo a buscar a Kyle y listo.

Una fina línea se curva en sus labios. Kyle es un idiota, pero siempre consigue hacer que se le olviden los problemas con sus idioteces. No por nada es su mejor amigo.

Inspira largamente.

Mañana va a hablar con Marc. Dejará claro que no quiere nada con él y le dirá que le perdona, así podrán olvidarlo todo como si nunca hubiera pasado. Dejará de estar preocupado y de pensar cosas estúpidas sobre sexo, mafias y tonterías, y empezarán de cero como una familia, como hermanos de verdad.

—Como hermanos de sangre —musita, antes de dormirse.



—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —pregunta Kyle, encaramado al pomo de la puerta observando al despeinado chico que se ata los cordones.

Él tampoco se ha arreglado mucho. Todavía lleva puesto el pijama y unas zapatillas de perritos de andar por casa. No ganaría ningún desfile de moda. O sí, visto lo visto.

—No, de verdad. —Se levanta con un pequeño salto y una gran sonrisa—. Me vendrá bien para despejarme.

Kyle le chequea afinando un ojo. Le peina unos mechones que a Anthony se le han quedado en punta, pero duran medio segundo peinados antes de saltar como un resorte.

—No vayas haciendo el tonto. —Le señala con la cabeza una de las piernas mientras le quita una legaña seca con el pulgar—. Te recuerdo que hasta hace poco tenías vendado el tobillo.

Anthony se acomoda el cuello de su camisa llena de manchas y palmea un lado de su vaquero allí donde hay una enorme mancha verde de césped, sin borrarla en absoluto.

Kyle ve la escena y sonríe.

Lo que pasó anoche ha tenido una mención tan nula que se plantea si de verdad ha ocurrido o ha sido otro de sus muchos sueños con el castaño.

—Tranquila, mamá. No me pelearé, ni me iré con ningún desconocido —sonríe Anthony, y se despide efusivamente con la mano.

Kyle responde de igual forma, y se queda mirando sus mechones en punta sobresalir por encima del seto hasta que se escapa de su visión.

—Más te vale —musita, cerrando la puerta con intención de lanzarse en la cama y dormir todo lo que no pudo anoche.

Fasto y furioso

Es muy temprano. Demasiado. Es decir, es la hora del almuerzo, pero habrá dormido un par de horas así que esto cuenta como madrugar.

Debe de ser por la tela fina de su camisa de fiesta que, aún con los rayos del Sol, le cuesta soportar la suave temperatura. Se sube el cuello intentando frenar un poco de ese viento helado que le golpea en la nuca.

La distancia hasta casa no es extensa, pero Anthony aminora la marcha. Necesita tiempo para decidir qué es exactamente lo que va a decir. En cuanto llegue cogerá a Marc y se lo llevará a un sitio donde nadie pueda oírlos. Zanjarán este tema hoy y el problema nunca habrá existido.

Un pequeño escalofrío recorre su espina dorsal, porque ese plan requiere de algo que no puede obviarse: estar a solas con Marc. Su corazón se salta un latido, rememorando aquella escena en la cocina. Se recuerda a sí mismo sin rechazar ninguno de esos toques, con sus músculos volviéndose tan pesados que lo único que alcanzó a hacer fue esputar un tenue murmullo...

Niega efusivamente, liberándose del recuerdo. Lo importante es que Marc había parado, que lo entendía y que, por encima de todo, no va a volver a pasar. Asiente con entereza en mitad de la desierta calle. ¡Sí, es tan sencillo como eso!

Llega a casa canturreando, tan alegre que cualquiera hubiera apostado que seguía borracho, pero... ¡Ah, su madre no puede verle así! Se mete la camisa llena de manchas por dentro del pantalón y se peina en el retrovisor del coche del vecino. Tose un par de veces para aclararse la voz, y con una ligera sonrisa cruza el patio delantero.

Enseguida se relaja, en cuanto ve que el coche de su madre no está. Destensa la espalda de un soplido, cambiando su expresión recta por una cara de infinito cansancio.

Igual se echa un rato antes de tener esa conversación.

—Ya estoy en casa —avisa en voz alta.

—Estamos en la cocina —responde una voz dulce.

—Buenos días, señora Miller.

—¡Hola, Anthony! —sonríe la mujer mayor. Su hermana solo zarandea la mano porque tiene los mofletes llenos de comida—. Ellen ha tenido que ir a la empresa. Me ha pedido que cuide un rato de esta pequeña mujercita. ¿A que sí? —un intenso tono agudo dirigido a la niña, que asiente sin levantar la cabeza del plato. Odia a muerte que la traten como una cría, pero la señora le ha preparado su almuerzo favorito, paella y croquetas de jamón; así que por ahora se lo perdona.

—Ah, muchas gracias —sonríe incómodo. Solo quiere echarse un ratito a dormir, pero la señora Miller se enrolla como las persianas. Por favor, que no se ponga a contar otra vez eso de cuando era pequeño.

La mujer se ríe y agita una mano, despreocupada.

—No es nada, cielo. Aunque tú no te acuerdes, cuando tenías tres y cuatro añitos yo venía todos los días a cuidarte, ¿sabes? Te hacía la merienda, te cambiaba los pañales, te limpiaba los mocos cada vez que cogías uno de tus berrinches... Una vez te pusiste como loco porque se te perdió tu peluche favorito, el gato ese rosa que tenía los dientes tan grandes, que era muy feo; pero bueno que a ti te gustaba. Total, que no lo encontrabas, y cogiste... —y habla, y sigue hablando.

Anthony nunca recuerda haber vivido esas cosas de las que habla, era muy pequeño.

—...y ahora eres tan mayor... —Suelta un breve suspiro al bajar de la banqueta—. ¿Dónde está el chico nuevo?

Anthony no entiende la pregunta.

—El chico nuevo, tu hermano. —Por el interrogante de Anthony, la mujer podría haber dudado de la salud de su memoria, pero no. Está segura de que Ellen le habló de la adopción—. Sí, ¿cómo se llamaba? Marc. Tú madre dijo que estaba contigo.

—¿Por qué iba Marc a estar...? —Se va apagando hasta recrear un murmullo.

La mujer, limpiando el plato del almuerzo, no ve el gesto descompuesto

de Anthony al encajar un par de piezas.

«Entiendo que no querrás que me quede»

No puede ser.

¿Ese estúpido se refería a irse de casa?

—S-sí, bueno, está arriba —contesta. Hasta él se sorprende de encubrirlo.

—¡Vamos a jugar a las casitas! —exclama Annie, bajando de un salto la banqueta.

—¡No! —grita él, estirando los brazos para que no pueda pasar por la puerta—. Se está... Se está duchando, y además... Está muy cansado, será mejor que no le molestemos en todo el día, ¿vale? Quizás en toda la semana, ¿bien?

—Estás sudando. ¿Estás malo? —con su tierna voz, Annie levanta una de sus manitas intentando alcanzar la frente de su hermano, aunque solo le alcanza la cintura.

Él niega con efusividad, girándose para salir de la cocina a paso calmado, y cuando ya no pueden verle, sube las escaleras de tres grandes zancadas.

No le da tiempo a plantearse la posibilidad de que Marc solo haya hecho una de sus escapadas nocturnas y ya esté de vuelta como las otras veces; porque abre la puerta de golpe y, efectivamente, no está aquí. Pero tampoco sus viejas deportivas bajo la cama, ni su roñosa mochila junto al armario. Las sábanas están dobladas con perfección.

—¿Marc? —le llama, aunque la habitación es pequeña como para equivocarse.

Marc no está.

Queda en pausa sin tener ningún pensamiento, un leve instante en el que se queda mirando atentamente al suelo, observando tan intensamente un punto concreto de la moqueta que bien podría haberla prendido.

—No puede ser... —musita, y abre el armario.

El uniforme está doblado en una balda, la camisa rosa resalta entre las

blancas. Los cajones están saturados de las prendas que Ellen le ha comprado hace unos días. Está todo.

Todo menos su mochila y sus zapatos.

Se gira con lentitud, inspeccionando la habitación parte por parte. Las baldas, la mesa de estudio, la silla; todo está perfectamente ordenado y recogido. Si vuelve a cerrar el armario podrían pretender que nadie ha llegado a dormir aquí.

¿Se ha marchado de verdad? ¿Por qué?

Buscando encontrar una sola cosa del azabache abre todos los cajones del armario, pero no halla ahí nada suyo. Con sus latidos en aumento y sin comprender nada, bruscamente aborda los cajones del escritorio. Vacía todo su contenido sin cuidado, esparciéndolo por el suelo. Hay un montón de figuritas y cosas tontas de esas que traen los huevos Kinder, Annie se las ha estado regalando. También hay dibujos. Muchas princesas y castillos que juegan a romper las leyes de la física, todos de colores cálidos. Algunos tienen purpurina.

Lanza cosas a diestro y siniestro hasta que se queda sin sitios dónde mirar. Nada, no hay nada suyo. El suelo ha quedado cubierto de lápices, libretas y figuritas, y él contempla el desastre sin expresión alguna.

Pues ya está. Como vino se fue.

Se sienta a orillas de la cama sin un solo pensamiento, con la mente en blanco. Su cerebro no tiene nada que decir, y sus ojos se quedan bien abiertos contemplando el suelo. Tan solo se estira para agarrar una pieza de plástico que no entiende desde lejos.

Está muy mal pintado, pero parece que es la mitad de un elefante o algo así, la otra parte habrá salido volando.

Va a tener que recoger todo esto y llamar a mamá.

¿Ha sido culpa suya? —se cuestiona—. Esa escena de la cocina fue... incómoda, pero en ningún momento ha querido que se marche, nunca ha insinuado tal cosa. Suspira a trozos. Marc tiene casi dieciocho años, es mayor para tomar sus propias decisiones, y también es evidente desde el principio que no estaba cómodo en esta casa. Su mirada vaga por el pequeño desastre, se agacha para recogerlo todo.

Annie se va a poner muy triste.

Lo va metiendo todo a boleo en los cajones y se encuentra la otra parte

del animal debajo de un folio. Pone en el suelo las libretas que ha ido apilando y junta las dos partes, luego apoya el bicho sobre el montón solo para ver lo feo que es cuando está completo. Sonríe finamente, con los verdes humedecidos. Normal que Annie se lo haya regalado, esto no lo quiere nadie. Sin querer se fija en el cuaderno de tapa roja bajo la figura, porque hay una inscripción.

“Matemáticas, Marc Summer”

Marc, a base de rayones con algún tipo de punzón o bolígrafo gastado, puso el apellido de su familia en la portada. Bien en grande y bien en el centro. Anthony abre la libreta, y aunque las soluciones a los deberes que han mandado para el lunes son muy tentadoras, no tiene intención de copiar nada esta vez. Se limita a pasar las páginas. Ecuaciones, fracciones, logaritmos... Todo está lleno de letras y números.

Con el ceño fruncido, apoya las palmas sobre las hojas dejando caer su peso.

—¿Qué es esto, Marc? —farfulla—. ¿Una broma?

Así que Marc quiere irse. O más bien, ya lo ha hecho. Ha aprovechado el cumpleaños de Oliver sabiendo que así no había posibilidad de que él no entrase a molestarle. Seguramente se habrá marchado con esas personas tan molestas que berreaban bajo su ventana por la noche.

Aprieta los dientes, y sus dedos se convierten en un puño que se lleva una de las páginas llenas de números.

Es tan cobarde el cómo lo ha hecho. Recogiendo todas sus cosas en silencio, pretendiendo nunca haber aparecido en sus vidas. Como si solo por ello pudiese olvidarse a alguien. Como si eso fuese a evitar hacerle recordar que ha existido.

Anthony abre la puerta de la habitación con violencia, recorriendo a toda prisa el breve camino desde la habitación de Marc hasta la suya. Se cambia la ropa sucia y se pone sus zapatos de gimnasia. No tarda en desaparecer por la puerta principal, despidiéndose de su hermana y de la señora sin dar más explicaciones.

Si Marc quiere largarse, muy bien; pero tendrá que darle una buena explicación.



Horas. Han pasado horas desde que salió de casa para buscarle.

En todo el día solo se ha comido una magdalena en casa de Kyle, y de esas del súper que son solo harina, nunca una proteína. Su estómago lleva un rato riñéndole por ello.

Ha estado buscando al azabache por todas partes. Como no tiene ni idea de qué le gusta hacer a Marc o a dónde va por las noches, básicamente ha estado dando vueltas esperando un milagro. Siempre se ha quejado de vivir en una ciudad minúscula que se acerca más a pueblo que a metrópoli, pero desde hoy jura no decirlo nunca más, porque los pies le duelen a horrores y las calles parecen infinitas de repente. Mira la hora en el móvil. Ya ha pasado la merienda. Suspira devolviéndolo a la chaqueta, guardando también sus manos.

A partir de la quinta hora, ya ni siquiera sabe qué está haciendo. Andando siempre mirando al frente, pero cada vez más y más despacio, arrastrando los pies por la fatiga... Se adentra en calles que no le suenan, en otras donde sabe que es imposible encontrarle porque ni él sabe ya dónde está.

¿Qué intenta conseguir?

Si ya apenas recuerda el motivo por el que se ha lanzado a la calle en busca de su hermano.

Hermano.

¿De verdad alguna vez ha llegado a serlo? No. Desde el principio todo ha estado en su cabeza. Supone que para Marc estos días solo han sido como jugar a las casitas con Annie; un entretenimiento, una función. Ya no es capaz de recordar las pequeñas cosas que le hicieron ver a Marc como a uno más de la familia. Tampoco puede afirmar con seguridad si aquella sonrisa tan radiante que le impactó fue real o fingida.

Quizás es lo que hace con todas sus familias.

Cierra los ojos respirando pausadamente. Está tan cansado que aunque en su interior esté conteniendo un amasijo de preguntas y culpabilidad, los latidos de su corazón se mantienen calmados, muy en silencio. Ha salido con intención de encontrarle, pero después de tanto tiempo la razón de no dar

media vuelta y volver a casa es solo el miedo a afrontar a su madre y a su hermana. El ver las caras de decepción y tristeza que mostrarán cuando sepan que Marc se ha marchado y que, más que muy probablemente, él tenga la culpa.

Tras otra hora de caminata sin destino, se detiene.

El cielo ya ha adoptado un pálido azul que difícilmente permite ver nada. Es tarde para que el Sol ilumine las calles y demasiado pronto para encontrar las farolas encendidas. Simplemente, se da media vuelta.

Deshace el camino recorrido sin atisbo de culpabilidad, porque él lo ha intentado, porque no es culpa suya que Marc sea idiota. ¿Quiere irse? Pues que se largue, tenerle cerca solo ha sido un problema y un estrés continuo desde el primer día. Ya ve qué falta le hace a él complicarse la vida: ninguna. Vuelta a que su máxima preocupación en todo el día sea tener que madrugar a la mañana siguiente.

En la calle comercial encuentra algo más de luz. Las tiendas ya están cerrando y los bares empiezan a servir copas, pero como es un día entre semana no hay muchas personas. Se detiene frente al mercado de comida, que también ha empezado a recoger.

Contempla absorto las radiantes manzanas, que realmente nunca le han llamado la atención porque son todo agua, pero que ahora se ven muy apetitosas. Son de un furioso verde pasto, y finas gotas de agua adornan la superficie.

Su estómago ruge vergonzosamente. Si tan solo tuviese una maldita moneda podría comer algo.

Clava la vista en el suelo, limpiando con la mirada el espacio bajo los puestos, esperando encontrar una pequeña superficie brillante... Suspira. Qué va. Si tuviera tanta suerte no estaría en esta situación, para empezar.

Da un fuerte resoplido, haciendo volar los mechones de su flequillo. De manera inconsciente, su vista se clava en una de las siluetas del fondo. Sus ojos se quedan un rato en la figura antes de que su cerebro pueda reconocerla. Luego duda de si puede ser una alucinación a causa del hambre, y después, con el sustantivo repitiéndose una y otra vez en su cabeza, sus labios lo musitan sin querer:

—¿Marc?

Con su pelo negro azabache y sus usuales ojeras que ahora están más

marcadas; Marc, mira en su dirección.

Lleva la misma ropa con la que apareció en sus vidas días atrás. Esos pantalones tan desgastados por los tobillos que cualquier madre desecharía en un descuido. La camiseta de manga corta con el cuello y los bajos agujereados aquí y allá. La mochila llena de chapas y pegatinas de promoción intentando tapar los descosidos.

Sus brazos sujetan una bolsa de plástico abultada, sus ojos azules brillan con la luz del puestecillo incidiéndole directamente.

—Marc, eres tú —le llama en una afirmación. Esta vez ha usado un tono que el azabache ha tenido que oír. Aunque es evidente que Marc ya le ha visto.

Se quedan allí parados, mirándose, separados por unos pocos metros de distancia. Anthony no puede decirlo con seguridad, pero la expresión de Marc parece oscilar entre la sorpresa y el horror. Doblemente confuso y sin recibir contestación, empieza a dudar de si se ha equivocado de persona. No obstante, puede confirmarlo cuando este se da la vuelta.

De inmediato los pies de Anthony también se mueven.

Los pasos de Marc son más rápidos, y más aún que se aceleran. A través de la inmensa calle principal, bajo el largo camino de farolas, Anthony intenta seguirle el ritmo

—¡Marc! —Extiende su brazo hacia él, ambos aligerando el paso al mismo tiempo—. ¡Espera!

En algún momento los dos echan a correr. Uno delante, seguido a pocos metros por el otro. A Anthony no le importa lo que puedan pensar las personas de la calle cuando empieza a gritar su nombre tan alto como sus pulmones se lo permiten.

Puede verle a la perfección. Después de interminables horas de búsqueda, Marc está justo ahí delante. Tan cerca que cree que, si consigue estirar las puntas de sus dedos al máximo, podrá alcanzarle. No sabe si su corazón amenaza con escaparse por el repentino esfuerzo físico o por la posibilidad de perderle.

Le duelen las piernas. Estas deportivas son una basura, porque sus talones reciben punzadas como si un centenar de diablos le pinchase desde dentro. Su barriga vacía se llena del aire que ya no cabe en sus pulmones, y un puño de calor late con fuerza bajo sus costillas cada vez que da otro paso.

Pero presiona ese punto con las manos, y corre incluso más deprisa si cabe, estirando los dedos hacia él. Porque si deja de correr, si aminora la marcha o se detiene un segundo a tomar aire; Marc se alejará tan rápido que no habrá más oportunidad.

Algo le grita desde dentro que si le pierde de vista esta vez nunca más volverá a verle.

—¡Marc! —grita todo lo alto que puede—. ¡Marc!

Lejos de aminorar la marcha, cuando el azabache ve cómo el menor consigue acortar las distancias, dobla bruscamente por uno de los callejones. Anthony duda medio segundo y el espacio que les separa se amplía unos metros.

No comprende por qué está huyendo de él. ¿Qué demonios ha hecho para ser evitado de una forma tan violenta y descarada?

—¡Marc, por favor!

La callejuela desemboca frente al gran río, con el asfaltado de la calle peatonal separado de la orilla por un breve pero inclinado terreno. Echando la vista atrás para estudiar la posición del menor, Marc no tiene tiempo de ver el diminuto bordillo de ladrillo que limita los bordes de aquella calle. Se tropieza, rodando por el terreno empinado.

Anthony le ve desaparecer sin comprender, corriendo a tanta velocidad que él tampoco puede verlo, tienen ambos el mismo destino.

Las piedras escondidas entre los brotes de césped se clavan en su piel, rueda hasta que la inclinación se vuelve lisa, justo en la amplia orilla del río. En un abrir y cerrar de ojos se ve bocabajo sin comprender qué había pasado.

Tirado en el césped con el cuerpo adolorido, el torso lleno de moratones y Marc a tres metros, Anthony intenta levantarse, pero Marc lo hace primero: consigue ponerse en pie a duras penas, se lleva la mano a la frente y sus dedos tocan el frío y espeso líquido que se desliza a un lado de su nariz. Jadea toscamente una sola vez, fastidiado, y adelanta un pie hacia la bolsa que ha perdido parte de su contenido. Se dispone a recogerla y a volver a correr, pero Anthony está demasiado cerca de ella.

Le cuesta decidir, pero abandona la idea de retomarla.

Anthony lo ve alejarse, y confuso y dolorido, consigue reunir fuerzas para saltar hasta las piernas de su hermano. Caen los dos de nuevo al suelo, jadeando con el dolor del impacto.

—Marc. —Desearía tener fuerzas para gritarle, pedirle una explicación, saber qué demonios le pasa con él para haber empezado a correr como un maldito como si le fuese la vida en ello; pero su garganta entumecida solo le permite expresarse en un murmullo—. No huyas, por favor.

Tirados de cara al suelo, se toman un momento para descansar, con el menor abrazado con fuerza a ambas de sus piernas para que no pueda volver a correr. Respiran, tomando el máximo aire posible para recuperarse del esfuerzo. Tosen, respiran.

—Marc. —Para articular cada palabra antes debe tomar una gran bocanada de aire—. ¿Por qué estabas huyendo?

—¿Por qué me estabas tú persiguiendo? —interpela, molesto.

—Porque tú estabas corriendo —murmura, como un niño al que acaban de regañar.

—Puedes soltarme ya. —Se vuelve para mirarle. Anthony dubita—. No voy a salir corriendo —añade.

—¿Me lo prometes? —Marc asiente, demasiado cansado como para levantar una ceja ante la infantil pregunta.

Los dos se incorporan con dilación. Quedan sentados uno frente al otro. Marc con los brazos en el césped tras la espalda, tratando de normalizar la respiración. Anthony con la cabeza en una de sus propias rodillas, contemplando las largas tiras de césped que se dejan mecer por el viento de la noche.

—¿Tanto me odias? ¿Tanto asco me tienes? —Su voz quebrada pretende seriedad. No se atreve a despegar la cabeza de la rodilla.

Marc levanta la cabeza. Observa al chico entre los negros mechones de su pelo. No sabe si eso ha sido una pregunta o solo un reproche.

—¿Asco? —repite, interrogante—. Yo no te odio, ni...

—¿Entonces por qué te has esforzado tanto por huir de mí? —le interrumpe. Pretendía gritar, pero su voz ha sonado tan rasgada que lejos de una amenaza solo ha recreado lástima—. De mí, de Annie, de mamá... Si es por lo del otro día —Aparta el rostro, incómodo. Le cuesta muchísimo

decirlo en voz alta—. Podemos olvidarlo. Solo vuelve a casa.

Marc contiene su asombro. ¿Volver... A casa?

—Anthony, esto no es por lo del beso —Habla a un ritmo tan parsimonioso que resulta casi un insulto. Como si tratase de explicar la más pequeña y obvia cosa a un niño—. No sabes lo que haces. Vete de aquí y...

—¡Cállate! —chilla, empujándole de pronto contra el césped. Se impone sobre él en pie, con las piernas a los lados de su torso. Le mira desde arriba.

Sus cejas están curvadas en un arranque de ira y frustración, tiene la ropa manchada de barro y tierra por todas partes, la cara llena de arañazos y los hombros temblorosos.

Marc observa curioso al siempre sonriente chico apretar los puños con fuerza.

—Antho...

—¡Cállate! —grita exageradamente—. ¡Ahora es a mí a quien le importa una mierda lo que tengas que decir! ¡Levanta del maldito suelo y volvamos a casa con Annie y con mamá!

Y dicho esto, tiende una temblorosa mano en su dirección.

Marc le echa un vistazo.

¿Qué pretende este chico que se yergue desafiante sobre él? Intentando mantener el tono serio y la falsa compostura tan desesperadamente, con el gesto regio que luce tan forzado puesto en sus facciones, y esa mano temblando delante de sus ojos esforzándose en sobremanera por mantenerse en el mismo punto en el aire...

Marc la corresponde, se vale de ella para levantarse.

Es Anthony quien empieza a recoger la bolsa y todo lo que se ha desparramado. Cuando está bastante llena se la da, pero sigue mirando a ver si se ha dejado algo.

—Lo estás haciendo otra vez —dice Marc—. Te estás preocupando por mí y ni siquiera me conoces.

—Solo eres un idiota —farfulla. Eleva el tono para reprocharle—. ¿Cuánto dinero llevas encima? ¿Dónde piensas dormir? No llevas ni abrigo. ¿Por qué no has cogido algo de lo que te ha comprado mamá?

Marc está sorprendido. Anthony enfadado es algo peculiar de ver. Con las orbes verdes clavadas en las suyas como dos puñales, le mantiene la mirada, desafiante.

—Íbamos a adoptar un niño de la edad de Annie —dice de repente. Marc no entiende la conexión con lo que estaba diciendo—. Cuando llegaste a casa me sorprendí muchísimo, supongo que tú también te diste cuenta. —El gesto serio, los puños cerrados mientras habla.

—¿Y qué? —pregunta desganado.

—Esa noche le pregunté a mamá por qué te había traído —continúa. Su voz pausada, su tono firme—. Me dijo que cuando te vio quiso traerte a casa porque supo que en unos meses cumplirías dieciocho años. Y entonces serías mayor de edad y el Estado no estaría obligado a encargarse más de ti.

El azabache va a replicar, pero Anthony es más rápido. No deja un espacio para interrupciones.

—Me dijo que estabas solo, que habías tenido otras familias antes, pero que no había salido bien. —Marc afina la vista. Con cada palabra le dan más ganas de golpearle para hacerle callar. Pero la rabia se queda en sus puños apretados—. Me dijo que esta podía ser la última oportunidad que alguien te diese... Y dentro de una semana es tu cumpleaños.

Marc esboza una impecable y desleal sonrisa.

—Qué considerados —Su sarcasmo es tan evidente que resulta doloroso—. ¿Vais a comprarme la tarta antes de devolverme?

Anthony aparta la vista, avergonzado. No puede pretender que no lo ha considerado.

—No le he hablado a mamá de tus escapadas, ni de la herida, ni de... —Hace una leve pausa. Sus verdes flaquean y, sorprendido, murmura para sí—. No se lo he dicho a nadie.

—¿Te avergüenzas? —cuestiona.

—No. No he dicho nada porque no quiero que te vayas.

—¿Te doy pena? —Su vista afilada, su media sonrisa fingida.

Está harto de escuchar tantas veces lo mismo. Está harto de la palabra

“familia”. Del concepto. De las personas.

Ya ha vivido esto otras veces y es siempre la misma historia. Primero le hacen mudarse a una casa nueva, luego todos dejan de sonreír al primer problema, y al final vuelve al orfanato. Es así todo el tiempo. Algunos ni se molestan en darle un motivo, de un día para otro se encuentra con la maleta hecha. Pero da igual, porque ya está acostumbrado. Ya no le importa.

—¿El niño rico tiene miedo de quedarse sin poder jugar a la familia feliz? —suelta en coraje. Marc le da la espalda y Anthony se apresura a rebatirlo, dolido.

—Yo no hago eso —niega en voz baja.

—¿Ah, no? Persiguiéndome por todas partes desde el primer día, considerándome familia a los dos minutos de conocerme aunque soy un total desconocido.

—Yo solo quiero que... —musita, siendo interrumpido.

—¿Crees que no me doy cuenta de cómo me miras?

—¿Qué? ¿Cómo te miro...?

El azabache le encara de nuevo, cabreado.

—Me miras con esa cara de felicidad absoluta... Como si yo fuese el raro que por alguna extraña razón no sonrío. —Avanza muy lentamente un par de pasos. Habla muy despacio—. Me miras creyendo que eres superior a mí. Porque tú eres muy amable —su boca torciéndose en una mueca de desagrado. Realmente enfadado, su tono se eleva—. De hecho, eres taaan amable, que me haces el favor de tratarme como a una persona. Repitiendo una y otra vez cosas estúpidas... Como que, ahora, de repente, soy tu hermano.

—Eso no es... Estás equivocado, yo no pienso eso en abs...

—No necesito a nadie —sentencia. No tiene interés en escucharle, no quiere seguir hablando.

—No sé con qué clase de personas has estado antes para pensar de ese modo —reflexiona, descorazonado—. Ni mamá, ni Annie, ni yo, te vemos de esa forma. ¿Por qué crees que todo es mentira? ¿Por qué no dejas que te

ayudemos?

Y eso es lo que más le molesta, porque se siente entonces profundamente ofendido. Como si él no supiese arreglárselas por sí mismo, como si no lo hubiese hecho toda la vida. Siendo cuestionado por un crío cuyo mayor problema en todo el día es no saber qué videojuego quiere meter en la consola antes de tumbarse a la bartola.

—Sé apañármelas. Tú déjame en paz y métete en tus propios asuntos.

Dando por su parte la conversación por finalizada, recoge las cosas que todavía están en el suelo. Anthony le ve hacerlo con los puños y los dientes apretados por el coraje y la impotencia.

—Que no me meta en tus asuntos, que no me preocupe por ti. —La rabia, la preocupación, la presión de no saber qué hacer... Su tono cambia radicalmente, se pone a gritar a pleno pulmón en mitad de la noche—. ¡Pues claro que lo hago! ¿¡Cómo no voy a preocuparme por ti!? ¿¡Eres estúpido!? ¡Eso es lo que hacen las familias!

Y tras los gritos solo queda el silencio y el fluir del río.

Marc no quiere seguir discutiendo, pero que este chico insista en retenerle a su lado con tanta rabia como para ponerse a gritar en mitad de la noche llama algo su atención.

Anthony, avergonzado por ser incapaz de controlarse, se agacha para recoger una pieza de fruta que ha quedado suelta. Estaba escondida bajo algunos mechones de césped más alto. De espaldas a su hermano, la aprieta entre las manos, sumido en sus pensamientos. Considera si debe empezar aquí y ahora a hacerle todas las preguntas de las que todavía no tiene respuesta.

O quizás simplemente debería dejar que se marche.

—¿Por qué no corres ahora? —cuestiona con seriedad—. Si tantas ganas tienes de alejarte de nosotros, puedes hacerlo. Si tan desagradable te resultamos, si no quieres estar aquí; puedes pegarme. Mientras esté en el suelo tendrás tiempo de salir corriendo. No tendrías por qué volvernos a ver.

Anthony aprieta los puños, manteniéndole la mirada. Desea internamente que no sea así, y se reprocha el haberlo dicho en voz alta. Quizás ha sido demasiado tajante, pero está cansado. No hay un palmo del cuerpo que no le duela ahora. Solo quiere irse a casa.

Se hace un silencio denso, y empieza a temer que el azabache efectivamente se esté cuestionando hacerlo. Se pone en alerta, dispuesto a evitarlo; pero Marc no le pega, no mueve ningún músculo.

—Tú... —prosigue él, mordiéndose fugazmente el labio inferior. Duda de si debería seguir o callar hasta que Marc de una señal de lo que esté pensando—. Tú haces los deberes —suelta, y los ojos azules se abren mucho más de lo que el chico ha advertido en todos estos días.

Anthony se aclara la voz, incómodo.

—Si no te importara seguir o no con nosotros, no tendrías por qué hacerlos. Pero los haces. Y me ayudas a mí a hacerlos, y te veo sonreír cuando juegas con Annie, y eres tú quien baja a la cocina por las mañanas el primero, cuando desayunamos todos juntos.

Marc es el primero en abandonar la secreta lucha de miradas que Anthony había empezado.

—¿Por qué? —musita Marc, cansado—. ¿Por qué lo haces?

Anthony frunce el ceño, extrañado por la absurda pregunta, porque es muy simple. Le ha buscado todo el día, persiguiéndole para traerle de vuelta, porque... Porque...

¿Por qué lo ha hecho?

Si se pasa los días agobiado desde que ha llegado. Si se desmayó en la escuela por su culpa. Si es un idiota incapaz de mantener una conversación.

—Annie... Annie te echaría mucho de menos.

Marc, despacio, asiente exactamente dos veces; pero no levanta el rostro.

—¿Y tú? —inquire. Y la forma en la que se pronuncia, con esos ojos que no se atreven a mirarle, como un cachorro herido... El corazón de Anthony se estruja dolorosamente—. ¿Tú quieres que me quede?

Anthony comprende, aunque no ha sido explícita, la cuestión que aguarda esa pregunta. Toma aire, hinchando sus pulmones, lo suelta después poco a poco. Todavía pueden olvidar lo que ha pasado entre ellos, pueden ser hermanos normales.

—Yo... —Como Marc sigue sin levantar el rostro, se le aproxima—. Yo no quiero que te vayas, Marc —Las palabras surgen con una suavidad que a él mismo le sorprende.

Alza la mano, con la palidez de su piel resplandeciendo bajo la luz de la Luna. Sus dígitos se elevan hasta depositarse en un leve toque sobre la faz del azabache, instándole a levantar el rostro.

Su corazón palpita haciendo mucho ruido, porque nunca había visto esa expresión en las facciones de Marc. Sus ojos están afilados como siempre, pero sus cejas están esta vez curvadas en la dirección contraria, con el ceño levemente fruncido. Los azules, aún al contraluz de la Luna, brillan con intensidad en mitad de la oscuridad como dos luceros encendidos. Está tan serio como de costumbre, pero con sus orbes pareciendo expresar tristeza, o temor, o esperanza. No puede leerle bien.

Recoge sus dedos, preguntándose cuándo le ha ordenado a su cerebro ejecutar tal acción, pero este le ignora. No tardan volver a depositarse sobre la mejilla de Marc.

Un pequeño brillo reluce en la parte baja de uno de sus ojos azules, una única y minúscula gota de agua que se suelta y se resbala por la mejilla del mayor a paso de hormiga. Hasta toparse y romperse contra uno de los dedos del menor.

—Esta vez puedes confiar —musita, y Marc ladea el rostro, negando pobremente. La mejilla se acaricia sin querer contra su palma en el pequeño gesto.

Anthony no podría definir lo que sucede en este instante, con el frío aura de la noche golpeando aquella minúscula zona mojada en su mano, sin apartar la mirada de las orbes azules. No podría decir el momento exacto en el que sus pies se elevan sobre las puntas en su dirección, ni cuándo sus párpados cansados deciden entrecerrarse.

Porque, ¿qué sentido tiene intentar explicárselo a sí mismo? Por qué buscarle un sentido o una lógica, si es su conciencia la única no partícipe en la acción.

—Quédate con nosotros, Marc...

Sus músculos se relajan, su peso se deja caer sobre él, y su boca se abre con dejadez, estableciendo el espacio perfecto para ser ocupado por esos otros labios tan confortables. Le atraen como un poderoso imán.

—Quédate conmigo... —susurra.

Y sus labios se anexionan lentamente, en un fundido beso que levanta abiertamente los párpados del mayor.

Desconcertado, los dedos del azabache se desprenden de la bolsa. Ve cómo los verdes terminan por cerrarse, y sus azules le siguen. Ambos se concentran en ese pequeño punto por el que están conectados.

Se encuentran aquel mismo sentimiento de la otra noche, del receso en el baño, del encuentro en la cocina. Un hormigueo nace en sus estómagos.

En un primer momento, Marc está descolocado por completo. Después, sus dedos se cuelan entre los despeinados mechones castaños, y presiona con suavidad los hombros del menor contra su torso. Los puños de Anthony se juntan a la altura de su pecho, tirando de la agujereada camiseta para retenerle junto a él. Sus finos labios rozan los otros tímidamente temiendo ser rechazados, y sus latidos resuenan con fuerza descansando sobre el mayor.

Marc separa las pestañas. Anthony está tan desesperado. Aferrándose a la tela como si esa fuese la única manera de asegurarse de que no va a salir corriendo... No puede evitar esbozar una diminuta media sonrisa. Se ve realmente estúpido. Con los pies de puntillas intentando alcanzar mejor sus labios, los dedos enredados en su camisa con impaciencia, y sus movimientos torpes e inexpertos.

Es adorable.

Lo aleja para observarle mejor las facciones.

Con los dedos hincados en su ropa, el castaño no se atreve a abrir los ojos, y él lo contempla, tan fascinado como curioso, porque no alcanza a comprenderlo bien. Siempre portando una sonrisa que no es fingida, sonriendo porque de verdad le gusta crear felicidad. Dispara confianza y calor allí a donde va, con su faz tan radiante como el Sol en una mañana de verano.

Hay algo mal con él, seguro. Porque si estuviera loco, Marc diría que es el resto del mundo el que está erróneo y este chico es el único cuerdo que queda. ¿Pero qué probabilidad hay de eso?

Es Marc quien se acerca esta vez, buscando recrear el roce.

Los labios del menor se separan para dejarle paso y la lengua de Marc se adentra en la cavidad ajena con permiso. El azabache se pasea a su antojo. La acaricia con extrema suavidad, junta armoniosamente ambas puntas, forma pequeños círculos.

Anthony intenta separarse para tomar aire, pero apenas tiene tiempo, Marc le presiona con fuerza, le acerca afianzado a su fina cintura. Le hace notar el considerable bulto que ha comenzado a crecer bajo sus pantalones. Él abre los ojos al máximo, con la dureza presionando contra su barriga cada

vez en mayor medida.

Las pieles quedan separadas por un estrecho espacio de tela que a pesar del frío ahora es molesto y prescindible, porque las mejillas, las orejas y las puntas de todos los dedos de su cuerpo; los siente quemarle desde dentro.

Aún así, su cuerpo se encarama sobre el marcado torso.

No tiene ni idea de lo que está pasando, no puede pensar con claridad. Todo lo que ocupa su cabeza es solo una palabra repetida un millón de veces: el nombre de su hermano. Los labios de Marc, el torso de Marc, los dedos de Marc presionando contra su cadera.

Hubiese podido morir en este mismo instante, si el azabache no hubiese cedido para que ambos pudieran tomar aire.

Anthony jadea y respira con dificultad. Tiene las mejillas coloreadas de un rojo intenso, está un poco mareado, y sonrío con brevedad cuando ve que Marc también trata de respirar con los ojos entrecerrados.

Aunque dentro de su cabeza sigue repitiéndole que esto está mal, no puede controlarlo. No quiere controlarlo. Sus finos dedos van a parar a la nuca del mayor, se enredan en los mechones más cortos.

Y piensa Anthony, que sería tan pesado dar una explicación, que entretiene sus labios en el níveo cuello, buscando una excusa para mantenerlos ocupados.

Marc tampoco hace preguntas, se limita a inclinar la barbilla para facilitarle la tarea, con esos pequeños toques siendo depositados con tanto esmero en su piel que pueden sentirse después de que se hayan despegado. Abre con lentitud los ojos, y baja encontrando sus miradas. No tarda en inclinarse hacia él de nuevo, sacando su lengua en dirección a esa pequeña boca y a los finos labios que aún tímidos se abren diligentes para él. No es ese su destino esta vez, se detiene a un lado de su boca.

Le atrapa el rostro, lo desvía, y lame su comisura con extremo sosiego, delimitando su contorno.

Luego se dedica a devolverle los pequeños toques, repartiéndolos sobre el cuello y la sonrojada mejilla. Aprecia con agrado que la piel de Anthony es muy suave, y que sus mofletes arden como pequeñas estufas.

—Marc... —susurra, con la mente entumecida.

Con sus cuerpos buscando fundirse con el contiguo, apenas vuelven a la realidad cuando alguien los llama desde la lejanía.

—¡Hermanitos! —La voz aguda quiebra la noche.

A punto de sufrir un infarto, Anthony despega a Marc de su cuerpo todo lo rápido que puede. Solo le falta empujarlo bajo las aguas para camuflarlo en el río.

—¡Anthony! ¡Marc! —Bajan el terraplén por la escalera, y pronto Annie y su madre llegan hasta ellos. Ellen, al ver las ropas echas jirones y la herida de la frente de Marc, suelta un sonoro chillido—. ¿¡Qué os ha pasado!? ¿¡Os habéis peleado!?

Saca un pañuelo del bolso para presionar la herida del mayor. Anthony balbucea, pensando en cómo explicarlo todo, o desde qué punto debería comenzar a explicar...

—Bueno, es que... Marc y yo...

—Nos han robado —dice Marc despreocupado, con su madre adoptiva concentrada en limpiarle la sangre para ver la gravedad de la herida. La mujer suspira un poco más aliviada al ver que es solo un arañazo profundo, y envuelve a sus dos hijos en un único abrazo.

—¿Estáis bien? ¿Os han hecho algo?

Anthony está en shock. Cuestionándose si la mentira ha sido de verdad creída con tanta facilidad, no reacciona a las preguntas de su madre hasta que Marc le pellizca con disimulo.

Ellen no deja de darle las gracias al cielo por tenerlos sanos y salvos, porque después de estar toda la tarde preocupada con el móvil de Anthony sin dar señal se había temido lo peor. No apareció con toda la escuadra de la policía a las espaldas porque resulta que ocho horas no son suficientes para denunciar que tu hijo adolescente no te contesta al móvil.

Volvieron a casa todos juntos, y después de ducharse y cenar en familia con un sorpresivo más sociable Marc, ni ella ni Annie hicieron más preguntas sobre aquella noche.

- 12 -
Medio lleno
si es gratis

La habitación, plenamente iluminada por la luz que entra por el hueco que dejan las cortinas, se dibuja en el instante en el que sus párpados se repliegan.

Enredado en las mantas, separa las piernas y expande su abdomen en un rugido estiramiento. Abrazado a la almohada, rueda hasta quedar encajado en el hueco entre la pared y la cama. El colchón es tan reconfortable, las sábanas tan suaves... No quiere levantarse.

De reojo echa un vistazo al despertador. Son las siete en punto. Con un sonoro resoplido gira hasta que el colchón desaparece y cae al suelo. La moqueta está suave y es mullida, y como cada mañana cuando salta desde su cama a propósito para despertar antes de llegar tarde a la escuela, considera seriamente volverse a dormir sobre ella.

Ya ha pasado una semana desde el intento de escapada de Marc, y desde entonces todo es... Raro.

El cumpleaños de Marc fue una cosa muy simple, con Annie y con mamá. Él mismo dijo que no quería hacer nada, pero de todas formas le compraron una tarta. Ha conseguido hablar mucho más con él, todos los días de camino a casa y mientras almuerzan todos juntos. Y cuando están a solas... Bueno, la noche anterior la han pasado abrazados. Hasta que se despertó de madrugada preguntándose en qué momento se había quedado dormido y volvió a su cama fugaz como el viento.

Aunque sigue sin saber nada de su vida ni de lo que hace por las noches, Marc está mucho más cariñoso. La diferencia es tan evidente que casi puede palpase en el aire.

Si su relación está evolucionando... ¿Significa eso que pronto tendrán sexo? —reflexiona, y un escalofrío recorre su cuerpo. Marc ya ha dejado claro que está dispuesto, pero... ¿De verdad que no pasa nada por hacer esas

cosas juntos? Porque, ¿qué son ellos exactamente?

Coge su uniforme y camina hasta el baño. Al llegar a la puerta deja caer su frente en la madera.

—Annie, ¿te queda mucho?

—¡Sí! —responde de inmediato.

Anthony, a punto de quedarse dormido en pie, se queja en un largo gruñido. Con desgana se desliza por la pared. Las manchas del gotelé masajean su hombro hasta llegar a la puerta del segundo baño.

Está abierta así que no tiene que llamar para ver si está ocupado. Entra, la cierra, y mientras se cepilla los dientes prepara la ducha. Cuando el agua sale caliente se mete debajo con el cepillo. Siempre hace lo mismo, intentar abarcar todas las acciones al mismo tiempo en una especie de competición que él ha inventado para ver hasta cuántos segundos puede reducir la tarea de levantarse.

La puerta del baño se abre, pero la relajante sensación de sus dedos y orejas frías calentándose con los vapores del agua le ahoga el estímulo.

Cierra los ojos, disfrutando al máximo los pocos minutos de relax que le quedan antes de que empiecen las clases.

A primera hora hay matemáticas, qué bien. Le siguen física y economía, super divertido. Al menos es un lunes sin exámenes, lo cual es algo a agradecer. No ha tocado el millón de ejercicios que los profesores mandaron para hoy. Tendrá que quedarse en el aula en los intercambios para copiar todos los ejercicios de alguno de sus amigos. O sea, de Ryota. O de Kyle si ya los ha copiado de Ryota.

La cortina se recoge con suavidad, y un pie tras otro alguien más ocupa la ducha. Anthony abre súbitamente los ojos de cara a la pared. Detiene el frote de sus dedos y el champú deja de crecer.

—Buenos días —un tono calmado, una voz algo ronca.

Su cuerpo se estremece de una forma tan brusca que es imposible que el otro no lo haya notado, porque los brazos del intruso se deslizan sobre sus caderas sin aviso, con sus manos yendo a parar sobre su pecho y su abdomen. Le presionan con cuidado ambos puntos.

—H-hola... —intenta hablar con el cepillo en el moflete, y su tartamudeo se transforma en una breve sonrisa que se dibuja en el rostro del

mayor.

Marc pasea la punta de su nariz por su cuello y las palmas de las manos por sus costados, cortando los ríos de agua y espuma que fluyen por la suave piel.

Deposita un breve y sonoro beso en un punto de uno de sus hombros libre de espuma, atrayendo el níveo cuerpo, y le aparta el cepillo de la boca. Lo deja caer junto a todos los demás botes.

Su mano le desciende por el abdomen, bordea su entrepierna para abarcar el interior de uno de sus muslos y pega en el proceso ambos cuerpos. Le hace girar el rostro y deposita otro beso en un punto intermedio entre el sonrojado moflete derecho y sus labios, degustando sin querer parte de la pasta de dientes.

—Hm... Menta —susurra, como si se tratara de catar un lujoso vino y ese fuera todo el veredicto.

Exactamente a esto se refería con “más cariñoso”.

Anthony no sabe qué le da mas escalofríos, si el Marc siniestro y callado o el que invade continuamente su espacio personal con un millón de caricias tan dulces que le erizan el vello. ¡Es que es muy raro, la diferencia es exagerada!

Anthony reacciona, se deshace con algo de brusquedad del agarre y con la boca bien abierta se llena los mofletes de agua para enjuagarse los dientes. Luego se frota el antebrazo por la boca, limpiándose restos de dentífrico y evadiéndose de otro posible ataque

—No te muevas tan brusco, es peligroso —le avisa Marc, con las cejas un poco encorvadas.

—¿Qué estás haciendo? —le reprocha. Contiene la voz al recordar a su hermana un par de habitaciones más allá. El mayor torna la cabeza, como si no entendiese la razón de la pregunta.

—Me estoy duchando.

—No, me estoy duchando yo. —Sus ojos se abren furiosos, sus cejas se curvan con incompreensión—. Vete y espera a que acabe.

El rostro de Marc se vuelve entonces un poco más serio, entrecierra los ojos. Su expresión refleja confusión, tal y como si frente a él solo hubiera una hoja de examen formulando preguntas que no estaban escritas en el temario.

—No te entiendo.

—¿Qué no entiend...? —repite para sí. Le crispa los nervios. El tono tan natural con el que Marc habla, como si él fuese el único equivocado aquí —. ¡Que te salgas!

Anthony abre violentamente la cortina. Le pega pequeños empujones a su hermano, que sin muchas ganas acaba por salir. Vuelve a cerrar la cortina, enfadado.

Pretende que ya se ha ido para seguir duchándose, aunque Marc sigue parado donde lo ha dejado, observando la oscura silueta del castaño volver a la tarea de removerse el pelo.

Una vez termina se envuelve en la toalla y sale de la ducha. Casi se resbala cuando ve que Marc no se ha molestado en buscar una toalla con la que taparse.

—¿Ya? —pregunta el azabache, aburrido por lo absurdo de la situación.

Ha pasado ya una semana entera y Anthony no para de darle señales contradictorias. Un furtivo beso en la mejilla por aquí, un tímido roce en los labios muy fugaz... Y al día siguiente una total indiferencia, huyendo de las habitaciones para no quedarse a solas con él.

No le entiende para nada.

—Sí, ya...

Marc le bordea para meterse a la ducha.

Anthony se queda unos segundos sin moverse. ¿Acaso es el único que ve extraña esta situación? ¿En qué momento...?

—Oye, Marc... —le llama, de espaldas a su silueta—. Nosotros... ¿Nosotros estamos saliendo?

—¿Hm? —un gutural como respuesta—. Si quieres, solo tienes que pedírmelo.

—¿Qué? ¡Yo no he...! Yo no voy a pedirte eso.

—¿Prefieres que lo haga yo? —Las mejillas de Anthony se tornan de un rojo intenso y sus ojos superan los parpadeos por segundo recomendables.

¿Cómo puede decir esa clase de cosas sin pararse a pensar? Se le ve tan natural, con su impasible tono de voz soltando tonterías aquí y allá sin pensar

en la reacción que pueden causar a los demás.

—N-no lo sé... —Sus dedos juegan entre sí por el simple hecho de buscar algo a lo que aferrarse.

Se oye un suspiro al otro lado de la cortina.

La silueta deja de moverse, descubriéndose parcialmente con desgana. Los orbes azules entrecerrados puestos en él convierten en forzosa la tarea de mantenerles la vista.

—Anthony. ¿Quieres salir conmigo?

Los ojos del castaño se abren aún más de lo que se creía posible. Se ve forzado a bajar la vista hasta el suelo, sintiéndose observado. Las palabras se quedan en el aire, flotando a su alrededor como trazos de vapor de agua en los que no sabe si se siente ahogar o redimirse.

¿Salir con él? ¿Pueden acaso salir juntos dos hermanos?

¿Y si obtuviera un «sí» por respuesta?

Realmente las cosas no cambiarían demasiado. Ni su familia ni sus amigos podrían jamás enterarse. Tampoco se ve capaz de contárselo a Kyle en un futuro, y si tan mal se siente de solo imaginar la reacción de los demás, si desde un principio el «sí» estaría implicando empezar un secreto que ni su mejor amigo o su hermana o madre pueden descubrir, ¿cómo podría? La única diferencia se hallaría entonces en la práctica —reflexiona—, en que quizás ya no se sentiría mal al no apartarse de esos brazos que por alguna extraña razón insisten tanto en encaramársele al cuerpo.

En habitaciones contiguas, con solo un breve espacio de pasillo separando ambas puertas. Tendría la excusa perfecta para aparecer por su cuarto todas las noches, y se vería envuelto por esa extraña calidez que escala su cuerpo desde las puntas de los pies hasta las orejas, que baña la integridad de su cuerpo en una odiosa sensación de confort que le hace desear aún más el roce.

Cierra los ojos visualizando la escena, la primera de las dos posibilidades: el cuerpo de su hermano ciñéndose sobre el suyo, con las manos propias enzarzándose en los botones de su camisa, que iría a parar de un fluido gesto lo más lejos posible evitando volverse estorbo.

Sería una buena escena. Repitiéndose cada una de las noches, cada una de las veces que él así lo quisiera.

—Anthony. —Marc le saca de su ensoñamiento, porque lleva varios minutos en pie sin decir una sola palabra.

Levanta la vista del suelo solo para volver a clavarla sobre una de las paredes. El baño se está quedando tan estrecho que en unos segundos debería empezar a faltarles el aire.

¿Y qué hay del «no»? ¿Y si la respuesta fuese una negativa?

Entonces sí que la posibilidad de ver el cambio sería breve. Seguirían topándose todas las mañanas en la ducha, se enfadaría con Marc por alguna razón tonta que solo él parece ver escandalosa, le arrinconaría en cualquier lugar para jugar sin pedirle permiso...

Ah, no, eso no. Esa sería la única diferencia. Que por fin tendría entre sus dedos lo que tanto se había esforzado por aparentar, una familia normal. Su hermano se convertiría al fin en solo eso, su hermano. Irían juntos a la escuela, jugarían con Annie, y quizás, con el tiempo y un poco más de confianza, tendría un sitio al que acudir a solo un par de metros de su habitación cada vez que no pudiese dormir porque algo en su cabeza le aqueje.

Solo hermanos.

Marc suspira, adelantándose.

—Te complicas mucho la vida —dice despreocupado. Enrolla su cintura en una de las toallas sobre la pila.

Anthony levanta el rostro para enfrentarle, pero sus labios se mueven sin saber qué contestar. Necesita decirlo en voz alta, algo tiene que contestar. Claramente un «no». ¿Verdad? No hay otra posibilidad. Dirá que no y estas semanas tan confusas terminarán de una buena vez para que pueda volver a su vida normal lo más pronto posible. Todavía está a tiempo.

«No». Más fácil imposible.

—Está bien —habla Marc—. Te daré cuarenta y ocho horas para decidirlo —bromea.

Anthony inclina una de sus cejas.

Quiere replicar, pero Marc pasa por su lado dando la conversación por finalizada. Le revuelve el pelo mojado en su camino hasta la puerta con una medio sonrisa divertida.

—Eres idiota —susurra el castaño, sin saber a cuál de los dos va

dirigido.



—¡Anthz! —Kyle le saluda recostado en la mesa.

—Buenos días. —Deja la mochila en el suelo junto a la silla.

—Has llegado súper pronto hoy —señala el moreno, zarandeando las piernas sobre el suelo. Él desvía la mirada al grupo, que está hablando de cosas raras, como siempre.

—Pero qué dices, si tú también llegas tarde siempre —sonríe, separando la silla de su asiento.

Kyle se le sienta en la mesa.

—Ay, pero es que hoy no podía esperar para verte...

—Yo tampoco he hecho los deberes —le corta, y Kyle se separa, sorprendido con una expresión de horror en el rostro.

Los dos se miran.

—¡Ryotaaa! —Kyle coge al chico de la manga, tirando como un niño pequeño. Anthony tiene cara de cachorrito.

—¿Qué? ¿Qué?

Segundos después los dos copian desesperadamente los ejercicios de la impecable libreta.

—Si siempre los copiáis después suspenderéis el examen.

Aunque puede que tenga razón, lo que está mejorando de forma asombrosa es la capacidad de ambos de copiar cosas de un papel a otro en tiempos límite.

Cuando el profesor comienza la explicación la clase resulta tan aburrida como siempre. Kyle y Anthony no podrían prestar menos atención. Mientras el mayor elige dar una cabezada, el menor no deja de darle vueltas a lo que ha pasado esta mañana.

—Anthz, ¿quieres ir a la máquina? —propone cuando llega el receso —. Ya he copiado los ejercicios de la clase siguiente así que no hay problema.

—No lo digas como si tuviese mérito —le regaña Ryota.

Anthony se ríe, con Ryota regañando a Kyle y este bajando la cabeza como si fuese su padre.

—De todas formas... —habla Anthony—. Hoy prefiero quedarme en clase.

—¿Te duele algo? —se preocupa Kyle.

—Bueno... —Busca la respuesta que menos preguntas pueda traer de vuelta—. No sé, creo que me he resfriado.

—¿Te duele la cabeza? ¿Quieres que pregunte si alguien tiene una pastilla?

—No, no. Estoy bien.

—Entonces lo podéis hacer así... —Sus amigos conversan en la fila de mesas anexa—. Y la puedes meter entera porque por el ángulo...

—¿De qué habláis? —Anthony se acerca para evadir la conversación con Kyle. Él le sigue.

—Estamos haciendo una lista de los sitios en los que se puede tener sexo en una escuela —saluda Oliver. Kyle suelta una audible carcajada. Sus amigos no son precisamente unos rompecorazones.

—¿Para qué queréis eso? —se burla.

—Pues, para cuando llegue el momento —obvia el chico.

—Claro, porque hay tantas posibilidades de que eso pase —dice Kyle, apoyándose en Anthony—. ¿Y qué habíais pensado?

—Pues por ahora tenemos clase, vestuarios y baño —recuenta, levantando tres de sus dedos progresivamente.

—Sí, pero yo digo que en el baño tiene que ser muy incómodo —sigue Fran, que no es de su grupo pero se lleva bien con Oliver—, no tienes casi espacio, no se puede hacer prácticamente nada, tendrías que estar sentado. —Argumenta su teoría con las manos aparentando sujetar algo, se mueve muy raro.

Anthony hace una mueca de asco. Cierra los ojos intentando borrar de su

retina la desagradable imagen de su compañero intentando follarse un pedazo de aire.

—Menuda estupidez —gruñe Kyle. Anthony le mira de soslayo. Al menos Kyle no está tan salido—. Solo tienes que hacer así. Te apoyas un poco en la pared... —Anthony está rodando los ojos cuando su amigo pone ambas manos en su cintura—. Y ya está, no es complicado.

—¡No me uses para ilustrar tus perversiones! —gruñe Anthony con la cara roja.

—Ah, yo creo que eso lo he visto en un vídeo —dice Oliver.

—¡Y tú no le sigas la corriente! —suspira. Todos enfermos.

Le parece muy bien que Kyle y sus amigos sean todos heterosexuales machos de pelo en pecho y esas cosas, pero tampoco hace falta que lo manifiesten hablando de vídeos porno y revistas todos los días como si fuese una competición, solo les falta llevar una pancarta.

—Sois todos tontos —enuncia Noemí, tirada sobre su pupitre pintarrajeando una libreta con dibujos de animales. Ryota ignora la conversación, se está leyendo un libro.

—Bueno, Anthony —le pincha Oliver—. ¿Tú qué dices? ¿Qué sitio de la escuela escogerías tú?

Anthony quiere darse la vuelta y meter la cabeza en uno de los libros, pero sabe que sus amigos no le dejarán tranquilo hasta que participe en el tonto juego. Aparta la vista, incómodo, recordando que aún sigue portando el letrero de “virgen” en la frente. Ha cumplido dieciocho y todavía no ha estado con nadie. Igual es una tontería visto desde fuera, pero a él le importa, sobre todo porque Marc está cada vez más cariñoso y puede que la situación se dé pronto.

Ya, tampoco se ha olvidado de que Marc sigue siendo su hermano, pero... Pero es que Marc...

Suspira.

—Va, tiene que haber uno —Oliver le interrumpe el pensamiento—. No me digas que nunca lo has pensado. Fran dice que la clase es uno de los peores sitios porque es más fácil que te descubra un profesor u otro alumno que pase por ahí, pero yo creo que eso lo hace más divertido, ¿no crees?

—Estás enfermo. —Anthony cruza los brazos sobre el pecho. Parece haber dado por zanjado el tema, pero luego sigue hablando—. En la clase, ¿dónde? Porque las sillas no son precisamente cómodas. Si ya te clavabas el respaldo estando sentado en clase, imagínate con un peso forzando sobre ti hacia delante y atrás, arriba y abajo. Si te refieres a hacerlo en la mesa del profesor, si fuese invierno la superficie se sentiría tan congelada que solo con rozarla se te quitarían las ganas. Bueno, y si es verano sudaríais tanto los dos que no podrías moverte bien, además del molesto chirrido que sonaría por toda la habitación con cada roce forzado. Realmente molesto. Como no quieras hacerlo en el suelo, que es de mármol malo y está todavía más frío que la mesa aunque sea verano, no sé cómo lo vas a hacer —niega, pensativo, y sigue—: Mira, en el aula de música el suelo es de madera, ahí todavía. Pero no sé cómo vas a conseguir la llave, y siempre está ocupada. No, olvídale. Porque tendría que ser fuera del horario de clase y ya para eso te vas a tu casa. Así que... —Se va evaporando, porque todos se han quedado callados y le observan fijamente—. ¿Qué?

La respuesta de Anthony ha sido un poco más extensa y detallada de lo que esperaban.

Kyle traga saliva, sus mejillas están tiernamente coloreadas y tiene que pegar un poco las piernas para tratar de aparentar que nada se ha elevado ahí abajo, porque en algún momento mientras Anthony hablaba, las palabras comenzaron a ilustrarse en su cabeza. A él no le importaría la más mísera diminuta cosa clavarse el respaldo de la silla si Anthony es el «peso forzando sobre él, hacia delante y atrás, arriba y abajo...»

«Joder, Anthz, si tan incómodo estás en la silla déjame ser tu cojín» piensa. «Y del molesto chirrido no te preocupes, porque te haría gritar tan fuerte que lo único que sonaría por toda la habitación serían tus gemidos más y más altos con cada embestida. Joder. Joder, Anthz...».

—Supongo que cuando estás en esa situación no te paras a pensar en esas cosas —rompe el silencio Oliver—. Quizás podrías traer algo como una manta para la mesa, ¿no?

—Pero entonces sería algo preparado, le estarías quitando toda la gracia —defiende la única chica del grupo, que sin quererlo entra al trapo.

—De igual forma debe serlo —apunta Fran—. Tienes que saber los horarios de los profesores y las clases si no quieres que te pillen y ser expulsado... ¿Por qué no coger otro sitio menos complicado? No sé, como la azotea por ejemplo.

—Entonces estaríamos en las mismas —expone Anthony—. En verano el Sol pegaría tan fuerte sobre el cemento de la azotea que moriríais antes de terminar, seas tú el que esté abajo o el que esté sobre el otro, y en invierno con las corrientes de aire... No habría nada que meter.

—Jolines Anthony, le quitas la gracia —se lamenta Oliver.

—¡Pues vete a un hotel, como las personas! —suspira largamente—. El único sitio que veo aceptable de los que habéis dicho, es el vestuario. —Kyle levanta la cabeza. ¿Debería tomar nota?—. Es fácil controlar cuando no habrá personas porque se usa poco, tienes bancos sin respaldo que aunque no son muy cómodos te dejan hacer posturas, y el suelo de las duchas es antideslizante, así que lo puedes hacer debajo del agua caliente sin pasar frío. Además, si entra alguien lo normal en un vestuario es estar desnudo así que... Sí, es un buen sitio.

Suena el timbre y todos vuelven perezosos a sus banquetas. Kyle, con una mano presionando su entrepierna a través del bolsillo, tiene la vista clavada en Anthony.

¿Desde cuándo es su amigo un experto en el tema?

Se recuesta en la mesa, esconde la cara entre sus brazos cruzados. Las cosas están peor de lo que pensaba. Es desde la última noche, es porque no puede quitarse de la cabeza la imagen de Anthony encaramado sobre su cuerpo.

Exhala en silencio.

Quizás esa noche hubiese sido perfecta, si Anthony no... Sacude la cabeza.

No. Si se hubiese declarado esa noche hubiese sido como aprovecharse de él, tan triste y tan borracho. Se alegra de no haberlo hecho, porque si lo suyo hubiese empezado una noche como esa su relación estaría cimentada sobre latas y latas de alcohol, por ligeramente cuerdo que Anthony se encontrara como para aceptar o rechazar.

¿Entonces cuándo es el momento?

¿Acaso existe el momento idóneo para romper una amistad?

Se revuelve, angustiado, porque eso le abruma y achaca el corazón hasta el punto de casi hacerlo explotar todos los días: que su confesión no sea un inicio, que sus palabras se conviertan en una sentencia de despedida...

¡No! ¡Eso nunca!

Sacude la cabeza otra vez, desechando esa posibilidad.

—Ehm... ¿Estás bien?

Noemí, sentada al lado suya, lleva toda la clase viendo cómo su amigo se agacha murmurando cosas que no alcanza a oír. Al principio pensaba que se había quedado dormido, como esa otra vez hace relativamente poco; pero entonces se incorpora de un salto para mirar a todos lados, como buscando algo con lo que evadirse de lo que Dios sabe qué se le pase por esa cabeza de alcornoque suya.

—Esto... —Kyle vuelve a desplomarse en la mesa. El chaval debe estar pasando por un conflicto interno bastante intenso, pero desde fuera desde luego parece un completo imbécil.

Como no responde, Noemí estira un dedo para pincharle el hombro, pero el resultado no pasa todo lo desapercibido que esperaba. Kyle bota del asiento con un jadeo asustado, como si alguien hubiese escuchado las enfermizas cosas que se le estaban pasando por la mente.

Los alumnos se le quedan mirando, la profesora tampoco entiende qué está haciendo.

—Kyle, siéntate si no quieres perderte la excursión.

—Había... Había un bicho... —Va apagándose. A la profesora no pueden importarle lo más mínimo sus tonterías y sigue la clase. Algunos se aguantan la risa. Él le lanza una mirada asesina a Noemí, que mirando a un punto aleatorio del techo se hace la loca.

¡Claro, la excursión! ¡La excursión al parque!

Kyle sonrío, apretando el puño bajo la mesa. Lo había olvidado por completo, pero ahora todo encaja, debe ser el destino. ¿Acaso hay un escenario más perfecto para confesarse que un parque de atracciones? Sus ojos se clavan en el adormilado chico que tiene delante, y su sonrisa se extiende hasta tensar las comisuras de sus labios, dejando a la vista una hilera de relucientes dientes blancos.

—Muy pronto serás mío, Anthz —susurra malévolamente, juntando las puntas de sus dedos, analizándole minuciosamente...

—¿Me has llamado?

—¿Yo? —Agarra la primera cosa sobre su escritorio—. Qué va.

—Ah.

Lanzar la moneda

Las luces de las farolas permiten una leve visión anaranjada a través de las cortinas cerradas. Sobre el confortante abrigo de su cama, los ojos de Anthony están bien abiertos. Está pensando.

¿Qué es lo que está dispuesto a perder, un hermano, un novio, un... Amante?

Ni siquiera puede hallarle el sustantivo.

Primer novio o primera pareja, el título no importa. Todo resulta en si él será la persona que se va a llevar su infinidad de primeras veces. Ya se ha llevado unas cuantas, de hecho.

Es tan absurdo, tan repentino; cómo Marc le ha besado, abrazado, invadido vilmente su espacio sin pedir su aprobación. Y sin embargo, lo ha conseguido. Aquí está él. Cuestionándose si está dispuesto a repetirlo infinidad de veces de forma consensuada, y todo por ese estúpido y cuestionable «¿Quieres salir conmigo?».

Esas palabras tienen una única traducción posible. Tener sexo. Porque tampoco es como si fuese a ser más que eso, ¿verdad? Siendo hermanos es imposible plantearse algo diferente, porque no van a ir por ahí cogidos de la mano, ni se lo van a contar a sus amigos o a su madre. No sería nada más que tener sexo sucio a disposición prácticamente las veinticuatro horas del día, no habría sentimientos. Todo sin complicaciones. Supone que para Marc tampoco hay otro entendimiento posible.

No duda de la larga cadena de chicas con las que Marc habrá estado. No hay más que observarle en la escuela. Entonces, si tan extensa gama tiene para elegir, ¿por qué ha puesto la mirada en él?

Supone que por cercanía, probablemente. Pero aún así ¿le compensa que él no sea una chica?

Y lo más importante, si está tan inseguro acerca de todo esto, si tantas dudas tiene, ¿por qué ha buscado en Google y se ha limpiado a fondo ese

punto tan indecente antes de irse a dormir?

Se esconde bajo el edredón, enredando su cuerpo en la manta hasta chocar con la pared convertido en una masa de croqueta. Pretende cerrar los ojos y dormir, y se queda muy quieto en esa postura esperando a que el sueño lo encuentre. No quiere pensar más, pero los recuerdos no dejan de golpearle cruelmente, la sensación de las manos de Marc recorriéndole el cuerpo no se va.

Ah... Esos delicados toques. Que resultan en realidad tan desmesurados, siendo no más de uno necesario para ruborizar sus mejillas y hacerle replantearse todo el sentido de su ética y su moral. Es excesivo para su cuerpo, excesivo para su cerebro. Va a volverle loco.

Con su media sonrisa lasciva adornando sus facciones, su cuerpo perfectamente tallado con la concisa cantidad de músculo como para hacerle perder el juicio y olvidar el presente, la forma en la que le acaricia la piel, con sus manos tan cálidas que se acercan peligrosamente a puntos que no deberían ser abordados con tanto descaro. Se cree con el derecho de pasearse por su cuerpo y hacer lo que le de la gana. Menudo idiota.

Deja caer la manta cuando se levanta de la cama. Sus emociones se entremezclan y crean un huracán de dudas que se esfuerza por silenciar cuando abre la puerta con cuidado y sale al pasillo. Sus pies avanzan como un autómata.

Que Marc tenga otras novias, que esto sea solo sexo... No es como si esas cosas no importasen. Simplemente su cabeza no sabe qué hacer con tanta presión, no sabe cómo reaccionar. Así que su cuerpo se encarga esta vez de tomar una decisión: abre la puerta de Marc.

No tarda en ser notificado.

—¿Anthony? —En mitad de la oscuridad, los ojos azules se abren soñolientos.

¿No está en la sangre de los hombres, el agitarse ante el deseo de sentir gozo? De evadirse, de acortar el espacio y sucumbir a la necesidad de la misma forma en la que necesita nutrirse del aire, del Sol, de comida.

Cierra la puerta.

—Lo quiero —dice solamente.

Marc, ya tumbado y metido en la cama, se incorpora. El intruso no puede evitar sonreír. Hoy Marc lleva pijama, se lo habrá comprado Ellen. Es

uno de esos con la camisa de botones llena de dibujos, como los que él tiene. Estos son ninjas de colorines. Se ve muy infantil, no combina en absoluto con su figura.

Marc se soba los ojos. No ha llegado a dormirse, pero las visitas "sorpresa" de Anthony tienen como tradición una hora más temprana; hacía rato que había dejado de esperarle.

—¿Qué quieres? —pregunta, terminando de aclararse los ojos con los nudillos.

El menor se aproxima. Destapa la manta lo suficiente como para dejar visible el cuerpo de Marc, que frunce un poco el ceño al sentir el frío. Luego, a gatas, trepa desde los pies de la cama. Se encarama sobre su denominado hermano.

Marc da un pequeño bostezo, y recién levantado y tratando de ubicarse en el tiempo, no lo ve venir: desplegando sus finos labios, Anthony saca la lengua. Juega a pasarla por los labios del azabache, y los humedece antes de juntarlos en un minúsculo toque.

Gratamente impresionado, Marc, aún sumido en una pequeña nube de confusión, no replica la acción. Sus labios también se abren despacio, cubren los inexpertos.

—Marc —golpeando con la calidez de su aliento la humedad de los otros, susurra—. Quiero hacerlo...

Las palabras del menor rebotan en su cabeza, doblemente en su entrepierna. Jamás habría imaginado que semejante criatura inocente pudiese expresar palabras de una forma tan obscena.

Observa el cuerpo del pequeño a gatas sobre el suyo, con sus ojos verdes afilados y los dientes atrapando el labio inferior con impaciencia.

Se ve tan malditamente sucio e inmoral que no puede hacer más que relamerse.

Así que después de las negativas y del continuo rechazo con esa exagerada actitud de prudencia, esto quiere Anthony. Tanto jugar a ser ético, moral, y todas esas cosas tan absurdas, para llegar a suplicarle por recibir un poco más de esa depravación.

—Me he preparado... Eso... —balbucea, y Marc esboza una certera media sonrisa.

—¿Para mí? —cuestiona divertido.

Ruborizado, asiente de forma queda. Ofrecido como un delicioso caramelo puesto ante la vista de un niño, Marc le atrapa el rostro. Anthony apenas puede reaccionar cuando mete la lengua entre sus labios. La suya también acude, y sus puntas se unen.

Acaba de despertar, pero todavía no es tan estúpido como para declinar sexo por la nimiedad del sueño. Marc agarra con fuerza sus antebrazos y cambia las tornas. Le pega la espalda al colchón arrancándole un jadeo de sorpresa, tampoco se preocupa del crujir de los muelles. El calor de su aliento le golpea la oreja cuando se inclina sobre ella.

—¿Esto es lo que quieres? —susurra apaciblemente, y se entretiene en mordisquear la carne. Calienta con su aliento y saliva el lóbulo de la oreja, y esta se colorea por la vergüenza.

Anthony cierra los ojos.

Se siente tan bien... Es de nuevo esta sensación, este abrasante calor naciendo justo en el centro de su estómago, descendiendo y ascendiendo. Se reparte en todas direcciones. Hasta la última de las puntas de todos sus dedos y sus extremidades. Le despierta un punto escondido entre las piernas.

Frota los labios al no hallar los otros, que están demasiado ocupados en dibujarle un fino hilo de saliva por el cuello. Los colmillos de Marc se le clavan con facilidad en la piel. Al principio en toques dulces, pero hincan en cada mordisco un poco más los dientes.

Hace mucho calor. De repente toda su ropa se ve tan sobrante que si Marc se separa un solo segundo lo va a emplear para hacerla desaparecer. Lejos, muy lejos; así podrán ambas pieles acariciarse sin obstáculo.

Entonces, los dientes de Marc se hunden en su hombro izquierdo pareciendo buscar el quiebre, querer descubrir el sabor interno del cuerpo que le llama tan ruidosamente al acto. Duele. Pero también es placentero. Es... Extraño.

—Dime, Anthony —susurra—. ¿Qué quieres hacer?

Busca palabras en su mente confusa, pero Marc sigue regalándole toques y enseguida olvida qué se supone que debe decir, cuál era la pregunta. Intenta abrir los ojos.

Todo se ha vuelto difuso. Una nube de vapor caliente se ha instalado en su pecho dificultándole el respirar. No quiere pensar, solo quiere seguir, que

ese cuerpo vuelva a inclinarse para presionar el suyo, y que esos dientes le paseen por la piel y la marquen.

—Yo... —murmura, sus cuerdas son incapaces de encontrar un tono mayor.

¿Cómo puede Marc verse tan entero? ¿Acaso él no se asfixia, acaso a sus pulmones no les falta el aire? ¿Cómo puede quedarse ahí arriba, guardando ambas pieles a lo que parece tan inmensa distancia?

Desvía la vista al pantalón de su hermano, y el poco aire que resta en sus pulmones se le escapa de un único golpe invisible en el estómago. La tela del pijama de Marc es elástica, lo suficiente como para que un elemento abultado destaque con claridad.

Notando de pronto su garganta increíblemente seca, traga saliva a punto de asfixiarse. La erección se mantiene a solo unos milímetros de su barriga, descansa en el aire; y apenas Marc se mueve sin querer o queriéndolo, da a parar en su ombligo. No puede retenerlo, un prolongado gemido se libera de sus cuerdas.

Marc le tapa medio rostro con la palma de la mano.

—No levantes la voz.

Él asiente con lentitud.

—Lo siento... —susurra al ser liberado. Cumpliendo la orden esta vez lo hace más silenciosamente. Vibra y se retuerce, en tensión entre dos actitudes, una pulcra y conservadora, y otra que le hace avergonzarse.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme qué quieres? —Conoce la respuesta sin necesidad de formular la pregunta, solo quiere jugar a molestarle.

—¿Eres tonto? —refunfuña, y le aparta el rostro. Marc sonrío, divertido con el pequeño intento de heroicidad. Prontamente le agarra y redirige el rostro.

Se acerca a él peligrosamente y junta ambas frentes.

—Si no me lo dices, ¿cómo puedo saberlo? —se burla, deleitándose con los cambios en la expresión del menor. Sorpresa, enfado, vergüenza, lascivia... Se apoderan de él por turnos. Es adorable de ver.

Anthony aprieta los ojos por la vergüenza, incapaz de cumplir la indecencia que le está pidiendo porque aún resta un haz de lucidez en la ventisca que invade sus sienes. Se cuestiona si ha hecho bien en venir aquí,

en encaramarse a su cuerpo, y se contesta en una reprimenda.

Obviamente no.

Ha perdido el juicio, pero ya es tarde para huir, porque su cabeza dibuja con libertad las posibilidades que puede brindarle esta cama, ese esculpido cuerpo y esa mirada penetrante que le fulmina la cordura, y son demasiado apetecibles como para pretender despegarse o afrontar el raciocinio. No quiere huir. Quiere que su entrepierna deje de palpitar cada vez que recuerda los besos que Marc le ha robado, las caricias que ha tatuado en su cuerpo; la adictiva sensación que le despierta el riesgo.

—Vamos... —susurra Marc, ronroneante—. Cuéntaselo... A tu hermano mayor.

Las palabras le aprietan todavía más los pulmones.

No necesita que se lo recuerde. Hermanos, sí, en teoría lo son, ¿pero a qué viene eso ahora? Fastidiado, desvía sus verdes a otra parte. Porque a pesar de lo desagradable, el término ha sonado tan excitante manifestado por esos indisciplinados labios que no puede hacer más que juntar sus rodillas, avergonzando por el palpitar de su entrepierna.

—El hermano mayor soy yo —se queja pobrementemente, y Marc suelta una pequeña carcajada. Anthony se ha cubierto los ojos con los antebrazos, y aún así puede verse con claridad la intensidad de sus mejillas encendidas.

Avanza entonces su rodilla izquierda, presionando sutilmente aquel pequeño abultamiento. El castaño no puede reprimir otro jadeo.

Duele. Su miembro duele como mil demonios.

Puede sentir las venas hinchadas y el bombeo de la sangre caliente concentrándose en la punta. Le está ardiendo, seguro que si coloca una de sus congeladas manos encima sus dedos se quemarán y quedará marcado; pero Marc sigue presionando, sutilmente, sin ejercer demasiada presión en el sensible punto. Lo desplaza un poco, le deja su espacio de vuelta; todo en extrema lentitud.

—Marc... Por favor... —suplica, confuso, sin saber bien qué está pidiendo, porque su mente se está vaciando, y el techo y las paredes se difuminan en la oscuridad. La cama queda sumida en el limbo, toda referencia al margen de sus cuerpos desaparece de la estancia y quedan aislados en la nada.

Y así, libre de todo; puede concentrarse en sentir.

—¿Qué quieres, Anthony? —insiste, con un tono tan calmado y altivo que hace al menor enfurecer, aunque le haya hecho vibrar la entrepierna—. ¿Qué puedo hacer para complacerte? —se regodea.

Lo está disfrutando. Saborea con sadismo las contradicciones del menor. Sus polos están batallando, puede verlo en sus ojos temblorosos.

Anthony da un largo pestañeo buscándose la decencia, pero ya no la encuentra en ningún resquicio. Se ha escondido o evaporado. Aprieta los dientes con recelo, porque sobre él, el azabache no emula un fallido movimiento o un jadeo nervioso, no comparte su conflicto. Su aspecto irascible y su carácter se imponen sin atisbo de lamento.

Lo comprende entonces. Marc ha nacido para arrastrarle a los infiernos.

Jadea, su cadera se frota sobre el colchón, sus párpados se aprietan y su pecho entra en combustión. Es incapaz de escaparse. Su aptitud para la lucha se disuelve en el ambiente cuando Marc se le inclina y le eclipsa.

—Quiero... —Aprieta los dientes, y se refugia en el fuerte que ha levantado entre los brazos de la barbaridad que está a punto de decir. Fingiendo un débil atisbo de seguridad, susurra—: Quiero tener sexo contigo, Marc.

Una enorme sonrisa bautiza las facciones del mayor.

—Tus deseos son mis órdenes —se jacta.

Le aparta los brazos dejando a la vista un par de ojos asustados. Enlaza los dígitos de Anthony con los suyos, y los lleva sobre los mechones castaños para imposibilitarle recrear otro escondite. Deposita un pequeño beso en la frente.

—Intenta no hacer ruido —dice, volviendo a la tarea de descender por su cuello.

Deshace el enlace solo para levantarle la camiseta, y deja a la vista un inestable pecho que sube y baja en cada bocanada. Anthony se está presionando el labio inferior con los dientes, transformando lo que resultaría escandaloso en unos gemidos que se quedan en su garganta.

Marc sigue descendiendo, le recorre la piel con los labios, se detiene para visitar uno de los levantados pezones... Lo succiona con suavidad, y lo muerde de vez en cuando, de forma desigual. Le despierta en cada toque una

sensación nueva. Ejecuta el proceso entero con parsimonia, para regodearse en su desesperación.

—Por favor... Me duele... —suplica, incapaz de seguir soportando la presión de entrepierna.

Los ojos azules le devoran, le desnudan con una mirada que grita con ansias de tenerle. Sin embargo, sus toques son injustos y miserables. Le roza la nívea piel a porciones, a fracciones de menos de un segundo.

Mordisqueando cada palmo de su cuerpo, el azabache le observa de reojo. Después de jugar a la familia feliz que no folla entre sí, este chico se frota contra el colchón y tiembla con sus caricias.

Qué deliciosa ironía. Va a ser muy divertido

—¿Esto te duele? —se burla, tocando con su mano ese punto íntimo. Anthony se encoge, se muerde el labio para acallarse pero se le escapa un gemido.

Con cuidado y el pulgar, Marc le obliga a apartar los dientes. Unas pequeñas marcas se le han quedado grabadas bajo el labio, se ha mordido con mucha fuerza. Las cejas de Marc se curvan.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —busca confirmarlo, por si no fuese ya evidente que el chico no ha tenido sexo en su vida.

Él asiente avergonzado.

¿Y qué importa eso? No tiene que preguntarle, no ha venido a mantener una conversación sobre lo penosa que es su vida sexual. Aprieta el ceño, creando una visión jocosamente dispar. Su sien expresan exigencia y confrontación, sus ojos tintinean como dos bombillas a punto de fundirse.

—No te preocupes. —Sonríe. Ya se había hecho a la idea—. Lo haremos suavcito por esta vez. —Le regala un fugaz beso en los labios.

Marc se desabotona la camisa de ninjas, la desecha dejando a la vista un marcado torso. Anthony observa embelesado la escena, fijándose en la herida de su pectoral. La piel de Marc es blanca y resalta con descaro. Se le va a quedar una cicatriz muy vistosa, pero al menos le está sanando bien. Los pantalones van al suelo, también sus bóxers. Se desprende de ellos tan rápido que la imagen aparece de golpe.

Marc... Marc es... Muy grande.

Intentando recabar el aire faltante, Anthony abre la boca, porque aunque

había podido verlo aquel día en el baño, desde cerca el trozo de carne se vuelve aún más imponente.

Sus pulmones se han vaciado de pronto y las palabras no pueden salir de su boca porque no es capaz de juntar sílabas para formar una frase. Marc está en pie, y su miembro por completo erguido le está... Esa cosa... No deja de mirarle.

—M-Marc... —tartamudea con torpeza. Su hermano vuelve a colocarse encima, y él, tratando de buscar el adjetivo apropiado, carraspea antes de pronunciarse—. Eso no es... Posible —murmura. Marc, con los labios a escasos centímetros, se detiene.

Se aparta del menudo cuerpo y se acomoda en el otro extremo de la cama. Su gesto se ha vuelto relajado, y cruza las piernas y ladea la barbilla. Descansa la vista en el suelo.

—Anthony —le llama. Él se incorpora, y se encuentra de bruces con la atenta mirada del azabache—. Quítate la ropa.

Su cuerpo sufre un pequeño escalofrío, porque no sabe si es una petición o una orden. Marc le está mirando, está serio y tiene las cejas inclinadas con decisión.

Anthony lo entiende de pronto. Desde que ha cruzado el umbral de esa puerta las posibilidades han dejado de estar solo en su cabeza. Esto no es un sueño, no es una broma, no es un juego de críos; es decisión suya hacer que esto pase.

Aquí. Ahora.

—¿Quieres hacerlo? Quítate la ropa y sabré que es consensuado —aclara Marc. Sus brazos dejan de ser soporte, su espalda se inclina hacia delante, hacia él. Relame sus labios, y sonrío solo con la mitad de sus dientes. Sus ojos han quedado a la misma altura, frente a frente—. Porque si empiezo no voy a poder parar hasta que te corras —susurra.

La habitación se queda escasa de aire, vacía.

Es insoportable.

El rendimiento de su cerebro desciende al mínimo. Las palabras de Marc se repiten como un eco que solo él escucha.

Es muy difícil describirlo, o extremadamente sencillo: insano, irracional,

destrutivo. Es el deseo más primitivo lo que invade su mente, y su mente, ya baldía; trata de recuperarse inútilmente, porque el azabache se ha colado en ella y le da batalla. La asedia, la somete y la expugna. Se apodera del pensamiento y arroja lejos todo intento de insurrección, de modo que ya no queda residencia para otra cosa; solo puede desearle como el más elemental de los seres.

Sus ojos se entrecierran, su barbilla se eleva en un desolador proyecto de mostrar dignidad. Las mejillas y las orejas le arden y su cuerpo está entumecido, pero aún así consigue moverlo.

Las puntas de sus pies tocan la moqueta del suelo y se levanta con mesura para avanzar al centro de la habitación.

Frente a él, Marc no se mueve, no dice nada. Solo le observa desde la cama con los azules clavados en él; le estudian el alma. Anthony se ve obligado a apartar la vista. Está seguro de que pueden leerle el pensamiento.

Se siente un idiota cuando son sus propias manos las que se encargan de desabrocharse la camisa botón a botón. Ruborizado, sus dedos apartan las telas y desechan la camisa. Simplemente la deja caer.

Marc le observa, fascinado y desnudo. Le espera paciente en la cama. Su despreocupada postura lo deja todo a la vista.

Anthony coge aire con dificultad, y prosigue.

Los próximos en ser desechados son sus pantalones, y con ellos se va su ropa interior. Sin un solo pedazo de tela restante, el frío de la noche se posa en su cuerpo. Como ya no tiene más que quitarse no sabe qué hacer ahora.

Junta las rodillas, desamparado; estático frente al azabache. Frota su antebrazo incapaz de levantar la vista.

El azabache lo está devorando, lo analiza meticulosamente. Anthony cree que se está cuestionando el siguiente movimiento, o que evalúa si este delgado cuerpo es apto para ceñirse al suyo; y su rosado miembro se endurece, se eleva tímidamente para dejarse ver también. Luego tan solo se mantiene en pie, esforzándose en reducir la peligrosa velocidad de sus latidos. Solo espera. Se deja ser minuciosamente estudiado.

Entonces la mano de Marc se cierra en su muñeca y tira con suavidad para acercarle al borde de la cama. Sentado, lo observa desde abajo. Las temblorosas pupilas de Anthony logran mantenerse sobre las azules con mucha dificultad, y a pesar de la escasez de luz, queda atrapado en la conjunción completa: la mirada, la perfecta geometría de sus facciones, la

dimensión de su espalda; el espacio entero que ocupa su cuerpo.

Los ojos de Marc, tan cristalinos que parecen producto de lo artificial, están brillando aún a oscuras. Porta un ligero punto negro en el tejido de su ojo izquierdo, como un píxel apagado, una diminuta brecha que podría ser de nacimiento o accidente. Su nariz cincelada acaba con la punta en una circunferencia cuasi cerrada y sus cejas son tan oscuras que no sabe si es él quien tiene un error en la visión y le falta por dibujar un pedazo de realidad.

Embelesado en su figura, Anthony deja que esas grandes manos desciendan por sus piernas, que repartan calidez allí por donde se pasean. Le impregnan la integridad del cuerpo, y luego le toman la cadera y le obligan a dar un tímido paso.

Marc sonríe con agrado, y deposita un centenar de besos de escaso sonido que le rodean ombligo y se crecen por todo su vientre. Le aprieta la espalda para acercarse la carne a la boca. Anthony jadea en voz baja, y trata de acallarse mordiéndose la mano en un pequeño puño cerrado cuando Marc le mordisquea algunos puntos. No se queja cuando le hacen sentar sobre él a horcajadas, ni cuando esos labios se pelean con uno de sus pezones.

No existe un ruido en la habitación más que el choque de los labios de Marc paseándole el cuerpo.

—Anthony —susurra discreto, rompiendo el silencio—. Abre tus ojos, no los cierras —demanda, y llevando dos de sus dedos hasta la boca del menor, la presiona de forma queda para abrirse paso.

No sabe muy bien por qué, pero Anthony separa los labios y los deja entrar. Marc los rota en su lengua, la acaricia con delicadeza, la sujeta en medio, la hace salir y luego la obliga a entrar. La saliva se acumula en su boca, y para que no se escape, los succiona tiernamente.

—No hagas eso. —Se ríe Marc.

Busca repetir la acción, y Anthony abre la boca. Los dedos regresan, le acarician el vértice de la lengua antes de introducirse casi por completo. Las líneas marcadas de sus dígitos dejan un tacto algo áspero, y su sabor es apenas apreciable, pero se acerca a lo salado.

Va tras ellos cuando su hermano los retira.

—Vamos a probar así —sonríe divertido. Se los lleva tras la espalda de Anthony, y le acerca. Él se muerde los labios y aprieta las pestañas.

La rigidez de Marc se aprieta entre sus cuerpos y le descansa en la barriga. El corazón le palpita en la garganta, se le va a salir por la boca en cualquier momento.

Y más que rompe a latir, porque Marc le separa una nalga, y lentamente y sin previo aviso, introduce la punta de su dedo corazón en la apretada entrada.

El cuerpo de Anthony se sacude en un pequeño espasmo, sus ojos se abren con estrépito y sus piernas se tensan.

—Tranquilo, no te asustes. —Le acaricia la espalda con su mano libre.

Marc levanta la barbilla y le atrae de la nuca, juntando sus bocas. Le distrae con su lengua del dígito que se va abriendo paso en la apretada carne. Anthony trata de mantener los ojos abiertos, sus cejas están dobladas.

Se siente rarísimo.

No es algo doloroso, porque lo está haciendo muy despacio y supone que la saliva ayuda, pero tampoco por ahora es placentero. La sensación se acerca más bien a una molestia. Puede sentirle dentro de él, rotando hacia ambos lados, retirándose para volver a entrar con lentitud.

—Está apretado aquí dentro —se jacta Marc con una sonrisa. Anthony se queja en un aterciopelado gruñido. Sus cuerdas no dan para más ahora mismo.

La carne se ensancha como puede para dejarle paso, el dedo se desliza hacia su interior en cada suave vaivén, muy poco, muy despacio.

La molestia va dejando paso a una sensación que Anthony no podría explicar; porque el calor se acumula en su cabeza, unas punzadas le invaden el estómago y su barbilla se inclina hacia atrás soltando una amplia bocanada de aire que le deja sin nada en los pulmones.

El sentimiento es curioso, la experiencia es una locura. Definitivamente venir ha sido una idea solo propia de un demente.

Marc no tarda en meter también el anular, aprovechándose de la saliva antes de que se seque. Puede notar cómo la carne del menor le va dejando poco a poco más espacio, se está apartando a los lados. Parece querer decirle que siga con eso que está haciendo. Puede confirmarlo un segundo después, cuando Anthony gime adorablemente, su cuerpo se arquea con lentitud hacia atrás, y su agitado pecho sube y baja visiblemente.

La imagen es tan deliciosa que Marc no puede sino tomarse un momento

para deleitarse. Todo el pequeño cuerpo le está hablando. Eso ojos apretados que le evitan con vergüenza, esas caderas que se contonean errantes hacia delante y atrás, su pequeña cavidad dilatándose alrededor de su dígito... Ha cedido enteramente. Está en sus manos, le ha dado permiso para hacer lo que quiera. Su astuta media sonrisa vuelve a alzarse.

Anthony no puede evitar que los sonidos dejen de abandonar su garganta, pero lo intenta a conciencia. Resulta tan extraño... No el solo hecho de la acción, ni del acto tan deplorable que están a punto de realizar, sino toda esta situación y el avance cuidadoso de su hermano.

Jamás hubiera imaginado a Marc de esta forma. Tan dulce, tan meticuloso. Entreabre sus párpados para observarle con timidez. Se le ve tan paciente... Con las cejas inclinadas por la concentración, y sus ojos clavados en el movimiento de sus dedos. Diligente, metódico; procurando distraerle de la pequeña molestia.

—Marc... —Su barriga se queja cuando las orbes azules acuden. Marc le sonrío, y él cree terminar de haber muerto cuando cierne su cuerpo sobre el suyo para depositarle un casto beso en los labios.

—¿Te duele? —pregunta, y su voz es dulce y acaramelada. Todo rastro de picaresca se ha esfumado. Marc está de verdad preocupado porque no sienta dolor.

Anthony niega como puede, y se abraza a su espalda enlazando los dedos tras su nuca.

—¿Se siente bien cuando estoy dentro? —inquire, con un tono de extrema dulzura que le eriza el vello.

—Me gusta... —asiente encarando a los azules.

—Entonces... —susurra, y suelta un poco de aire por la nariz, divertido, cuando al intentar liberarse de los finos brazos estos se resignan a separarse. Sus miradas se encuentran, y pregunta cortésmente—. ¿Puedo?

Anthony se limita a asentir con la mirada perdida.

Duele tanto su entrepierna que al mismo tiempo ya no duele en absoluto. El premen ha empezado a salir hace rato, ahora crea riachuelos pegajosos entre sus piernas.

La espera es lenta y tortuosa. Marc retira sus dedos, liberando una apretada cavidad que le ve marchar con tristeza. Sus fuertes brazos le sujetan

para tornarle en el colchón, y luego se estira para alcanzar el cajón de su mesita. Saca una caja de condones que todavía está en el plástico de la tienda y la desenvuelve de solo tirón.

Sujeta uno de los envoltorios cuadrados entre los dientes y deja caer todo lo demás al suelo.

Anthony aparta la cara, fastidiado. Así que Marc suponía que vendría y se ha tomado la molestia de acercarse a comprarlos. ¿Y cómo lo ha sabido? ¿Tan evidente es su actitud?

Marc le pone de espaldas, le separa las piernas y le levanta las caderas, y él ejecuta cada movimiento que sus manos le indican. Acaba con la frente pegada a las sábanas, nervioso; expectante.

Lo ve todo por el hueco entre sus piernas. Marc se acomoda tras él hincando las rodillas al lado las suyas y le agarra los tobillos para acercarle. Le separa las nalgas dejando el pequeño agujero expuesto, y le chorrea un extenso y grueso hilo de saliva que se le mete dentro. Anthony jadea sonoramente, desconcertado.

Marc acaba de escupirle.

Su saliva está deslizándose hacia dentro. Lo puede sentir.

Lo hace de nuevo, y pierde la cuenta de cuántas veces más. Confundido y acalorado, deja que lo haga, y su miembro palpita con cada largo hilo que se le adentra en el cuerpo.

—Avísame si te duele. —Le agarra la cadera con una mano, y con la otra sujeta su grueso miembro—. Relájate —sonríe, aunque su tono demandante imita una orden.

Anthony vislumbra la escena con los ojos entrecerrados, sin pestañear. La erección de Marc se coloca sobre su entrada, pulsando. La piel se esfuerza por dejarle paso, consigue abarcarlo solo la punta. El escaso lubricante del condón se mezcla con la abundante saliva. No puede negar que duele, pero se sorprende de la brevedad de cada una de las punzadas, porque Marc lo hace todo con suma delicadeza.

Presiona, se mantiene sin movimiento, y avanza un poco más. Después viene otro pequeño pulso, un poco más fuerte. La dificultad se acrecienta a mayor profundidad, y Anthony jadea entrecortadamente en todo el proceso, incapaz de regular los sentidos.

Calor, hace mucho calor. Se está abrasando.

Hay fuego en sus párpados que se niegan a cerrarse por completo, en la hilera de besos que Marc le ha depositado por todo el cuerpo hace un momento, en su vientre que espera ansioso una recompensa a su paciencia; y en su entrada, que desesperadamente trata de engullir la carne.

Lo están haciendo. Marc está entrando en él.

Arquea la espalda al recordarlo, y su miembro palpita furioso con el azabache dilatando su entrada. Sus cuerpos se están uniendo de la forma más deplorable posible.

Y se siente increíblemente bien.

El miembro va desapareciendo de su visión, centímetro a centímetro, con extrema suavidad y parsimonia. El rígido pedazo de carne parece no tener fin.

De pronto se detiene, no llega a entrar por completo.

Marc se queda estático, sujetando las caderas del menor en un repentino silencio. Le está presionando con los dedos. Anthony no puede verle el rostro con claridad porque los mechones negros le cubren los ojos. Quiere replicar, sintiéndose estafado, porque se está burlando de él otra vez. Como si fuese demasiado delicado como para sostenerlo todo, demasiado delicado para tener sexo de verdad.

Observándole desde arriba con los azules entrecerrados, el ceño fruncido y las cejas inclinadas; Marc aprieta los dientes.

Anthony es muy estrecho, se siente tan bien. Las paredes presionan con fuerza férrea su miembro, le aprietan las hinchadas venas. Es tan cálido, tan húmedo... Le tiene preso.

Este dichoso crío que juega a hacerse el inocente le ha engañado bien.

No son solo sus delicadas caderas que se mueven con abandono, ni es la carne de su trasero tratando de ceñirse sobre su abdomen pobremente, tampoco los torpes jadeos que desgarran su garganta. No, está seguro de que no es ninguna de esas cosas, pero hay algo en este pequeño chico nervioso e impaciente que le seduce, que le llama poderosamente al acto. Le hace querer hundirse profundamente sin más pesada ceremonia; inclinarse sobre él hasta oír el quiebre. No obstante, no lo hace. Se queda estático, como una máquina inactiva.

Este chico...

Este maldito chico. Con su sonrisa verdadera, sus movimientos tan alegres, su rostro que refleja como un cristal cuando algo le afecta. El chico

que le ha abierto las puertas de su casa aún con sus desapariciones nocturnas, aún sin obtener contestación a sus preguntas, aún con la sangre de esa herida que apareció por sorpresa en su pecho y que él mismo se molestó en curar. El chico que cree en desconocidos. El chico que cree en él.

Comprende nuevamente, rectificándose. Anthony no está fingiendo, de verdad porta inocencia. Carente de malicia, no ejecuta una praxis que no surja de un sentimiento, y cada gesto, cada expresión, cada palabra o gemido; rebosa de ella. Y de qué manera. Con esa clase de inocencia que se hace desear arrebatarse, cubierta por un par de ojos torpes y brillantes que tratan de aparentar experiencia con las pupilas temblorosas.

Cada cosa se añade haciendo un todo frágil. Adorable.

—M-Marc... —se queja en un susurro. No entiende por qué Marc habría de detenerse, pero lleva largos segundos inmóvil. Su grueso miembro le descansa en las entrañas.

Marc vuelve a sus cabales y contempla la penosa escena. Los dedos del menor se aferran con fuerza a las sábanas, sus caderas le buscan con movimientos lentos y mal ejecutados; sintiéndose cruelmente ignorado.

Su voluntad emerge tan sólida como grande su codicia.

—Tanto «Marc, esto está mal» —dice, su voz imita a la contraria—, para ahora venir suplicando.

Marc retrocede el camino hecho hasta ahora, solo para recorrerlo de nuevo en un instante. Empuja, y su sexo se abre paso con más facilidad después de la preparación. Contempla fascinado cómo la carne se aparta de golpe para recibirle.

—¿Esto te encanta, verdad? Que la meta hasta el fondo.

Anthony quiere quejarse, decirle que es estúpido y que no tiene razón, pero no quiere arriesgarse a que deje de hacerlo.

El azabache hace lo mismo. Le penetra hasta el fondo, una y otra vez, y el compás es marcado por las caderas del mayor, que hacen rebotar el delicado cuerpo a cada vaivén cada vez más acelerado. Los testículos le golpean las nalgas en cada impacto, y el sudor se les mezcla en uno solo; se les pega la piel a las sábanas.

Anthony no puede hacer más que rendirse a las sensaciones que se le llevan el alma. Y es que todas las ideas, todos los pensamientos, toda su razón; no hace más que convertirse en niebla y elevarse hasta perderse en la

lejanía. ¿Qué sentido tiene ya luchar contra el orgullo, qué sentido tendría ya resistirse? Si su pecho, si su mente, si cada poro de su piel; no hace más que inclinarse hacia él y su experiencia maldita. Con Marc haciendo alarde del don que parece poseer, conociendo bien cada exacto punto en el que debe depositar un beso, una leve caricia; una fuerte estocada.

—M-Marc... —Un fino hilo de saliva sin dueño se desliza por su barbilla, los vaivenes del mayor le cortan cada sílaba.

De pronto lo siente. Cuando el glande de Marc le presiona con fuerza un punto muy concreto sus ojos se abren de golpe, y un agudo gemido le sale directamente de los pulmones. Se queda atontado, pestañeando con dificultad.

¿Qué ha sido eso? Se ha sentido...

—¡Ah...! —Otra vez. Es ahí, ¡es justo ahí!

No necesita expresarlo con palabras, Marc se ha dado cuenta a la primera, solo estaba buscándolo de nuevo. Retrocede solo un poco, descargando contra ese punto. Anthony tiene que taparse la boca con ambas manos para callarse, porque entonces Marc no para de golpearle exactamente ahí con mucha fuerza.

—¿Qué te pasa, Anthony? —busca burlarse, pero a él también le cuesta pronunciarse, lo hace entre jadeos ronc— . ¿Te gusta justo aquí?

Anthony reprime un gemido, y su corazón late de una forma muy extraña, porque se contrae al máximo cada vez que Marc se hunde en él, pero luego se acalla, se detiene por completo; expectante por la próxima estocada. Su pecho se expande, sus pezones están completamente erguidos, su moflete se pega a la sábana y sus caderas se alzan para que pueda ocuparlas mejor. No puede respirar, pero no quiere parar.

El azabache aprieta los dientes, tratando de canalizar el instinto primario que este pequeño es capaz de despertar en él. Hince sus dedos en las caderas del menor, atrayéndolo con mayor fuerza contra sí, pegando aún más ambas carnes hasta crear una unión que parecía dudosamente posible.

—Joder. —Su voz ronca se corta en cada fricción, aumenta su velocidad cada vez más—. Deja esa expresión o voy a correrme demasiado pronto.

Anthony tiene las cejas curvadas, las mejillas rojas, los ojos cerrados, y

su boca alterna entre estar abierta al máximo y morderse el labio con presión para acallarse. El choque de sus cuerpos en cada impacto recrea un indecente sonido hueco que espera que no sea audible en el resto de habitaciones. Un hormigueo le escala hacia arriba, y luego baja de golpe para concentrarse en su estómago.

—Joder, Anthony —gruñe ronco.

El grueso miembro se vuelve entonces libre, dejando atrás unas caderas que, abandonadas, se quedan siguiendo el movimiento penosamente. Agarrado a las sábanas, Anthony busca a su hermano, confuso. Se sentía muy bien, ¿por qué habría de detenerse?

Marc no le da explicaciones, le agarra de los tobillos y le da la vuelta de golpe.

—¿Qué pasa...? —le llama en un susurro, separando sus piernas para verle. Solo le da tiempo a saber que Marc está de rodillas en la cama antes de que se lance sobre él.

Su boca se ve invadida por la otra sin parsimonia ni piedad, y luego le desciende por el torso a una velocidad vertiginosa, le recorre los pezones, el vientre, el interior del muslo, y se detiene a unos centímetros de su intimidad.

Mostrando su intensa media sonrisa, Marc chista antes de jactarse.

—Y una mierda voy a correrme antes que tú.

Y la lengua de Marc se une con la piel de su agitada erección; la recorre abiertamente sin delicadeza.

Entreteniéndose un poco más en la punta, el azabache abarca los límites de su glándula con los labios, succionando muy sutilmente, liberándolo de nuevo para descender en un río de saliva caliente. Le saborea entero.

Anthony aprieta los ojos y evoca un gemido hueco.

Comprende entonces que habrá habido un punto en el que debieron haber parado, y claramente, lo han sobrepasado hace ya mucho. Así que lo deja pasar, expectante por ver hasta dónde pueden llegar ahora que ya saben que van a pudrirse en el infierno.

Despegando uno de los párpados, Anthony se atreve a mirar. El pelo de Marc se agita hacia abajo y se levanta cuando su boca casi le abandona la carne, pero vuelve a descender antes de que eso pase. No puede verlo bien desde arriba, pero los ojos azules están cerrados, concentrados en su tarea. Concentrados en él.

Un impulso le recorre, y su cuerpo clama y exige más. Más rápido, o más profundo.

Más de lo que sea, pero más.

—M...arc...

Sus manos presionan con timidez los cabellos azabache, y los ojos del mayor se abren ante la exigencia. Marc esboza una breve sonrisa, y luego los movimientos se acentúan.

—No puedo... No...

Intenta avisarle, intenta pronunciar palabras, tira débilmente de los mechones hacia arriba... Pero las manos del mayor se afianzan a sus muslos, tiran de ellos perpetuando el contacto. Se ensambla el miembro a la boca.

No puede más. Marc va demasiado rápido. Es demasiado placentero. Va a hacerlo, va a correrse en Marc.

Se cubre el rostro con el antebrazo, y se hinca los dientes cuando el orgasmo lo sacude. Su espalda se arquea, sus músculos se tensan en una pequeña epilepsia; su semen sale con fuerza.

Se desploma sobre el colchón, exhausto. Enseguida se tapa los ojos.

—Lo siento... —musita.

Marc no contesta. Se arrodilla sobre el colchón, y separa sus labios dejando caer el espeso líquido en la palma de su mano; parte se escurre entre sus dedos.

Anthony vuelve a cubrirse.

—Intenté avisar, lo siento...

Un breve chistido por respuesta.

—Aún no hemos terminado.

El espeso líquido es aplicado directamente sobre el plástico que envuelve su miembro. Desaparece un instante después; se lo introduce en el cuerpo. Aún duele un poco, pero se desliza con increíble facilidad. Anthony se sonroja al saber que su propia semilla es la causante.

Esta vez Marc se salta la escala ascendente. Anthony apenas puede pensar, porque la sensación de calidez despierta prontamente en su pecho buscando una segunda ronda.

No lleva muchas estocadas hasta que Marc también termina, en un varonil, silencioso y prolongado gemido ronco. Lo hace en su interior, y aún

con el miembro rodeado por el plástico protector, las paredes de Anthony se impregnan de calidez y una extraña sensación.

Se le escapa un jadeo seco cuando el miembro le abandona de golpe. Su carne libre de aprieto recupera la forma como puede.

Marc suspira largamente, se deja caer a un lado. El colchón bota un poco al recibir su peso.

—Eso ha estado bien. —Se recoloca la almohada tras la cabeza. Le hace un nudo al condón y lo deja sobre la mesita de noche.

El menor se queda mirando, entre curioso y asqueado, el líquido atrapado en el plástico.

La habitación recupera el aura silenciosa de la noche. La Luna dibuja un haz blanco hasta la moqueta y los grillos cantan fuera. Marc está desnudo, él está desnudo.

Anthony hunde el rostro en la almohada para esconderse, pensando que las sábanas deben de estar llenas de sus fluidos, y sus cejas se curvan, sus piernas se cierran y sus brazos se cruzan en un pequeño autoabrazo, tratando de protegerse del frío que ha regresado de repente.

Ya está, ya lo han hecho. Eso es todo lo que quería. Lo que quería Marc, lo que quería él...

Pues ya estaría.

—Tiemblas cuando te corres —dice Marc, soltando una pequeña doble carcajada. Su voz aún no ha acabado de estabilizarse y termina la frase con un breve suspiro.

Anthony va a replicar, pero los brazos del azabache se ciernen sobre él. Le envuelve en un cálido abrazo que le atrae un pequeño trecho, y su cabeza da a parar contra el pecho del mayor. Sus pieles pegadas se calientan mutuamente, sus piernas se enlazan con las otras.

—No es verdad —refuta, escondiendo el rostro en su cuello. Los dedos del mayor le bailan por la espalda, y la pregunta que lleva rondándole días la cabeza se ve pronunciada en los labios del otro.

—¿Esto es lo que quieres? —cuestiona Marc.

Sin saber qué contestar y sin querer pararse a pensarlo, Anthony entierra aún más la nariz y la pregunta se queda en el aire.

Marc se retira dejándole sin refugio.

—¿No habías venido a eso? ¿A catarme antes de darme una respuesta?
—La medio sonrisa de Marc es aún más cautivadora desde cerca—. Probarme en la cama antes de comprarme.

—De verdad eres... Un idiota... —cae en la cuenta, antes de acercarse buscando el abrazo de vuelta.

—Bueno, aún te queda tiempo. —Y aquí está otra vez, el Marc que le crispa los nervios.

Hablando tan relajado, como si este tema no le quitase el sueño en absoluto, como si ambas opciones le resultaran perfectamente viables. Anthony no puede evitar enfadarse, y luego entristecerse.

—¿Qué implicaría...? ¿...que nosotros saliéramos juntos?
Marc se acomoda un brazo bajo la cabeza.

—Supongo que podríamos hacer esto todas las noches.

—Me refiero... Me refiero aparte de eso. —Se aclara la garganta, tratando de ordenar sus ideas—. Quiero decir... ¿Qué tengo yo que no hayan tenido todos los chicos y chicas con los que te has acostado?

Anthony desvía la mirada, con esa expresión en su rostro de cejas curvadas y labios apretados que reza por no haber metido la pata. A Marc la cuestión le ha dejado tan sorprendido como divertido.

—Bueno, yo diría que estás entre los cuarenta primeros —dice, y Anthony se eleva fugaz, sus facciones se contraen en una mezcla de asco y horror—. No me mires así. Para entrar entre los veinte primeros te hacen falta un par de cosas —comenta, señalando con descuido el pecho del menor.

No le lleva ni un segundo. Anthony se levanta, recoge su ropa esparcida por la habitación y corre hasta la puerta. A Marc apenas le ha dado tiempo a darse cuenta de que se ha levantado cuando ya está a punto de alcanzar el pomo.

—Anthony, espera —Aún tratando de mantener el tono bajo, su voz se eleva. Le agarra de la muñeca, frenándolo en el sitio. Anthony iba a tanta velocidad que el intento de detenerle ha sido un poco brusco.

Se revuelve violentamente para liberarse de su agarre.

—Déjame en paz —habla sin girarse.

Marc no puede verle el rostro, pero la nariz del menor se sorbe y su pecho se contrae cada segundo. Inclina las cejas con preocupación, lamentándose por ser tan estúpido.

Hubiese sido complicado cagarla más en menos tiempo.

—Anthony —Con dulzura, le obliga a girar y enfrentar su rostro. Las prendas que lleva el menor se caen al suelo cuando se cubre los ojos para que no le vea llorar.

—Suéltame —susurra sin mirarle. Está apretando los dientes para no hacer ruido con el llanto.

—Tonto, estaba bromeando... ¿Tan capullo crees que soy?

Las lágrimas del menor cesan, pero solo por la extrema confusión que le invade. Marc suspira, se lleva una mano a la nuca y se frota el cuello con reparo. Los azules se desvían.

—Solo he estado con un par de chicas, pero... ¿Me alagas? Supongo que eso significa que se me da bien. —Sonríe—. Pero incluso con aquellas chicas, yo no... —titubea, y Anthony contiene el aliento. Luego se encoge de hombros sin haber terminado la frase—. No lo sé. Yo solo espero no haberte hecho daño.

Anthony se queda en silencio. Marc espera su reacción.

—...Tu humor es una puta mierda —le reprocha, y él sonríe en señal de disculpa.

Marc le busca las manos. Rodea los finos dígitos entre los suyos más grandes. Sus manos se mantienen cálidas a pesar de que el cuarto está a baja temperatura.

—Anthony. —Se aclara la voz en un pequeño gruñido—. Supongo que no querrás que vayamos por ahí de la mano, y hay cosas que no voy a poder contarte, pero me gustaría intentarlo. ¿Quieres salir conmigo?

—...Sí.

Una pequeña sonrisa se forma en ambos rostros.

En un tímido acercamiento, sus labios se rozan con los contrarios, y la minúscula caricia evoluciona hasta convertirse en un pequeño beso, más tarde

en un envolvente abrazo.

Camina hasta la cama juntos. Se abrazan concentrándose en mitad del colchón y sobra espacio por los dos laterales.

—¿Puedo... Puedo dormir aquí? Puede ser peligroso si mamá o Annie...

Marc le ignora. Los tapa a ambos, asegurándose de cubrirle la espalda.

—Mañana te duchas conmigo —decide por su cuenta. No le preocupa lo que plantea Anthony, y si lo hace, la timidez no le compensa dejar que el castaño vuelva a su habitación.

Los fuertes brazos le rodean la cintura, unen piel con piel con las ropas desperdigadas por una habitación sumida en el silencio. Sus cuerpos quedan enlazados, tapados bajo las mantas.

—Duerme —dice antes de cerrar los ojos, y Anthony sonrío, comprendiendo que es su forma de dar las buenas noches.

—Buenas noches, Marc —susurra.

Se refugia entre sus brazos antes de caer en sueño.

Medio vacío si cuesta algo

—¡Anthz! —le llama con voz dulce—. ¡Aquí, Anthz!

Él avanza por el autobús hasta desplomarse en el asiento.

—Buenos días. —Evoca un enorme bostezo. Unas notables ojeras le adornan el rostro y está muy despeinado.

—Te ha costado madrugar, eh —le pincha Kyle.

—Madrugar... Ojalá, si hubiera dormido... —Se escurre en el asiento. Kyle le tiende una bolsa de salados, pero él niega con vaguedad.

—¿No has dormido? —Coge una patata tras otra sin reparar en el molesto ruido de la bolsa. Anthony niega, y se deja caer en el hombro de su amigo con los ojos cerrados.

Kyle saca unos auriculares y se acomoda. Clava sus ojos en el cristal, y deja que sus ojos vaguen por los árboles y las personas de la calle cuando el autobús se pone en marcha. Los suaves vaivenes que crean las ruedas del bus al desplazarse por el terreno mal asfaltado son muy relajantes.

Es muy temprano. Como el parque está un poco lejos han salido antes de las ocho. Apoya el codo en la ventana y deja caer su moflete sobre la palma de su mano. Hoy no hay una sola nube, las sombras de los edificios se proyectan a gran distancia. Es un día precioso.

Es el día perfecto para cometer una estupidez.

Kyle le mira de reojo. Anthony no tiene ni idea de qué día es hoy. Sonríe tontamente. No quiere hacerse muchas ilusiones, pero qué demonios, si todo sale bien estarán recordando este día todos los años, durante toda la vida. Y ahora mismo Anthony está aplanado en su hombro sin sospechar nada de nada.

No lo hace a propósito, no está tan loco, pero el olor a limón del pelo de Anthony es tan fuerte que se le mete en la nariz. Y huele tan bien. Se mezcla con su olor natural en un aroma extraño que le recuerda a los días de verano. Lo tiene un poco mojado, se habrá tenido que duchar corriendo porque se habrá quedado remoloneando en la cama mucho rato.

Kyle hace cuentas con los dedos. En llegar tardarán una media hora, así que contando hasta las siete que es cuando cierra el parque tiene exactamente... Muuucho tiempo para confesarse. Y si el tiempo no es un problema, y el clima está tan a su favor, solo falta encontrar el momento adecuado.

Sabe de sobra que Anthony no es un fanático de las alturas, así que ya se puede estar olvidando de la típica escena de película subidos en la noria y cogidos de las manitas. A los cinco segundos se habría convertido en una bolita temblorosa a los pies de los asientos, con los ojos cubiertos y las orejas tapadas.

Se queda mirando al menor. Cree que se ha quedado dormido, porque tiene los labios separados y suspira pacíficamente cada poco. El corazón le golpea de pronto el pecho. Si todo sale bien, podrá ver ese rostro adormilado muchas veces, podrá apartarle los mechones sin que quede raro, podrá... Tocar esos finos labios... con los suyos.

Largos minutos más tarde, con el ruido de las puertas del autobús abriéndose, Anthony abre perezoso los ojos.

—¡Muy bien, chicos! —grita la profesora, dando un pequeño susto a todos los dormidos—. ¡Sed buenos!

Bosteza ampliamente, y medio zombie baja del bus.

—¿A dónde vamos primero? —Sus amigos se han reunido formando un círculo.

—¡Montaña rusa! —exclama Oliver.

—¡Caída libre! —propone Noemí.

—¡Esa cosa rara que da vueltas en el aire y te pone bocabajo! —vuelve a gritar Oliver. Debaten a voces sobre qué van a hacer primero. Anthony los escucha sin decir nada.

—¿A dónde te gustaría ir, Anthz? —La voz le falla, y sus mejillas se

colorean un poco.

—A donde quieran todos —dice, encogiéndose de hombros.

—Si quieres tratar de subir a alguna cosa, ¡yo iré contigo para que no tengas miedo! —sonríe.

No se ha dado cuenta, pero ha levantado el tono lo suficiente como para que Ryota le haya escuchado y suelte un suspiro. Lo de Kyle por Anthony es tan evidente.

—Hola, Marc —habla Anthony, con el mencionado a un par de metros. Kyle da un brinco, no ha visto de dónde ha salido.

—Hola —dice, y Kyle le devuelve el saludo, fastidiado. El resto de sus compañeros les recibe más cálidamente, aunque el chico no tiene cara de querer hacer amigos precisamente.

En un par de minutos todos han llegado a un consenso y entre risas van a las atracciones. Kyle, Anthony, y Marc se quedan parados frente a la atracción. Kyle está pensando.

En otras circunstancias hubiese ido con ellos y se habría montado para superar alguna clase de reto que él mismo habría propuesto, pero por alguna razón los pies de Marc tampoco se mueven, anclados en el maldito sitio justo al lado de Anthony.

—Puedes subirte si quieres, no voy a estar solo —dice Anthony con una sonrisa, y Kyle niega efusivamente.

—No, no. Es que... No me encuentro bien —se inventa.

—¿Qué te pasa? Es verdad que tienes mala cara. —El rostro del menor se acerca al suyo, la palma de su mano se posa en su frente. Sus mejillas suben de temperatura a una velocidad vertiginosa.

Marc les mira, con su usual expresión de indiferencia y las manos en los bolsillos. Kyle la aparta con una risa incómoda, sintiéndose observado.

Vale, tener a Marc como niñera de Anthony no es algo que entraba en sus planes, ¡pero no pasa nada! Inclina las cejas con seguridad. Ya lo ha decidido, y este pequeño inconveniente no va a romper sus planes.

No todas las atracciones son de altura, y Anthony se anima a subir a algunas cosas. Antes de que llegue el medio día sus ojos se han liberado del sueño por completo y sus carcajadas acompañan a las del resto. Marc siempre

se queda a las puertas de las atracciones, esperando a que bajen para ir a la siguiente. Kyle empieza a cuestionarse por qué ha venido, si parece hacer únicamente del guardaespaldas de Anthony.

—¡No! ¡Ahí sí que no! ¡Dejadme! —El castaño se revuelve. Quiere librarse de los brazos traidores que tiran de él hacia la montaña rusa—. ¡Ni de broma!

—¡Vamos! ¡Es la más baja de todas! —le anima Noemí.

—¡Que no!

—¡Si te pasa algo nosotros te cogemos desde aquí! —grita Oliver a lo lejos, él no va a subirse.

—¡Eso es imposible, morirías tú también, retrasado! —Kyle se coloca tras él, le rodea la cintura para levantarlo del suelo y se lo lleva pataleando hasta uno de los vagones.

Kyle va con él, en el mismo asiento de dos personas. Es más largo que ancho, así que él va detrás. Estira los brazos esquivando al ruidoso Anthony y baja la barra de seguridad.

—¡Usted! ¡Le denunciaré por no hacer nada! ¡Se le va a caer el pelo! ¿Me oye? ¡El pelo! —Anthony apunta a la mujer que controla la atracción, que escondiendo sus labios tras la mano intenta por todos los medios no partirse de la risa.

La atracción es una montaña rusa, sí, pero es tan enana que resulta ridículo considerarla como tal, y más verla peligrosa. El punto más alto no debe estar a más de diez metros del suelo, y la circunferencia tendrá unos treinta metros de largo a lo sumo. Está pensada para los pequeños, y todos los demás barriles están llenos de críos que gritan apresurando a la mujer para que la ponga ya en marcha.

—Vamos, no seas crío —le pincha Kyle con una sonrisa, y se acerca de su oído para que los demás no puedan oírlo—. Todos están mirando.

—Me las pagarás... —jura, y la atracción se pone en marcha.

Como no tiene una gran extensión la montaña rusa consiste en cinco vueltas alrededor de la plataforma circular, pasando por una pequeña cueva, un par de breves chorros de agua que simulan que sí, pero que no llegan a

mojarte; y algunas suaves subidas y bajadas que puede que te levanten unos centímetros el flequillo.

En la primera subida Anthony ya se ha cubierto los ojos con las manos.

—Te odio, te odio... —susurra muy bajito, muy rápido.

—¡Pero si es divertido! —Kyle se ríe, y tiene que pronunciar sus palabras a gritos porque los chillidos de los pequeños y el viento golpean sus oídos. Desde el suelo Noemí le lanza gritos de ánimo y Oliver se ríe a carcajadas de la cara que lleva.

A punto de iniciar el descenso, Kyle agarra las muñecas de Anthony y le obliga a destapar los ojos. Él intenta soltarse, pero el descenso llega y su cuerpo se queda petrificado, con los ojos abiertos como platos hasta que el terreno se vuelve liso.

—Ves como no era para tanto —le tranquiliza, aún sosteniendo sus muñecas porque Anthony sigue empeñándose en volver a cubrirse—. Esa era la bajada más larga, cuando acaben las cinco vueltas seguro que ya no te da miedo.

El mayor no puede verlo, pero los ojos de Anthony se abren hasta el punto de querer desbordarse. Baja sus manos para abrazarse a sí mismo, llevándose también las de Kyle atadas a su muñeca. Kyle se siente mal, pero no cae en la cuenta de cuánto le afecta a Anthony hasta que le ve temblar sentado delante suya. Ha dejado de gritar y moverse. Solo tiembla.

Igual esto de la terapia de choque ha sido una idea de mierda.

—Anthz... —Cierra el abrazo apretándolo contra él. Solo han dado una vuelta, pero con el castaño en este estado empieza a sufrir tanto como él porque la atracción se detenga. Tratando de que se concentre en su voz, le habla muy cerca de la oreja—. Vamos, es una tontería de atracción, esto no es nada.

El menor responde apretando el abrazo.

—No me gustan... No me gustan estas cosas...

Kyle frunce el ceño. Sí, ya lo sabe, lo sabe perfectamente. Recuerda los primeros días cuando Anthony no se atrevía a salir en los recreos porque no quería pisar la azotea.

Nunca ha sabido por qué tiene este miedo y asco a los lugares elevados,

pero tampoco se ha molestado en indagar porque es una fobia que muchas personas comparten. Ha participado en este penoso intento de ayudarlo porque sus amigos habían pensado que así se acostumbraría, como lo había hecho en la azotea; pero solo ha puesto a Anthony en una pesadilla.

Mira el suelo, allí donde acaba el montaje de metal. En las zonas más bajas no le separan más que tres o cuatro metros. ¿Qué demonios puede haberle pasado a Anthony para tenerle miedo a esto? Las personas no nacen con una fobia, la desarrollan más tarde ¿no?

Y una espina se clava en su corazón, recordando algo que vieron en clase un par de días más atrás, en Filosofía, cuando dieron las teorías de Freud y rollos de esos. Si Anthony tampoco sabe por qué le asusta tanto, ¿es entonces cuestión de un recuerdo reprimido? ¿Podría tener relación con... sus pesadillas?

Afloja el agarre para darle espacio.

Se adentran en la pequeña cueva de plástico, y apartados por un momento de las miradas de sus compañeros, sus dedos se estiran hasta el mentón del más pequeño. Roza su mejilla con la propia en una suave caricia, lo estrecha entre sus brazos.

Porque él no pudo entonces estar ahí.

Sus dedos se le hincan en las ropas, creando pliegues al ser sin querer replegada en un estrujamiento. El no poder dibujar ese recuerdo en su cabeza, el solo poder imaginarlo desde los ojos verdes, resulta más doloroso que el haber estado presente.

Si tan solo hubiese sido él quien ocupara su lugar.

En algún momento sus ojos marrones se humedecen, porque la misma pregunta que asalta su cabeza cada vez que ve a Anthony flaquear por un millón de cosas tontas, regresa. La pregunta que no puede ser pronunciada, porque desconoce si acaso el propio Anthony lo recuerda o si su cerebro ha borrado esos pedazos de tiempo de su memoria.

—No tienes que tener miedo, Anthz —susurra, tan flojo que con el ruido de los chillidos y las vías, no puede oírle—. ¿Aún no te has dado cuenta de que nunca dejaré que nada malo te pase?

Y le abraza, le rodea y le aprieta contra su pecho todo lo que le es posible, en silencio, como hace siempre.

Como un ángel silencioso.



—¡Jo, va, no sigas enfadado con nosotros! ¡Seguro que en el fondo te divertiste! —dice Oliver.

Anthony chista, comiéndose el helado que le han comprado como disculpa. Han cogido asiento en una de las mesas de un puestecillo, todos están comiendo algo. Kyle también se come uno, con la boca entretenida en el chocolate y la vista clavada en sus zapatos. Casi no ha hablado desde que han salido de la montaña, y hasta Anthony volvió a la normalidad un par de minutos y patadas de venganza después.

—¡Vamos ahora a La Casa del Terror! —propone Noemí. Anthony niega.

—No, gracias, prefiero quedarme un rato por aquí.

—¿Todavía estás resentido con nosotros? —Oliver pone caras tristes, y recibe una mirada cargada de malicia como respuesta.

—¿Nos esperáis aquí entonces? ¡Vamos, Kyle! —le anima Noemí. Él levanta la cabeza, obtuso. No estaba prestando atención a la conversación y no tiene ni idea de lo que estaban hablando, pero el grupo se ha separado.

Sus amigos le están llamando de lejos, señalan un cartel que indica una atracción a cincuenta metros a la izquierda.

La alternativa parece ser quedarse a solas con Anthony... y Marc. No es una idea especialmente atractiva. Si Marc no se hubiese pegado a su grupo sin siquiera pedir permiso este sería el momento idóneo para su declaración. Pero en lugar de eso está viendo una mirada de pocos amigos del silencioso azabache.

—¡Voy! —responde por fin, sin estar del todo seguro.

Marc da un poco de miedo, pero con Anthony tan relajado al lado suya, distraído en su helado, no parece que sea una amenaza. Bueno, es que Marc es su hermano. Desde luego tendría que inventarse una excusa para quedarse porque Anthony se enfadará con él si le dice otra vez que no se fía de Marc.

—¡Venga, lento! —le llaman.

—¡Voy! Ahora volvemos —se excusa, esbozando una escueta sonrisa

que se sustituye por una línea recta en cuanto Anthony no puede verle.

Se pone en la cola de la atracción, pero no pasa mucho tiempo ahí. Ryota lo coge del antebrazo y se lo lleva cuando estaban a punto de entrar.

—Eh, ¿qué pasa? —Se queja sin comprender. Si Ryota se comporta de forma brusca significa que pasa algo grave—. Íbamos a entrar ya.

—¿No venís? —le llama Noemí a punto de entrar.

—No —responde Ryota antes de que Kyle pueda decir algo. Bordean una esquina lejos del público.

—¿Qué pasa? —pregunta, confuso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Kyle no sabe qué decir. Ryota está totalmente serio, parece enfadado. En realidad él siempre está serio, pero esta vez es una de esas veces en las que da miedo preguntar por qué.

—Por Dios, estás atontado —le regaña—. ¿Qué haces aquí, por qué no te has quedado con Anthony?

—¿Q-qué...? —Kyle desvía la vista. Rota tímidamente su pie sobre la punta. Ryota suspira.

—Kyle, sois tan torpes que el único que aún no se ha dado cuenta de que te gusta es Anthony.

—No sé de qué estás hablando... —Su corazón se acelera en pequeña medida. No quiere hacer ruido para no levantar sospechas.

—Deberías haberte declarado ya.

—¿Qué? ¿D-declararme? ¿A quién iba a declararme? —Suelta una risa muy falsa—. ¡Eres tan bromista, Ryota!

Ryota se acomoda las gafas con el índice. Kyle no tiene que hacer ningún papel, es demasiado evidente como para negarlo.

—Deberías haberte declarado a Anthony ya —recalca su nombre. La risa nerviosa de Kyle se va disipando hasta que cesa—. Está solo en la heladería, vuelve allí.

—No está solo... —Baja los hombros—. Su hermano está con él.

—Siempre tienes alguna excusa, ¿verdad?

—¡No es una excusa! —Le evita la mirada—. ¿Qué se supone que haga? ¿Llego allí y empiezo a soltar tonterías con su hermano delante?

—Yo le entretengo y tú llevas a Anthony a otra parte.

—¿De verdad harías eso...? —Los ojos marrones se iluminan en una chispa de esperanza.

—Estoy cansado de que suspendas los exámenes por quedarte mirándole como un estúpido en clase. Después soy yo quien tiene que ayudarte en las recuperaciones.

—¡Ryota! —grita, y Ryota pega un salto cuando Kyle se abalanza sobre él y le estruja en un abrazo—. ¡Eres el mejor!

—Suéltame.

Kyle se peina el flequillo, se acomoda la camisa dejándosela igual, y asiente, decidido.

Mientras Noemí y Oliver están en la atracción, ellos caminan hasta la heladería, con Kyle balbuceando palabras inentendibles en voz baja, practicando lo que va a decir.

Al llegar a la heladería ya no hay nadie.

—¿Anthony? —Es Ryota quien le llama, con un Kyle exageradamente nervioso que aún no se ha dado cuenta.

Apenas han estado cinco minutos separados pero ya no hay ni rastro de esos dos. Tampoco se les ve caminando por los alrededores. Parte del helado del castaño sigue dentro de la copa, convertido en un líquido de varios colores. Una camarera no tarda en acercarse para recoger los cubiertos y las copas.

—Perdone —saluda Ryota—. ¿Sabe a dónde han ido los chicos que estaban aquí sentados?

—¿Uno alto y otro castaño?

Ryota asiente, y sigue el dedo de la muchacha, que apunta al lado opuesto a La Casa del Terror.

—Genial, se han ido por el parque... —musita Kyle—. Ahora se pasará el día y no podré decírselo... —se excusa, porque no está seguro de querer hacerlo. Después de tantos años, de tantos intentos fallidos, le cuesta

creer que se lo vaya a decir hoy de una vez por todas.

Es que seguro que pasa algo. Al menos no podrá ser peor que aquella vez, cuando de tanto repetir «te quiero, te quiero» en su cabeza, acabó soltando un «quiero té» y Anthony se puso a prepararle uno en pleno verano. Le costó la vida terminárselo. Pasó tantísimo calor que empezó a sudar frío.

—No te rindas tan pronto. Solo tenemos que buscarlos.

Kyle asiente, y agradece poder contar con la cordura de Ryota. Se pregunta desde cuándo sabe que le gusta, y se muere de vergüenza, pero escuchar ánimos de una voz externa a su cabeza es alentador.

—¿Dónde deberíamos buscar? —se pregunta Ryota.

—A Anthony no le gustan las alturas, hay pocos sitios a los que podría ir. Y a... Marc —por algún motivo le cuesta en sobremanera pronunciar su nombre—, tampoco deben gustarle las atracciones. No le he visto montarse en ninguna en todo el día.

—Acabamos de comer, dudo que estén en un puesto de comida.

—¿Y qué más hay en un parque de atracciones si no atracciones y comida? Nunca les encontraremos...

Kyle se echa al suelo como si la Tierra fuese a explotar por ello.

—Puede que hayan ido al servicio.

—Es verdad —Su expresión es un carrusel, recupera el ánimo tan pronto como se le escapa un llanto infantil. A la salida de los baños más cercanos, vuelve a tirarse al suelo—. No están...

—Estarán dando una vuelta.

—Pero el parque es enorme, nos llevará horas encontrarlos. ¿Sabes qué...? Olvídalo, Ryota, no creo que sea una buena idea...

Ryota suspira. Ya está Kyle echándose atrás. Puede llegar a ser muy dramático y catastrofista, es muy pesado. Pero ha prometido ayudarlo.

—Si el parque es extenso solo tenemos que mirar desde arriba.

Su dedo apunta a la inmensa noria, justo en el centro de todas las atracciones.



—Vaya, la vista es alucinante... ¡Mira qué pequeñas se ven las personas!

—Las rodillas sobre el sofá, las manos sobre el cristal, los ojos bien abiertos; Kyle ha recuperado toda la ilusión de golpe.

—Más te vale estar atento.

—Sí —asiente con energía.

Así que de verdad este va a ser el día. Después de tanto tiempo imaginándose un millón de posibles escenarios, va a declararse en un parque de atracciones. Sonríe inmensamente.

Será divertido venir a celebrar los aniversarios aquí.

—¿Aún no los has encontrado? —le regaña Ryota.

—Como si fuera fácil... Con el uniforme todos son iguales, solo veo puntos blancos.

Sus ojos pasean veloces por todo el parque, analizando las concentraciones de personas en las colas de las atracciones. Se afinan para alcanzar a ver debajo de los puestecillos.

—Entonces espera un poco a que descendamos.

Kyle se da la vuelta y se sienta bien. Tiene los puños cerrados sobre las piernas y la mirada clavada en el suelo. Está muy tenso.

—¿Has pensado ya qué vas a decirle? —inquire Ryota, de brazos cruzados en el asiento de en frente.

—Bueno... Más o menos.

—Asegúrate de decírselo claramente. Anthony es tan retrasado como tú y puede que no te entienda.

—Sí, señor.

—No hagas como en el cumpleaños de Noemí, hazlo con los ojos abiertos.

—Sí, señor... —sonríe avergonzado, recordando esa noche que se volvió insufrible cuando una amiga de Noemí, que iba tan pedo como él, recibió una extensa declaración de amor eterno al ponerse en medio.

Deja escapar un tenue suspiro. Solo espera que no salga tan mal como el último, con ese larguísimo silencio incómodo que casi le saca el corazón por la boca.

“Súper-hermanos”. ¿Qué leches es eso?

Se le escapa una pequeña risa. Es verdad que Anthony puede ser un poco torpe a veces. Pero él también es rematadamente idiota, así que está bien.

Ryota sigue hablando. Le ordena, le aconseja, y le regaña por no haberlo hecho antes. Durante el lentísimo descenso los puntitos vuelven a ser un poco más distinguibles.

—¿Tú crees que va a funcionar? —Con la mejilla en el cristal apenas se le entiende.

—Si no acompaña a casa más tarde. Pero preferiría asegurarme y verlos juntos ya mismo antes que aguantar tus poses raras otra clase más. Es molesto. —Con la espalda recta y la mirada fría zarandea el pie con desidia.

—¡Ryota! —grita Kyle, abalanzándose sobre él de pronto.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Pareces un capullo, pero en el fondo eres un capullo con corazón!
—Su mejilla se le frota en el hombro.

—¡Que me sueltes!

—Anda, mira allí. —Kyle se arrodilla sobre el asiento, apunta a uno de los cubículos, y se ríe—. ¡Esos dos no pierden el tiempo!

Ryota echa un vistazo. Justo al otro lado de la noria, paralelo al suyo, por unos escasos segundos puede verse el interior de otro cubículo: unos brazos que se lían en los costados de un torso desnudo, una camisa que es violentamente desprendida y cae al suelo, un rostro que se inclina hacia atrás, con los ojos apretados y la boca bien abierta resonando en la imaginación como un fuerte gemido.

—Ese... —un murmullo de Ryota, el silencio de Kyle—. Ese no es...
¿Anthony...?

Acción, ergo reacción

La puerta del cubículo se abre apenas el terreno es alcanzable. Sus pies saltan aún a medio metro de que la atracción se haya detenido por completo.

—¡Kyle! —la voz de Ryota se escucha como un susurro cada vez más lejos.

Apresura la marcha y se cubre el rostro con el antebrazo. Sus pasos evolucionan hasta convertirse en una carrera. Sin mirar al frente, esquivo por los pelos a los transeúntes que se apartan. Corre hasta las puertas y sale del recinto; corre hasta dejar atrás el muro que limita el parque de diversiones. Lo deja todo atrás sin saber a dónde está yendo.

Con la imagen grabada en su retina no se atreve a pestañear, y trata de distinguir si de verdad esa silueta se corresponde con la de Anthony. Intenta comprender cómo ha podido suceder. Desde cuándo.

Las punzadas pinchan su corazón y se acentúan con cada señal que entonces no pudo ver. El comportamiento de Anthony, la manera en la que se refiere a su hermano, sus movimientos tan nerviosos cuando Marc anda cerca...

Así que la respuesta a todas las incongruencias ha resultado ser la mayor de todas.

Corre con todas sus fuerzas, sus pulmones se ensanchan y contraen a una velocidad peligrosa, pero no es su cuerpo el que le dificulta el respirar, es su cabeza paseando morbosa la imagen que se le ha incrustado en la pupila.

No puede respirar y no puede dejar de correr.

¿Desde cuando? ¿Cómo? ¿Por qué él? ¿Por qué no él!?

Llega a una parada de metro al aire libre, y se deja caer de rodillas sobre el empedrado. No sabe dónde está, no le importa. Su antebrazo tembloroso se esfuerza por ocultar los gruesos hilos de lágrimas que gotean a los lados de su barbilla. Su mano se le aferra a su pecho tratando de aminorar la intensidad de las punzadas.

No es el hecho de que sea otro sujeto de supuesta sangre compartida, tampoco que sea su nombrado “hermano”, ni es el dolor de haberse visto engañado, apartado de la verdad por el propio Anthony. No. Es que ¿tan alta es su indiferencia, tan imposible se le hace verle como algo más que un amigo, que Anthony ha escogido a un desconocido en lugar de a él?

Él también puede darle sexo si es lo que quiere. Él puede darle lo que quiera, puede dárselo todo. ¿Qué tiene Marc que él no tenga? ¿Qué es lo que le falta? ¿Qué tiene que hacer!?

Si tan solo Anthony pudiese verle como él lo ve a él.

Y es achacado por el quiebre al saberse descartado siquiera como opción, privado de cualquier minúscula posibilidad de cumplir algo que, dentro de su cabeza, ha estado presente todos los días desde un pasado tan lejano que no puede fechar en el presente. ¿Dónde está su error? ¿Dónde está su defecto? ¿Qué es aquello de lo que carece tan estrepitosamente que ha sido sustituido por los brazos de alguien que no existía hace dos semanas?

Baja los hombros, y baja la cabeza.

Recostado en el suelo de la parada, las personas no se fijan en él. Escucha el sonido del metro llegar cada largos minutos, el de las puertas abriéndose, y luego un silencio que se alarga hasta que el proceso vuelve a repetirse con el siguiente.

Con el rostro cubierto, no se molesta en observar cómo el Sol va cayendo lentamente. Los tonos celestes del cielo se tornan primero anaranjados, en segundo lugar de un negro oscuro.

Es una estupidez. ¿Verdad? Para qué pensar. Para qué imaginar el cumplimiento de un deseo que una vez roto se ve tan inservible. De pronto las memorias con Anthony ya no son buenos recuerdos. Ninguna de esas tardes en su casa, cuando su dulce risa bañaba el cuarto porque le había pateado en algún juego y él le observaba desde un poco más arriba, siempre de reojo; tan juntos en la cama de su habitación que tenía que controlarse para no abalanzar su boca a la contraria.

Si entonces lo hubiese hecho, ¿habría alguna diferencia? ¿O su inutilidad se extiende tanto como para ser rechazado aún como único candidato?

—...Anthz... —se le escapa con voz ronca la causa de su cabeza a punto de explotar.

Está cansado de pensar, pero los recuerdos siguen fluyendo. Resuenan

con fuerza en sus sienes: cuando bromeaba usándole para ilustrar posturas sexuales, cuando usaba la excusa de conseguir los céntimos que le faltaban para estrujarle en un abrazo, cuando le ofrecía un poco de bebida pegando la lata a sus labios en un infantil beso indirecto y se quedaba atontado cuando un par de gotas de LocaCola escapaban de sus comisuras.

Esconde los dedos entre los mechones y aprieta los puños. ¿Qué tan difícil es dejar de recordar? ¿Qué demonios tiene que hacer para olvidar todo eso? Su cerebro no entiende que todo eso ya da igual, porque Anthony no tiene el menor interés en él.

Nunca lo ha tenido.

Se asoma sobre sus rodillas cuando el metro llega. Debe de ser uno de los últimos de la noche, pero tampoco quiere coger este.

Lo que le espera al llegar a casa es un móvil lleno de mensajes preguntándole dónde ha estado. Los de Anthony serán los más cuantiosos, seguro. Sonríe, pensando que es un buen amigo, y su sonrisa se vuelve amarga.

Ve al metro marchar sin pena y todo queda en silencio otra vez.

Anthony no le ha visto. Podría pretender no saber nada si Ryota le guarda el secreto. Su corazón se estruja en un puño invisible. Podría volver al día a día sabiendo que por las noches las piernas de Anthony se enredan en las de alguien más.

Y duele. Con la imagen de su espalda desnuda en el otro cubículo de la noria cobrando vida, con los suaves gemidos escapando de su garganta aunque trata de retenerlos, con su cuerpo inclinándose al del odioso contrario. Con unas manos que escalan por la espalda, pero que no son las suyas.

Su vista se queda clavada en los pedazos de madera entre las vías. Tratando de desviar los pensamientos, los cuenta con pereza hasta que se pierden en la línea del horizonte. Ha dejado de temblar por los sollozos hace unas horas, pero los continuos derroches de lágrimas mantienen sus ojeras cubiertas de una fina capa de agua seca.

Después de tantas horas en esa incómoda postura, se levanta con dificultad y el cuerpo entumecido. Cojea con el pie dormido hasta el filo, y se queda allí, en pie, simplemente mirando.

Se sienta en el borde lo baja de un salto.

Al aire libre en mitad de la nada, los grillos cantan con alegría a pesar de no ser verano. No hace frío, pero las brisas de aire que rozan los puntos

húmedos de su cara es un poco molesta. Mete las manos en los bolsillos y pasea sobre las tablas, inclinando sus facciones a un cielo escaso de nubes. Las tintineantes estrellas adornan la oscuridad como miles de bombillas encendidas.

—¿Te vas a suicidar? —le llaman a la espalda, y su cuerpo se vuelve rígido por la sorpresa. Se relaja al darse la vuelta, no es una cara conocida.

Un chaval subido en el andén le está mirando desde arriba. Sujeta un helado y tiene los párpados bajados con desgana mientras come. Vestido con un regio uniforme escolar, no aparenta tener más de unos trece años.

Kyle se le queda mirando. Las lágrimas se le han cortado por la sorpresa, su atención se acapara en la pequeña figura. No hay nadie más en la estación. El enorme reloj circular de la estación roza la una de la mañana. No sabe cuándo se le ha hecho tan tarde.

—¿Te... has perdido?

El menor deja de comer. Tira el helado a un lado y baja del andén de un salto. Su ceño se ha fruncido de repente, parece enfadado. Kyle también lo frunce, preocupado por lo que pueda pretender.

—Oye...

Con las manos recogidas con inocencia en la espalda, el chico avanza dando un par de saltos. Luego se recuesta en los tablones. Kyle pega un brinco de horror.

—¡Hagámoslo juntos! —exclama.

—¿¡Qué!?! —Kyle echa un vistazo a ambos lados de las vías, al reloj y al chico pacíficamente tumbado con los párpados cerrados. Claramente le está tomando el pelo—. Vete de aquí, eres solo un niño.

El chico inclina una ceja y levanta un párpado. Kyle queda paralizado cuando esa orbe se clava en él. La escasa iluminación de la estación incide directamente sobre ella y transforma el verde en un juego de colores dorados de aspecto felino.

—¿No te vas a suicidar? —cuestiona, y propone con macabra ilusión—: ¡Yo también, hagámoslo juntos!

Kyle empieza a preocuparse de verdad.

—Yo no... No iba a suicidarme. Vamos, sal de aquí.

—¡Qué egoísta! No tienes derecho a decidir sobre la vida de los demás —se defiende, con total tranquilidad y sin moverse un milímetro. Kyle se muerde el labio, mira el reloj y al chico de forma intermitente.

—No sé qué te ha pasado, pero no puede ser motivo para quedarte ahí quieto y simplemente... morir.

—¿Y qué motivo tienes tú para estar aquí? —inquire—. En mitad de las vías, caminando con la mirada perdida, ¿no te ibas a suicidar?

—No iba a... —murmura, cabizbajo.

No recuerda en qué momento ha bajado a las vías, sus piernas se han movido solas, pero no quiere morir. No comprende porqué nadie querría morir.

—Pues entonces sal de las vías —sugiere, volviendo a cerrar el párpado para dirigir el rostro hacia el cielo.

—Piensa en tus padres —Kyle se muerde el labio, es lo único que se le ocurre—. Se pondrán muy tristes

—Mi madre está muerta —dice. El chico no está colaborando—. Y mi padre es un capullo —añade despreocupado.

—Pero... —Mira en ambas direcciones, angustiado. No sabe cuánto tiempo resta para que el próximo vehículo llegue a la estación, pero no debe quedar mucho. Esto no es divertido. No es gracioso—. Hay cosas bonitas en la vida. Está, está la... Los amigos, por ejemplo. Y... No sé... Algo te gustará...

No está en su mejor momento para hablar de las maravillas de la vida. El menor niega con dejación.

—La vida me aburre. —Encoge los hombros sin más, como si ese fuese un motivo de peso para dejar de estar en ella.

—¿Pero qué dices? —Le entra una risa nerviosa que no evoca en absoluto divertimento.

Entonces Kyle lo escucha, y sus latidos se acentúan casi tanto como el sonido de las ruedas del vehículo a no muchos metros de distancia. Maldice por lo bajo el inoportuno del puntual vehículo público y mira a todas

partes sin saber qué hacer. El menor ya no dice nada, solo se queda estático en el mismo punto.

—¡Solo eres un crío! —insiste con desesperación. Su corazón retumba armando un montón de jaleo.

¿Qué puede hacer? ¿Irse y dejar aquí al pobre chico?

Las luces del metro se extienden bajo sus pies, proyectan una larga sombra. ¿Por qué está él en esta situación? ¿Qué ha pasado que no se ha enterado? De repente no recuerda la tristeza de hace unas horas, ni el momento en el que su corazón fue quebrado y retorcido dolorosamente bajo su pecho.

Ahora sus ojos abiertos de par en par se centran en este chico que parece tan dispuesto a morir.

Kyle está de espaldas a las luces del metro, y no se atreve a girarse para ver qué espacio resta entre el vehículo y sus muertes. El andén está un poco alto y llevará unos segundos, que no sabe si tiene, subir hasta arriba.

No se lo piensa dos veces. Corre los metros que le separan del menor y se agacha para recogerlo, lo levanta con brusquedad y lo lanza sobre el andén.

—¡Eh! —protesta el chico, y se aparta asustado cuando en el metro pasa veloz a unos centímetros de su rostro

El metro llega a la estación y se detiene. Nadie baja ni sube al vehículo automático. Pasan unos segundos en un casi completo silencio, hasta que el metro reanuda la marcha y abandona la escena con extrema lentitud. El tiempo parece ralentizarse mientras espera a que el hueco de las vías vuelva a ser visible.

En el andén del lado contrario, Kyle respira con dificultad. Apoyado con los brazos tras la espalda y las piernas tensas, trata de recuperar la normalidad. El menor le está mirando desde el otro lado, con los ojos igual de abiertos pero los labios pegados.

El mayor se aclara la garganta, le lleva un rato volver a bajar a las vías. Se apoya en el andén contrario para subir, y aún exhausto y sin decir nada más, le tiende la mano para levantarse. Él la coge y se levanta, pero luego aprieta los puños, y levanta el rostro.

Sus facciones están tirantes y serias, luce muy enfadado.

Hasta que rompe a reír.

Sus carcajadas son suaves y delicadas, como su compostura. Su sonrisa es enorme y una de sus finas manos la tapa con delicadeza. Kyle se limpia el sudor de la frente y trata de tranquilizarse sin entender nada.

¿Qué demonios está mal con este chico?

—¡Booobo! —le acusa con voz burlona—. ¡El metro es muy alto por abajo, no iba a darme! —El rostro de Kyle se congela. El menor ladea la cabeza con arrogancia—. Todo el mundo lo sabe.

—¿Qué...? —musita con los pulmones faltos de aire.

—Ha sido increíble, eres el primero que hace algo —reflexiona, su voz aguda se adueña del silencio y lo expulsa, su risa aterciopelada le resuena en los oídos.

—¿Lo has hecho otras veces...? —murmura incrédulo. El chico asiente orgulloso.

Simplemente debe estar loco.

No hay más explicación posible, se ha jugado la vida por una broma estúpida. ¿Y cómo es posible que se esté riendo en su cara, cómo es posible que le de igual?

—Solo eres un crío —farfulla molesto.

Antes de poder terminar la frase la risa del menor se corta, y un pequeño pero veloz puño se clava en el estómago de Kyle. Tiene que inclinarse y llevar las manos a su estómago porque ha perdido el poco aire que le había dado tiempo a recuperar.

El menor echa a andar, y Kyle, aunque no entiende su enfado cuando es obviamente él quien debería estar molesto porque la bromita casi le cuesta la vida; se apresura a acompañarle.

—Espera, no puedes ir por ahí solo por la noche.

—¿Ah, no? —Se ríe sin girarse—. ¿Por qué?

—Pues porque hay gente mala. —Es obvio, ¿no lo es?—. Los niños no deben andar solos a estar horas.

—Tengo dieciocho años —le corta con rencor.

—¿¡C-cómo!?! Lo siento...

Kyle baja la cabeza, acompañándole sin saber a dónde o si debería, pero

por más que lo afirme, su edad no se refleja en absoluto en sus facciones ni en su cuerpo.

Las calles están oscuras y la parada de autobús está colocada en un terreno casi desértico, así que, como tampoco tiene nada mejor que hacer porque ha perdido el último metro que podía llevarle a casa, acompaña al mocoso hasta la suya.

Tras una corta caminata vuelven a ver edificios: un barrio lleno de casas elegantes con cuidados muros de piedra, setos recortados y ceras impecables. Apenas se ve más allá de los círculos que dibujan las farolas. Hacen todo el camino en silencio.

Kyle no reconoce estas calles, es la primera vez que viene por aquí. Va a ser gracioso intentar llegar a casa... Suspira. De todos modos, no tiene ganas de ir a casa, ni a la escuela mañana. No tiene fuerzas para fingir que todo está bien.

¿Y cómo va a mirar a la cara a Anthony?

El menor se detiene, y Kyle, despistado, choca con él.

—Esta es mi casa. —Señala una verja.

Kyle asiente en señal de despedida, y con las manos en los bolsillos y sin levantar la vista, se da la vuelta.

—Espera.

El chico le enfrenta y le tiende un pañuelo blanco e impecable. Kyle se saca la mano del bolsillo con parsimonia y toma la tela extendida en su dirección. Se queda así un rato, atontado, mirándola sin saber bien su propósito.

—Estás llorando —le informa el pequeño.

—Ah.

Su expresión no cambia cuando vagamente se pasa la tela por los ojos y la devuelve desdoblada sin cuidado. El chico la ignora, sus verdes están clavados en los marrones.

—¿Te han roto el corazón? —suelta de golpe. Está sonriendo.

—¿Qué? —pregunta, suave, confuso para pensar.

—Tienes esa cara de perro abandonado que ponen las personas cuando les deja su novia.

—Yo no tengo novia.

—Ahora seguro que no —obvia, y se ríe. Su voz es dulce, pero sus palabras no compaginan en absoluto con su apariencia—. ¿Por eso querías suicidarte?

—No iba a suicidarme, solo estaba... Pensando.

—Sabía que no ibas a hacerlo —dice sonriente. Se está zarandeando a un lado y al otro, no puede estarse quieto—. Aunque por un momento me has asustado. Has sido muy lento.

Kyle asiente, sintiéndose un estúpido. ¿Por qué un crío desconocido le está regañando si le acaba de salvar la vida?

—¿Cómo te llamas? —pregunta despreocupado.

—Kyle.

—Mmm. Es un nombre raro.

—Es galés. Mi abuela era escocesa —aclara sin muchas ganas.

—Oh. ¿Y cómo vas a volver a casa, Kyle? —El mencionado se encoge de hombros—. ¿Sabes montar en bici?

—¿Eh? Sí, sí que sé...

—¡Genial! Espera aquí —le ordena, y desaparece tras el muro de setos. Vuelve empujando una—. Ten.

—No... No puedo aceptar eso.

—¡Tonto, no te la estoy regalando! —exclama divertido, y le pega un empujón. Kyle la frena por el manillar, y una vez la ha agarrado, el chico la suelta y se aleja. Cierra la puerta de la verja quedándose dentro—. La quiero de vuelta —demanda, y sacando la lengua, desaparece tras la puerta.

Confundido, Kyle se sube a la bicicleta.

—Vaya día más extraño —musita.

Gira y gira pero nunca toria

Cierra los ojos y se recuesta en el hombro de su amigo. Sus párpados intentan mantenerse plegados, pero sus cejas le delatan con un pequeño tic. La pregunta de Kyle se queda en el aire, porque, apoyado en su hombro, interpreta el papel de dormido.

¿Que por qué no pegó ojo anoche? Fácilmente podría haberlo aclarado, con pronunciar el nombre de su hermano Kyle podría entender infinidad de posibilidades que pasaron o no anoche: que se quedaron haciendo algún ejercicio de la escuela, o viendo una película, o cualquier cosa de hermanos normales que no follan entre sí. Pero como está “dormido”, no contesta, y ya está. No está mintiendo.

Lo de anoche de verdad pasó. Aunque al despertar sus manos se despegasen de las otras fugaces y sus pies se pusieran en marcha a la ducha en un vuelo, aunque tardase más cerca de las milésimas que del segundo en ducharse para no encontrarse con él, aunque saliesen de casa separados por varios metros...

Ahora, está saliendo con Marc.

Cuando el autobús se detiene Anthony se despega aparentando una soñolencia que quizás le queda muy fingida.

Durante toda la mañana se deja conducir por el parque a donde quieren sus amigos, pero Marc se ha pegado a su grupo. Le pone muy nervioso.

—¡Increíble, Anthz! —exclama Kyle en algún momento—. Te estás subiendo a casi todo hoy.

—Yo pensaba que ibas a estar tan llorica como siempre —le pincha Oliver.

—¿A que es divertido? —le sonríe Noemí, dando un maravilloso giro

que acaba apuntando una atracción—. ¡Ahora allí!

Noemí y Oliver salen corriendo, pero la carrera no es muy larga. La sonrisa les dura hasta que tienen que ponerse a hacer cola. Kyle se queda al lado suya, y Ryota. Marc camina un poco más atrás, va mirando a todos lados, inspecciona el parque.

—Creo que mientras no sean cosas de altura está bien —dice el castaño, y sonríe. ¿Porque cómo va a decir que está aguantando estas estúpidas máquinas de dar vueltas por no quedarse a solas con Marc?

Se suben a muchas cosas. Saltamontes, un paraguas raro, una dichosa montaña rusa... Compartiendo el asiento de una de las atracciones con Kyle, este le palmea el hombro y le atrae hacia él para darle confianza.

—¡Es divertido! —grita, y le suelta el hombro para levantar los brazos. Está sonriendo enormemente. La expresión de todos sus amigos es relajada y expresa felicidad cercana al máximo exponente, pero él se siente tan culpable por lo que pasó anoche que no es capaz de disfrutar también.

¿Y qué pasa si es divertido? ¿Se justificaría su conducta de anoche si dijese que fue divertido? No es capaz de mantenerle la mirada a los ojos a los que suele llamar mejor amigo.

Debería contárselo. Kyle no dejaría de hablarle por ser homosexual, bisexual, transexual, asexual, un sucio comunista, genderfluid... O... O un cactus.

Es posible que Kyle se preocupe, porque no termina de fiarse de Marc, pero nunca le dejaría de lado. Entonces, si no hay otro motivo que se lo impida, solo tiene que contárselo. Estaría bien tener una cabeza más pensando para ayudarle con sus problemas, porque es obvio que él ha perdido el juicio.

Después de varias horas rondando por el parque, van a un puesto de helados. Agrupan un montón de sillas alrededor de una pequeña mesa.

—¿Y ahora a dónde iremos? —pregunta Oliver con ilusión.

—¡Tenemos que subir allí arriba todavía! —propone Noemí, señalando una enorme y altísima atracción que le ensombrece el rostro a Anthony.

—¡Y allí también! —exclama Oliver.

—¡Y al tirachinas ese raro que sube y al bajar parece que te vas a chocar

con el suelo! —añade ella. Los dos derrochan energía. Anthony se queda ajeno a la conversación, dándole vueltas a la fruta roja de su helado. Con solo imaginar la de traqueteos y giros raros que dan esas cosas se le quita el apetito.

—Pues venga, vamos a La Casa del Terror —Oliver, y Noemí se levantan de golpe.

—¡Vamos!

Kyle titubea, pero también acaba yendo con ellos. La mesa queda en silencio con Marc y Anthony como los únicos presentes.

—Pues... —Anthony remueve el helado sin saber bien qué decir. Se supone que están saliendo, aunque sigue sin estar seguro de que sea posible que dos hermanos salgan juntos. Porque si no pueden cogerse de la mano o declararlo en público, básicamente solo significa que ahora tienen sexo. Se muerde el interior de la boca—. Lo de anoche...

Apenas se han alejado sus amigos, apenas ha dicho más de dos palabras, y la mano de su hermano ya se está deslizando por su pierna. El menor se tensa, viendo a sus amigos marchar afortunadamente sin girarse, hasta que doblan una esquina y desaparecen.

—¿Lo de anoche? —repite Marc con tono neutro. Le acaricia con parsimonia el interior del muslo, lo escala lentamente. Está apoyado sobre la mesa sujetándose la barbilla y su expresión es indiferente, pero uno de los extremos de sus labios acaba en una curva—. Vas a tener que ser más específico, pasaron muchas cosas anoche.

—Ya... —La nata de su helado se derrite despacio. El chocolate está goteando en la mesa—. Sobre eso...

Le resulta muy difícil pensar con esa mano repartiéndole calidez, se le está erizando el vello de las piernas. Casi no está ejerciendo presión, es la conjunción de sus dedos y la fina tela del pantalón rozándole la piel con extrema suavidad lo que le provoca escalofríos.

—¿Algo no te gustó? —suena sutilmente preocupado, se recuesta en el asiento—. Si quieres hacer algo especial solo dilo.

—No, no es eso. Me gustó bastante —admite con vergüenza,

preguntándose a qué se refiere Marc con “algo especial” si ya tuvieron sexo anoche, si ya estuvo dentro de él. Aprieta los párpados al recordarlo. No sabe en qué demonios estaría pensando... Ah, es que no estaba pensando.

—¿Entonces de qué quieres hablar?

Marc se levanta, y Anthony no sabe a dónde quiere ir, pero se apresura en ir tras él. Deja atrás medio helado sin tocar. Por la calle de los puestecillos de comida llega un dulce olor a gofre.

Como es entre semana la mayoría de personas son alumnos de su instituto, se reconocen fácilmente por el uniforme. Marc está caminando con la vista al frente. Parece muy decidido a llegar a donde quiera que se esté dirigiendo. Él intenta seguirle el paso, aunque no es que el azabache camine rápido, de hecho tiene las manos en los bolsillos y anda a paso normal; es Anthony quien se retrasa porque va mirando en todas direcciones como si estuviesen haciendo algo malo.

—¿Cómo puedes...? —habla en voz baja por si alguien pudiese oírles —. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Cómo debería estar? —pregunta, con la mirada al frente y una fina sonrisa de diversión.

—No lo sé... Es que, mira, no sé si ha sido una buena idea. Yo creo que es mejor que...

No le da tiempo a seguir balbuceando, llegados a una esquina Marc le coge de los hombros y le va empujando hasta un muro. Se le olvida lo que estaba diciendo.

—Te da vergüenza que se enteren tus amigos —susurra Marc. Sus manos le sujetan los hombros sin hacer presión. Fácilmente podría apartarse si quisiera, pero Anthony solo baja el rostro—. Que sepan las cosas sucias que me dejaste hacerte anoche.

—No hables de eso en público —murmura, asegurándose de que sus amigos no están cerca.

Desde ese punto no cree que nadie pueda verles. La esquina limítrofe del parque les tapa dos francos, y el muro otro. Por el único hueco libre pueden verse unas instalaciones, pero por esta zona hay pocas personas. Las atracciones de esta parte deben ser una porquería. La música repetitiva y los

gritos de las personas se escuchan solo de fondo.

—Creía que tú querías esto —dice.

Anthony esconde las facciones porque no es capaz de mantenerle la vista.

—No sé... No sé lo que quiero —musita. Marc inclina sus cejas, pensando que este chico se preocupa excesivamente por todo. Su mente debe de ser un infierno.

—Anthony. —Su pulgar y su índice se adueñan de su barbilla, y con sorpresiva dulzura le obliga a encararle.

Le suelta el hombro, y usa su brazo para apoyarse en la pared acercándose un trecho de golpe. Sus frentes quedan muy cerca. Anthony cierra los ojos, resintiéndose a que vuelva a pasar. Porque su corazón late descompasado y con estrépito, y sus pies no se mueven un ápice para apartarse; porque no quiere evitarlo.

Este es el problema, que no hay nada de reprochable o detestable en las acciones del mayor, que sus toques no son en absoluto sobrantes o desagradables, todo lo contrario. Desearía tenerlos siempre encima.

Pegados a su boca, o al cuerpo, o a la parte que sea.

Marc tiene que aguantarse la risa. Anthony tiene los párpados apretados, el ceño fruncido y el cuerpo más rígido que el cemento a su espalda, pero tiene los labios ligeramente levantados. Le está esperando. Así que se acerca, torciéndose para no chocar sus narices, y se queda así, tan cerca que es más complicado mantener las pieles separadas que terminar de unirse, pero no lo hace.

En lugar de eso saca la lengua, y con la punta le regala una larga lamida que le cruza los labios.

Anthony abre de inmediato los ojos. Se sonroja cuando ve la enorme sonrisa de Marc burlándose de él.

—¿Quieres esto? —se jacta. El castaño se ha ofuscado, pero le da igual. Le regala otro pequeño lametón en la cara—. ¿O esto? —y un pequeño mordisco en el moflete—. ¿O esto?

—Marc... —Ladea el rostro, confuso. Marc le reparte toques por todas partes. Una minúscula lamida, un breve mordisco, un casto beso. Recorre su

rostro entero ignorando sus labios, no los roza ni por error. Luego se detiene en su cuello y succiona con suavidad, degustando la piel con infinita parsimonia. Le arranca una variada secuencia de jadeos silenciosos—. ¿Qué haces...?

—Como no sabes qué quieres, intento descubrirlo. ¿Esto te gusta?

—Le rodea las caderas para acariciarle bajo la camisa.

—N-no...

—Ah, ¿no? —Chasquea la lengua—. Yo creía que los gemiditos significaban que sí.

—Eres estúpido. —De todas formas separa los labios. Deja paso a la lengua que se le aproxima a la boca, pero lo único que pasa entre ellos es aire, porque Marc ve preferente darle otra estúpida lamida en la nariz en vez de besarle.

Con eso debe considerar que ya ha terminado, porque le devuelve su espacio vital y se da la vuelta.

Anthony se queda aturdido. Le lleva unos segundos recuperarse y tiene que pegar una pequeña carrera para alcanzarle.

—Me apetece montar en algo —dice Marc.

—¿En... En qué cosa...? —Se aclara la voz.

No han andado largos metros cuando los pies del mayor se detienen. Despistados, los de Anthony lo hacen un metro más allá. Marc apunta una atracción con la nariz. Una inmensa y brillante noria de colores primarios que se alza sobre ellos.

—¿Qué? —Anthony cruza los brazos. ¿Todavía no ha quedado claro? —. Me dan miedo las alturas —dice.

—¿Por qué razón?

—Me da miedo caerme y morir —obvia.

—Eso es como decir que te da miedo caminar porque puedes tropezarte —se ríe Marc, y le agarra de la muñeca.

—No tiene nada que ver. —Encima en la atracción más alta. Vamos es que ni de broma.

—No te va a pasar nada. —No entiende dónde ve el peligro, si la noria ha estado girando todo el rato y en ningún momento ha salido rodando ni se ha muerto nadie.

—¡Marc, no! —se queja. Pero el azabache no está haciendo ninguna fuerza, solo está quieto.

—¿Es otro de tus «no» que en realidad significan «sigue»?

Anthony deja de tirar, porque se sonroja hasta las orejas. Marc podría hablar más bajo. O callarse directamente.

—Yo no hago eso... —musita.

—Oye, es más seguro que ir en coche.

—¿Quién ha dicho eso? —Arruga el entrecejo.

—Científicos. —Cree que lo ha escuchado en alguna parte. ¿O era sobre montar en avión? No se acuerda bien.

—¿Científicos de qué?

—Científicos de cosas. —Se encoge de hombros. Anthony chasquea la lengua, no le convence en absoluto—. Te has subido a una montaña rusa hace un momento.

—¡Porque me han obligado! —se defiende—. Además, no puedes compararlos. Esto está altísimo, lo otro no es nada en comparación —debate, y Marc frunce el entrecejo, y piensa un rato.

—¿No te subes a nada que este alto? —busca confirmar, y él niega con efusividad—. ¿No te da curiosidad? —Anthony vuelve a negar.

—No me hace falta subir ahí.

—No es que te haga falta, es que es divertido.

—Puedo hacer un millón de cosas divertidas aquí, con los pies pegaditos al suelo.

Marc se ríe.

—Pero vivir así no es vivir. ¿Dejas de hacer cosas que pueden gustarte solo porque te dan miedo?

Le irrita. Es un idiota.

—¿Por qué tienes tanto interés en subir?

Brota un breve silencio, así que Anthony intenta buscar la respuesta por sí solo.

Si Marc ha estado tanto tiempo en un orfanato es posible que nunca se haya subido a una noria, o que esta sea la primera vez que pisa un parque de atracciones. Puede que por eso haya estado todo el día analizando el parque. Espera, ¿puede que no se haya subido a las atracciones porque a él también le dan miedo?

La culpabilidad lo invade, no había considerado nada de eso.

—¿No quieres probar cosas nuevas? —dice Marc. Sus oscuras cejas están levemente inclinadas porque su ceño está fruncido, pero no es por enfado.

Cinco minutos después, sin mucho rechistar, Marc lo ha conseguido. Anthony está sentado justo en el centro del sofá, completamente inmóvil y sin despegar los ojos de sus zapatos, pero está.

—Pensaba que me iba a costar más —sonríe Marc.

—No sé por qué te he hecho caso. —Está enfadado.

Marc se encoge de hombros. Se levanta y se acuclilla delante del menor, que no levanta el rostro.

—Podías haberte negado.

—¿Por qué querías subir? —pregunta fastidiado.

—Porque con personas cerca no querías hacer nada —obvia, alzando sus dígitos hacia la coloreada mejilla.

—¿Aquí? —pregunta con ironía. No puede ser que se refiera a eso—. Ni en sueños. ¿Para eso querías subir?

Menudo idiota ha sido al pensar en Marc como un mártir, al final su insistencia solo se debía a que quería sexo. Gruñe suavemente, traicionado por sus reflexiones y su empatía maldita.

Marc le apoya los brazos en las piernas, recuesta su barbilla y le mira desde abajo con sus luces azules.

—¿Tú crees que puedes aguantar hasta la noche? —cuestiona, pulsando con un solo dedo y falsa inocencia el pequeño bulto deshinchado entre las costuras de Anthony.

—¡Q-quita! —Le aparta, pero se queda ardiendo en el exacto punto donde ha puesto el dedo—. Pues claro que puedo, no estoy enfermo como tú. —Cruza brazos y piernas.

Marc se queda sentado en el suelo. Pega la espalda contra los pies del sofá contiguo y flexiona las rodillas porque con su altura apenas cabe en el hueco. Luego separa las piernas. A la vista queda su erección empujando la tela en un grueso relieve.

—Pues yo no puedo —declara. Y los ojos de Anthony se expanden, y su miembro se despierta para quejarse y reclamar salir a jugar con el otro, porque Marc se baja la cremallera y se aparta los pliegues del pantalón para sacarla a la luz.

El castaño aparta la cara.

—Guarda eso, estamos en un sitio público. —Apoya la barbilla en su mano y el codo en la ventana porque no quiere saber nada, pero le sigue observando de reojo. El grueso sexo de Marc se tambalea en el aire cuando respira y habla.

—Aquí no puede vernos nadie —expone, y llevándose una mano a la erección, empieza solo.

Anthony entra en pánico. Todavía le quedaba un atisbo de esperanza de que Marc no estuviese hablando en serio, pero acaba de evaporarse. Esquiva la indecente escena mirando por los cristales.

—¡Marc, enserio! —se queja angustiado.

—Si no quieres no pasa nada, lo hago yo solo —dice sin más complicaciones.

Escondido entre los mechones castaños le sigue mirando, ni siquiera puede parpadear. La mano de Marc sube pacientemente, y desciende de igual forma. Sus dedos se pasean muy despacio, desde el extremo inferior, acabando con un sutil giro de muñeca en la punta.

Hay multas por eso que está haciendo.

—Es desagradable... —murmura Anthony, pegando las rodillas para ignorar los pesados quejidos de su entrepierna. No puede creer que él también se esté excitando, si Marc está siendo tan idiota, niño, egoísta... Anda, se le marcan muchísimo las venas.

Marc jadea con voz ronca, en alto para que pueda oírle bien.

—Anthony...

—¡N-no lo hagas pensando en mí! —gruñe. No sabe a dónde mirar. Si clava la vista en el cielo solo ve un tono azul aburrido que se extiende por kilómetros, si mira hacia abajo su miedo a las alturas le hará entrar en pánico, y si mira a su hermano...

—Pero Anthony, de verdad me pones mucho. ¿Qué quieres que haga?

—Sus dedos no se detienen, su voz es socarrona. Anthony no sabe si prefiere al Marc distante y callado de antes o al sádico al que ha evolucionado ahora. Le gustaría que al menos no le pidiese tener sexo en público... Además, ¡que perdió ayer la virginidad! ¡Esto es demasiado para él! Se está empezando a marear.

—Solo date prisa y acaba ya. No quiero que me vean contigo.

—Entonces ven a ayudarme —propone.

El castaño descubre con timidez el rostro, y su muñeca es agarrada en un despiste. Cae despacio, de rodillas, con las piernas a los lados del mayor. La erección queda justo bajo sus confusos ojos verdes. Está muy hinchado ya. El premen está saliendo a borbotones.

Sus frentes quedan pegadas, deja su mano libre para Marc y él la conduce hasta la carne. Queda pegada al miembro con la de su hermano sobre ella. La oprime contra la piel mojada. Juntos inician un suave vaivén con el mayor dirigiendo el movimiento.

Lo hacen todo muy lento, apretando la carne como si buscasen quebrarla juntos, pero es imposible, porque está endurecido imitando al diamante. Con la punta rebosando un fluido muy pegajoso, sus manos se barnizan y se deslizan con facilidad. Anthony teme que Marc pueda mancharse el uniforme, y le aparta el bajo de la camisa. Su oscuro vello queda a la vista.

—Tú eres el que me pone así, Anthony —murmura. Sus orbes azules le analizan entrecerradas. Aparta la mano, le deja seguir solo.

Entonces Anthony se siente inseguro, preguntándose si lo está haciendo correctamente, pero sin utilizar palabras el azabache le responde, con un largo par de jadeos roncros muy breves, y excesivamente varoniles. Le hacen retumbar el pecho.

Pega también la otra mano, buscando imitar la presión que podía hacer cuando la de Marc estaba ceñida sobre la suya, y lo imita. Lo recorre en vertical dando un giro de muñeca en la punta, pliega la piel sobrante, la estira en el descenso. Sus testículos están atrapados bajo los bóxers y su pene se estira cuando se lo lleva hacia arriba, parece hacerse aún más largo.

—Así... Lo estás haciendo muy bien. —Inclina las facciones al cielo, su largo jadeo ronco llena la estancia.

Anthony traga saliva, nervioso. Es él quien lo está desencadenando, es él quien provoca esos sonidos tan lascivos.

Marc exhala hondo, con la delicada palma recorriéndole íntegramente y los tímidos verdes clavados en su miembro con curiosidad. Es arrebatador. Todo en este pequeño chico le hace perder el juicio.

—Quiero follarte —suelta.

Una chispa se enciende en la entrepierna del menor, y su erección se le aprieta dentro del pantalón. Marc se da cuenta, y se entretiene en desenvolverla.

De entre las ceñidas costuras del uniforme, un rosado miembro sale desesperadamente a la superficie. Anthony acude con torpeza para esconderlo, pero Marc lo aparta con suavidad.

—No te preocupes —le regaña con dulzura.

Anthony aprieta las pestañas, y aparta el rostro incapaz de seguir mirando esos ojos que le devoran la moral. Está muy bien que a Marc le gusten los placeres de la vida, pero es demasiado para su equilibrio mental, y físico, y emocional; equilibrio en general.

No obstante, también es agradable presenciar de cerca esa manera de proceder suya, de sentirse libre para hacer cualquier cosa... En nefasto para su cordura.

El problema es que también es divertido.

—Esto es muy peligroso... —murmura, pero él no cambia su propósito. Sincroniza la velocidad de las caricias tanto en el rosado miembro como en el propio. Aprieta ambos pedazos de carne en su mano. Los frota entre sí, comparten fluidos, y se hace evidente su diferencia de tamaño. Anthony apenas le sobrepasa la mitad y es menos grueso.

—¿Y eso no te pone? —susurra, manteniendo el mismo tono de voz

silencioso.

Con cuidado saca al chico del escondite, y este se despega sin mucho afán teniendo que volver a afrontar las penetrantes orbes azules. Marc sonríe. El rostro de su llamado hermano está coloreado de un rojo adorable, se está mordiendo el labio inferior y su mirada denota que está atontado. Muy pobremente disimula el morbo que le provoca la situación.

Acerca sus bocas para pegarle los labios, en un casto beso que no es más que un leve roce extremadamente apacible. El sonido de sus labios al ser despegados forma un ruido hueco en mitad del total silencio

—Si no quieres hacerlo pararé. No quiero hacer nada que tú no quieras hacer —susurra. Sus frentes pegadas, su mano izquierda sigue acariciándole sutilmente el miembro, con la otra, le acaricia el pelo.

—Lo que hicimos anoche... Me gustó... Mucho... —Habla tan bajito que es difícil oírle—. Pero es que aquí, en este sitio...

—¿No te gustaría repetirlo ahora? —su voz se pronuncia dulce, comprensiva, y cariñosa. No hace si no palparle aún más la ingle.

Marc le está mirando directamente. No entiende cómo le resulta tan fácil mirarle cuando a él le cuesta horrores. No es justo.

—Hay ventanas por todas partes —debate preocupado. Y Marc sonríe, porque al menos ya la respuesta ha dejado de ser negativa.

El chico lo está considerando de verdad, pero reconocerlo en voz alta sería demasiado escandaloso para su moral tan puritana. Marc se relame la comisura de sus labios, emocionado por el desafío.

A él tanta reflexión le parece una pérdida de tiempo. Si Anthony quiere sexo que se lo pida y ya está. Entonces él desintegrará sus ropas, le separará las piernas con fuerza y le penetrará hasta el fondo. La primera estocada va a hacerla con extrema suavidad —va planificando—, pero solo esa.

—Mira por ellas, desde aquí no pueden vernos.

Se pone de rodillas no muy seguro, y echa un vistazo. Es cierto que las personas se ven diminutas, como pequeños círculos de colores. Parecen confeti esparcido por el suelo. Tampoco hay edificios altos por la zona, solo un par de atracciones como la caída libre o la montaña rusa, pero están muy lejos. Sería difícil que alguien montado les viese, suponiendo que se diese la

casualidad de que se fijasen concretamente en su cabina.

—¿Y cuando demos la vuelta?

—Cuando lleguemos arriba pararán la noria. Tenemos unos cinco minutos.

—¿Lo has estado calculando? —pregunta sorprendido.

—¿Algún «pero» más? —sonríe sin responder.

Anthony gruñe sin estar del todo convencido. Acto seguido, más tímida y escuetamente, asiente un par de veces. El azabache sonríe, y procede a desabrocharse la camisa.

—Confía en mí —dice Marc, con tono serio y voz madura. El castaño se relaja un poco—. ¿Quieres quitarte los pantalones?

Anthony niega rápidamente.

Aunque Marc haya hecho no se qué cálculos, no está convencido. Sobre los sofás no hay paredes si no cristaleras, y mientras exista la mínima posibilidad de ser visto por una de esas hormigas del suelo no se puede arriesgar...

Marc se ríe, y en un descarado falso tono de pena, susurra:

—Pero Anthony, si no te lo quitas no puedo follarte.

Como si el código secreto hubiese sido pronunciado los ojos del menor se expanden, sus labios se separan, y un vergonzoso jadeo se le escapa a modo de queja.

Tan rápido como puede se desprende de sus pantalones para volver a agacharse sin ver la altura a la que deben estar ya.

—Muy bien —sonríe Marc, divertido—. Veo que tienes ganas.

El azabache se saca del bolsillo un condón, y despreocupado lo abre para ponérselo. Lo coloca en la punta y lo estira hacia abajo recorriendo con su puño cerrado la larga extensión de la carne. Anthony no puede creer que Marc haya traído condones a la excursión. ¿Ha vuelto a predecir que iba a aceptar tener sexo?

Maldición.

—Solo hazlo —protesta en un murmullo.

Marc acomoda el cuerpo del pequeño sobre el suyo. Le hace levantarse un poco con las rodillas separadas para alinear su miembro con la entrada. Le

agarra de las caderas, y con extrema lentitud, le hace descender.

El glande plastificado le acaricia por fuera. Choca contra su piel en un par de leves toques, y un parpadeo después, está dentro. La carne toma forma a su alrededor.

—¿Te duele de anoche?

—No... Se siente muy bien... —Las caderas de Marc ejecutan una pequeña embestida comprobando si eso es cierto—. ¡Ah...!

—Está bien. Eso no ha sonado como un grito de dolor. Más bien como un adorable gemidito —se jacta.

—¿Tienes que decir cosas tan obscenas? —replica, inclinándose en un abrazo. Esconde el rostro bajo el cuello del mayor para no ver la escena.

—¿Vas a decirme que no te gusta oír las? —pregunta con socarronería, y mete también uno de sus dedos en la estrechez.

El cuerpo del menor se sacude en un pequeño espasmo.

—Te contraes cada vez que me escuchas —se regocija—. Tu carne se aferra a mí y me aprieta. A veces cuando lo haces aprietas tanto que creo que voy a correrme en ese mismo instante... —pareciendo reflexionar lo último para sí, se muerde el labio.

Se está conteniendo, no ha llegado ni a empezar la lista de cosas que se muere por hacerle. Porque Anthony, con esa voz tan titubeante, esas pupilas confusas, esa actitud de no quiero tener sexo pero, «está bien, fóllame duro»..., le hace perder por completo la razón.

Este tímido chico es capaz de encenderle con un botón invisible, ni él llega a comprenderse.

—Saca... Sácalo... —Sus manos torpes intentan alcanzar el dedo en su trasero, su cuerpo se calienta con el mismo sopor y confusión de la primera vez. La estancia simula ser una sauna.

—Perdona. —Saca su dígito despacio. Vuelve a aferrarse a sus caderas—. Supongo que aún te duele un poco.

—No es eso... Es que se siente raro... —aclara sonrojado. Lo de que le ha excitado, demasiado, prefiere no decirlo.

—¿Te da vergüenza? ¿Después de anoche? —cuestiona con voz socarrona. De mientras, su lengua pasea divertida por su clavícula. Luego sube hasta su cuello, y reparte pequeños toques escalando por su barbilla. Con una leve mordida le apresa la punta de la nariz antes de sonreír—. Tonto.

Quiere tener sexo con Marc. Quiere que le embista, que descargue con energía contra su cavidad, que le haga volver a sentir esa agradable sensación consumirle el cuerpo. Vale, sí, quiere. Y él también, ¿no?

¡Pues que deje de hacer tonterías y empiece!

—Muévete... —demanda con voz quebrada. Su tono es tan débil que la orden se queda en una súplica.

Marc le ha escuchado, pero prefiere esperar un poco más. Anthony tiene los ojos apretados y quiere verle mejor. Observa con curiosidad cómo pasa de sentir vergüenza y aturdimiento a la pura impaciencia, hasta que sus finas cejas se curvan en un adorable gesto de enfado.

Para sorpresa del azabache, es el menor quien empieza a moverse. Su cuerpo se tambalea en vertical con dejación, su espalda se curva en un intento por golpearse a sí mismo en ese punto que se encuentra por ahí adentro. Jadea insatisfecho cuando ve que Marc no le sigue el juego porque ve más interesante mordisquear y dejar marquitas por toda la piel de su pecho.

Anthony bufa. Sabe que se está haciendo el desinteresado ahora que él ha decidido ceder a la inmoralidad.

No lo soporta, es un completo idiota. Y necesita urgentemente que este idiota empiece a moverse.

—Marc, Marc... —pretende exigir, pero se desvía más hacia una queja suplicante. Con los dedos temblorosos aparta los dientes que le apresan la piel.

—¿Qué pasa? —pregunta con falsa inocencia, con las caderas de Anthony buscando con abandono la fricción—. ¿Quieres que me mueva yo?

—Sí —le apremia enfadado.

Marc no puede evitarlo, sonrío visiblemente.

—Pero esta postura es algo incómoda —reflexiona.

Las manos de Marc se imantan a sus muslos, y en el proceso sus rodillas

se flexionan. Ambos pesos se levantan con Anthony enredado sus hombros y las piernas se sujetan alrededor de su cuerpo.

Acaban en pie, justo en el centro del cubículo.

—¡Marc, los cristales...! —exclama avergonzado. Marc está loco, es definitivo. Y él está todavía más loco por seguirle el juego.

—Mira por ellos —susurra, atrapándole el lóbulo de la oreja. Succiona con suavidad y mordisquea con cuidado—. Las personas son diminutas, aquí no pueden vernos.

Sujeta al menor con las manos en sus nalgas y sus dedos se marcan en la carne. Busca el ángulo necesario, inclina el pequeño cuerpo para facilitar la fricción, y entonces...

—¡Ggah!

La barbilla del menor se deja caer hacia atrás en la primera estocada.

Tiene las piernas encaramadas en su espalda, pero se le resbalan. Intenta aferrarse alrededor de sus hombros, pero se le va la fuerza en cada empuje. Son los brazos de Marc los que le mantienen en el mismo punto. Él no está haciendo nada, no puede ni pensar.

Las embestidas de su hermanastro cogen velocidad muy rápido, las penetraciones parecen no tener fin.

Las caderas de Marc le impactan con fuerza y le hacen rebotar en cada despedida y reencuentro. Su vista se nubla, y un gemido brota sin falta en cada vez que Marc carga contra su abertura.

El corazón clama por abandonarle el pecho. Sus sentidos se agudizan, y también las sensaciones. Aterrorizado por el miedo a ser descubiertos, su cuerpo se vuelve más vulnerable a las caricias y la subida de adrenalina resulta ser excesivamente placentera.

No puede evitar gemir, en un audible chillido de placer que le vacía los pulmones y le desgarran la garganta.

¿Quién iba a decirle que saltarse las normas y hacer lo prohibido era tan excitante?

—Contrólate un poco —se burla Marc. Una intensa media sonrisa le decora el rostro. Sus mejillas también están algo coloreadas por la gimnasia de sujetar otro cuerpo. Entre embestida y embestida le cuesta hablar, y su voz se pronuncia entre jadeos roncós—. ¿No querrás acabar en comisaría?

Anthony se cubre la boca como puede, sus manos temblorosas apenas pueden sostenerse en el mismo punto. Sus dedos se hincan desesperadamente en la carne de sus mofletes y consigue que los gemidos se vuelvan ahogados; mueren en su garganta y no llegan a pronunciarse.

Está loco, ha perdido completamente el juicio.

Pero a qué precio.

Se relame los labios para que la saliva no se le escape de la boca. Es otra vez esta agradable sensación, este calor interno que le calienta la piel desde dentro. Tan dulce. Tan apetitoso. Tan sucio. Ladea la cabeza, tratando de borrar ese último adjetivo de su mente opacada, porque poca importancia tiene ya si lo que había hecho o está haciendo ahora mismo es sucio, vergonzoso o impuro; si se siente tan malditamente satisfecho.

El marcado torso de Marc contra el suyo más pequeño, esas manos grandes que se aferran con fuerza a su delgado cuerpo para sujetarle... Da una amplia bocanada de aire sintiéndose desfallecer. Frente al tiempo más bien frío de fuera, los cristales de la cabina se están empañando por el calor.

Se siente espeso, mareado; se siente increíblemente bien.

La calidez del aliento de Marc en su oído le roba un estremecimiento cuando susurra su nombre.

La voz ronca de Marc resuena en toda la estancia, sus gemidos mal disimulados brotan entre sus dientes apretados con nervio. Una gustosa sensación le recorre la espina dorsal al ver que Anthony lo está disfrutando tanto como él.

Los azules le devoran. Desde el rosado miembro que se zarandea a un lado en cada golpe a cada una de las marcadas costillas, hasta los pezones que apuntan hacia fuera. Se detienen en las adorables facciones de un sonrojado rostro que no se atreve a mirar lo que está pasando, como si tratase de aparentar que la situación no va con él.

—¿Te gusta así, Anthony? —pregunta, exhalando parte de su escaso aliento en cada palabra.

—Ah... Sí... —jadea con dificultad, y sus dedos se le hincan en la espalda, su abdomen trata de aproximarse aún más al suyo.

Marc sonríe. Anthony es tan inocente que aunque está aturdido y le cuesta respirar se molesta en contestar hasta las preguntas retóricas.

—¿Te gusta duro? —Su sarcástica media sonrisa impera en su rostro.

—Sí... —Los dedos se le resbalan por la robusta espalda. El azabache permanece en pie, con los músculos marcados por la tensión de sostenerle y las piernas firmes sobre el suelo. No aparenta demasiada dificultad en la praxis.

Sin darse cuenta, Anthony está descendiendo las palmas por sus antebrazos. Palpa y saborea cada volumen perfecto. Repasa con la punta del índice un par de venas que se marcan en sus antebrazos.

Marc está fuerte.

Y él no está bien. Está loco, está chalado. Ha perdido totalmente en juicio; pero ahora mismo no podría importarle menos, porque resulta extremadamente divertido.

Un fuego le quema desde dentro, le consume todo atisbo de humanidad. Marc le penetra tan profundo que le fractura la cordura, y ya, quebrada; la desecha. Porque así no sirve más que para alimentar a los peces.

Se aferra desesperadamente al calor, abre bien los párpados para grabar en su pupila la imagen del otro, e intenta descifrar el preciso color de esos ojos, grises y azules al mismo tiempo. Y esas hipnotizantes orbes le devuelven la mirada con las pestañas entrecerradas y los labios entreabiertos. Le observan directamente sin permitirse un pestañeo, y le borran el juicio, y se le incrustan en cada poro de la piel. Le cubren cada hueso, cada músculo, cada palabra y pensamiento.

Este idiota. Este idiota es...

—Más... —exige, demente, definitivamente fuera de sus cabales.

Sin dilación, Marc responde gustoso la petición.

Aprieta el liviano cuerpo, y ambos se funden en un caluroso y resbaladizo abrazo. El sudor se mezcla entre las pieles, se fusiona imposibilitando la tarea de discernir a su dueño.

—Anthony, esa expresión... —Los gemidos del menor solapan su voz, y cada uno es más audible que el anterior—. ¿La haces a propósito, verdad?

Anthony quiere quejarse, decirle que cierre la boca de una maldita vez y se centre en golpearle las entrañas con el miembro, pero está demasiado despistado. No recuerda cómo se evoca el lenguaje, cómo se coloca la lengua y cómo se regula el aire. Se pierde en la perfecta geometría de las facciones de Marc, se carboniza en el incendio que le consume el pecho. Solo consigue

articular un par de palabras:

—No... puedo...

Las paredes de la cabina le bailan, el techo se le dibuja demasiado cerca, y el suelo, demasiado lejos.

—Pues córrete —dictamina. Su voz retumba en la escena, ronca y grave. Su respiración es feroz e intermitente porque no deja de embestirle.

—Mancha... Manchar... —apenas vocaliza, se aferra a él.

Marc lo entiende, y ralentiza el movimiento hasta sacarle el miembro del cuerpo. Le sienta en uno de los sofás, y le cuesta separarse del cuello el círculo que conforman los brazos de un Anthony desorientado.

—¿Por qué...? —Sus labios le buscan, sus manos van tras él. No comprende qué ha hecho mal.

—Espera un segundo, impaciente —se divierte, y se arrodilla frente a él. Nadie diría que hace cinco minutos este mismo chico estaba reprochándole ser un enfermo por descubrirse el miembro, porque, jadeando con las rodillas pegadas y las manos sobre el pecho, los confusos ojos verdes están puestos en él esperando.

Anthony es igual que él.

Marc le separa las piernas y le agarra el miembro. Con movimientos firmes hacia arriba y abajo, el castaño arranca a gemir de nuevo. Apenas le ha llevado unos segundos cambiarle la postura, pero parece que para él ha sido una larga espera.

Su boca busca la del menor, y sus labios chocan abruptamente porque él también se abalanza sobre la suya.

Sus lenguas batallan en un indecente duelo en el que la saliva es la protagonista. Tienen que separarse para no morir de asfixia, y son los labios de Anthony los que regresan enseguida para atinar en los suyos, intentan tomarlo todo de él.

El azabache acelera la velocidad de su mano hasta lo imposible, y Anthony se separa porque ya no es capaz de respirar y sentir al mismo tiempo. El calor aumenta hasta límites inhumanos. La habitación da vueltas. Toda la sangre se le concentra en el mismo punto.

Con un entrecortado jadeo y un audible grito final, la esencia del menor se desparrama en la mano del azabache.

—Que rápido —apunta Marc con voz socarrona.

—Es... Tu culpa —se queja en un hilo—. Eres... Muy bruto.

—Pensaba pararlo con la boca para no manchar, pero... —Mira el estropicio. Solo un par de gotas han caído sobre el asiento, pero de su mano chorrea un abundante líquido espeso.

Mientras, con la cabeza apoyada en el cristal, los ojos entrecerrados y las mejillas ardiendo por el orgasmo, Anthony intenta recuperar el aliento.

—¿Q-qué miras...?

No tiene tiempo de reaccionar cuando Marc le pulsa los mofletes y le hace separar los labios, le mete la lengua en la boca.

Él golpea débilmente su pecho, porque está exhausto, porque necesita la boca para respirar. Él se separa, y entonces Anthony se fija en su mano, y sus mejillas se encienden más si cabe.

—Perdona... —se disculpa en un susurro.

—¿Por qué? Solo es tu semen. —Se ríe.

Tener la mano cubierta de este líquido espeso es solo un efecto secundario, totalmente rentable si el premio es escuchar esos jadeos lascivos que tan adorablemente trata de acallar Anthony.

—Por eso, es asqueroso... —recalca.

Marc esboza una larga sonrisa, y ganándose una mueca de desagrado por parte del menor, se lleva los dedos a la boca y los lame a conciencia. Los chupa, los envuelve, y se lo traga. Todo.

Sus dedos quedan cubiertos de una fina capa de saliva.

—¿A qué sabe? —pregunta, tan curioso como asqueado.

—A ti —sonríe visiblemente.

Anthony piensa que debe de estar loco.

Marc se levanta del suelo y se deja caer en el asiento contrario. Con los pantalones bajados sobre las rodillas, su erección mantiene la tela de su camisa doblada en un gigantesco pliegue.

—Anthony. —Su voz aterciopelada, sus azules puestos en él—. ¿Puedo terminar? —pregunta.

Algo vuelve a apretarse en su entrepierna cuando Marc retira el plástico

y su miembro queda libre. Está embadurnado en presemen, brilla una barbaridad y parece tan suave como pringoso.

Anthony se acerca. Despacio, a gatas, y sin saber qué diantres está haciendo. Se arrodilla frente a sus piernas, y cuando él las separa para dejarle hueco, su pantalón cae hasta el suelo dejando a la vista unas piernas llenas de pelos.

Marc le está mirando fijamente, y él agacha la cabeza, y siente su mirada fulminarle la nuca.

Traga saliva. Sus labios se separan con indecisión, y su lengua se asoma tímida. La estira hasta el hinchado miembro y cierra los ojos. No sabe qué se supone que tiene que hacer, así que se la mete en la boca sin ceremonia.

Primero solo es la punta. Acaricia el enrojecido glande despacio, con cariño, como si besara los labios de Marc. Pero enseguida usa también la lengua. Rodea la piel sensible y se adapta a su forma, le repasa el pequeño desnivel justo en medio, el disimulado orificio, el pliegue que separa la cabeza del tronco.

Se la saca de la boca, y con la lengua extendida desciende por el lateral, y la punta de su nariz le acompaña en todo el proceso. Una vez en la base, antes de tocar el oscuro vello, asciende. Termina en un pequeño semirizo en la punta.

No sabe si lo está haciendo bien, pero no deja un centímetro seco. Eso es lo que tiene que hacer, ¿no?

—Anthony —gruñe, y sus sutiles jadeos roncós se vuelven más prolongados.

Marc le rodea el rostro, le acerca la boca buscando profundidad; y sonrío con codicia.

—¿Tantas ganas tienes de que me corra? —suena inestable. Sus dedos acarician la cabeza del menor con dulzura—. ¿Tantas ganas tienes de probarme?

—Hmpf... —Quiere decirle que se calle y deje de decir cosas obscenas, pero tampoco quiere sacarse el miembro de la boca.

Marc bufa audiblemente. Es increíble. La pequeña cavidad que intenta abarcarlo de una vez sin éxito, los dientes que le rozan de vez en cuando, la lengua inexperta que le repasa las venas y le chorrea saliva hasta los

testículos... Es tan inocente.

En un silencioso gemido ronco, Marc acaba.

El fluido invade su lengua y sus papilas gustativas, el líquido se le desborda por ambas comisuras. Anthony intenta tragarlo todo para no dejar manchas. Cuando lo consigue tiene que toser.

—¿Sabe a mí? —pregunta, curioso y burlón.

—Sabe horrible. —Se limpia la boca con el brazo. Cuando Marc lo había hecho no parecía tan asqueroso, pero ahora que lo ha probado no piensa volver a hacerlo.

Marc suelta una carcajada. No espera a que Anthony deje de toser, baja hasta el suelo y se abalanza sobre él, lo envuelve en un abrazo. Le busca arduamente la boca, y le regala infinitos besos. Le golpea los labios manchados ignorando el espeso líquido.

Anthony se queda estático, desconcertado.

El Marc serio, callado y con cara de pocos amigos que es su hermano cuando está con otras personas, no se parece en absoluto al Marc que él está conociendo. Quizás solo es porque está pensando en sexo, pero su sonrisa es brillante ahora.

—Joder, Anthony. No sé cómo lo haces —se ríe, tratando de recuperar la cordura tras el orgasmo.

Él, también derrotado, algo arrepentido y muy confundido; solo tiene fuerzas para afianzar el abrazo.

Cierra los ojos dejándose envolver por el aroma de Marc, combinado con el aire de la cabina que apesta a sexo, y se sonroja al ser uno de los causantes. Aprieta el abrazo para esconderse.

Es horrible. Lo ha vuelto a hacer con su maldito hermano adoptivo. Esto está mal, fatal, es desagradable, repulsivo...

Es asombroso.



A un cuarto de terminar las tres vueltas ya se han puesto la ropa. Esperan pacientemente simulando ser personas normales y que hace un escaso minuto no estaban desnudos el uno sobre el otro, aunque los cristales empañados son

testigos de su desliz.

—¿Ves como no pasaba nada? —presume el mayor. Se acerca para besar su mejilla.

Aún quedan unos metros para que la atracción se detenga, pero Anthony le esquiva con nerviosismo. Sus ojos verdes lo dicen todo sin palabras, y Marc sonríe y se aparta a su asiento. Esperan a que se pare la noria.

—Ha sido muy peligroso. Podría habernos visto cualquiera —se dignifica Anthony torciendo el rostro, y Marc se burla.

—Apenas te has acordado de la altura.

—Avísame cuando vayas a hacer estas cosas. O mejor, no las hagas nunca más —refunfuña.

—Pero así es más divertido.

El cubículo queda a ras del suelo y se bajan. No han caminado muchos metros cuando otro de los cubículos se detiene y un adolescente sale disparado y los adelanta.

—¿Ese era Kyle? —duda Anthony, pero cuando Ryota sale del mismo puede estar seguro—. ¿Qué le pasa a Kyle? ¿Se encuentra mal?

Ryota se ajusta las gafas.

—No... No se encuentra bien.

Anthony hace ademán de ir tras él, pero Kyle ha sido tan rápido que ya no puede verle.

—¿A dónde ha ido?

—Ha ido a casa —miente. No lo sabe. Ni tampoco sabe cómo mirar a la cara a Anthony, ni a su hermano detrás de él. El azabache tiene las manos en los bolsillos y está mirando para otro lado.

—Ah, vale... —asiente, pero se queda preocupado.

Anthony saca el móvil para mandarle un mensaje a Kyle y Ryota desvía la vista al suelo. Marc ve la expresión forzada del chico, pero tampoco dice nada más.

Estoy, que es lo importante

—...y es así que Loki, transformado en yegüa, conduce a Svaöilfari al bosque. Los Aesir rompen su compromiso con el gigante, y Loki concibe un potro gris de ocho patas que regala a Odín en...

La puerta del aula se desliza con suavidad, solo para que el chirrido de los oxidados rieles se prolongue.

—Bue... —Las palabras se quedan en su garganta. Kyle tose un par de veces y rectifica doblándose en señal de disculpa—. ¡Buenos días, siento la intromisión!

La profesora apenas hace una expresión, solo evoca un leve suspiro.

—Hablaemos después de clase.

Kyle cierra y se va a su mesa lo más rápido que puede sin echar a correr. Cuelga la mochila en la anilla del pupitre y se da cuenta de que toda la clase le está mirando, hasta que la profesora se aclara la voz y regresan la vista al frente.

No se oye un murmullo durante la clase de Historia, pero las miradas furtivas de los alumnos hablan por sí solas, porque después de día y medio de desaparición, Kyle ha aparecido como si nada, y no en la mejor de las condiciones.

Su pelo está desaliñado y sus ojos enrojecidos se mantienen medio cerrados, su piel morena parece hoy más pálida y tiene la camisa manchada de tierra y hojas de plantas.

El chico mira el reloj, y decide que para el poco tiempo de clase que queda no merece la pena molestarse en buscar el libro, así que mete la mano en el pupitre y coge uno que abre al azar. Luego apoya los mofletes en los puños y aparenta mirar las páginas, pero sus ojos están cerrados.

Anthony le observa de reojo, lleva haciéndolo desde que ha entrado. Se da la vuelta y le aparta una pequeña rama del pelo, aunque Kyle no muestra reacción.

Cuando suena el timbre sus amigos le palmean en un pequeño gesto de ánimo antes de salir, porque le espera un receso bastante desagradable con la directora. Anthony es el último en separarse de su asiento.

—Kyle, ¿estás bien? —le susurra, mirando de reojo a la profesora, que recoge su material en un soberbio maletín. Desde luego Kyle no ha escogido la mejor clase para entrar fuera de horario. La profesora de Historia, que también es la directora de la escuela; no es muy amigable en temas de puntualidad y repentinas desapariciones.

Kyle no contesta y Anthony curva las cejas preocupado, pero cuando la profesora le hace un gesto él también sale de clase.

—Estamos fuera, ¿vale?

Por el pequeño cristal de la puerta ve cómo la mujer se acerca a su mesa, y es entonces cuando por primera vez desde que ha entrado Kyle levanta la cabeza.

Una pequeña punzada golpea en el corazón de Anthony y una imagen se clava en su retina: una mirada cansada, unos ojos hinchados con los párpados amarillos. Kyle está haciendo algo mal, se ha equivocado. Su sonrisa está al revés.

—¿Kyle...? —se le escapa. La profesora se gira hacia la puerta y apenas le sobra una milésima para apartarse a tiempo.

Sus amigos están alejándose poco a poco pero aún puede verlos

—¡Ryota! —grita sin proponérselo—. ¡Ryota, espera!

El mencionado se detiene y Anthony corre hasta su posición.

—Tú estabas con él ayer, ¿qué le ha pasado a Kyle? —Ryota espera a que acabe su ataque de nerviosismo—. Ayer no paré de mandarle mensajes, y como no me contestaba pensé que simplemente querría estar un rato solo... ¡Pero por la noche seguía sin contestar!

—Anthony —habla su amigo. Oliver y Noemí también se acercan—. No tienes que preocuparte. Es Kyle, estará dando saltos de un lado a otro en cualquier momento.

—Puede que sea algún asunto familiar —sopesa Noemí.

—Pero... Pero yo nunca le he visto esa expresión —dice, y continua en un susurro—. Si no sé lo que le ha puesto así, ¿de verdad soy... Su mejor amigo...?

—Anthony, es Kyle —repite Ryota.

—Seguro que después nos lo cuenta —dice Oliver—. No te preocupes.

Anthony asiente un poco, pero eso no le alivia.

—¿Tú sabes algo, Ryota? Cualquier cosa que... No sé...

—No lo sé —niega, y desvía la vista. Se recoloca las gafas con gesto sobrio y levanta una palma—. Quizás haya ocurrido algo en su familia.

Anthony mira hacia la izquierda haciendo ver que está pensando. Mira entonces a la derecha, y sus cejas se inclinan en un gesto que aparenta enfado. Finalmente ojos y cejas se elevan con decisión.

—Tienes razón. Si quiero demostrarle que puede contármelo solo tengo que no necesitar saberlo para apoyarlo.

—Yo no he dicho eso.

—¡Es Kyle! Claro que se pondrá bien —chista hablando solo.

Ryota suspira. Todos caminan rumbo a la azotea.

—¿Deberíamos preguntarle? —cuestiona Noemí.

—No es buena idea —dice Ryota—. Creo que es mejor que esperemos a que sea él quien nos lo cuente si quiere hacerlo.

Oliver suelta un pequeño gruñido de reflexión.

—No parece que tenga muchas ganas de hablar

La puerta de la clase se abre, y a Anthony le sobra tiempo para girarse antes de que una figura surja de ella.

—Summer, venga un momento.

Antes de echar a andar le dirige una fugaz mirada a sus amigos, que lo despiden como si una partida de guerra se tratase.

—Siéntese —le pide una vez dentro, señalando el pupitre delante de Kyle—. Lo volveré a preguntar. Segers, ¿podría decirme por qué

desapareció de la excursión?

Él no contesta, tiene la vista puesta en el pupitre y la directora le mira fijamente desde arriba con los brazos cruzados. Hay un silencio sepulcral. Anthony no sabe dónde colocar la vista. Pocas situaciones recuerda haber vivido más incómodas que esta.

—Segers.

Kyle está pensando, pero sabe que poco puede librarle de una expulsión, y está muy cansado como para soportar esa clase de estupideces. ¿Una expulsión? En su cabeza eso no es una prioridad o un problema. ¿No le haría una expulsión las cosas más fáciles? Le libraría unos días de tener que enfrentar el rostro de Anthony y sus batallitas sobre cualquier situación o cosa que le haya pasado con su maldito hermano en el desayuno, en la tarde anterior, o en cualquier endemoniado segundo que pase junto a ese ser despreciable.

¿Ser expulsado? Sí, por favor.

—Lo siento —dice solamente, y la directora alucina. ¡Qué poca disciplina tiene este alumno!

Anthony interviene antes de que la cosa se ponga peor.

—Estábamos los tres... Los cuatro. Kyle, yo, Ryota y Marc; y a Kyle le empezó a doler la barriga..., ¡pero mucho! —Sus manos van a parar a su estómago en un intento de ser más creíble—. Y... Fue idea mía que llamase directamente a sus padres, porque se encontraba muy mal y porque a los profesores los podíamos avisar nosotros. —Zarandea las manos acompañando la explicación, y se da cuenta de que Kyle le está mirando.

Sus ojos lucen tan inexpresivos. Su boca dibuja una perfecta línea recta. El borde de sus cuencas está tan morado que dan ganas de deslizar el pulgar para comprobar que no es maquillaje barato.

—El que vino fue su padre. Yo le llevé hasta donde estaba Kyle. Igual exageramos un poco, porque yo fui corriendo y entonces el señor Segers también empezó a correr. Quizás por eso no le vio mucha gente. —Está pensando que es una mentira estúpida y nadie se la va a creer, pero lo intenta—. Esta mañana le pregunté si venía a clase y me dijo que no porque seguía muy mal. —Su mirada se encuentra con la de la directora y tiene que hacer

un gran esfuerzo para disimular que ni él mismo se cree lo que está diciendo —. Supongo que al final ha venido por el examen de última hora, pero no sé. Tal y como se puso ayer yo no habría venido.

Luego, se hace un breve e incómodo silencio. La mujer procesa si puede tomar la información como verdadera.

Kyle aprieta los dientes porque sus orbes amenazan con cubrirse otra vez de ese molesto líquido cristalino, pero lo aleja con un rápido parpadeo.

Así que aquí está Anthony, haciendo lo que se supone que debe hacer un buen amigo. Mentir a la directora para protegerle aún sin saber en qué demonios estaba pensando para desaparecer ayer de esa forma.

¿Que si empezó a sentirse mal? Bueno, no es una mentira tan alejada de la realidad. El problema es cuál fue la causa, porque Anthony la desconoce aunque sea el mismísimo causante.

—Bueno. Deme un número de contacto. El actual no funciona o no está a mano, no he tenido forma de hablar con sus padres.

—Lo quitamos porque no lo usamos. —Kyle despierta un poco del empanamiento. Por primera vez se alegra de que su familia tenga poco dinero y decidieran suprimir gastos. Anthony le está haciendo gestos, pero no los entiende y tiene que pensar algo, porque si van a su casa y sus padres se enteran de que ha pasado la noche fuera está jodidísimo—. Puedo darle el móvil —añade.

—Bien. —Ella no demora en sacar su tablet—. Apunte aquí los dos, padre y madre.

Anthony no tiene ni idea de qué escribe, pero cuando termina Kyle le dirige una pequeña sonrisa super falsa a la directora.

—Espero que la versión de sus padres coincida —Está muy seria, pero dice lo siguiente con las facciones un poco más relajadas—. Sé que los dos sois buenos chicos, pero tenéis que saber que las cosas tienen un procedimiento, unas normas. Esta es una institución seria.

Ambos asienten y se quedan quietos hasta que la mujer llega a la puerta.

—¡Profesora! —le llama Kyle—. Mi padre suele usar el móvil para asuntos de trabajo. Si pudiera ser, es preferible que llame al de mi madre.

—Cerrad bien la puerta al salir.

—¡Sí! —se apresura a responder Anthony, y cuando la puerta se cierra deja escapar un suspiro tan largo que parece que se está deshinchando—. ¡Dios! ¡Eso ha sido súper incómodo! ¿Qué números has dado?

Kyle se relaja también, se recuesta en la silla.

—Bueno... —musita—. El de Ryota, creo. La verdad no estoy seguro de si lo he escrito bien.

—Ah, es buena idea. Ryota siempre habla muy serio, parece un adulto. ¿Pero cómo va Ryota a fingir voz de mujer? —pregunta inocentemente.

—Ya... En el de mi madre he puesto el tuyo.

Como una invocación, el móvil de Anthony comienza a vibrar en su bolsillo. Sus ojos se abren como platos.

—No tienes por qué hacerlo, es solo... —Intenta disculparse torpemente—, que el tuyo es el único número que me sé de memoria. Sé que debería darte explicaciones antes de pedirte que te juegues una expulsión por mí, pero no sé si... puedo...

Los mechones de su flequillo levantan una barrera en sus ojos.

No hace falta una palabra más, Anthony descuelga el teléfono.

—¿Sí? ¿Dígame? —Kyle contempla la escena en silencio. A Anthony siempre se la ha dado bien poner voz de mujer, pero ahora está tan serio que resultaba incluso más gracioso—. Sí, soy yo. ¿Oh? Sí, es cierto. ¿Cómo? ¿Que mi hijo no avisó a ningún profesor? ¡Cielos, yo creí que lo había hecho! ¡Habrán estado preocupados...! ¿Han tratado de llamar al número de casa, cierto? ¡Lo borramos hace unos meses!

Kyle esboza una escueta sonrisa. Anthony ha visto miles de veces a su madre, lo está clavando bastante bien.

—Sí, sí... ¡Sí! Bueno, pues lo siento mucho, y muchas gracias por llamar. Gracias, sí, adiós. —cuelga el teléfono, y le lanza una mirada asesina a Kyle, que se descubre la boca y suelta una pequeña carcajada—. ¿De qué te estas riendo? ¡Te acabo de salvar la vida, idiota! —le recrimina con una sonrisa.

Dándole un pequeño empujón él también se ríe, y por un breve instante

se olvidan de la situación como si esta hubiese sido cualquier otra de sus tontas bromas.

—Te sale realmente bien, Anthz —sacude la barbilla con suavidad. La pequeña risa de Anthony se va desvaneciendo en el silencio hasta que ambos se quedan callados, mirando la mesa en medio.

—Kyle... —le llama, arrastrando cada letra y evocando un suspiro. Cuando sus ojos se encuentran la situación se torna incómodo. Ambos pares de ojos se miran con reparo, con las facciones insólitamente serias. Un tono amargo acompaña las palabras del menor—. Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿no?

Kyle aguarda, pero como si la pregunta se hubiese formulado retórica, su cerebro no se molesta en buscar una excusa. Mantiene la vista en los ojos de Anthony, que le observa impaciente. Luego su barbilla se inclina nuevamente hacia la mesa vacía.

—¿Tú sabes que también puedes hacerlo, verdad?

Anthony pega la espalda a su silla.

—Pues claro —afirma, y sonríe; y para Kyle es el más certero y doloroso de los puñetazos que jamás haya recibido. Directo a su pecho, llegando hasta lo más profundo de su recientemente apaleado corazón.

Trata de disimular cuando la curvatura de sus labios amenaza con derrumbarse hacia abajo tragando saliva, pero ese golpe se ha llevado el último de los atisbos de su aliento.

Así que así están las cosas.

Anthony miente, y así pues, él también mentirá.

—Es una chica. —Su boca está seca. Odia mentir. Tiene que tragar saliva otra vez—. A la chica que me gusta le gusta otro.

—Oh... —La expresión de Anthony se vuelve preocupada. Demasiado, en realidad, en un gesto que Kyle no sabe cómo interpretar. ¿Anthony es tan buen amigo que puede compartir su dolor?—. Bueno, el amor es... Un rollo. ¡P-pero tú eres genial! Y yo... Estaba muy preocupado, sabes...

—Lo siento, Anthz —dice, y enseguida se pregunta en qué momento le ha dado a sus labios la orden de disculparse.

—No tienes que decirme quién es, pero... Jolines, no quiero que te ofendas, pero... —Kyle sacude la cabeza, porque en las palabras de su amigo cree apreciar un tono de tristeza o melancolía—. Pensaba que era algo más grave... Ayer no contestabas mis mensajes y tú siempre contestas al momento. Luego pensé que te podían haber robado el móvil y me tranquilicé porque significaba que no estabas enfadado conmigo, pero entonces me di cuenta de que estaba siendo un egoísta porque podrían haberte pegado o haberte pasado algo malo de verdad, y tampoco había nada que se me ocurriese que podía hacer...

—Anthz... Yo... Yo te... —Se incorpora para buscar los verdes de Anthony cuando van a esconderse tras su flequillo.

Cuando la lágrima de Anthony se desliza por el costado derecho de su nariz hasta la mesa, apenas puede escucharse el golpe del minúsculo impacto, pero resuena como un grito en las sienes de Kyle. Un dedo apuntándole, culpándole. Anthony está llorando. No por su hermano, no por la excursión ni el viaje en la noria; Anthony está llorando por él. Por su culpa.

Estira los dedos buscando apartarle esos despeinados mechones, pero se detiene a escasos milímetros. Tal como se han aproximado, se van, recogiendo en un tembloroso puño que se posa en su pierna.

¿De que forma han girado las tornas que ahora debe ser él quien consuele a Anthony?

Sonríe. No como parte de un engaño o de otra pequeña mentira, no para Anthony, que ahora no le está mirando. Sonríe con los puños apretados bajo la mesa cuando se da cuenta de lo fácil que sería decir la verdad, confesar lo que ha visto para seguidamente confesar lo que ha sentido durante todos estos años. Porque si no lo hace ahora cada vez que ese maldito nombre salga a relucir Anthony estará mintiendo al llamarlo hermano, y también mentirá al sonreír y llamarle amigo cuando no es capaz de contarle lo que ha estado haciendo estas últimas semanas. Escalando mentira con mentira para ocultar la primera hasta que la palabra «amistad» haya perdido por completo su significado.

Al final todo se reduce en dejar de mentir.

Cierra los ojos, cuando recuerda que él no puede dignarse a tirar la primera piedra porque también arrastra una mentira. ¿Qué momento quedará

ahora para confesar que, en todas esas tardes que quedan para jugar juntos, es únicamente la casualidad quien se encarga de evitar que su boca no se abalance a la contraria? ¿Qué permiso tiene para irrumpir en la vida privada de Anthony si no se ha atrevido a entrar en todo este tiempo cuando existía la posibilidad? Y si ahora que su relación se ha manifestado ha visto que Anthony siempre ha estado libre de prejuicios a la hora de escoger sus relaciones, ¿debe suponer que la situación entre ellos dos no ha surgido porque, simplemente, él nunca ha querido?

Entonces todas las posibles situaciones que ha imaginado como respuesta a su confesión no es que se hayan visto cruelmente tachadas, es que nunca existieron.

Sus marrones se vuelven tristes y vacíos; abandonan la idea de cubrirse en un instante. Sus labios se mueven como un autómatas.

—Te pido perdón, Anthz, no quería preocuparte. Creo que mi reacción fue exagerada —miente—. Esto no tiene nada que ver contigo —miente—. Sabes que para mí tú eres mi mejor amigo —miente. Y aun así, una sonrisa se dibuja en los labios de Anthony.

—Tú también eres mi mejor amigo, Kyle.

Kyle se limita a imitarla.

Y es así, que Kyle comprende que todos estamos llenos de mentiras.



Tras las restantes horas de clase todo ha vuelto a la normalidad. Anthony se ha tragado por completo la mentira y no deja de mirar a cada chica que pasa preguntándose cómo debe ser la que ha hecho a su amigo caer tan bajo y tan rápido. Mira de reojo a Kyle, para ver si su mirada se desvía hacia alguna dirección o persona específica, pero no ve nada fuera de lo común en su expresión.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Marc puede recoger a Annie —pregunta, y Kyle niega.

—Quiero hacer un par de cosas antes.

—¿A dónde vas? ¿Quieres que te acompañe?

—Quiero pasarme antes por el gimnasio y cambiarme de ropa.

Anthony deja de andar, sujeta las asas de la mochila con las dos manos y sus cejas están curvadas.

—¿Tú... Tú volviste anoche a casa, verdad...?

—Claro. ¿Lo dices por esto? —Se señala el uniforme lleno de manchas —. Son de esta mañana, corría porque llegaba tarde y me caí —dice. Porque que llevaba la bicicleta prestada de un desconocido que casi le hace perder la vida y que se tropezó con un arbusto en el que de paso se quedó a dormir, es largo y tedioso de contar.

—Bueno... Puedo esperarte —insiste, y se gira—. Pero tengo que avisar antes a Annie y a Marc. —Los busca en la distancia, a ver si ya han salido.

Kyle aprieta el ceño. Hasta escuchar su nombre le es repulsivo.

—También tengo que devolver una cosa —añade.

—¿Uh? ¿Qué cos...? —Cuando se vuelve a girar Kyle ya está muy lejos. Ha echado a correr hacia el gimnasio y se despide zarandeando la mano con una sonrisa.

—¡No te preocupes, Anthz!

Sigue corriendo unos metros hasta que dobla la esquina del edificio. Se quita la mochila con rapidez y desprecio antes de estamparla contra el suelo, y una pequeña nube de polvo se levanta alrededor. Apoya la espalda en la pared y se tapa el rostro con las manos.

¿Cómo ha pasado esto?

—Mierda... —susurra, y empuja las palmas de sus manos torpemente contra sus ojos para parar las lágrimas—. Joder...

Se sorbe la nariz ruidosamente, e inclina sus facciones al cielo. El Sol está brillando mucho hoy. La pared del edificio acaba en un saliente y la estrella queda justo tapada por los remates. La luz se esparce en todas direcciones, se refleja en los cristales. El cielo, sin una sola nube, contiene infinitas tonalidades de azul claro, como un disimulado arcoíris monocolor.

Hoy hace un día precioso.

Los alumnos salen de las clases charlando y riendo. Los que pasan cerca

suya se le quedan mirando, pero nadie mucho rato. Algunos le señalan con disimulo, cuchichean sacando teorías sobre la desaparición y su aspecto.

Nadie debe saber qué pasó, ni qué le pasa. Para sus padres anoche durmió en casa de su amigo, para sus amigos anoche estuvo enfermo en la cama, y para Anthony...

Un nudo le oprime la garganta.

De las taquillas coge su mochila de repuesto. Solo tiene un cuaderno y un boli dentro. La compró en secundaria para usarla los días que se olvidaba la otra en casa. La ha usado muchas veces. También coge su ropa de deporte, reemplaza su uniforme manchado por una camiseta y unos pantalones de chándal. Guarda todo arrugado en la maleta.

En el aparcamiento de bicicletas recoge la que le ha sido prestada, y sacando el pañuelo le da vueltas buscando algún tipo de frase o inscripción, pero lo único que adorna el sobrio pedazo de tela es un diminuto dibujo que debe ser el logo del instituto.

Su cabeza se inclina, sus cejas se aprietan, y luego se cruza de brazos mirando al cielo. No sabe si es más fácil averiguar la escuela o volver a perderse entre aquellos callejones, con esas casas tan enormes y tan iguales.

Suspira. Solo quiere zanjar esto cuanto antes.

—¿Y cómo te devuelvo tus cosas? —murmura.

Saca su móvil que, apagado desde la estación, se satura en una avalancha de notificaciones. Coloca el dedo para desplazarlas hacia el lado y borrarlas, pero su dedo decide por su cuenta dirigirse hacia abajo y se despliegan. Su madre dándole las buenas noches cuando le dijo que se quedaría en casa de Anthony. Ryota preguntando a dónde ha ido. El chat de grupo con un montón de mensajes que no va a revisar, y...

anthy <3 61 mensajes sin leer

Limpia las notificaciones sin revisarlas. Le hace una foto al pañuelo y en un par de segundos en Gugel ya sabe el nombre del instituto y su exacta localización. Investigando un poco más sabe que es un colegio muy pijo, construido sobre un reformado castillo del siglo XVII que se ve tan elegante como estricto. Está a diez minutos en bici según esto.

Así que se pone en marcha.



Tras unas imponentes rejas acabadas en puntas como lanzas, un edificio se yergue en la lejanía tras un extenso campo de césped. Sobre el tejado brilla en plata un águila con las alas extendidas y un manuscrito en el pico.

Apoya la bicicleta en uno de los muros que bordea el recinto y se acerca a la verja cerrada. No hay una sola persona a la vista.

—Buenas tardes, joven.

Si ese hubiese sido un tono menos apacible, a Kyle se le habría salido el corazón por la boca. Una pequeña caseta se incrusta en el muro y un señor mayor, con el pelo teñido en blanco y una cálida sonrisa, está sentado dentro barajando unos papeles.

—¡Buenos días, señor! —El anciano asiente en señal de saludo—. Erm... ¿Podría decirme a que hora terminaron las clases? Tengo que entregarle una cosa a alguien.

—Las clases terminan —le corrige, a la par que revisa el reloj en su muñeca—, en quince minutos. Si tiene prisa puede dejármelo y yo se lo entregaré personalmente a quien deba.

Kyle sonríe y va a hablar, pero se muerde el labio. Acaba de caer en la cuenta de que no tiene ni idea de a quién tiene que dárselo.

¿Cómo se llama ese chico? Estaba muy cansado y no se fijó en su aspecto, pero quizás podría describírselo con lo poco que recuerda: es muy bajito y su voz aguda debería espantar a las palomas.

—No, gracias. No tengo prisa. —Se aleja con una sonrisa.

En un pequeño muro justo en frente de las rejas, Kyle se sienta. Se tumba y se retuerce por turnos sobre las incómodas piedras. Se levanta y camina de un lado a otro. Revisa la bici y le da vueltas al pañuelo cuidando de no encontrar rayajos o manchas.

Para ser tan pocos minutos se estiran hasta la infinidad.

Cuando se acerca la hora el señor abre las puertas, pero no es hasta dentro de otros cinco minutos más cuando empiezan a vislumbrarse alumnos a lo lejos. Las primeras en salir son un grupo de chicas con el pelo perfectamente liso. De las cuatro, por lo menos tres parecen extranjeras. Estos

uniformes son más elegantes que los de su colegio, tienen chaqueta y maletines. Parecen ropas muy sobrias y muy caras.

Cualquiera que cruza la verja se fija en el chico del chándal cutre, el pelo desaliñado y los ojos cubiertos de ojeras. Lo raro es que no se le acerquen para preguntarle si vende blanco o verde.

Kyle clava la vista en la tierra. Se siente un secuestrador buscando una presa. Distrae su mirada en el pañuelo para no tener que soportar esos ojos que le juzgan con soberbia.

Hoy es el puto día de juzgar a Kyle.

—¡Eh! ¡Eh, tú! —se escucha una voz en la lejanía, y en un par de segundos la voz se repite a unos centímetros de su rostro. Kyle, absorto en darle vueltas al trozo de tela, se asusta—. ¡Eres tú, el de ayer, el de las vías!

Reconoce su voz enseguida, pero su estatura le hace dudar de si de verdad se encuentra delante del mismo chico al que salvó la otra noche. Lo recordaba ligeramente más alto, pero apenas le llega al pecho.

—Ah... Hola —mira nervioso a los lados. Espera que nadie se plantee preguntas, porque con este chándal tan viejo y tan barato se siente como un viejo verde intentando raptar a un niño con caramelos y bicicletas—. No me acuerdo de cómo se llega a tu casa, así que... En fin, gracias por prestarme la bici y el pañuelo.

Está incómodo. Mucho. Un par de enormes ojos verdes le atraviesa desde abajo y están clavados en su pupila. Trata de doblar deprisa el pañuelo formando un pequeño triángulo y lo extiende en su dirección.

Con una enorme sonrisa que no enseña los dientes pero se extiende de mejilla a mejilla, el chico recoge el pañuelo sin dejar de mirarle. Roza sin preocupación los dedos del mayor.

—Kyle, ¿verdad?

Su pelo es de un rubio vistoso, corto, y el flequillo le cae a la altura de las cejas formando una «M». Dos pequeñas orejas surgen a los laterales entre los mechones y sus orbes esmeralda son de un verde impresionante. Se parecen un poco a las de...

Sacude la cabeza.

—Sí. Eh... Lo siento, no recuerdo tu nombre.

—¿Eeeeh? —Por fin se aparta, para dar un paso atrás exagerando indignación—. ¿No recuerdas mi nombre?

Kyle se lleva una mano a la nuca. Ya le ha devuelto las cosas, ¿no? ¿Qué importa ya?

—Lo siento... Pero tampoco recuerdo que lo hayas mencionad...

—Te perdono —le interrumpe—, pero con una condición, ¿vale?

—¿Que me perdonas? —Kyle se plantea si ha sido una buena idea venir. Aunque tampoco era una opción... ¿O sí? ¿Cuántos puntos de karma resta quedarse una bicicleta prestada? Se ahorraría muchísimo tiempo en ir desde casa al instituto y viceversa.

—¿¡Vale!?

—Sí, sí, vale —asiente con energía.

—Me invitas a almorzar.

—Ah... Bueno, me ayudaste ayer, así que no me importaría invitarte, pero no llevo dinero encima. Anoche no pasé por casa.

—¿No pasaste por casa? —Su ceño se frunce y sus ojos se desvían a un lado, pensativo. Luego hace una mueca, como si hubiese invertido ya mucho tiempo en pensar cosas aburridas—. ¡Pensaba que habías venido a invitarme a algo por las molestias!

Los ojos del pequeño vuelven clavarse en los suyos, y su voz es tan aguda y elevada que solo puede rezar por que nadie crea que está intentando raptarle.

—Lo siento... Solo quería devolverte tus cosas, pero no recuerdo cómo llegar a tu casa. Tu barrio ocupa muchas calles y me parecen todas iguales.

—¿Y la bici? —pregunta con desgana, elevando una de sus rubias y finas cejas. Kyle se aparta, entendiendo que no la ha visto porque está él en medio. El chico levanta la otra ceja—. Se suponía que la llevabas a mi casa, yo no sé montar en bici. —Leyendo el interrogante en los ojos del mayor, aclara—: Me la regaló mi padre.

—Ah, bueno, entonces... —Rebusca en los bolsillos de su pantalón. Al sacar la mano su móvil se cae al suelo sobre la tierra. Se apresura en

agacharse para recogerlo.

Menudo asco de día.

Tenía pensado darle sus cosas a este mocoso y volver a casa para la hora de comer. Meterse en su cuarto y tumbarse sin querer saber nada más del mundo por hoy, pero este día se está volviendo más largo y tedioso de lo que esperaba. Limpia la tierra de la pantalla contra su pantalón y le extiende el móvil.

—Si me dices tu dirección puedo acercarme mañana.

El chico se queda mirando el dispositivo. Kyle cree apreciar molestia en sus facciones.

—Mañana es sábado.

—¿Te viene mal? Puede ser el domingo, u otro día. O cuando quieras realmente —y dice lo último en voz baja—. No es que tenga nada mejor que hacer...

—¡Genial! —Coge el móvil con descuido y sus dedos se mueven veloces pulsando las teclas. Cuando ha terminado, Kyle hace ademán de cogerlo, pero él se inclina y se lo mete directamente en el bolsillo. Luego esgrime una enorme sonrisa y sale corriendo—. ¡El domingo en mi casa a las siete! ¡Y trae dinero, tú invitas!

—¿Que yo invito...? —repite, y luego grita para que pueda oírle—. ¿A qué invito?

No le contesta. Evoca un pequeño suspiro y mira el texto en su móvil. Entre dos grandes corazones el chico ha resaltado cuatro letras.

♥ Noah ♥

Calle Arévalo n.º 17

¡Es una cita!

—¿Cómo una cita?

- 18 -

Una historia congelada

anthy

ayer

Holissss cómo estás?

Viste el vídeo que te pasé antes?

Es mi nuevo vídeo favorito de Internet xD 17:47pm

perdona se me olvidó

17:52pm sí, estoy bien ya se me ha pasado eso

Bueno...

Vienes al LoL? Vamos a jugar todos ahora 17:53pm

17:53pm no me apetece, lo siento

Bueno si quieres podemos quedar mañana

Te traes el pc y hacemos unas rankeds :P

Tengo patatas y chocolate, podemos estar toda la noche

Y te quedas a dormir 17:53pm

17:57pm mñn no puedo

Y eso? Vas a salir?

Kyle? 17:59pm

Kyleeeeeeee :(18:17pm

De verdad que estás bien? 18:59pm

sii

19:17pm no t preocupe

Bueno... 19:18pm

hoy

Buenos días!!!!111uno 10:14am

Estamos todos jugando al LoL, vienes?

Jajaja Oliver ha muerto 34 veces ya, es su record

Veeeeen que te lo estás perdiendooo 15:35pm

Kyle estás? 18:32pm

Kyle revisa una última vez el móvil. Se ha pasado cinco minutos de las siete. Mira el mensaje de Noah como si no hubiese memorizado ya el número y lo repite en su cabeza, pero por mucho que tenga la dirección las calles no han dejado de ser todas iguales.

—¡Kyle! —Reconoce la voz enseguida, y frena la bicicleta porque ha venido justo del lado contrario. Una voz aguda se eleva en un chillido lejano —. ¡Kyyyle!

Al otro lado de la calle ve una mano que se zarandea con energía en el aire.

—Creo que llego tarde, lo siento. —Se baja y completa los últimos metros a pie. A las afueras de una casa un chico rubio le espera, con los brazos cruzados y las cejas inclinadas tiernamente simulando un enfado. Lleva un chaleco acolchado, un gorro de lana con pompón y su cuello está atrapado en una enorme bufanda. Hace frío, pero a juicio de Kyle está exagerando un poco.

—Te he visto pasar por esa calle dos veces pero no me has oído —protesta. Kyle se lleva una mano a la nuca y hace una pequeña sonrisa a modo de disculpa—. La película que vamos a ver empieza a las ocho.

—¿Vamos al cine? —Empujando la bici la aparca en uno de los muros donde Noah le señala—. Las entradas valen una millonada.

—Y quiero palomitas —avisa, y echa a andar. Kyle se apresura a seguirle. Cuando lo alcanza se guarda las manos en los bolsillos.

—¿Ya la has decidido? —Noah asiente con seguridad—. Si me voy a gastar treinta pavazos me gustaría participar en elegir...

—Haber llegado antes —dice.

Como si eso hubiese afectado a la decisión.

—Qué caro me va a salir el alquiler de la bici —bromea Kyle con una sonrisa—. No me extraña que seáis ricos.

Los ojos verdes le estudian minuciosamente.

Kyle lleva unos vaqueros deshilachados por los bajos, unas Sinverse que son de marca pero que están muy desgastadas, y una camiseta tan simple que solo tiene un bolsillo en el pecho. Los colores claros se ven raros sobre su piel. Parece un surfista que acaba de ponerse la ropa.

—El dinero es de mi padre, no mío —habla Noah con la cabeza alta—. Como sea, te gustará la película. Tengo muy buen gusto.

La calle comercial no queda lejos, y en pocos minutos el asfalto de la carretera se transforma en un bonito empedrado.

El fin de semana se nota en la cantidad de puestecillos que hay abiertos, y hay tantas personas paseando que las puertas de las tiendas están todo el tiempo abiertas, dejando escapar los aromas de los dulces de las cafeterías, el olor a ropa nueva de las tiendas; un aroma a palomitas recién echas de un puestecillo que alguien ha plantado en la esquina a un callejón.

Noah mete las manos en su acolchado y se cubre la nariz con la bufanda. Echa un vistazo a Kyle y su semblante se oscurece, porque no solo no lleva abrigo, sino que no muestra un ápice de necesitarlo.

Al cruzar las puertas del cine, Noah se deshace de sus capas como una cebolla. Se lo tira todo a Kyle, que se ha parado delante de la cartelera.

—¿Qué película es? —pregunta, quitándose la bufanda que le ha caído en la cabeza, y se encuentra con la mano de Noah extendida.

—Es sorpresa. Dame, yo compro las entradas —exige, abriendo y cerrando el puño.

Kyle se lo piensa, pero acaba sacando dos billetes de los que le cuesta despedirse. Aquí van dos semanas de paga, y allá ira otra más cuando decidan que la opción “más económica” de palomitas es el Maxicombo-super-size porque solo hay veinte céntimos de diferencia entre cada tamaño.

En cuanto está a su alcance, el chico se los quita y con una sonrisa se da media vuelta hasta la estación de tickets. Kyle le observa curioso. Noah está siempre muy alegre o muy molesto, parece que solo tiene dos posiciones para las emociones.

Da una amplia bocanada, preguntándose qué coño hace aquí, y el olor a palomitas le llena los pulmones y le hace salivar. Definitivamente no hay forma humana de evitar la puñalada al bolsillo una vez cruzas la puerta.

Ve la escena desde lejos. Noah tiene que ponerse de puntillas para llegar a la ventanilla. Vuelve con las entradas en la mano. Él hace ademán de recogerlas, pero Noah se gira y echa a andar.

—Vamos a comprar palomitas, ¡rápido! —le apremia, y se engancha al brazo de Kyle para tirar de él—. ¡Venga!

—Espera, quiero saber qué película es —pide, y empiezan un pequeño forcejeo porque el menor se estira para alejar las entradas. Le está presionando el pecho para alejarle.

—¡Te he dicho que es una sorpresa!

—Vamos a entrar ahora, ¿qué más da?

—¡Por eso! —Sujeta los papeles con la punta de los dedos. Se está doblando mucho, está perpendicular al suelo. Que Noah se esfuerce tanto le hace querer verlos todavía más.

Le agarra el brazo y tira un poco.

—Dame.

—¡Noooo!

—Solo quiero saber que película voy a ver.

—¡Socorrooo!

—¿Socorro? —Se ríe—. Déjame verlo.

—¡Ayuda! —exclama.

Kyle se frena de golpe.

Porque se ha dado cuenta de que ahora son el punto de mira de toda la recepción.

De inmediato le suelta, y se queda en pie, muy recto. Desvía la vista a un lateral porque sus mejillas se han tornado de un suave rosado.

—Se creen que me estás secuestrando —apunta el pequeño, y le cae como un jarro de agua fría porque es justo lo que estaba pensando.

—Ir a comisaría completaría mi semana de mierda —bromea, y se ríe con nerviosismo.

Noah hace un extraño sonido, como un estiramiento perezoso.

—¿Y... Cómo estás? De eso.

—No sé. Supongo que... —hace una pausa, y dibuja una sonrisa endeble que solo mantiene unos segundos—. Lo superaré.

—Esa chica es retrasada —afirma el pequeño, encogiendo los hombros—. Tiene que ser muy rara para no fijarse en ti.

Kyle no sabe qué contestar a eso, así que sonrío cortésmente.

—Y te pones mono cuando sonrías —añade Noah antes de girarse—. Voy a comprar palomitas. Creo que el Maxicombo-super-size nos sale más a cuenta.

—¿Qué...? —murmura. ¿Mono? ¿A qué ha venido eso...?
Recuerda el mensaje de Noah.

«Es una cita»

Se sonroja, confundido.

¿Pero cómo una cita? ¿Una cita de esas de... parejas?

Nah.

Se relaja un poco, reprochándose pensar cosas tan tontas. Debe referirse a una quedada, entre amigos. Se ríe en voz baja, pensando que la palabra «cita» puede dar a confusión. Probablemente Noah no se haya dado cuenta de que puede malinterpretarse.

Noah vuelve con un enorme cubo que le tapa la nariz y un refresco que le cuesta sujetar. Enseguida se lo encasqueta todo a Kyle.

—Es la sala 12, está casi al final.

Noah mete el puño en las palomitas, y el cubo se desborda y unas pocas van a parar al suelo.

—Eh un thfiller. —Tiene los mofletes hinchados. Las mastica y las engulle todas de una vez—. No he visto el trailer porque siempre te hacen spoiler —zarandea las manos—, pero he visto otras de este director. Es francés y no es muy conocido, pero es bueno. Solo sé que los protas son dos personas que van a la guerra y se hacen amigos, pero luego tienen que separarse. Es muy complejo todo. —Mira a Kyle y este asiente.

—Parece interesante —miente. Él hubiese escogido otra cosa.

Superhéroes, Sharknado 14, o la comedia esa del perro que habla.

—¿Verdad? —Con Kyle llevando la comida, Noah sujeta la puerta, tapando con el cuerpo el póster de la película—. Solo que, este director suele meter escenas... Mmm. Románticas. ¿Estarás incómodo?

Kyle no entiende la pregunta, no ve de qué forma podría estar incómodo con eso.

—No creo.

La puerta metálica se encaja sola a sus espaldas. Las luces ya están apagadas y están echando trailers. La sala está casi vacía, no debe haber más de diez personas aquí dentro. Noah dice que le gusta sentarse muy al fondo, y acaban de acomodarse cuando empieza la película.

Los primeros minutos de la cinta son infumables.

Nada más ver la primera escena ya te arrepientes de haber pagado por esto, porque es de esas películas que presumen de modernidad por darle la cámara a un adolescente que no es capaz de dejar fijo el frame ni por dos segundos. Pero, ah, es eso lo que se propone. Porque con esos planos tan torpes está tratando de transmitir realismo, simpleza...

Aburrimiento.

Hasta ahora han salido en total cuatro actores, sin contar los extras que hacen de transeúntes, si es que no son personas que pasaban por allí de verdad: los dos exmilitares, un señor de un estanco que ha protagonizado una larguísima escena de cinco minutazos gritándole en rumano a una televisión, y una señora vieja que estaba en una mecedora en mitad de la calle. No le ha quedado claro si estaba muerta o durmiendo, pero no ha salido más así que tampoco será importante.

La historia es un drama sobre dos amigos y la guerra, y uno de los dos le falta una pierna y además se está muriendo o algo así, no sabe. Es que la película es subtitulada y le da pereza leerlo. Llevan un ratazo hablando y dando vueltas por un pueblo. Su mente se va más a los paisajes que a las aburridas conversaciones.

Al principio ha intentado aparentar que le estaba gustando, de verdad que lo ha intentado. Pero hacia la primera media hora Kyle ya se ha recostado en el asiento, coge palomitas a puñados y se los mete directamente en la boca. Mastica con desgana y lanza al aire las que se le caen en la camiseta.

Mira a Noah, que está viendo la película absorto. Disimula su asombro

como puede y sigue comiendo al mismo ritmo. Luego vuelve a mirarle, esta vez de reojo, sin parar de masticar palomitas y coger más a puñados.

El rostro de Noah es impecable, para ser un adolescente no puede encontrarle un solo pliegue o espinilla. Su boca es pequeña y está formando una línea recta, y su vista está clavada al frente. La luz de la pantalla le colorea la piel cuando cambia el paisaje. Es gracioso de ver porque se ha dejado el gorro puesto y el enorme pompón es excesivo para su pequeño cuerpo.

Kyle vuelve la vista al frente y, no sabe qué es lo que puede haberse perdido en medio minuto, que los protagonistas están desnudos en una ducha restregándose contra el otro.

De la impresión una palomita traicionera se le atasca en la garganta. Se agacha para escupirla y acaba tosiendo y disparando palomitas a diestro y siniestro. Con los ojos llorosos se levanta, y le da un largo y sonoro trago a la LocaCola.

Nadie chista y nadie reclama, todos están absortos en la escena.

Sigue mirando para ver qué se ha perdido de la trama, pero la escena de sexo sin diálogo dura, y dura. Las piernas llenas de pelos de esos fornidos exmilitares están tan entrelazadas que no puede distinguir de qué sujeto es cada una. Cuando uno se aparta, un gigantesco miembro salta a escena como un tiburón abalanzándose contra una presa. Ocupa toda la pantalla.

Kyle se coloca la mano a modo de visera y desvía la vista a la oscuridad de entre los asientos.

—¿Te pasa algo? —le llama Noah en un susurro. Él niega con la cabeza, después más vistosamente con la mano.

—No sabía que salían, ehm, hombres así.

—¿Teniendo sexo?

—Eso.

Kyle no le ve porque se niega a levantar la cabeza, pero Noah se cubre la boca con ambas manos para no reírse, y luego esconde los mofletes detrás de las rodillas. Con la luz de la pantalla puede ver la oreja de Kyle coloreada de un rojo intenso y un pedazo de mejilla que sigue el mismo patrón.

—Te pregunté antes —está sonriendo una barbaridad—, solo es un momento, no seas crío.

Y tiene razón, solo dura un par de minutos. Y solo transcurre otro par hasta que la escena se repite. Lo único que ha cambiado es el escenario.

—La producción es magnífica —le vacila Noah—. Ya había visto otras películas de este director pero aquí se está superando. Y la historia es preciosa. —Tiene que controlarse para que no se le escape una carcajada antes de terminar la frase—. ¿No crees?

—Preciosa —secunda en un susurro ahogado.

Debería haberlo suponado.

Un adolescente de colegio pijo, la forma en que combina la ropa como en esas aburridas revistas de moda, el pompón horrendo, el gusto pésimo por los directores indie.

Noah es un hipster. Se lamenta por no haberse dado cuenta antes para insistir más en cuál iba a ser la película.

Entonces una suave y cálida mano se posa sobre la suya, y un rostro se le acerca peligrosamente. Los suaves dígitos le acarician el reverso de la mano y la sujetan con cuidado para apartarla. Lo primero que ve al abrir los ojos es la amplia sonrisa de Noah.

—¿Estás incómodo, quieres que nos salgamos? —susurra.

—Ni de coña. He pagado siete euros por esto.

—Pero si tienes los ojos tapados —se ríe.

—Me da igual —refunfuña—. Estoy disfrutando del asiento. Además, a ti te gusta.

Noah vuelve a acomodarse y sigue viendo la película.

Interminables escenas de sexo, desnudos totalmente innecesarios y un guion mal escrito por un pobre aprendiz de director que no llega a estudiante de audiovisuales, con unos diálogos insustanciales que parecen sacados de una mala porno.

Kyle maldice a todos los franceses, a todos los hipsters, y a sí mismo por haber sido tan descuidado.

¿Y cómo es posible que alguien le haya vendido entradas para esto a alguien que parece menor de edad? Mete la mano en el chaquetón de Noah sin esperar permiso y saca el par de entradas.

«Frozen, sala 3»

Arruga el entrecejo.

—Noah —le llama en un susurro—. ¿Sabías que la película era para mayores de edad?

—Claro —afirma tranquilamente, y cuando ve las entradas en las manos de Kyle su expresión cambia—. No habrías querido entrar —se justifica.

—Pero... Pero tú sí sabías que iba de esto desde el principio... —Se revuelve incómodo en el asiento. La desconfianza surge con rapidez, hila los sucesos y cobran más sentido ahora.

Noah se aburría, y le ha utilizado como entretenimiento.

¿Qué otra explicación hay? Su tono tan cariñoso, su espontáneo interés en él, que solo es un desconocido. Mira a su alrededor, buscando chicos que puedan ser sus amigos, escondidos para grabar su reacción y subirlo a Internet.

—¿Es esto algún tipo de broma? ¿Te estás... Te estás quedando conmigo?

Noah le mira, confuso. Sus finas cejas se curvan con tristeza. Antes de que Kyle pueda levantarse se apresura a retenerle, no llega a levantarse.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que sería capaz de hacer algo así?

—No lo sé. —Mira en todas direcciones—. No te conozco. Y tú tampoco me conoces. ¿Por qué querías quedar conmigo? ¿A qué viene todo esto?

—Yo solo quería... —intenta explicarse, pero Kyle le interrumpe.

—Podrías haber escogido otro sitio. Otra película. Otra persona. —Está muy nervioso—. Pero estamos aquí sentados, y... Y no entiendo nada. ¿Por eso me has invitado? ¿Querías reírte de mí?

—Espera, por favor, no es lo que piensas —trata de cuidar el tono dentro de la sala. Kyle está confundido, pero cree apreciar un brillo de culpabilidad en su mirada—. Yo solo... Quería saber si te gustan los chicos —confiesa finalmente.

—¿Para qué quieres saber eso? —Kyle frunce el ceño y mira directamente a Noah buscando una respuesta.

Noah le devuelve la mirada desde cerca, y puede apreciar en los párpados de Kyle el momento exacto en el que sus pensamientos llegan a la conclusión correcta, porque se abren de pronto hasta el máximo.

Pasa despacio. Noah encogiéndose de hombros, con una sonrisa mínima que dibuja sus labios tímidamente; Kyle levantándose del asiento de golpe y estrepitosamente, llevándose consigo el vaso entero de LocaCola en el proceso, que cae en su asiento bañando a Noah y derramándose por todo el suelo.

—¡Lo siento! —exclama sin querer. Se repite en un tono mucho más bajo—. Lo siento, ha sido sin querer. Lo siento, perdona.

Noah, con la camisa cubierta de refresco, le disculpa con un gesto de manos mientras toma el papel que Kyle le tiende.

—No pasa nada —dice, pasando inútilmente la servilleta sobre su tela blanca.

En el resto de la sala, la película sigue, y los gemidos guturales resuenan en cada rincón mientras Kyle no deja de repetir sus disculpas como un mantra. Con otra servilleta intenta secar el suelo, pero la mancha está calando y se recalca visiblemente en la moqueta. Se muerde el labio inferior y, preocupado, mira a Noah.

—No te preocupes, enserio. Solo me he manchado la camisa. Me la quitaré y me pondré la sudadera.

—Puedo comprarte otra, te la pagaré —insiste—. Y si tienes frío puedo buscarte algo ahora en una tienda, o...

Lo que Kyle no ha entendido es que con cambiarse se refería a ahora mismo.

Con parsimonia se deshace de los botones, y se despega la tela empapada como una pegatina. La cola estaba fría, pero no se notaba tanto en el sabor como ahora en los pezones de Noah, que apuntan al cielo como dos botones más. Aunque la tela lo ha absorbido casi todo su pecho brilla a la luz de la pantalla aparentando un tacto pringoso que no debe ser muy cómodo pegado al cuerpo. El chico desliza la prenda por sus brazos hasta el asiento, y a la vista queda su fino torso. Pálido, brillante; parece suave.

Kyle traga saliva, y se da cuenta de que lleva un rato sin apartar la vista. Se levanta dando por perdida la moqueta, y ahí en pie, no sabe hacia dónde desviar la vista.

Clava los ojos en el estímulo más visible. En su retina queda grabada la imagen de esos dos hombres entrelazándose, buscándose la boca exageradamente, sacando a relucir un par de lenguas lascivas que se acarician brutalmente la una a la otra buscando establecer un mayor contacto. Uno de ellos alza las caderas, y el otro las toma gustoso. No aguarda un mísero segundo en llenar la cavidad expuesta.

Kyle jadea nervioso. El desinterés y el aburrimiento han sido dramáticamente sustituidos por otro tipo de sentimiento, uno que se le arremolina en la entrepierna.

Se gira ferozmente para esquivar la imagen, y ve a Noah. Tiene la cabeza atrapada en el cuello de la sudadera que se está poniendo. Todavía exhibe el torso y se le ve uno de los pezones, la prenda se le ha arremolinado y su cabeza trata de surgir con torpeza.

—Voy un momento al baño —se excusa.

—Espera, ¿quieres que nos vayam...? —Para cuando emerge, Kyle ya se está yendo, y Noah sonríe con enorme satisfacción. Porque justo cuando sube el pasillo, él, de perfil, puede verlo todo perfectamente.

Como una estrella fugaz Kyle sale de una puerta tan rápido como desaparece por otra. Cierra la del baño tras de sí y agradece al cielo que no haya nadie aquí adentro.

Abre el grifo, se llena las palmas de agua helada y se la lanza a la cara. Sale disparada en todas direcciones, le moja el flequillo.

Aguanta su peso en el lavamanos, y aprieta los ojos antes de abrirlos para encontrarse de frente con el gigantesco bulto en sus pantalones.

—Se nota mucho —se lamenta en un susurro.

Cree escuchar pasos, y con el corazón en la garganta corre a esconderse en un cubículo y echa el pestillo.

Se queda en total silencio y completamente estático, rezando porque no sea Noah. Los pasos se aproximan, puede ver la sombra de sus pies; pero entran a otro cubículo. Kyle suspira aliviado y toma asiento, esperando a que se vaya para volver a salir a echarse más agua fría.

Esconde la cara entre las manos.

No se lo despega de la retina.

Ese pequeño y níveo cuerpo que tan frágil, tan delgado, con esa piel tan brillante y tan fina; ese par de ojos inocentes que brillan como dos bombillas encendidas.

Aprieta sus hombros en un abrazo conteniendo las ganas de echarse a llorar. Se siente sucio, toda relación que toca se desmorona y es por su culpa, porque no es capaz de ver a una persona sin transformarla en un sueño húmedo. Primero Anthony, ahora Noah.

Es un imbécil. Está enfermo. Se odia a sí mismo.

Y aún así el bulto de sus pantalones no quiere desaparecer.

—¿Kyle? —Él levanta de inmediato el rostro—. Soy yo, Noah, ¿estás bien?

—¡S-sí, ahora salgo!

—Solo para que lo sepas, no me he enfadado ni nada.

—¡V-vale! ¡Yo tampoco! —dice, y en un susurro se dirige a su entrepierna—. Por favor, desaparece.

—No te estaba vacilando, no quería que pensases eso.

Kyle no sabe que hacer, Noah no se larga. Ve su sombra y la punta de sus zapatos al otro lado, justo delante, solo separados por un fino trozo de metal al que agradece enormemente su existencia. Porque si Noah supiera, si viese el bulto que va a hacer explotar el cierre de su vaquero y se inclina hacia su pierna izquierda...

—Yo... Te he visto eso —dice, y Kyle contiene el aliento.

Así que Noah ya sabe que le gustan los chicos, pues muy bien. De todas formas si quería algún tipo de relación amorosa con él la acaba de reventar con su estúpida erección.

—Lo siento... —musita, y la voz de Noah le solapa.

—Kyle, me gustas.

Kyle traga saliva.

¿Que le gusta? ¿Pero cómo le va a gustar? Si es un enfermo que ha tenido una erección en la primera cita. ¿Qué demonios ve en él?

Se pregunta entonces si él también tiene interés en Noah, y cuando la evidencia en su pantalón manifiesta un sí rotundo, se siente culpable.

Culpable.

¿Pero culpable por qué?

Si es él quien ha sido ignorado, apartado, engañado por el propio Anthony que no es capaz de verle como algo más que un simple amigo.

—Déjame pasar, por fa —pide Noah.

Y no sabe por qué, lo hace sin pensar; pero Kyle quita el cerrojo y abre la puerta.

Los ojos de Noah se abren con intensidad al contemplar la escena. Las mejillas de Kyle están enrojecidas hasta el extremo, como sus orejas. Su pelo está mojado por algunas partes y los mechones se le pegan a la frente. Tiene los ojos tapados con vergüenza tras las manos y está en pie, cabizbajo e inmóvil.

Noah no dice nada, no le señala, no se escuchan palabras de culpa o burla. Entra en el cubículo y cierra la puerta.

Los dígitos del menor se posan con suavidad sobre su pecho, le empujan tiernamente y le hacen sentarse. Solo se descubre el rostro porque Noah le toma las muñecas y con suavidad le obliga a hacerlo. Así se encuentra con unos ojos verdes clavados en su cuerpo, unos finos labios entreabiertos y unas mejillas rosadas.

Kyle quiere juntar las piernas para disimular un poco, pero Noah pone su zapatilla en medio, y la punta de su deportiva le roza sin querer la carne. Kyle no puede evitarlo. Se le escapa un ahogado gemido prolongado. Noah, impresionado, se aparta de golpe y su espalda choca contra la puerta de metal.

El mayor vuelve a esconderse tras las manos, más ruborizado y más arrepentido.

De pronto un grupo de chicos invade el baño entre gritos y risas. Noah se gira para echar el pestillo, porque Kyle no se mueve. El grupo habla a voces y cuando la puerta vuelve a abrirse más personas invaden el baño.

—Debe haber terminado una película —susurra Noah, con las manos tras la espalda apoyado en la puerta.

—Noah. —Los ojos de Kyle están escondidos—. Lo siento, por todo. Y también siento estar todo el tiempo disculpándome, tengo la sensación de que es lo único que hago. Te compraré un abrigo si tienes frío y luego te dejaré en casa. Podemos hacer que nunca nos hemos conocido.

—Yo no quiero hacer eso —se apresura a decir. Clava su vista en la pared y ahí se queda—. Ha sido culpa mía. Yo he colocado el refresco ahí para que se caiga.

—¿Qué? ¿Por qué has hecho eso? —su tono es tranquilo y pausado. No le está recriminando, es que de verdad no lo comprende.

—Eso que te ha pasado, con esa chica... No creo que sea tan malo. —Deja de contemplar el azulejo para mirarle—. Me gusta pensar que las cosas pasan por un motivo.

—¿Crees en el destino?

—No lo sé —replica, y una diminuta sonrisa se dibuja en sus labios—. Creo que eso suena muy tonto. Es solo que, a veces, si crees que las cosas malas que te pasan tienen justificación, se hace más fácil soportarlo.

—Eso suena bien, pero creo que es más complicado.

Noah se encoge de hombros, y aprovecha el ruido de la muchedumbre para acercarse a Kyle sin que pueda quejarse.

Él, dudoso, se incorpora echando la espalda atrás, pero no entiende qué quiere hacer hasta que Noah se sienta sobre él de frente. Está muy cerca, se ve obligado a apartar la vista.

—No sé qué es lo que te ha pasado, no sé cómo es tu vida —las palabras salen a una inusual lentitud—. Pero sé que no eres una mala persona, Kyle. De hecho, eres demasiado bueno —dice, y sigue hablando más bajito, más cerca—. Te disculpas por cosas tan tontas.

Su brazo izquierdo deslizándose por los hombros del mayor en una pequeña caricia, su mano derecha yendo a parar en el espacio entre ambos torsos, entre ambas piernas; sobre el abultamiento.

—Noah, ¿qué estás... haciendo? —su voz sale quebrada, sus orbes le buscan y quedan atrapadas en las verdes—. Hay gente ahí afuera, nos conocimos hace dos días... —se va apagando.

—Sé que tu corazón ahora mismo pertenece a otra persona, pero no te estoy pidiendo eso. —Sus dedos hábiles le bajan la cremallera mientras se inclina sobre su oído; se aferran a su miembro sin previo aviso, y Kyle aprieta

los dientes y los párpados. Entonces la voz de Noah se vuelve tenue, como un leve suspiro, y su cálido aliento le golpea el lóbulo al pronunciarse—. Yo quiero esto, Kyle.

Y su respiración se vuelve errática, su pecho sube y baja descoordinado. Sus manos, en un atisbo de lucidez, apartan las del pequeño.

—Noah. —Tiene que tomarse un respiro para seguir, porque su corazón está amenazando con fugarse de su pecho. Le reprende en un murmullo—. Esto está mal.

—Kyle —dice, y su voz imita a la contraria—. ¿Por qué iba a estar mal algo que puede hacerte sentir tan bien?

Kyle echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Noah... Con ese cuerpo tan menudo que parece mentira pueda albergar semejante lascivia, y esos dos luceros tan inocentes, que esconden una retorcida mente que no quiere esperar por conseguir lo que se propone.

Y si Noah lo desea, y es evidente que él lo desea, ¿qué endemoniada fuerza oculta se lo impide? ¿Por qué se siente tan culpable? ¿Es por Anthony, el mismo Anthony que se ha buscado a otro antes de siquiera considerarle a él? ¿Qué le debe?

—Noah —le llama, y él ronronea en señal de atención. Kyle le escala los dedos por la espalda, encierra los mechones rubios en una de sus manos cuando la usa para acercarle muy despacio, confundido—. No... No estoy seguro de querer hacer esto... —musita.

Noah sonrío visiblemente, y su voz se pronuncia aterciopelada y dulce en extremo.

—Lo estás haciendo mal. No tienes que pensar con esto —le regaña, poniéndole el dedo en la sien. Lo desliza por su mejilla antes de dar un gran salto, directamente hasta su entrepierna—. Si no con esto.

La palma de la pequeña mano le roza la ingle por encima del pantalón haciendo una leve presión.

Kyle abre la boca para coger aire.

—¿Qué te está diciendo? —susurra. Él ladea el rostro a ambos lados, aturdido, antes de buscarle los ojos.

Las facciones de Noah están decididas, sus labios finos parecen ser

extremadamente suaves, y una pequeña hilera de dientes se asoma por uno de los laterales de su boca, como una fila de perlas alineadas a la perfección.

—Noah... —murmura, con su cabeza incapaz de juntar varias palabras para construir una frase.

Noah se ríe adorablemente, y une sus bocas sin previo aviso. Los ojos marrones se expanden en su totalidad.

Los labios del menor parecen haber quedado imantados a los suyos, y bailan por la superficie con maestría.

Kyle jadea aturdido. Con los ojos cuasi cerrados, su mente cede, desatendiendo el llamado de la razón que intenta imponerse. Todo argumento posible fracasa estrepitosamente, y con los pensamientos disipados, su cuerpo se centra en el presente; en el pequeño cuerpo que con tanto descaro le está llamando.

Se deja envolver por los finos brazos que se alzan con gracia y se dejan caer sobre sus hombros; por los dígitos que se pasean con ternura por su nuca y le regalan una cálida caricia.

—Solo es sexo —expone el menor, apartándose sigilosamente para encontrar ambas miradas.

—Solo es sexo... —repite él, evocando apenas un leve suspiro.

Cierran los párpados al mismo tiempo.

Con sus latidos pulsando a un ritmo desenfrenado, es Kyle quien se aproxima en primer lugar. Aprieta entre sus brazos las caderas de su impaciente amante, y Noah, sorprendido por su efervescencia; contiene un grito ahogado, porque el hinchado miembro le presiona la entrepierna y está clamando con vehemencia emerger a la superficie.

Sosteniendo ferozmente el pequeño cuerpo, Kyle lo aprieta groseramente contra el propio.

¿Así están las cosas? ¿Así va a ser su primera vez?

Después de todas las pobres mentiras que coleccionaba sobre chicas y líos que nunca llegó a tener, las noches que pasó aliviándose con Anthony en mente, la noche que Anthony bebió tanto que casi... Traga saliva, reprimiendo los recuerdos. Ya no tiene que “reservarse”, ya no tiene que seguir mintiendo, ¿no es así? Porque si alguna vez restaba una pequeña posibilidad de cumplir su sueño, ese maldito azabache la ha desintegrado por completo.

Kyle le besa entonces profundamente, y su lengua se sumerge tímida en la húmeda cavidad, que se abre dócil y gustosa para él. Ambas puntas se acarician en unos toques exquisitamente sutiles. Hasta que la lengua del mayor se escapa furtivamente para tomar un respiro, y los otros labios se relamen con complacencia, esperando hasta que regresa. Se unen y se separan, se despiden y se reencuentran cada vez con más prisa, más impacientes.

Noah cierra los ojos, un grueso hilo de saliva se desborda por su comisura y está sonriendo enormemente, parece divertirse mucho. Se limpia la saliva con el pulgar volviendo a meterla en su boca, y también se introduce el dígito. Lo chupa con cuidado, lo lame en la punta, y luego repasa sus labios con la lengua. Kyle jadea, y su mano urge apartar aquella que se vuelve estorbo. Quiere verle mejor.

—Noah... Eres... —jadea, embelesado en sus facciones, y Noah suelta una audible carcajada. Sus ojos se afinan y sus labios dibujan una sonrisa que se le queda en el rostro.

No hace falta que Kyle termine la frase, ya ha escuchado su nombre seguido de muchos adjetivos.

—Calla —dice solamente, volviendo a unir sus labios con fiereza. Kyle se apresura a recibirle.

Hacen del beso un combate difícil y sin piedad, con la lengua del menor asediando a su compañera. Las caricias se vuelven más salvajes; las uniones tras cada despedida más desesperadas.

Sofocado, Kyle se aparta para tomar aire y pega la espalda a la cisterna para ganar espacio. El menor también se aparta, y lo único que le sostiene en el aire son las bronceadas manos de Kyle, que le sujetan con fuerza la cadera y el brazo; arquea la espalda hacia atrás y la barbilla hacia el cielo, y respira profundamente. Sus ojos están entrecerrados con la mirada perdida y un ardor fluye en su entrepierna. Siempre le encanta sentir esta sensación.

Saborear la dulce calma antes de la tormenta.

—Kyle —susurra ronroneante. Sus labios se frotan antes de coger aire —. Métemela.

Y eso le aprieta aún más la entrepierna al mayor.

Kyle contempla las facciones del pequeño cambiar. En primer lugar,

manifiesta un deseo que es firme; pero un segundo después, sus labios empiezan a morderse y a abrirse de forma queda, aguardando, esperando con impaciencia que su orden se ejecute. Y entonces enarca una de sus rubias cejas, fastidiado al no ver movimiento.

Con estos besos tan precipitados y bañados de saliva, Noah supone que Kyle es virgen. Así que es él quién le desabrocha el pantalón, y el apretado trozo de carne emerge con violencia a la superficie. Se relame al contemplarlo, orgulloso de saber escoger a sus amantes. El miembro de Kyle es tal y como se esperaba por su complejión. Grueso de tronco, alargado en altura.

Apto.

Del bolsillo de la sudadera se saca un condón. Kyle le está mirando muy atento mientras manipula el plástico. Es la primera vez que ve uno. Que vaya a usar para ponérselo en el pene, quiere decir. Los que ha comprado para hincharlos de agua y hacer el tonto con sus amigos no los está contando.

Es Noah quien coloca la pieza sobre el grueso miembro, quien la estira hasta la base con sus finos dedos y quien la acomoda a conciencia. Parece tener mucha experiencia en la praxis. Kyle pierde la noción del tiempo, y su mundo se concentra en una sola cosa. El chico que se yergue resuelto sobre él, con los ojos y las cejas curvadas con determinación.

Dios mío, esto está pasando.

Esto no es uno de los vídeos que ve por Internet. Esto tiene buena iluminación, puede cambiar la posición de la cámara cuando le de la gana y no tiene que preocuparse de que se le caiga la red y se congele la imagen. ¡Y hasta puede tocar!

Apartando un poco la sudadera de Noah, se acerca a su cuello, y se concentra en depositar tenues mordiscos a su alrededor. La carne se amolda a sus dientes. Es extremadamente suave.

—Kyle.

Y sus labios no vuelven a moverse, pero su mirada le exige. Ha pedido algo y no quiere tener que volver a repetirlo.

Sujetando con fuerza los muslos del menor, Kyle se pone en pie, llevándose al pequeño cuerpo encaramado al suyo y sus finos brazos reliados en los hombros.

Noah no pesa nada, es como una pluma. Es menos cansado que levantar

las mancuernas que tiene en casa.

Le apoya la espalda contra los azulejos, le desecha los pantalones y la ropa interior, le golpea los labios con los suyos con desesperación y se nota todavía más su inexperiencia, pero Noah no tiene tiempo de reírse, porque un sonoro jadeo le abandona los pulmones y su pensamiento se ve desplazado por un calor que le inunda las extremidades y le sofoca hasta el punto de hacerlo estremecer.

Kyle le está buscando fervientemente la boca, le está sujetando con fuerza, le mantiene en el aire sin dificultad alguna. Los músculos de los brazos se le marcan todavía más y se le notan por debajo de la camiseta, su torso le oprime contra la pared y está rígido como una roca; está atrapado entre dos muros de piedra.

Es fuerte, es altísimo, su voz es grave y varonil y se muere de ganas porque uno de esos gruesos dedos se le introduzca en el cuerpo. No importa que sea virgen, no tiene que saber hacer nada; que se le meta dentro con ese enorme pedazo de carne que tiene entre las piernas. Entonces una de esas enormes manos le agarra el bajo de la sudadera, y él alza los brazos para ayudarle a mandarla lejos, pero Kyle se para en seco.

—¿T-tienes frío? —balbucea, y Noah se queda a cuadros.

¿Ha parado toda la acción solo para preguntarle eso?

—Un poco —confiesa, y le hunde la boca en el hueco de su cuello y le besa; la punta de su nariz le acaricia la bronceada piel, y él la muere ejerciendo una pequeña presión que va en aumento.

—Ah... —Su cabeza bajando a la realidad, sus labios se beben la saliva acumulada en su boca—. Perdona... —se disculpa, con una tonta sonrisa adornando su rostro y un tono cariñoso que hace enmudecer a Noah.

Diligente, se da la vuelta, apoyando la espalda en el muro. El cubículo es tan estrecho y el chico es tan alto que la punta de sus Sinverse rojas quedan pegadas a la pared contigua y sus rodillas flexionadas; Noah está montado entre su estómago y sus caderas.

Se baja el pantalón con dificultad, sujeta a Noah con una mano, y este se sostiene recostándose en su torso, y descansa su cabeza en el hombro. Es Kyle quien está aguantando todo el peso, con las piernas separadas y los pantalones por los talones. Su miembro firme, dolorosamente rígido, apunta

directamente a su entrada.

¿Estas cosas no se hacen en las terceras citas?

Noah le ata los dedos en la camiseta. Su sonrisa es tan brillante como cautivadora.

—Entra —susurra, y él así lo hace.

Empieza a empujar su miembro contra la entrada. El único lubricante entre pieles es el que tiene el condón por fuera, pero resulta más fácil de lo que habría imaginado: la carne del menor se abre y se separa a su paso, abarcándole poco a poco, y él la sigue introduciendo muy despacio, pero sin una sola pausa. Noah le hinca los dedos en la camiseta con desesperación, y evoca un silencioso gemido que se prolonga en el tiempo y acaba en un agudo jadeo.

—¿T-te duele? —pregunta Kyle, sus cejas se han fruncido con preocupación. Detiene el avance, y su miembro se queda descansando en la oscura cavidad. Por única respuesta Noah sacude el rostro con coraje, y busca los labios de Kyle con exasperación, porque un nudo se le apretuja en el estómago, y una explosión de éxtasis crece hasta elevarse y se le instala en el pecho. Esta, esta sensación es la que le encanta sentir. Su mirada decidida se ha desvanecido por completo, siendo sustituida por un par de verdes confusos que brillan intensamente, porque Kyle ha pulsado su botón mágico.

—No es dolor, bobo —se burla, una amplia sonrisa en su rostro.

Porque es cierto que arde, que quema; en el exacto punto en el que el rígido miembro de Kyle se apoya muy profundo en su carnosidad, pero denominar dolor a este calor sería una barbaridad totalmente errónea.

El mayor aprieta los dientes, con un largo gemido que se le escapa entre los labios y le hace encorvar la espalda, y los vellos de Noah se erizan al oírlo. Es tan varonil, y tan torpe, y tan hombre, y tan niño. Con ese pene endurecido apuñalandole las entrañas mientras pregunta cosas estúpidas como si le duele.

Noah se muerde el labio, aprieta los ojos en extremo y se curva hacia atrás mientras Kyle sigue penetrándole muy lentamente, avanzando hasta el fondo con exagerada paciencia y delicadeza. Su pecho se eleva y se contrae, y su cuerpo de piel fina se le entrega, para que sepa que puede hacer con él lo que quiera.

—¿E-entonces... Te gusta...? —pregunta ruborizado.

El corazón de Noah se aprieta y se encoge.

La voz de Kyle, sus gemidos, sus palabras tan tiernas brotando con verdadera preocupación con sus marrones buscándole curiosamente los ojos; los fuertes brazos sujetándole con vigor, los labios acariciándole la piel con ternura. Kyle... con su grueso miembro dentro de su menudo cuerpo, es un poco distinto a los hombres con los que acostumbra estar; preguntando después de cada corto movimiento, expresando verdadera inquietud en su tono. Su complexión intimidante parecía predecir una actitud más dura y agresiva, pero sus toques son muy suaves. Extremadamente cuidadosos para no hacerle daño.

Qué bobo.

—Me gusta —afirma divertido. No está acostumbrado a tanta dulzura, pero es adorable de ver.

Es agradable poder confiar en su activo. Saber que le tiene, que le ve, que le siente y que no está solo pendiente de su erección, de imitar el último vídeo porno que ha visto o de lo que tiene que hacer después. Enarca una rubia ceja.

Kyle suelta una amplia bocanada de aire y aprieta los dientes.

Con media parte de su miembro atrapado en la abertura tiene que concentrarse para no correrse tan pronto. Las paredes de Noah le están apretando oponiendo resistencia, pero al mismo tiempo le atraen, le empujan hacia adentro animándole a seguir hasta lo más profundo. Entonces llega al final, y busca retroceder; y eso es todavía más difícil. Como si el cuerpo no quisiera desprenderse de él y se esforzase en retenerle dentro. Cuando solo le queda la punta del glande sin emerger, vuelve a entrar, muy despacio.

—¿A-así...? —pregunta tímidamente, sus marrones le están mirando, esperando una aprobación para repetir el movimiento.

Noah chista, descolocado, y una intensa bruma se le arremolina en el pecho. Su cuerpo se ha entumecido muy rápido de repente, pero no en los puntos en los que suele hacerlo. El latigazo no ha venido de su trasero, ni de su vientre, ha sido más arriba, justo en el pecho. ¿Quién demonios pregunta si está sacando y metiendo bien el pene mientras está teniendo sexo? Encima con ese tono tan dulce, esa expresión de profunda preocupación, esas manos acariciándole la piel tan suavemente... ¿Qué le pasa a este chico? ¿¡Acaso es

bobo!?

—¡S-solo hazlo! —le regaña.

—Vale... —asiente, y dócilmente recrea el movimiento.

Noah aprieta los ojos, y abre la boca, sintiéndolo acariciarle las entrañas con benevolencia, aunque el pedazo de carne está hinchado y endurecido en desmesura.

Va a decirle que es bobo y que lo haga más rápido, pero se le van las palabras, porque Kyle le presiona ese determinado punto en su cavidad. Y él jadea, y se atonta. Es tan lento, tan cuidadoso. ¿De verdad es virgen, de verdad tiene ganas de sexo? ¿Y qué hace? ¿¡por qué se mueve tan lento!? No lo comprende, no tiene explicación, pero le observa escrupulosamente, curioso, expectante; degustando esta maravillosa sensación con incertidumbre.

—Kyle... —pronuncia su nombre en un gimoteo, y él aumenta un poco la velocidad, la frecuencia de los casi abandonos y los hundimientos—. Ah... Ah...

Atontado por el cúmulo de sensaciones que surge de su entrepierna y se acumula en su estómago, Noah ha olvidado dónde se encuentran, y su voz se va elevando en cada breve gemido que sus labios no se molestan en contener.

—Noah... —le llama en un jadeo, preocupado por el escándalo; su boca buscando la contigua. El corazón del llamado palpita con estrépito al oír su nombre pronunciado de forma tan dulce. Kyle une sus bocas en un fiero beso y le frena los gemidos con los labios. Cuando quiere separarse Noah le engancha el labio con los dientes, aun así consigue hablar—. Lo siento... Yo no creo que pueda aguantar más... —declara con vergüenza.

El menor también se separa, se ríe, y murmura algo que Kyle no escucha bien, porque no deja de mover las caderas y la voz del menor se corta en cada penetración; solo puede pronunciar una palabra por vaivén.

—...Pues... córrete —susurra, su voz ronca y lasciva, sus orbes esmeralda le miran directamente aunque solo pueden divisar una silueta difusa.

Y Kyle se ve arrollado por esos inmensos ojos verdes, recordando sin buscarlo la similitud que comparte con otros verdes que ya conoce muy bien,

porque ha observado absorbo infinidad de veces. Como en una pesadilla el fantasma de Anthony se manifiesta en el peor momento posible.

Las facciones de su amigo se dibujan en el rostro que tiene delante, sustituyen las de Noah.

Kyle contiene la respiración, aminora la marcha; pero cuando se curva hacia atrás es el torso de Anthony el que se clava en su retina. Los pezones de Anthony, la voz de Anthony, el rostro de Anthony.

Es entonces cuando lo siente, una sensación que no podría compararse a ninguna otra: la calidez se extiende por todo su cuerpo, de sus labios brota un grito silencioso y sus dedos se clavan con presión en los blanquecinos muslos mientras su pene se vacía con fuerza.

Noah también se estremece, con la espesura llenándole desde dentro. Puede sentir su calidez aún con el miembro atrapado en el plástico; y el suyo también se desborda, sobre la camiseta de Kyle. Pero a él no le importa, está jadeando en voz alta, tiene los ojos apretados y la boca abierta de par en par hacia el cielo. Su orgasmo dura, y dura; y entonces él también se permite gemir ruidosamente.

Cuando ya no le queda una gota de fluido en el cuerpo, Kyle cierra los ojos y apoya la cabeza en la pared intentando recuperarse. Noah deja caer su peso encima.

Ambos suspiran profundamente, respiran entre pausas, y una minúscula sonrisa de complacencia es lo primero que el mayor vislumbra.

—¡Nos hemos corrido a la vez, como en las películas! —exclama, por si hay alguien en el baño que todavía tenía la sospecha de si aquí había dos personas follando; que no se quede con la duda.

—Sí... —Sonríe como puede, avergonzado.

Noah le regala un casto beso en los labios, seguido de una pequeña risa acompasada. Está satisfecho.

Con cuidado deja a Noah en el suelo, y este le tiende un trozo de papel higiénico. Kyle, aún exhausto, con la espalda y la cabeza completamente apoyados en la pared, intenta limpiar su camiseta, pero el semen de Noah se ha calado. Forma pequeños círculos que podrían pasar por gotas de agua, o aceite, o LocaCola.

Porque qué maldito enfermo va a pensar que es semen.

Kyle desiste en salvar la camiseta y se ríe.

—¿Uno a uno? —bromea en un jadeo.

Noah también se ríe.

—Pero mi camisa es más cara —presume limpiándose también, recolocándose la ropa.

Noah toma otro trozo de papel y se para delante de él. Tiene las mejillas enrojecidas por el calor del sexo, y sonrío cuando pasa el papel por el cuello de Kyle, donde han ido a parar un par de gotas que tratan de esconderse—. Me ha salido mucho —se disculpa.

—Sí, a mí también —responde automáticamente, y enseguida se arrepiente. Clava la vista en la pared y las mejillas le arden como el fuego mientras Noah le limpia.

Luego el menor se sienta en la taza abierta, y se limpia ahí detrás. Kyle intenta no mirarle mientras lo hace para no incomodarlo, y con mucho cuidado y mucho nerviosismo, le hace un nudo al condón. Sus mejillas están enormemente coloreadas portando el obsceno objeto hasta que lo mete en la papelera.

Se apoya en la pared, y se toca la nuca, y alza el rostro para poner los ojos en alguna parte, esperando a que Noah termine.

—¿Te... ayudo? —se ofrece por cortesía, aunque no ve cómo podría. No tiene ningún sentido lo que ha dicho. Noah se ríe.

—No.

Kyle asiente y se recrimina ser tan estúpido.

Pues eso, que acaba de perder la virginidad.

Tantos años aguantando batallitas de sus compañeros de clase cuando esto no dura ni diez minutos. Chista, pero de inmediato se muerde el labio. ¿Y si es él quien ha tardado poco? Arruga el entrecejo. Ha sido muy rápido, seguro. Noah tiene que estar pensando que es patético.

Tiene que taparse el rostro con la mano, avergonzado.

—Te... ¿Te gustado? —pregunta retraído, y tiene que aclararse la voz porque esta se quiebra.

—Sí —contesta despreocupado.

¿«Sí»? ¿Solo «sí»?

Debe significar que lo ha hecho horrible.

Lo sabía, ya lo sabía, no sabe por qué lo ha preguntado. Será porque ha durado poco, o porque se ha movido muy lento, o le ha sujetado mal, o porque su pene no es lo suficiente grande, o es estrecho. O peor, que él no sabe usarlo. Seguro que lo ha hecho mal desde el principio y Noah no le ha dicho nada para no herirle la moral. Joder, que vergüenza por favor, que...

—Me ha gustado mucho —añade Noah, y él puede descubrirse el rostro y respirar con normalidad. Responde enseguida.

—A-a mí también.

Noah se ríe. Decididamente este chico tiene algo distinto.

Salen del baño, del cine, y a la calle. La noche ya ha caído y todas las farolas están encendidas.

El frío se hace más presente que en la tarde, y ambos aceleran un poco la marcha. La conversación es amena, Kyle trata de esquivar el tema y para el menor es tan natural que tampoco hace mención. En algún punto del camino Kyle se disculpa por algo, y a Noah se le escapa una disimulada risa, porque está disculpándose todo el rato.

—¿Q-qué pasa?

—Sinceramente, no pensaba que aceptarías hacerlo —se ríe, recolocándose el cuello de la sudadera, y lanza la pregunta que lleva un rato rondándole la cabeza—. ¿Ha sido tu primera vez?

Tira la bomba y espera con atención la respuesta.

—La verdad es que sí... —Se sonroja, tomándose las palabras de Noah como un alago—. ¿Tú también...?

—No —Se ríe a carcajadas sin querer, es una pregunta tan estúpida—. Tengo que estar en casa antes de las diez, pero podemos vernos otro día. No digo para esto. O sí, si tú quieres.

—Me gustaría. —Sonríe ampliamente, y cuando se da cuenta trata de disimular un poco su entusiasmo aminorando la extensión de su sonrisa. Pero solo un poco—. No por... No por lo del sexo...

—¡De verdad eres bobo! —exclama. Sin previo aviso y con una destreza sorprendente, saca el móvil de Kyle de su bolsillo y se adelanta unos pasos. Kyle no sabe qué pretende pero no le sigue. El chico mueve los labios

muy rápido, está leyendo algo. Luego saca la lengua, cierra un ojo y pone los dedos en señal de victoria; se hace una selfie con flash.

—¡Para cuando me echés de menos! —Le devuelve el móvil, y hace una mueca burlona—. ¡Que no se te olvide dónde vivo!

Como la última vez, se va corriendo. Solo se despide zarandeando la mano en la lejanía. Kyle se queda parado en mitad de la barriada cuando Noah gira la esquina.

Bajo el cielo estrellado, y solo, Kyle sonrío. Noah es muy raro. Su alegría, su terquedad, su voz aguda que siempre busca elevarse...

De repente suelta una carcajada, recordando la conversación que tuvieron en clase sobre lo incómodo que resultaría hacerlo en un baño. Al final estaban todos equivocados, lástima que resultaría complicado y vergonzoso tratar de desmentirlo.

Enciende su móvil para ver la hora, pero sus dedos se deslizan ágiles y sin permiso hasta la aplicación de mensajes.

Anthony no le ha dicho nada más. Y ya son casi las diez de la noche, es demasiado tarde para llegar a casa, coger algunas cosas, y marchar a la suya. Puede que incluso ya se haya ido a dormir.

Aún así, mientras camina sus dedos teclean rápidamente.

anthy
hoy

hola anthz
lo siento, he estado ocupado
21:53pm puedo pasarme ahora

22:04pm estás?

22:21pm ya llegué a casa, solo dame un toque y voy

22:47pm anthz?

Kyle suelta el móvil, lo deja caer a un lado de la cama.

Tumbado boca arriba con los ojos abiertos, su pecho se agita y un nudo

le aprieta en la garganta, porque supone cuál es el motivo de que Anthony no conteste.

Se da media vuelta en el colchón y cierra los ojos.

Hoy ha sido un día muy raro. Noah es muy raro.

Cuando ha ido esta tarde a recogerle no se imaginaba nada de lo que ha pasado. Primero porque pensaba que irían solamente a merendar, o a cenar a algún sitio, no al cine. Y segundo porque no esperaba acabar haciendo... Eso.

Se ruboriza, vuelve a rodar sobre las sábanas.

Desde luego nunca creyó que perdería la virginidad así, con un desconocido y en un baño. Qué cutre.

Sonríe al pensarlo.

Espera que nadie les haya oído, porque casi al final Noah estaba gimiendo tan fuerte que él pensaba que le estaba haciendo daño.

Vuelve a revisar el móvil, aunque no ha sonado, y se muerde el labio antes de recostarse otra vez.

Noah es de verdad increíble, siempre está alegre. Incluso si esto solo ha sido sexo puede ir a buscarle mañana a casa. Quizás quiera quedar para ir al billar, o ir a una cafetería, o a donde sea. Tiene pinta de que le gusta ir de compras, podría preguntarle si quiere hacer eso, aunque él no es que tenga dinero como para gastárselo en ropa... También tiene que averiguar si le gustan los videojuegos, y tiene que bajarse alguna app para ver descuentos en restaurantes o algo así. Tiene que hacer muchas cosas.

Porque necesita con urgencia empezar de cero, necesita ver que el mundo se extiende más allá de Anthony.

Entonces, si él mismo lo comprende, si tan seguro está de que lo de hoy ha sido genial y está contento con ello, ¿por qué las lágrimas no paran de inundar sus ojos?

Trae buena suerte

Guarda el móvil después de mirarlo por decimonovena vez. Kyle sigue sin contestar, y él suspira. Son casi las diez de la noche y Anthony, escondido tras un matorral en la pared lateral de casa, aguarda en silencio.

Se ha puesto toda la ropa negra que tiene: pantalones, un jersey de cuello alto que no sabía que tenía, y un gorro de lana que Kyle se dejó en su casa hace tanto tiempo que legalmente ya debe ser suyo. Apaga el móvil, evitando sonidos o destellos indeseados que delaten su posición, porque ya debe faltar poco.

Su plan es infalible. Durante la cena ha procurado dar el número idóneo de bostezos, anunciando que se iba a dormir pronto nada mas dejar el plato sobre la pila. En su cama ahora descansan el montón de ropa sucia que antes estaba en el suelo y su almohada perfectamente ahuecada imitando una forma humana, todo cubierto por la sábana. Sonríe al recordarlo, satisfecho. Su plan no tiene fisura ninguna.

En cuclillas tras el arbusto, Anthony se mueve incómodo. La planta es pequeña como para ponerse en pie porque destacaría demasiado sobre la pared blanca, pero tampoco puede descansar las piernas sentándose en el suelo porque la lluvia de esta mañana lo ha embarrado todo.

Con el frío y la humedad de la noche calando en sus huesos, no es hasta cerca de una hora más tarde cuando, farfullando lo estúpido que es el barro por pegarse en la suela de sus botas; escucha varias voces aproximándose. Se queda muy quieto cuando dos chicos se acercan a la ventana de su hermano y comienzan a berrear como siempre.

—¡Oh, amada mía! —se burla uno—. ¡Cuán dichoso me vería yo si las dos más brillantes estrellas de la bóveda se dirigieran a mí en esta inhóspita noche!

Anthony enarca una ceja. Es un chico pelirrojo quien habla, arrodillado bajo la ventana con pose dramática y la mano extendida hacia las estrellas.

Se escucha un golpe hueco cuando la ventana de su hermano se abre y Marc, con el entrecejo fruncido, se asoma.

—Pero qué cojones dices.

Marc no tarda en bajar. Deslizándose por la tubería del agua, pega un salto apoyándose con la mano en la pared y cae de pie.

—Shakespeare, inculto —presume el muchacho.

—¿Ahora lees teatro antiguo? —se jacta Marc.

Anthony no puede ver bien a ninguno, y acercarse sería arriesgarse demasiado. Así que aunque la curiosidad le esté picando se queda pegado a la pared, escuchando.

—Tengo mucho tiempo libre. —El chico saca la lengua.

—¿Dónde está Jota?

—Está en el coche —informa el otro—. Dice que está «hasta los cojones» de tener que aparcar tan lejos y pasar frío por venir a recogerte.

—Será capullo, nadie le ha pedido que venga —chista, y mete las manos en los bolsillos.

—Si tuvieses móvil no tendríamos que salir del coche. ¿A qué leches esperas para comprártelo? —Se ríe, y Marc niega—. ¿No te dieron ellos uno?

—Sí, pero se lo dí a Berna. Yo no lo iba a usar.

—¿A quién?

—Bernadett. —El pelirrojo tuerce la cabeza. No tiene ni idea de quién le está hablando—. La chica que estaba con nosotros antes que Ayo. —El otro afina los ojos, pensativo, y el mencionado Ayo pega la oreja al escuchar su nombre—. Rubia, baja... —añade, pero al ver la cara de incompreensión de su amigo, desiste. De todas formas fue hace muchos años, su compañero y ella habrán coincidido apenas una semana antes de que se evaporase sin decir adiós.

—Como sea —dice el chico. Tampoco le quita el sueño—. Puedes ir a comprarte uno ahora.

—No, Dab. Si llegasen a verlo sería un problema, y mi nuevo hermano

viene cada dos por tres a mi habitación.

Anthony traga saliva. ¿Marc le considera una molestia?

Hablando con estos chicos que parece que conoce desde hace tiempo, a Marc se le ve tan relajado que no puede evitar sentir celos. Ojalá pudieran ellos tener una relación así, normal.

Pero claro, esa opción se habrá desintegrado cuando comenzaron a tener sexo juntos.

—¡Vamos Marc, ni que estuvieses metido en cosas ilegales! —grita uno a propósito. El otro se ríe.

Marc pasa sus brazos sobre los hombros de esos chicos. Los aleja de la ventana porque están haciendo mucho ruido.

—Tenemos una porra —habla el otro chico, algo más bajito—. Dab dice que te quedan dos semanas con esta familia, pero yo tengo más esperanzas. He puesto tres. —Se ríe.

Anthony se asoma por la esquina cuando escucha las voces lo suficiente lejos. Su madre ya le había dicho que Marc ha tenido otras familias antes, así que no sabe por qué se siente triste al oírlo. Además, Annie, mamá y él no son como el resto.

Los chicos giran la primera calle y Anthony se pone en marcha.

Corre a la parte trasera de la casa y coge su bicicleta. Esperaba no tener que usarla, pero sabía que podría ser una posibilidad, así que la había sacado al patio cuando preparó su plan.

—Muy bien, Marc —susurra—. A ver qué escondes.

Solo ha girado dos esquinas cuando se encuentra de bruces con el coche y tiene que volver atrás para no ser visto. Marc está de espaldas, está buscando algo en el maletero. Los otros chicos se sientan en el coche y él saca una bolsa negra antes de subirse también. El coche arranca y Anthony lo sigue. Se va escondiendo tras los coches, tras los muros de las casas cercanas y tras las farolas; de una forma tan pobre que es sorprendente que no se hayan percatado ya de su presencia.

Salen de la zona residencial, cruzan una zona comercial, luego un descampado, e incluso cruzan un puente. Habrán pasado quince o veinte minutos cuando el coche se detiene en un callejón.

No hay un metro de suelo sin una persona, vaso, o litrona. Esta zona está

llena de bares con letreros luminosos de neón, y chicos jóvenes y no tan jóvenes gritan con la bebida en mano.

Anthony deja la bicicleta aparcada en el callejón de al lado y se asoma con cuidado. Ha ido a fiestas en casas de amigos que han empezado con juegos de rol y han acabado con avalanchas de invitados de los que ni el anfitrión conocía el nombre; pero nunca ha estado en un sitio como este porque todavía no tiene la edad legal para beber. No puede entrar en bares ni discotecas, y se supone que Marc tampoco.

Parado entre todas estas personas ebrias se siente como un crío de tres años.

Deja de pensar cuando uno de los chicos corre en su dirección y golpea su hombro. Entre dos cubos que están cerca, el chico se inclina y echa hasta el desayuno. Anthony tiene que taparse la nariz y la boca para no vomitar también. Sale corriendo del callejón.

¿Qué clase de sitio es este? ¿Aquí es dónde Marc viene cada vez que desaparece? Venir ha sido una mala idea, una pésima idea. Retrocediendo asustado, tropieza con una chica que le lanza una mirada de desprecio.

—¡Imbécil! ¡Mira por dónde vas!

Mordisquea con nerviosismo su labio inferior, y se percata de que, concentrado en no ser visto, tampoco se ha fijado en cuál ha sido el camino exacto para recorrerlo de vuelta a casa. Se queda un rato echando la vista atrás, y luego hacia delante. Se está planteando qué hacer ahora que ha llegado tan lejos cuando ve a su hermano y sus amigos desaparecer tras una de las puertas.

La música del local se escucha desde dónde él está, y a medida que se acerca el ruido se eleva hasta niveles excesivos. Siente el sonido de las guitarras y los bajos retumbar en su pecho y su garganta. Los rayos luminosos del letrero se disparan en todas direcciones. Rojo, verde, morado... Se mueven con rapidez.

“El Trébol Dorado”

En la puerta, un corpulento hombre que debe de rozar los dos metros de alto, permanece estático con las manos cruzadas y la vista clavada al frente. No tiene cara de muchos amigos.

Él se acerca despacio, indeciso. Se queda quieto cuando solo unos tres metros le separan de la puerta, porque el portero mira en su dirección.

—Ni lo intentes —Su voz grave y gutural le petrifica.

Anthony se da la vuelta, y tratando de caminar con la mayor normalidad posible pero a paso acelerado, se aleja.

Bien, lo ha intentado. Ha llegado mucho más lejos de lo que había imaginado cuando pensó el plan, pero esto es todo.

Así que Marc guarda tanto secretismo solo para venir de fiesta con sus amigos. Que sea tan sencillo después de todas las posibilidades que le han rondado la cabeza estos días es lo que más le descoloca.

Detiene el paso, preguntándose si de verdad esto es todo, y descarta la idea en un instante. Mañana hay clase, y antes de ayer también la hubo, sin embargo, no importa qué día de la semana sea, su hermano desaparece noche tras noche.

¿Acaso el alcohol o la diversión que pueda conseguir dentro de esas cuatro paredes compensa el cansancio y la jaqueca del día siguiente, todos los días? ¿En qué cabeza cabe?

Un impulso estruja su pecho, intranquilo, porque a pesar de que ahora comparten cama sigue sin conocerlo en lo absoluto.

Con la respuesta a las molestas preguntas que le aquejan las sienes a tan solo unas paredes de distancia, se da la vuelta, temblorosamente decidido. Si su cabeza no puede hallar respuestas a las preguntas por falta de datos, tendrá que conseguir la información que le falta; y un solo desconocido no va a alejarle de su meta por muchos metros que se levante del suelo.

Se acerca con disimulo a la puerta, desviándose un poco hacia el callejón. Observa de reojo la entrada y a su protector.

Es muchísimo más fácil de lo que había imaginado. Cuando el siguiente grupo de chicos que quiere pasar saca sus DNI para mostrárselos al portero, Anthony, adherido a la pared y con la admirable destreza y sigilo de una gacela moribunda, se va acercando. El guardia, revisando las identificaciones, no se gira cuando sujeta la puerta para dejar paso a la primera de las chicas, que le ve pegado a la pared, y tratando de contener la risa le lanza una mirada cómplice. Anthony, con los ojos abiertos en tensión, pasa delante, y ella se coloca detrás para tapar su cuerpo.

—¡Gracias! —exclama una vez dentro, tratando de elevar su voz sobre

la música.

La chica se inclina sobre él, habla en su oído para no tener que gritar, y su fuerte fragancia le impregna el olfato con un dulce olor a caramelo y fresa ácida que le deja una agradable sensación en las papilas.

—Yo también he hecho eso —confiesa, sacándole la lengua. Sus largos cabellos se elevan al aire con un elegante giro, su falda corta se acerca peligrosamente a sobrepasar la línea entre la imaginación y la desnudez; y echando una vistazo general, el local está lleno de chicos y chicas como ella. Universitarios.

La música está fastidiosamente alta, cada nota rebota en su pecho y le deja una sensación extraña que le acaricia los pulmones y la garganta. El ambiente es espeso y nada más pasar la puerta ya se hace imposible ver un pedazo de suelo. Las luces están atenuadas, las paredes son negras y no hay una sola ventana. No puede calcular el tamaño de la sala porque está a reventar de personas, pero se extiende a lo largo.

Como puede, avanza colándose entre los huecos. Son pocos los que están sentados en los asientos, hay un remolino de personas justo en el centro que se balancea a los lados de forma queda, vaso en mano y con la mirada perdida. Gritan y silban, porque hay un grupo tocando en un pequeño escenario.

Tiene que cubrirse las orejas para protegerse porque la música está fortísima y la cabeza le amenaza con estallar. Además, hace un calor insoportable aquí dentro, es complicado respirar.

A la izquierda está la barra, y la sala sigue a la derecha, pero está separada por gruesas cortinas de terciopelo negro y un cartel que reza que solo los que paguen, lo que es su paga de dos meses enteros, pueden pasar. Tampoco quiere poner un pie ahí, porque si afina el oído puede escuchar gemidos al otro lado. Y ahora van y encienden una molesta ráfaga de luces de colores que oscurece todavía más la sala y le ciega por turnos.

Recordando lo que ha venido a hacer, Anthony busca un sitio desde donde pueda ver mejor el panorama y se sube al último escalón que conduce a los baños, cerca de la barra. Se sujeta a la barandilla y se eleva sobre la punta de sus pies, buscando.

Marc llevaba una camisa blanca y los mismos vaqueros desgastados de siempre cuando ha salido de casa.

No tarda en darse cuenta de que es inútil lo que está haciendo. Porque por si no fuese suficiente la música que le apalea el cerebro, las luces que le queman las retinas y el humo de las cachimbas que se le mete en los ojos; la gente no deja de moverse.

—No sabía que los ángeles caminaban entre nosotros.

Anthony pega un brinco cuando, concentrado en buscar, un hombre se le acerca y se coloca muy cerca de su rostro.

—Ah... er... Hola —su voz queda sepultada por la música.

—¿Vienes mucho por aquí? Pareces muy joven para este sitio —apunta el desconocido, y sus labios dibujan una sonrisa—, aunque no es que eso me moleste.

Su complexión es alta y regia, su pelo rubio, y su ancho roza el sobrepeso. Anthony usa las manos para apartar al hombre, que deberá rondar los treinta años. No hace falta que abra la boca, el aliento se le escapa por la nariz y está cargado de alcohol; se balancea de un lado a otro copa en mano.

—Lo siento, estoy buscando a alguien —se disculpa, elevando la voz todo lo que puede y bajando el primer escalón, pero una mano se ancla a su antebrazo y le obliga a dar un paso atrás. Su espalda choca violentamente contra la pared.

—No tienes que seguir buscando —dice, y levanta las palmas—. Ya me has encontrado.

Anthony sonríe con nerviosismo. Está pegado a la pared, y el tipo está muy pegado a él. Busca de reojo una escapatoria. La barandilla es muy alta como para saltarla con rapidez, y debajo hay asientos ocupados, no hay un hueco en el que pueda saltar.

Desde el otro lado de la barra, Marc se remanga la camisa y suelta un largo y sonoro resoplido que se ahoga con la música.

Lleva los tres primeros botones de la prenda desabrochados y un mandil negro atado a la cintura por el que asoma un abrebotellas; un reloj gris en la muñeca y el pelo mojado hacia atrás dejando a la vista su frente. El sudor le resbala por la frente y su pecho al descubierto.

—¿Por qué hay hoy tanta gente? —farfulla, y abriendo el grifo de la cerveza llena tres jarras de una sentada. Las coloca sobre la barra y enseguida

vuelve a llenar tres más. Su compañero se encoge de hombros.

—Habrán terminado los exámenes de alguna facultad —grita Dab para que le oiga.

Marc mira su reloj. El tiempo está pasando tortuosamente lento esta noche. Desde que ha llegado no ha estado quieto en el mismo punto por más de dos segundos seguidos. Mojito, Manhattan, Whiskey, Mojito, Mojito, Caipiroska. Los días con tanta gente son un dolor de cabeza. Los universitarios se apelotonan en la barra y dan berridos extendiéndole, o directamente tirándole, billetes y gritando que bebida quieren.

—Creen que soy un puto bailarín de estriptis —se queja, cogiendo los billetes. Su compañero suelta una carcajada a su lado, él tampoco deja de hacer cosas ni un minuto.

—¿Y cómo te va en la nueva casa? —pregunta el pelirrojo.

—No lo sé. —Apenas puede oírse sus propios pensamientos—. Creo que... Bien —algo de sorpresa en sus palabras.

—¿Bien? ¡Eso es más que un bufido, es una palabra completa! —vocifera, y dibuja una enorme sonrisa en medio de todo el ajetreo. Marc también esboza una mínima sonrisa, porque él mismo cree que es una tontería lo que va a decir.

—No sé si estaré perdiendo el juicio, Dab. —Balancea el rostro—. Pero creo que son buenas personas.

La sonrisa de Marc se hace más notable, sus manos se mueven ligeras manejando tarros y vasos de un lado a otro. Su compañero se para un pequeño instante, sorprendido.

—Si no me hubiese tomado dos Gin tonic juraría que les estás cogiendo cariño. —Sus pelirrojas cejas se curvan ligeramente con preocupación—. Otra vez.

—No, esto no es lo mismo. Es... —suspira, y niega—. No lo sé. Siento que esta vez es diferente.

—Marc, no existen las buenas personas —su tono se ha vuelto serio, ha dejado de moverse. Marc también se detiene, porque aunque Dab no dice nada más sus centelleantes ojos marrones lo dicen todo.

Sí, el también lo recuerda, no es la primera vez que lo dice. Fue así en sus primeras familias, cuando no paraba de repetir que pronto dejaría de necesitar el trabajo y solo vendría para visitarle desde el otro lado de la barra.

—No vamos a trabajar siempre aquí —se defiende Marc, molesto de repente, como si Dab tuviese la culpa por haber manifestado un pensamiento que él también tiene, pero trata de evitar.

Una tercera persona se mete por debajo de la barra, saludando rápidamente con la cabeza y cogiendo un taburete para alcanzar a una de las cachimbas grandes de la balda más alta.

—¿Cómo vais? —pregunta, sus dedos se estiran en punta hacia el aparato. Ayo es el más joven de todos y su altura queda por debajo de la media. Dab le hace bajar para subirse en su lugar.

—Marc dice que su nueva familia son “buenas personas” —se chiva. Ayo estalla en una aterciopelada risa, coge el aparato que Dab le tiende, y vuelve a agacharse para salir

—¡Eso no existe, Marc! —grita desde lejos.

Marc chista.

—Eres un bocazas.

—¡Soy tu amigo, me preocupo por ti! —Se ríe, y su tono se vuelve dramático—. Si no hacemos piña en este cruel y despiadado mundo, ¿qué será de nosotros?

Aún le sigue pareciendo extraña la denominación que usa para referirse a él. “Amigo”. Bueno, si alguien pudiese serlo definitivamente sería Dab, porque desde el mismo día en que se hubieron conocido habían confiado sus traumas al otro, y su historia es más o menos igual porque no tiene padres, ha ido rotando de una familia de acogida a otra y ya se acerca a la mayoría de edad.

Del pasado de Ayo, el más pequeño, solo sabe que procede de África, que sus padres en un intento desesperado por darle una vida mejor a su hijo lo habían lanzado junto a otros al mar y que una vez aquí, sin nada ni nadie, ha acabado trabajando con ellos. No está en el censo, así que ni le adoptan ni le devuelven. La historia de Jota no la sabe, ni le interesa.

—Bueno, ¿y qué te ha hecho pensar eso? —Dab está curioso.

—Es por mi hermano —dice, y se lo piensa dos veces antes de preguntar, pero lo hace—. Dab... ¿Tú crees en el amor?

—¿En el de familia o en el romántico? —Se gira. La pregunta le ha pillado por sorpresa.

Marc levanta un hombro, y lo deja caer.

—En el que sea.

El pelirrojo abre la boca, exhalando una pequeña cantidad de aire antes de hablar, pero le interrumpen.

—No os distraigáis —ordena, dejando en la barra una pila de vasos usados que acaba de recoger—. Se enfadarán.

Ese es Jota, uno de los mayores capullos que Marc jamás haya conocido. Con su pelo oscuro y su complexión doblada, nadie sabe cuál es su nombre después de su apodo. No sabe la cifra exacta, pero debe de rondar su edad. Aunque su enorme ego le haga creer que es el líder y esté toda la noche dando ordenes a todo el mundo.

Dab no dice nada más, le palmea el hombro a Marc en un gesto preocupado y se pone a llenar otro par de copas que alguien ha pedido.

Anthony se revuelve contra la pared, inquieto.

—Vamos, te invito a una copa —insiste el desconocido, zarandeando los hielos de su bebida vacía.

—No, muchas gracias —deniega, buscando desesperadamente una excusa para librarse de él—. Yo no puedo beber, ¡solo tengo dieciocho! —grita muy alto, asegurándose de que pueda oírlo bien y quizás salir espantado.

Lejos de irse, el hombre cierra aún más el espacio entre su cuerpo y la pared.

—Así que eres un niño malo —su voz rasposa, su boca acercándose a su oreja. Le hace temblar cuando su aliento le golpea la oreja. Luego se aleja, solo un poco—. Venga, que te invito.

—¡No, de verdad, no hace falta! —insiste, pero el hombre le agarra el brazo con fuerza; tira de él bruscamente. A duras penas Anthony consigue frenar el tirón, y trata de soltarse, de levantarle los dedos uno a uno. En el

forcejeo el vaso del tipo va a parar al suelo y el cristal revienta contra el escalón, separándose en un montón de pedazos que se esparcen por todo el suelo.

—L-lo siento —intenta disculparse, no porque se sienta culpable, de hecho, agradece que en el breve instante de sorpresa que ha conseguido liberar su brazo; se disculpa porque tiene miedo, porque las facciones de su contrario se agudizan y ensombrecen, y sus cejas se inclinan expresando notable molestia.

—¡He dicho que voy a invitarte a una copa, maldición! —grita exageradamente, y su voz destaca en el instante en el que la banda termina la canción—. ¡Serás desagradecido!

La banda empieza otra canción, y él sigue gritándole. Muchas cosas. Su voz grave resuena como un estruendo en esta esquina de la sala, aunque las personas que se giran a ver qué pasa pueden contarse con los dedos de una mano.

Desde la barra, Dab llama a Marc con un codazo. Dirige su mirada a la escena con un toque de cabeza.

—Va a ver que llamar a Morris —sopesa, secándose las manos con un trapo antes de levantar la puerta de la barra. Marc, con los ojos abiertos como platos y la boca desencajada, se apresura a retenerle del hombro.

—Dab, tengo que pedirte un favor.

—¿Eh? —No entiende la repentina expresión de desconcierto en el rostro de Marc.

Marc gruñe, quitándose el cinto apresuradamente. Ignora a los universitarios que se quejan al otro lado de la barra cuando los dos se quedan parados en una esquina; buscando la intimidad que le sea posible recabar aquí en medio.

—Ese es mi hermano. Debe habernos seguido.

—¿Cómo? ¿Tu hermano? —Sus ojos brillan de curiosidad—. ¿Cuál, el abusón o el canijo?

—El canijo —suspira—. Tengo que llevarlo a casa, ¿puedes cubrirme?

—¿¡Qué!?! —pega un pequeño bote, angustiado de solo imaginar tener que hacer frente solo a esta marabunta de zombies sedientos de alcohol.

—Lo sé, lo siento, pero no puedo dejarlo así. No llevamos aquí ni una hora y ya lo van a matar. —Dab se queda un rato pensativo, su labio es cruelmente maltratado por su dentadura superior mientras considera la posibilidad. Finalmente mueve la cabeza en una energética negación. Marc aprieta las pestañas, sabe que está pidiendo demasiado.

No quería tener que jugar esta valiosa carta tan pronto, quería reservarla para sacarle algo mejor a su compañero, pero ahora la necesita urgentemente. Sus labios escudriñan las palabras una a una, su tono expresa un profundo pesar.

—Me debes lo del Jagua —dice.

—Mierda —esputa Dab. Desvía la vista y farfulla algo en voz baja. Luego asiente con pesar. Marc sonrío y sale de la barra—. ¿Y qué le digo a los demás?

—¡Diles que se metan en sus asuntos! —grita, abriéndose paso entre la multitud hacia la escalera.

—¿A dónde va Marc? —pregunta Ayo, que acaba de volver para coger una botella de champán—. Para esas cosas está Morris, va a conseguir que vuelvan a cortarle.

Dab evoca un sonoro suspiro. Ni se molesta en responder, se apresura a servir a las personas que se están acumulando en la barra. Desde la otra punta, Jota ha visto la escena.

Sus ojos se afinan, y su barbilla se inclina hacia arriba en un gesto de superioridad.

Cuando el grupo termina y baja del escenario, las luces de colorines se apagan, y Anthony tiene que cerrar los ojos porque encienden las estroboscópicas, que centellean por toda la sala pareciendo ralentizar el tiempo.

—¡Contéstame cuando te hablo! ¡Mierda! —vocifera el tipo.

Todo ocurre entonces a cámara lenta. Anthony tratando de evadir al abusón, deslizándose entre su pierna y su brazo, bajando la escalera en un tropezón que asombrosamente no acaba en una caída. Se abre paso a empujones como puede entre los universitarios ebrios, que se apartan de mala gana para dejarle un pequeño hueco. El hombre va tras él, le alcanza la

muñeca, y tira de ella con mucha fuerza, le hace daño.

No sabe cómo pero consigue liberarse y retrocede de espaldas, y tropieza con un vaso de cristal que se va rodando y cae de culo al suelo. El rostro ensombrecido de ese hombre queda grabado en su retina, porque las luces dibujan sus facciones por turnos, y luego se apagan y la iluminan sin sombra alguna.

Ve una mano que se levanta furiosa, transformándose en un puño, y el horror toma posesión de su rostro sabiendo que no tiene sitio al que apartarse. Ve la silueta de alguien más que surge de la nada, y otro puño alzado en el aire, más alto, más veloz. Ve al acosador desapareciendo de su visión, desplomándose en el suelo. Y una mano se tiende en su dirección, el rostro de su hermano se acerca. Le dice algo que no puede escuchar por el ruido, pero no se preocupa de que Marc le haya descubierto cuando se aferra a su brazo como si le fuera la vida en ello.

Marc va delante, y solo puede verle la espalda y los dedos que están agarrados con fuerza a su antebrazo mientras tira de él. Con su complexión tan alta y su espalda tan ancha, no es solo que le sea mucho más fácil abrirse paso, es que la gente se está apartando.

Salen por la puerta trasera. Nada más poner un pie en la calle una oleada de frío golpea a Anthony sin piedad. Están en el callejón entre los locales. Está oscuro y lleno de cajas y bolsas de basura.

Cuando Marc cierra la puerta el estruendo de la música se vuelve un suave ruido de fondo.

Le agarra de los hombros y lo aleja de la puerta hasta el muro. Su rostro está muy cerca, su expresión expresa fastidio y su mirada impenetrable le punza el estómago. Está muy serio.

—¿En qué cojones estabas pensando? ¡Joder, Anthony! —ladra. Anthony agacha la cabeza. Está hablando muy alto, le está gritando prácticamente. Sus demandantes ojos azules no le quitan la vista de encima —. Me has seguido, ¿verdad? ¿Desde hace cuánto? Por Dios... ¿en qué momento has pensado que era buena idea?

Anthony se cubre los antebrazos, intenta protegerse un poco del frío que le cala lo que hace un momento era sudor.

—¿Y cómo cojones te han dejado entrar? —Aunque desde aquí no se ve, se gira dirección a la puerta. Cuando vuelve a mirarle sus cejas están

todavía más flechadas—. ¿Has venido hasta aquí tú solo? —Anthony asiente de forma queda—. ¿Cómo has venido?

—En... bici... —musita, con las orbes humedecidas clavadas en el suelo y los hombros temblorosos por el frío. Da un sonoro respingo.

Marc desvía la vista a un lado, incómodo.

Quiere gritarle. Quiere asustarle lo suficiente como para que nunca vuelva a tener un plan tan estúpido, para que nunca vuelva a pisar un lugar como este.

Al final, solo invoca un leve suspiro.

Despega al asustado Anthony de la pared, lo echa sobre su pecho y lo aprieta cuando rodea su cabeza y sus hombros con los brazos.

—No sabes el susto que me has dado —exhala.

—Lo siento... —solloza.

Marc lo aprieta más fuerte. Le sigue regañando con suavidad, en un tono infinitamente más dulce.

—Este es un sitio peligroso, no deberías haber venido. —Inspira hondamente. No ha dejado de estar enfadado.

—¿Y por qué vienes tú? —se atreve a cuestionar—. ¿Es aquí donde vienes todas las noches...?

Marc le echa un vistazo. Anthony está agazapado bajos sus brazos, y se queda mirando el revuelto cabello castaño un buen rato. Se le oye intentar controlar las lágrimas.

Le deposita un casto beso en los mechones.

—No tienes por qué preocuparte —dice, pero Anthony sigue más preocupado que en toda su puñetera vida—. Yo... Trabajo aquí.

Anthony abandona su guarida. Le apoya la barbilla en el pecho para verle y sus dedos se le afianzan a la camisa, interrogante. Marc gruñe descontento. Los verdes están cubiertos de agua.

Se lleva las lágrimas con los pulgares.

—Soy barman —dice.

Las finas cejas se curvan todavía más desconcertadas.

—¿Bar... man? —repite para sí.

—Lo siento si esperabas algo más. —Marc suelta una pequeña carcajada sarcástica—. Por ahora no dirijo ningún cartel de droga ni mato a gente por dinero.

—Pero... Pero tú... —Tuerce la barbilla. Su mente está hilando los hechos pasados—. ¿La herida...?

—Un capullo que bebió de más —explica sin más, y la sencillez con la que se pronuncia le aturde todavía más. Después de tanto tiempo le cuesta creer que sea tan simple.

—¿Y por qué... Por qué no me lo dijiste? —cuestiona con seriedad. Ahora parece un poco molesto, pero es difícil tomarle en serio con el labio tembloroso y las mejillas rojas. Marc suspira, preguntándose si es por llorar o por el frío.

—No te hace falta saberlo —dice. Lo separa con suavidad para ir a sentarse en el escalón del negocio contigo. Palpando el bolsillo de su camisa saca un cigarrillo que se pone en el labio. Rebusca en los demás el mechero, pero chasquea la lengua cuando cae en la cuenta de que lo ha dejado dentro en su sudadera.

—Escucha, Anthony, sé lo que vas a decir —expone, zarandeando las manos al aire con gesto cansado y el cigarrillo entre los dos dedos—. Que este sitio es peligroso, que no me hace falta estar aquí, que puedo confiaros las cosas a vosotros... —Anthony asiente con efusividad. No entiende entonces cuál es el problema, por qué sigue aquí, por qué no ha dicho nada antes—. Aunque me gusta trabajar aquí por el dinero, no lo estoy haciendo porque me apasione.

Marc le hace un gesto con los dedos para que se siente también.

—¿Recuerdas el primer día que me viste salir por la ventana? —pregunta. Un asentimiento por respuesta. Marc sonrío de medio lado al recordarlo—. La cara que se te quedó no tuvo precio, pero realmente me pillaste la segunda vez, cuando te pusiste a llorar... No supe cómo reaccionar. Y juro que todavía no entiendo por qué lo hiciste. —Anthony se sonroja, sintiéndose un completo idiota ahora que sabe que Marc solo venía a trabajar

—. Pero entendí que eras una buena persona, Anthony, por eso quiero alejarte de este mundo.

—¿Pero por qué no te alejas tú? —se apresura a preguntar—. ¿Por qué no dejas el trabajo? ¿De quién es la decisión sino tuya?

Marc aguarda en responder, con las orbes verdes centelleando y atreviéndose a mantenerle la mirada en una demanda.

—Hace unos años, cuando mis padres... —Su voz se va apagando, como si después de comenzar a hablar hubiese comprendido que esas no eran las palabras que quería pronunciar—. Sus negocios, las cosas que hacen; supongo que no son lo que se dice “legales”—dice, sus dedos dibujando unas comillas en el aire y su boca torciéndose en una mueca incómoda—. Pero ellos me sacaron de la calle. Ellos me dieron un sitio a donde ir, un trabajo... Ellos son los dueños de este bar, y de la mitad de los que ves delante —y añade, con tristeza—. También me acogieron cada vez que mis familias adoptivas se cansaron de mí.

Anthony tiembla las rodillas sobre el escalón, se mira las puntas de los pies y las mueve para que no se congelen.

—¿Ellos, quienes...?

—La Familia —responde con firmeza, como si esa fuese la única forma en la que el nombre debiera ser pronunciado. Anthony le mira de soslayo. ¿Y qué es eso? ¿El nombre de una secta religiosa, un salón de acogida, una cadena de comida italiana?

—Pero ya no te hace falta. Nosotros no vamos a... devolverte...

Su voz se apaga, porque su mente es incapaz de imaginar lo que Marc, de su misma edad, sentado en el mismo escalón que él, habrá vivido para pensar eso. Pero... Pero es verdad, ellos no van a devolverle.

Marc no tiene nada agradable que decir al respecto, así que se limita a observar en silencio las agitadas orbes verdes, y el vello de Anthony se eriza, y un escalofrío recorre su espalda, tratando de mantenerle la mirada a unos ojos que, comprende, han visto demasiado.

—Voy a por mis cosas, nos vamos a casa —decreta. Se apoya en la rodilla para levantarse del escalón, y antes de dar el primer paso parece

acordarse de algo. Se gira, y le dedica una mirada inmensamente certera. Su índice le apunta frente a los ojos, firme y demandante—. No te muevas de aquí —le ordena.

Marc abre la puerta y se pierde dentro del local, y Anthony queda sumido en un vago silencio, con la música de fondo.

Se encoge sobre sí mismo, arrepentido de no haber traído algo más de abrigo.

La puerta del local vuelve a abrirse, y se levanta con pereza para emprender el camino de vuelta a casa, pero quien desciende por los escalones no es su hermano.

De gesto frío y mirada apagada, un chico de pelo oscuro baja con parsimonia. Le hinca los ojos sin reparo. Incómodo, es Anthony quien desvía la mirada. Vuelve a sentarse en el escalón.

Con paso descuidado el tipo se le acerca, y su sombra le cubre el rostro cuando se queda parado justo en frente de él.

Anthony, esperando no tener que repetir una incómoda escena como la de hace un momento, levanta el rostro e intenta saludar con simpatía.

—Hol...

Apenas se ha pronunciado cuando le interrumpe.

—Así que tú eres el chico que le ha vuelto maricón —suelta, tan normal que no parece haber intención de herir en sus palabras. Con el gesto serio y la mirada fría, más bien expresa fastidio—. Tampoco eres para tanto.

—Chista.

De espaldas a la luz, no puede distinguir bien el contorno de su rostro.

—¿Perdón...?

—Ten cuidado con él, chico. —Su voz es nuevamente sepultada bajo el tono más crecido del chico—. Nuestro Marc puede tener muy mal genio —dice.

—¿Quién eres tú? —inquiere molesto. Mira la puerta esperando a que Marc aparezca.

Su consulta es ignorada.

—¿Sabes que tu hermano es un asesino? —pregunta, de forma retórica,

no le da tiempo para cuestionar o negar la acusación, porque entonces su rostro invade peligrosamente su espacio personal, y sus dientes relucen con la escasa luz cuando sus labios se separan para esbozar una irónica media sonrisa. Se pronuncia en un tono infantil que imita la voz del menor en una burla—. Pregúntale: «¿Dónde están tus padres, Marc?».

La puerta se abre de golpe con un breve chirrido. Con una bolsa en la mano y la chaqueta sobre el hombro, Marc baja los escalones revisando el contenido de la bolsa.

—No sé si tienes hambre, he cogido un bocadillo y... —Su expresión relajada se borra cuando ve la otra silueta parada en mitad del callejón, demasiado cerca de su hermano—. Jota, ¿qué haces?

El mencionado, con las manos en los bolsillos, se incorpora.

—He salido a tomar el aire. —Despreocupado, saca un cigarrillo que enciende tranquilamente. Da un par de pasos hasta el muro contiguo y se apoya—. No sabía que era el día de traerse la familia al trabajo —dice.

Ignorando la molesta presencia, Marc se acerca al tembloroso Anthony. Le hace un gesto para levantar los brazos y le embute en la sudadera. El chico emerge todo despeinado.

Le frota el hombro para hacerlo entrar en calor.

—¿Te vas ya? —Jota sacude el cigarrillo, la ceniza va a parar al suelo.

—Dab me cubre, me debía una —explica brevemente. Jota asiente y da otra calada.

Su intensa mirada mientras se alejan le incomoda enormemente. Detesta a este chico con toda su alma. Su aura de superioridad, sus palabras dañinas que dispara en cuanto tiene ocasión.

No tiene mayor propósito en la vida que hacer fracasar a los demás.

—Marc —le llama de lejos—. ¿Vendrás luego al Podio?

—Hoy no —responde sin girarse.

Ambos salen del callejón sin intercambiar más palabras, Jota desaparece tras la puerta del local, y Marc rodea los hombros del tembloroso Anthony.

—¿Te ha molestado ese capullo? —hay repulsa en sus palabras.

Anthony lo de reojo, es él quien coge y lleva la bici. La sujeta con una sola mano porque tiene el brazo puesto sobre él, pegándole a su torso para

darle un poco de su calor.

¿Su hermano es un asesino?

No, eso no puede ser. Claro que también debería estar loco para creer las palabras de un completo desconocido que le ha tratado con tanto desdén y soberbia.

—No, que va —niega. Pasa el brazo por la cintura de Marc buscando también su calor. La sudadera le queda gigante, así que solo apoya su muñón de tela pero no se puede agarrar.

Al final, aunque preferiría haberse ahorrado alguna cosilla, ha conseguido saber más de Marc. Y tampoco se ha enfadado tanto al descubrir que le ha seguido... ¡no puede creer que todo haya salido bien! Sonríe, satisfecho con el desarrollo de la misión.

Marc le ve sonreír, y él también esboza una pequeña sonrisa imaginando lo que está pensando.

Revuelve los mechones castaños y deposita un beso en su cabeza. Anthony se sonroja, y juntos recorren el camino de vuelta a casa.

El truco es apuntar a los diamantes

Cuando sale de casa, el Sol brilla con tanta intensidad que fácilmente podría olvidarse del calendario y jurar por los dioses que esta es una cálida mañana cualquiera en mitad de agosto. Sin embargo, lejos, exasperantemente lejos de las vacaciones aún, Anthony camina rumbo al instituto, agarrando las asas de su mochila y canturreando con tranquilidad. ¡Un simple trabajo de camarero, eso es lo que le ha mantenido en vela tantas noches!

—¡Que sí! —grita la pequeña con su voz chillona.

—Que nooo... —Una voz raspada que se arrastra, cansada.

De la mano del soñoliento Marc se recuelga Annie, gritándole con su tono infantil que le lleve a caballito hasta la clase. Lleva insistiendo desde que han salido.

Anthony, encabezando al grupo, se ríe.

Anoche llegaron tarde a casa después de más de media hora de caminata. Sus pies se quejan cuando piensa en ello. Se recuerda trepando con dificultad por la dichosa tubería, quitándose los zapatos y desplomándose sobre la cama de Marc sin fuerzas.

Echa la vista atrás. Si Marc llega tan tarde a casa después de trabajar y al levantarse tiene que prepararse para ir al instituto, ¿cuantas horas ha estado durmiendo estas semanas? Se le queda mirando, preguntándose si las marcadas ojeras que siempre porta no se deben a la genética como había supuesto en un principio.

Anthony se separa para dejar a Annie en Primaria, y cuando vuelve Marc lo está esperando. Sus mejillas se colorean tratando de contener la ilusión.

—Qué bien que llegamos con tanto tiempo. Se me hace raro y todo.

—Sus ojos achinados, su sonrisa espléndida—. Le pediré los deberes a

Ryota y le invitaré a algo de la máquina —piensa en voz alta.

—Pudiste hacerlo ayer antes de seguirme. —Inhala—. O mejor, en vez de seguirme. O el sábado, o el viernes...

—No pasa nada, Ryota está acostumbrado. —Hay un inexplicable orgullo en sus palabras.

Cuando llegan a las puertas de clase Marc se despide con un leve levantamiento de mano, y Anthony con una sonrisa. Se nota que aún quedan diez minutos para que suene el timbre porque solo hay siete personas en la clase.

—¡Buenos días, Ryota! —exclama con alegría.

Él le devuelve el saludo sin despegar los ojos de un denso libro que sujeta entre las manos.

Anthony dirige la vista al puesto tras él, y sus ojos se expanden. Con rapidez deja la mochila junto a su pupitre.

—¡Hola, Kyle! —Su tono energético sorprende al chico, que despega la cara de la libreta y casi suelta el bolígrafo con el que estaba escribiendo a toda prisa. Está copiando unos ejercicios.

—Hola, Anthz.

Los ojos marrones de Kyle están brillantes de nuevo, su pelo lacio y su flequillo recogido y elevado al frente; pero un ligero amoratado destaca bajo sus cuencas. Anthony se preocupa.

—¿Por qué no contestabas ayer? —Saca una libreta de la mochila y se hace hueco en la mesa para copiar los ejercicios también—. ¿Estás bien? ¿Sigues triste?

Kyle deja de escribir. Le mira fijamente aunque Anthony ya está concentrado en rellenar su libreta.

—¿No has mirado el móvil?

—¿Eh? ¡Ah! —Rebuscando en la mochila, saca el dispositivo. No lo ha revisado en toda la mañana y aún estaba apagado desde anoche—. ¿Me dijiste algo? Lo apagué temprano porque me fui a... Dormir. Estaba cansado.

En cuanto lo activa todas las notificaciones suenan de golpe. Se apresura a quitarle el sonido y agradece al cielo que el profesor aún no haya llegado.

Sus ojos se mueven veloces leyendo los textos, y cuando termina, sus cejas se curvan con tristeza.

—Debí apagarlo antes de que me escribieras. —Sigue revisando el resto de mensajes. Hay muchos del grupo.

—No importa —zanja, porque ya supone que ese tiempo lo ha pasado con Marc y no tiene ganas de hablar del tema.

Anthony va a abrir la boca, pero la cierra antes de pronunciar palabra. Piensa qué puede contar de anoche.

Sus orbes verdes contemplan las marrones y estas le devuelven la mirada, en silencio, por unos larguísimos e incómodos segundos. Luego Kyle desvía el rostro. Sigue escribiendo en la libreta.

—Holiwi. —Noemí zarandea la mano en el aire y deja sus cosas sobre su pupitre, justo detrás de Kyle.

El castaño le corresponde con energía, pero Kyle solo deja caer las palabras con tono desganado.

Anthony y Noemí se miran preocupados.

—Esto... Kyle —le llama la chica, aunque él no se gira. Se coloca en pie junto a su mesa y le pone la mano en el hombro con una sonrisa—. Hemos pensado en ir esta tarde a un café que han abierto nuevo, ¿te vienes?

Oliver, que llega justo a tiempo para escuchar la proposición, se aproxima con un alegre berrido por saludo. Los chicos del fondo le mandan callar, pero él los ignora.

—¡Yo me apunto! —grita.

—Yo también quiero ir —manifiesta Anthony, su voz más calmada que la de su compañero y sus ojos clavados en Kyle. Detrás de Noemí, Ryota también se une.

Kyle sonrío, y se alegra de tener unos amigos que, aunque no saben disimular en absoluto, se preocupan por él.

—Me apunto —declara.

—¡Genial! Por cierto, ¿habéis visto ese vídeo de la foca dando vueltas? “Spinning seal” —dice Oliver. Noemí asiente efusivamente, soltando una sonora carcajada cuando recuerda el vídeo que también ha visto.

—¡Voy por la mitad de la versión de diez horas!

—¿En eso gastáis el tiempo en vez de estudiar? —chista Ryota.

—¡Pero, es tan mona! —un agudo chillido de Oliver. La chica saca el móvil y la reproduce. Los dos se ponen a mantener una extensa conversación sobre vídeos chorra de Internet que han visto millones de veces. ¿Cómo van a hacer los deberes si están ocupados intentando ver todos los archivos de TuTubo que existen?

—¿Y el del “Russian knuckles” lo has visto?

—¡Dios, sí! Ojalá no ser pobre para poder comprar un VR.

—En el futuro no tendremos que salir a la calle para hacer nada, porque los robots nos traerán la comida y viviremos en Internet. Dentro de cincuenta años mirarán hacia atrás y nos verán como neandertales.

—El VR está a un estudio sanitario de restringirse como el tabaco, ya se han dado muchos casos de epilepsia fotosensible en adolescentes —se mete Ryota, y Oliver le mira mal.

—Aburrido.

—Pero tiene razón, ¿no has visto ese vídeo? —defiende Noemí.

—¿Qué vídeo?

Ella lo busca rápidamente. Lo tiene en favoritos.

Kyle ve a sus compañeros hablar y reír, y su pecho se calienta y se relaja. Se ha comido un montón la cabeza este fin de semana, pensaba que le iban a hacer preguntas sobre la excursión y lo callado que ha estado en el chat de grupo, e iba a tener que dar explicaciones, que Anthony iba a estar encima de él preguntándole por esa chica; pero no hay nada de eso.

Solo hay risas.

—¿Estás mejor? —le pregunta Anthony, bajito. Sus compañeros han puesto un vídeo de animales haciendo cosas de personas. Kyle asiente, y él le sonrío—. Me alegro.

Cuando el profesor entra se hace un silencio sepulcral y todos se sientan. Kyle, sin muchas ganas, saca el libro de Física, y mientras el profesor explica sus ojos y su mente se quedan en la silueta que tiene delante.

Anthony está muy feliz. No sabe qué ha hecho en todo el fin de semana,

pero puede imaginarlo: lo ha pasado con su hermano, o en otras palabras, con el chico que duerme a cinco metros de su cama. Su corazón tiembla ante la imagen que se recrea en su mente, imaginando la cantidad de noches que esos metros se acortan hasta el cero porque así Anthony lo haya querido.

Traga saliva, incómodo.

No, no tiene que pensar en eso. Las cosas pueden seguir como siempre, con risas, con charlas amenas; como amigos. No ha cambiado nada. Que Anthony esté con Marc no tiene por qué cambiar nada. Y él parece muy feliz, así que todo está bien.

Si Anthony está bien, él está bien.



Desde la calle, a través del escaparate, Anthony saluda a sus amigos. Kyle, desde dentro, hace lo mismo. Han quedado a las cinco en punto, y el castaño es el último en llegar, como de costumbre. La puerta del café se abre hacia afuera, y apenas ha puesto un pie dentro la sonrisa de Kyle se difumina. Tras Anthony, el odioso Marc recrea el papel de un guardaespaldas que nadie ha pedido.

Anthony contempla maravillado el local. No sabía que era de temática irlandesa. Hay mucha gente aquí dentro pero el ambiente es muy tranquilo, un blues relajado suena de fondo. Ryota se está tomando un café, Oliver devora un donut. Noemí está recostada en el billar, buscando el ángulo para golpear la bola; Kyle está al lado suya.

—Holi —saluda el castaño, sentándose al lado de Oliver y cogiendo la carta—. Chicos, he traído a Marc.

El azabache saluda con la mano.

—¡Hfola, Mafc! —farfulla Oliver con la boca llena.

—Hola, Marc. —Ryota lo hace desde el asiento. Noemí está concentrada en pegarle a la bola. Le da y consigue meterla, pero la blanca se va detrás.

—¡Cachis! Hola, Marc.

—Hili Mirc —murmura Kyle, sus ojos blancos apuntados hacia las

estrellas.

Oliver, cuando ya se ha zampado todo el donut, se levanta para pasarle un brazo por los hombros al azabache.

—Sabes, para entrar a nuestro grupo tienes que pasar una dura prueba.

—Marc y Anthony se miran, él tampoco sabe qué se le habrá ocurrido, pero con gesto despreocupado le avisa de que no le tome muy en serio—. Consiste en responder una pregunta.

—Vale —asiente con su expresión seria.

Oliver se aclara la voz.

—Tú... ¿Cómo lo haces...? Lo de atraer tantas chicas...

Noemí se ríe.

—Marc, si consigues que este se ligue a alguien te doy cinco eurazos —dice, pasándole el palo a Oliver.

—Cinco euros son muchos euros —sopesa Marc con las manos en los bolsillos, siguiendo la jugada. El chico le ha dado a la bola con demasiada fuerza, rebota en tres de las paredes y mueve varias bolas, pero no ha acercado ninguna a los agujeros.

Gruñe, devolviéndole el palo a ella.

—Olvida eso, si me consigues una cita con Amanda Wattson te doy cincuenta —le ofrece.

Marc enarca una ceja. Anthony le lee la mente.

—Amanda es la alumna más popular y chupiguay de segundo —aclara con desgana, levantándose para hablar con Kyle mientras Oliver interroga a Marc.

—Hola, Anthz —añade un pequeño choque de puños.

—Me alegro de que hayas venido —sonríe, y Kyle también lo hace.

El brazo de Anthony pasa entonces por su espalda, alcanzando pobremente sus hombros debido a la diferencia de altura; y le apoya la cabeza en el brazo mientras sigue las jugadas en la mesa.

—Hacía tiempo que no salíamos todos juntos —dice.

—Solo hace unas semanas.

—Pero han parecido siglos —subraya, y le apoya la mejilla cuando mira hacia arriba—. ¿El que a mí me gustaba era el Capuccino o el Frappé ese?

Kyle se ríe. Anthony hincha un moflete.

—Nunca te acuerdas. El Capuccino.

—Pues ahora vengo.

—Vale.

Anthony bordea la mesa entera.

—¿Tú quieres algo, Marc? —pregunta antes de irse, y él niega. Mirando hacia atrás, Anthony se olvida del desnivel del suelo y casi baja los escalones de boca. Luego sigue andando como si no hubiese pasado nada. Kyle suelta un par de silenciosas carcajadas y se le queda una sonrisa.

—Que te digo que eso no es así, Oliver, no seas pesado —le regaña Noemí.

—Y yo estoy seguro al ciento por ciento. ¡Lo leí en Internet! —se defiende—. ¿A que sí, Marc?

Marc levanta los hombros. No tiene ni idea de qué están hablando. Noemí coge su mochila, saca el móvil y se pone a buscar algo. Oliver se acerca farfullando.

El elevado tono de su pelea saca a Kyle de su ensoñamiento, que se sonroja porque no sabe cuánto tiempo se ha quedado empanado. La punta del palo se le ha quedado marcada en la mejilla.

—¿A cuánto vais? —le pregunta Marc, acercándose a la mesa. La tantea indiferente con la palma de la mano.

Kyle achina los ojos, le observa balancearse de un lado a otro.

—No jugamos con puntos. El último que queda es quien paga la siguiente ronda.

—¿Sin puntos? Vaya —cuestiona, como si entonces el juego careciera de todo sentido posible. Al menos eso es lo que entiende Kyle.

Levanta la barbilla, lo mira con desdén. Cada uno a un lado de la mesa

—Nosotros jugamos como amigos —habla despacio—. Si quieres, puedes contar tus puntos.

—No, da igual —responde simplemente.

Kyle aprieta el entrecejo, sus ojos se afinan. Esta persona le crispa los nervios. Siempre con esos párpados medio cerrados en desinterés, ese tono de voz plano y esa forma de mirar altiva. Viniendo a meterse donde no le llaman. Primero le roba a su mejor amigo y ahora quiere meterse y romper el grupo entero.

Lo odia.

—Bueno, Marc. —Rueda el palo de billar entre los dedos. Su voz trata de ser más grave, su ceja derecha está levantada—. Cuéntanos algo de ti.

—¿Qué quieres saber?

—No sé... —expresando falsa duda, Kyle balancea el rostro—. Por ejemplo, ¿de dónde coño has salido?

Marc también enarca una ceja.

Ryota, que ha estado presenciando la escena en silencio, se cubre la frente con la mano. Era obvio que esto iba a salir mal, pero no había calculado que sería tan rápido. Noemí y Oliver están en una esquina, ella está gritando algo y Oliver se disculpa, ninguno aparenta haberlo escuchado.

—Vengo del orfanato —aclara. Aunque entiende que la pregunta es retórica, no tiene ganas de pelear con nadie, y menos con el supuesto mejor amigo de Anthony. Su hermano ha insistido mucho en que viniese al café con ellos. Para integrarse, había dicho.

—Ya —una respuesta seca.

Las orbes azules puestas en las marrones, las marrones manteniéndole la mirada en un silencioso duelo.

—¡Bueno! —Anthony regresa, esta vez subiendo con cuidado los condenados escalones—. Somos cinco para el billar. ¿Cómo lo hacemos?

Se sienta con Ryota y apoya la bebida en la mesita.

—Es verdad, Ryota nunca quiere jugar —sopesa Noemí mirando al chico, que le devuelve una negación—. Entonces ahora somos cinco.

—Podemos hacerlo por turnos. O jugar todos contra todos y ver quien mete más —propone Oliver.

—¿Pero quienes van a por las lisas y quienes a por las rayadas? Si todos podemos ir a por todas, los turnos van a durar más y va a ser aburrido —hace ver Noemí.

—Marc y yo rayadas, y Kyle y tú lisas. Por ejemplo —habla Anthony señalando a los presentes. Noemí asiente. Kyle gruñe por lo bajo con la asignación de parejas, pero también asiente. A Marc le importa poco, pero solo ver el entrecejo fruncido del moreno le pone una pequeña sonrisa de satisfacción—. Oliver puede ir a por las dos. No le va a dar a ninguna de todas formas —añade.

—¡Eh! —se queja. Aunque tampoco mucho porque es cierto.

De repente Anthony se levanta de un salto.

—¡Primer!

—¡Segun! —exclama Oliver.

—Jo, pues yo tercera —se resigna Noemí.

Kyle y Marc ni se molestan. No han dejado de mirarse en todo el tiempo. Con gesto despreocupado Anthony le quita el palo a Kyle, terminando sin darse cuenta la absurda lucha de miradas porque los dos se fijan en él.

Habrá jugado a esto dos o tres veces en toda su vida y sabe que va a perder, pero por lo menos dará el primer golpe que es el más divertido.

Se coloca, pasa el palo sobre la unión de su pulgar y su índice, y da un golpe muy fuerte. La bola blanca golpea todas las demás, que salen disparadas y rebotan como locas. Es solo la suerte la que mete una en el agujero.

—¡No tienes potra ni nada! —se queja Oliver.

Anthony hace como que estudia cuál sería la siguiente mejor opción, pero no tiene ni idea ni de cómo lo ha hecho ni qué va a hacer.

Golpea la blanca y el palo se le mueve.

—¡Es difícil! —se defiende. Va a pasarle el palo a Oliver, pero él ya ha cogido el otro.

—Anthz —le llama Kyle, que rodeándole la cintura se coloca tras él. Cogiendo la pálida mano, al menos al contraste con la suya, la posa en una esquina sobre el borde para no molestar a Oliver—. Se te ha movido el palo

porque has colocado mal la mano —le explica. Sus dedos separan los otros más finos, y con cuidado le levanta la palma un poco más sobre la mesa.

—Cómo, ¿así? —arruga el entrecejo. Tiene cada dedo puesto en una posición, esto es muy complicado. Cuando vuelva a ser su turno no se va a acordar.

—Sí, pero mira. Este dedo va más así. —Se ríe—. ¡Pero no lo muevas cuando te suelto la mano!

—¡No lo estoy moviendo! —refunfuña en una sonrisa.

—Anthony —le llama Marc. Él también se acerca—. La mano con la que estás sujetando el palo debería estar más atrás —dice, colocando la suya encima para dirigirla—. Y tampoco tienes que agarrarlo con tanta fuerza.

—Mira, Anthz —le llama Kyle, palmeando con suavidad su cadera—. Este dedo no tienes que ponerlo así, si no así.

—El golpe tiene que ser fluido, directo —le explica su hermano, que le coloca la mano en el hombro. Lo atrae sutilmente.

—Levanta más el pulgar, Anthz.

—Apunta al centro de la bola.

—El palo va en este dedo.

Kyle le pone la mano en la cabeza para llamar su atención, Marc le acerca del hombro.

—Erh... —Con Kyle a la derecha y Marc a su izquierda, Anthony, incómodo, no sabe a dónde mirar. Se está agobiando.

Los dos están muy cerca, le están hablando prácticamente en el oído, y cada voz le entra por uno y se le apelo-tona en el cerebro con la del otro. Marc le atrae, Kyle le despeina los mechones, pero no sabe a qué prestar atención, ninguno de los dos le suelta ni deja de llamarle.

—Anthz, mira aquí.

Ayuda.

—Anthony, no es así.

Ayuda.

—Te toca, Kyle —habla Noemí. Tiene el palo extendido en su

dirección—. Las tuyas son las de color.

Se separa con fastidio. Le echa un vistazo a Marc antes de cogerlo. Anthony agradece mentalmente a su amiga y aprovecha para irse corriendo al lado de Ryota.

Kyle fija la vista en la mesa, estudiando la situación. Anthony ha metido una bola rayada, Noemí una lisa. Quedan seis de cada. Elige su posición, colocando la mano en una postura perfecta. Acostumbrado a jugar todos los veranos al billar que tiene su primo, este juego ya se le hace aburrido.

Sus párpados se afilan y bajo sus inclinadas cejas sus ojos brillan con determinación. Apuntan directamente a la molesta presencia que se ha colado entre sus amigos.

Anthony podrá ser muy feliz con él, pero también es un ingenuo. Demasiado bueno como para dejar sin cuidado. No importa que haya dejado de sospechar que Marc pueda ser una mala persona; porque para eso está él, que le protegerá en silencio.

Hasta que se canse de él y todo vuelva a ser como antes.

Su primer movimiento está estudiado con minucia, el golpe es rápido y conciso, la blanca golpea la naranja, que sale disparada en línea recta; se choca con la rosa y cada una sale disparada en una dirección. Entran en los agujeros de izquierda y derecha.

—Ostras —dice Noemí.

—¡Qué guay! —exclama Anthony. Kyle chista, y desvía el rostro a un lado para esconder sus mejillas que se colorean un poco.

Luego se toma su tiempo para ejecutar el siguiente movimiento. Oliver bosteza, y Noemí observa muy atenta. Quiere memorizar cada pose y movimiento para imitarlo más tarde.

Los siguientes golpes son más sencillos. Golpea una bola, entra. Da un par de pasos para alcanzar la siguiente, golpea, y entra. Cuando sus amigos han parpadeado dos veces ya solo le queda la negra.

Kyle calcula el próximo golpe. Sonriente, mira de reojo a Marc, y se sorprende cuando la expresión del chico no ha variado un ápice después de su exhibición de habilidades.

Inclina las cejas, molesto.

La última bola ha entrado en la mitad derecha, así que ahora debe colar la negra en la mitad izquierda. Como todos sus anteriores movimientos, la

ejecución es perfecta, pero sus cálculos fallan ligeramente. El golpe es demasiado suave, la bola está a punto de caer pero se queda sostenida en el aire.

Anthony recibe a Kyle con la boca abierta.

—No sabía que se te daba tan bien esto. ¡Eres genial!

Kyle se tantea los mechones traseros, ruborizado.

—No es para tanto...

Anthony pone la mano sobre la de Kyle para hablar, como si se hubiese acordado de algo muy importante y pidiese atención.

—Me he comprado el “Drash remastered” —dice, los verdes le brillan mientras miran fijamente a sus marrones.

—¿Pero no tienes todos los antiguos?

—Pero hay cosas nuevas —chista, cruzándose de brazos.

—¿Como qué?

—Pues los gráficos son diferentes, y... Eh... Puedes controlar a Dodo a veces. Creo.

—Ah bueno, entonces claro —se jacta. Se nota que Anthony es un niño mimado. Con la miserable paga que sus padres le dan él no se gastaría ni loco dinero en un juego literalmente repetido.

—¡Pues me lo había comprado para que juguemos los dos! Pero ahora te quedas sin jugar.

—Nooo, ¿por quééé...? —se lamenta de mentira.

—Eres tonto. —Le da un largo sorbo al café y le echa otro sobre de azúcar. Van cuatro o cinco—. Tus juegos siguen en mi casa.

—Anda. Me olvidé de que los había comprado. —Él no se ha pedido nada, pero ahora que le ha visto bebiendo le ha dado ganas. Le pega un sorbo al vaso de Anthony y ya está—. ¿Y me los vas a devolver, o los he perdido para siempre como mis gorros o mi sudadera de Deadpool?

Anthony eleva la barbilla con gesto digno.

—No la has perdido. Está en mi casa en alguna parte, lo que no sé es dónde.

—Uy qué mentira... Lo que pasa es que mola mil y te la quieres quedar para ti.

—¡Eso no es verdad!

—A que voy yo y la encuentro.

—Pues ven y la buscas. —Se incorpora para desafiarle, y él también. Sus ceños se fruncen, sus ojos se clavan en los contiguos.

—Pues voy para allá.

—Pues allí te espero.

Kyle se palmea las rodillas, haciendo ademán de levantarse. Anthony lo imita. Se mantienen la mirada fijamente durante largos segundos.

Luego se ríen y vuelven a sentarse bien.

—Me gustaba esa sudadera —musita, dándola ya por perdida.

Anthony le da vueltas al vaso con la cucharita.

—¿Quieres quedar mañana? —propone.

—Pues cla...

—¡Es impresionante! —exclama alguien. Le interrumpe el pensamiento.

Anthony y Kyle no lo han visto, pero en el corto tiempo que han estado hablando Marc ha metido todas sus bolas.

Como no tendría sentido de otra forma, ha procurado que la última entrase en la mitad izquierda, igual que la de Kyle. De esa forma solo tiene que empujar con delicadeza la negra, que había quedado suspendida, y...

Fin de la partida.

Los chicos no saben que decir, pensaban que esta clase de cosas solo eran capaces de hacerlas los asiáticos superdotados. Noemí se arrepiente de no haberlo grabado en vídeo.

—Cada partida vale un euro —murmura Oliver, que solo ha tocado el palo por tres segundos seguidos. Es el único que no ha metido ninguna así que le toca pagar.

—Vaya, Marc. Es increíble —le premia Anthony, que se levanta para ir con él—. Ha sido tan rápido que no lo he visto. ¿Puedes hacerlo otra vez?

—Sí, claro.

Las facciones siempre inexpresivas del azabache se curvan en una sonrisa satisfecha, porque Anthony le agarra de la manga para llamarle la atención y su voz alegre le pide que haga cosas.

Kyle aprieta los puños, porque cuando el castaño no está mirando, los azules le dedican una mirada cargada de superioridad.

Se levanta, y sin decir nada baja los escalones y se va a la barra.

—No te piques Kyle, tú también molas mil —le anima Oliver, que cree que se ha molestado por perder.

Anthony le ve irse, antes de que Noemí se lleve su atención cuando le sacude del brazo con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Ella también quiere aprender a jugar así.

Kyle, ya que sus pies han decidido llevarle hasta aquí, se sienta en una de las banquetas.

Apoya la mejilla en su puño cerrado y farfulla cosas inentendibles dándole vueltas a un servilletero. Ese prepotente solo quiere divertirse, no le importa una mierda hacer amigos ni le importa una mierda él. Si de verdad fuese como los ojos de Anthony le ven no habría ido pasando de familia en familia.

¿Por qué el no lo entiende? Si solo hay que verle las pintas, esa cara de desinterés absoluto por todo ser humano, esa estúpido...

—¿Qué va a tomar?

Levanta la cabeza asustado, pero solo es el camarero.

Echa un vistazo al panel con la lista de bebidas. El hombre le habrá confundido con alguien mayor, le suele pasar.

—¿Una... Cerveza? —pregunta, como si le estuviese pidiendo permiso. Es el tono de duda lo que hace sospechar al trabajador.

—¿Identificación?

Kyle niega con reparo, el camarero se va.

No ha venido con el propósito de consumir nada, solo necesitaba salir de ahí un momento. Gira el asiento del taburete de un pequeño impulso.

Desde aquí no puede oírles. Están todos alrededor del billar. Anthony se está riendo, parece pasárselo bien. Es verdad que hacía ya unas semanas que no salían todos juntos, echaba de menos quedar fuera del colegio. Debatir

temas absurdos, ver cómo Noemí regaña a Oliver por alguna tontería que ha dicho y que él y Anthony también entren al trapo, que Ryota los regañe a todos... Una escena perfecta y entrañable.

No hacía falta nadie más.

En algún momento tendrá que volver al billar, pero no tiene ganas. Vuelve a girarse. Ahora sí que ve apetecible una cerveza fría.

Llama al camarero con un dedo. Total, tampoco pierde nada por intentarlo.

—Perdona. Ya he encontrado mi identificación.

Sutilmente, coloca una mano sobre la barra. Al apartarla deja a la vista un billete de cinco euros nuevecito.

El camarero mira el papel, luego al chico. Su gesto serio y sus pestañas entrecerradas con desgana.

—Eso no es un carnet de identidad, es un billete de cinco euros —suspira. No se le ve muy satisfecho con este trabajo.

—Ah... Perdona. Me he confundido. —Desliza un billete de diez que coloca al lado del gris. El hombre se le queda mirando.

Se le van a salir las cejas de la frente.

—Que más da —dice. Destapa una botella que le deja delante y se lleva los billetes.

—Ah... Era para que cogieses uno u otro, no los dos —musita. Agarra con tristeza lo que es semana y media de paga. La verdad, no esperaba que funcionase.

Da un largo sorbo con lágrimas en el bolsillo.

—Kyle —le llaman a la espalda.

Anthony ocupa el taburete junto a él.

—Vas a perderte la master class de Marc —dice él. Juega a girar el asiento con el pie en la barra.

—Le está enseñando a Oliver, eso va para rato. —Su radiante sonrisa hace a Kyle desviar el rostro—. Al final mi hermano se ha integrado rápido.

—Sí, qué bien. —Él no le ve rodar los ojos.

—¿A que es buena gente? Te dije que no tenías que preocuparte.

—Muy majo.

Anthony dice otras cosas de su maravilloso hermano, pero él desconecta. Aunque supone que estará diciendo algo más o menos así:

—Mira, hemos pensado en ir a casarnos todos con Marc mañana, ¿tú quieres también? Ah, y ahora cuando salgamos del café vamos a llevarle en brazos, porque es un semidiós y no debería tocar el suelo.

—Sí —dice, porque Anthony le ha preguntado algo. O cree que era una pregunta, no sabe.

—¿Tú sabías que el solo hecho de estar en su presencia ya nos bendice con su gracia divina? ¡Alabado sea el todopoderoso Marc! ¡Alza tú también los brazos conmigo al viento, Kyle! ¡Kyle! ¡Kyle...!

Anthony le zarandea el brazo con brusquedad. Estaba bebiendo cerveza y casi se le escapa un poco.

—¡Kyle! ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí.

Anthony gruñe, pero enseguida se le pasa.

—¿Eso es con alcohol? —Comprueba con sorpresa el 5% que marca la pegatina—. ¿Pareces tan mayor que ni te piden identificación? Yo quiero una.

Kyle se separa la botella para mirarle. Recuerda con dolor los quince euros que se ha gastado y su respuesta es escueta.

—No.

Anthony suelta un largo quejido en voz baja. Kyle sonrío de medio lado.

—Sabes que no te sienta bien la cerveza —le recuerda.

—Eso solo ha sido una vez... —protesta en un murmullo.

—¿Cuántas cervezas fueron?

—No sé. Dos. O una y media, porque tú me la quitaste.

—¿Solo? —exclama Kyle.

Anthony le pega un pequeño empujón.

—¡E-es que no estoy acostumbrado! Además, no había comido, y así el alcohol actúa más, porque... Porque no sé, creo que lo he leído en alguna

parte. —Su voz se va apagando, y sonrío tontamente mientras Kyle se ríe de él.

Ve cómo sigue bebiendo. Se la va a terminar en un momento.

—No sé si te llegué a dar las gracias por cuidarme. —Se muerde el labio.

—No pasa nada.

Ambos callan, recordando lo que pasó después. Cómo Anthony se encaramó sobre su cuerpo. Cómo rompió a llorar sin un motivo aparente... Ahora tiene más sentido.

Fue por Marc.

Sus cejas se inclinan, su expresión cálida desaparece. Está concentrado en intentar controlar su molestia.

—¿De... De verdad estás bien? —le pregunta Anthony.

Kyle niega con la mano.

—Estoy bien, Anthz. Ya te lo dije antes.

—Es que, desde hace unos días... No lo sé, igual son tonterías mías. —Sonríe con apuro. No quiere insistir, pero es evidente que Kyle no está bien y quiere sacar el tema sin que se enfade con él por ser un pesado—. Creo que últimamente hablamos menos, y...

—Es desde que llegó tu hermano —apuntilla.

—¿Qué? —Estaba pensando qué decir y no le ha oído bien.

—No son tonterías tuyas, es desde que llegó tu hermano.

—Ah. Sí, es verdad. Creo que he estado distraído con las cosas en casa. Yo... Ni siquiera me di cuenta de que te gustaba tanto una chica. —Vagamente Kyle levanta el rostro. Mira a Anthony, que se pone nervioso—. ¡No estoy diciendo que quiera saber quién es, no tienes que decírmelo si no quieres! Digo que, bueno, no sabía que había alguien que te importase tanto. Yo nunca te había visto tan triste, me preocupé mucho... Todos nos preocupamos mucho.

Kyle suspira.

—Lo siento. Supongo que les debo una explicación a los demás.

Anthony desvía la mirada al escuchar eso.

Kyle se da cuenta. Las cejas de su amigo se han curvado y su mirada esquiva denota culpabilidad. Por su expresión corporal ya lo supone, pero de todas formas lo pregunta.

—¿Se lo has contado tú ya?

—Estaban muy preocupados —se apresura a decir—. Tú estabas actuando muy raro, no has hablado por el grupo en todo el finde, no has contestado a los mensajes... No querían preguntarte porque no sabían si te molestarías.

—Yo... Te lo conté a ti.

No está enfadado, ni siquiera lo considera algo especialmente importante, pero aún así, le duele. No puede creer que Anthony haya contado algo de él a los demás. Nunca lo ha hecho.

Desvía los marrones a la llamativa pared llena de fotos.

—¿Quienes lo saben?

—Pues... Todos —señala al grupo.

Kyle frunce un poco el entrecejo, preguntándose si se refiere a todos los presentes o únicamente a sus amigos. Y luego aprieta también los ojos, porque es evidente. Marc y él pasan todo el día juntos en casa, todas las noches. Si tan dispuestos están a ponerse a hacerlo en un sitio público, allí deben ser como conejos.

¿Habrán hablado de esto antes, o después de follar?

Balancea el rostro, dolido. Así que ahora además de no contarle sus cosas tampoco puede contarle a él las suyas.

—Pensaba que podía confiártelo —dice.

—Y... Y puedes confiar en mí —aclara, confuso. No pensaba que fuese para tanto, son sus amigos. Mucho más bajito, por si acaso alguien pudiese enterarse, añade—: No sé a dónde fuiste cuando saliste corriendo del parque, pero sé que no dormiste en casa esa noche y no se lo he dicho a nadie.

A Kyle le da igual elevar el tono.

—¿Excepto a tu hermano?

La pregunta le pilló por sorpresa.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—No lo sé, Anthz. No sé qué tiene que ver con nosotros. No sé por qué mierda está aquí hoy —alza la voz.

La pareja sentada al lado se ha girado a ver qué pasa.

—¿Por qué te pones así? —habla bajo, apurado por que la gente les mire—. Lo he traído para que se integre. No tiene muchos a...

—¿Así llamas a lo que estás haciendo? ¿Lo estás integrando?

Da un par carcajadas. Anthony frunce el entrecejo.

—Es mi hermano, lo estoy ayudando a hacer amigos. —Kyle carraspea—. En el colegio se junta con la pandilla esa que siempre se está metiendo con todo el mundo. A él le tratan bien, pero no me gusta que vaya con esas personas. Le he traído aquí porq...

—No es tu hermano —gruñe. Tiene el codo hincado en la barra, los ojos cerrados y se masajea la sien. Habla muy despacio—. Es un desconocido que vive en tu casa.

—¿Oye, pero qué te pasa con él?

No comprende nada. ¿Qué tiene que ver Marc con lo que estaban hablando? Kyle se ha quedado callado, pero su expresión distante y su gesto cansado le pincha el pecho como si le estuviera gritando.

—Si tienes algún problema con él a mí me lo puedes contar. Si es solo que no te fías de él, cuando vengas a casa el próximo día podemos jugar los tres juntos. Entre los juegos que trajiste había cosas chulas, podemos jugar a la Pley.

—Esa Pley solo tiene dos mandos, Anthz —suspira.

—Me compraré la Pley nueva. Y juegos multijugador.

—Los multijugador son una mierda —murmura.

—Marc no es mala persona. De verdad. Y no me importa que no compartamos sangre, porque con Annie tampoco comparto y es mi hermana, Marc es mi hermano.

«¿Si es tu hermano por qué te lo estás tirando?».

—¿Y qué soy yo para ti, Anthony?

El menor se sorprende una barbaridad. Hace años que Kyle no le llama

por su nombre completo; siempre está usando diminutivos o palabras raras para picarle.

Inclina las cejas con decisión, le coloca la mano en el hombro, y firme, responde.

—Eres mi mejor amigo.

Despacio, Kyle se aparta despreciando el gesto. Anthony recoge la mano confundido.

—Deja de decir eso, por favor. Ya no lo aguanto —sus palabras arrastradas, su voz ronca.

El corazón de Anthony se estruja.

—¿Qué dices, Kyle...?

—Yo... —Su mente no participa cuando lo dice—: No sé si puedo seguir siendo tu amigo.

Anthony no comprende nada. Es el dolor que se instaura en su pecho lo que le avisa de que esto no es una pesadilla. Solo se había acercado para ver si Kyle estaba bien. ¿Qué ha pasado? Quería saber si seguía triste por lo de esa chica, y Kyle ha metido a Marc, y luego...

—¿Todo esto es por esa chica? —inquiere, sus ojos llorosos, su mente confusa. Kyle suspira, agotado—. ¿Eso es lo que tiene que ver con mi hermano, estás enfadado con él porque a ella le gusta o algo así?

Kyle se sorprende.

—Sí, Anthz, es por —hace una pausa abrupta, una sonrisa cargada de desdicha—. Es exactamente eso.

Anthony tartamudea. Su cabeza debe ser un huracán ahora mismo. Los pensamientos le vuelan rodeados de gravilla y él va encajando las piezas.

Y estalla.

—¡Me has asustado! ¡Eres idiota, retrasado! ¡Pensé que era algo más grave que esa estúpida tontería! ¿Sabes lo preocupado que me has puesto? ¡Idiota!

En cuanto termina de gritar se da cuenta del escándalo que ha montado en un momento.

Kyle aprieta los puños bajo la barra. Debe ser cierto que es una tontería, porque no tiene ningún sentido estar aquí sentado escuchando al mismo

causante de su insomnio reprocharle que toda su reacción, que todos sus sentimientos, solo tienen por causa una soberana tontería.

Antes de que Kyle pueda abrir la boca Ryota interviene.

—Kyle. —Consigue su atención al ponerle la mano en el hombro—. Deberías olvidarte de esa chica.

Él deja de apretar los puños. Se hace un silencio incómodo. Anthony los mira a ambos, pero ninguno parece que vaya a decir algo más.

Kyle cierra los ojos y toma aire antes de bajarse del taburete.

—Lo siento —dice, con una voz tan apagada y un tono tan seco que en absoluto parece una disculpa.

Sin despedirse del resto, Kyle abre la puerta y se va. Sin más.

Anthony se queda en el asiento, incapaz de reaccionar.

—Ryota —se pronuncia en un suspiro. Sus cejas curvadas, su labio tembloroso. Su corazón late a ritmo irregular y tiene un nudo en la garganta—. Me ha llamado «Anthony».

- 21 -
Gotta go fast

Camina por la calle apresurado. Está molesto. No, más que eso. Está furioso. Furioso con Marc que no pinta nada ahí, furioso con Anthony que no se entera de nada, y sobre todo furioso consigo mismo, por ser un maldito idiota y haber estallado en la más insignificante cosa.

Con las manos conformando un puño en los bolsillos, pisa tan fuerte y camina tan rápido que la gente se le queda mirando.

—Maldito seas, Marc —masculla, y lo repite muchas veces.

Concentrado en repudiar hasta el último poro del azabache se asusta cuando el móvil le vibra en el bolsillo.

Lo saca deprisa, blasfemando a quien quiera que haya sido el que le ha hecho levantarse un palmo del suelo y casi sacarle el corazón por la boca.

Es un número desconocido. Cancela la llamada y sigue andando. Ahora ha bajado considerablemente el tono de las quejas, consciente de que la gente le está mirando. No ha dado tres pasos más cuando vuelve a sonar.

Descuelga de mala gana.

—¿Quién leches eres? —Sus ojos entrecerrados.

—¡Holaaa! —gritan al otro lado, y tiene que separarse el móvil de la oreja para no perderla.

—¿Noah? —indaga, aunque su voz aguda es inconfundible.

—¡Sorpresa! Me he comprado un móvil.

Se escucha una breve risita.

—Ah... Qué bien. —Se lleva la mano a la nuca y se peina algunos mechones—. ¿Pero cómo tienes mi número?

—Te lo cogí el otro día. ¿No te acuerdas? La selfie era para disimular.
—Se ríe audiblemente, como un malo de película, si los malos de película

tuviesen cinco años—. ¿A que soy un genio?

Kyle ladea la cabeza. Así que para eso fue el numerito. Se lo hubiese dado si lo hubiera pedido.

—¡Me habías echado de menos! —lejos de ser una pregunta suena como una afirmación que no tiene discusión posible.

Kyle sonrío. No tiene muchas ganas de hablar con nadie, pero Noah es extraño, diferente en un buen sentido. Parece de esa clase de personas que van por la vida tan aceleradas que no tienen tiempo para estar tristes.

—Claro —responde con socarronería. Noah suelta una carcajada. Solo pregunta para seguirle el juego, pero tampoco le desagrada la idea—. ¿Y tú a mí?

Noah no responde a eso, pero deja un breve espacio entre palabras cuando se lo propone:

—¿Quieres venir a mi casa?

Por vez primera desde que ha salido de la cafetería, los pies de Kyle se detienen.

No sabe cuánto tiempo ha estado andando, está en la calle comercial. Como es lunes no hay mucha gente, pero todas las tiendas están abiertas y un dulce olor a puesto de castañas se le mete por la nariz.

—¿Ahora? —pregunta con retraimiento. Está dudando de si él mismo quiere ir.

Es decir, ¿qué le está proponiendo Noah exactamente?

—Sí. —Y tras dos segundos en silencio que se alargan hasta la infinidad, añade—: Puedo enseñarte la casa. Apuesto a que nunca has visto una casa inteligente —alardea.

—¿Una casa inteligente? —Kyle sonrío, recordando una vieja película en blanco y negro que habrá visto por la tele hace muchos años—. ¿Puede hacerme los deberes? Porque si es así, puedo pasarme antes por casa y... —fanfarronea.

Está vestido, está cerca, y no quiere pensar en lo que ha pasado. No le ha confirmado la asistencia, pero se da media vuelta en dirección a su casa. A ver si la encuentra.

—¡No, bobo! No estoy en casa, pero puedo preparar, por ejemplo, un baño.

—¿Y puede hacerme la merienda?

—Sí. Bueno, si dejas un vaso de leche dentro del microondas, puedes programar para cuándo lo quieres.

—¿Ah? —Kyle levanta las cejas—. ¿Como un microondas de toda la vida, quieres decir?

—Pero yo puedo hacerlo sin estar en casa.

—¿Para qué iba a querer calentar un vaso de leche desde la calle si no me lo voy a poder tomar?

—¡Pero cuando llegas a casa ya está hecho! —defiende efusivamente.

—Genial. Con el minuto de vida que voy a ahorrar no sé si encontrar la cura contra el cáncer o restaurar la paz mundial.

—¡P-pues...! También puedo encender el aire acondicionado, o el suelo térmico, o las luces. Desde aquí.

—¿Pero por qué no lo enciendes cuando estás allí? —cuestiona pensativo—. Qué gasto de dinero y energía más tonto.

—¡Tonto eres tú!

—Y tú eres un presumido.

—¡Lo que pasa es que eres un envidioso!

—¿Envidioso yo? Tú eres un pijo.

—¡Bobo! —grita, pero su voz es tan aguda y aterciopelada que suena como un niño llamando a su oso de peluche.

—Niño rico.

Noah chista, y el tono le cambia completamente.

—¿Así es cómo nos insultáis los pobres? —suelta una carcajada altiva.

Kyle se ríe, y Noah empieza a soltar todos los insultos que conoce, pero son tan banales que hasta resulta tierno de oír.

Entonces Kyle cuelga el teléfono.

Noah lleva puesto el uniforme de su colegio y camina con la mochila a

la espalda. Está tan ensimismado en gritar al teléfono que no ha visto que Kyle está en su puerta hasta que saca las llaves y levanta la cabeza.

Tiene que reprimir un pequeño susto.

—Hola —le sonrío Kyle.

Curva las cejas cuando se da cuenta de que tiene las manos en los bolsillos y no hay rastro de su móvil, y sus mejillas se colorean y se hinchan.

Guarda el suyo y gira el rostro con soberbia al pasar por delante.

—Pues te has quedado sin merendar.

El mayor entra detrás de él con una tonta sonrisa que le dura poco. Definitivamente, este salón es más grande que toda su casa.

El suelo de la entrada tiene un desnivel que imita roca pura, o puede serlo; luego el parqué se extiende en todas direcciones. Hay un sofá que es más largo que su habitación y todo está abierto, no hay paredes. Hay otro piso arriba.

Noah se quita los zapatos y sigue hasta la cocina en calcetines. Es una costumbre que se le ha quedado de cuando estuvo viviendo en Japón, por el trabajo de su padre.

Kyle se queda atrás preguntándose si también puede hacer eso.

—¿Te vas a quedar ahí? —le insta, y él niega con apuro. Agradece a la casualidad haberle puesto hoy los dos calcetines del mismo color.

Por todas partes hay plantas que no sabría decir si son de verdad o de plástico. Tienen que ser de mentira porque mantener todo esto tiene que ser muy caro. ¿Si se pone a acariciar las hojas quedaría demasiado humilde?

Igual cuando Noah no esté mirando.

—Mira esto. —Señala una pantalla sobre la puerta del frigorífico. Tiene muchos botones y números—. Pones aquí las cosas que sueles comprar, y la nevera te avisa cuándo tienes que rellenarlo —explica con elegancia. Parece que esté tratando de venderle un producto—. La primera vez es un coñazo porque tienes que meter la lista de objetos, pero luego es mega cómodo.

Kyle le echa un vistazo. Lo ve bastante innecesario. En su casa usan papel y bolígrafo y no tiene intención alguna de complicarse. Tampoco tiene pinta de que Noah se encargue personalmente de ir al súper a rellenar la

nevera.

Noah saca un par de cosas y se pone a preparar la merienda.

—Te puedes sentar.

Kyle separa una silla con cuidado. La casa está tan impecable que le da miedo tocar o ensuciar algo en lo más mínimo.

—Te preguntarás por qué me he comprado un móvil —dice Noah. Kyle, a quien en ningún momento se le ha pasado esa cuestión por la cabeza, asiente.

Toma el producto lácteo chocolatado que Noah le tiende.

—Hoy tuve que quedarme hasta más tarde en el instituto. De vez en cuando les da por hacer misas y esas tonterías. —Sus ojos ruedan, su mano baila mientras remueve el vaso con la otra—. Es increíblemente aburrido. Normalmente suelo meterme unos auriculares por la chaqueta y me pongo a escuchar música con el IPear, pero viendo a todo el mundo con el móvil, no sé... Me acordé de ti.

—¿Porque yo también tengo móvil, como un adolescente normal? —se burla.

—No, bobo. Porque tenía ganas de hablar contigo.

Kyle se sonroja. ¿Qué contesta a eso?

Ocupa sus labios en el vaso, ralentizando todo lo que puede el beberse la leche.

—¿Te gustan los videojuegos? —pregunta Noah, que se ha fijado en el dibujo de su sudadera.

En la mente de Kyle se dibuja un high five, porque ese es un tema con el que puede extenderse horas.

—Sí, claro. Tengo todas las consolas que han salido desde que fui capaz de agarrar el mando—presume.

—Ah, bueno... Yo creo que tengo la Wee. Mi padre se la compró para hacer deporte pero no la usaba y me la dio —cuenta, y si Noah hubiese sido otra persona, Kyle habría volteado la mesa antes de largarse con un portazo por jugar así con sus sentimientos. ¡La Wee, dice! ¿Se puede considerar acaso una consola?

Pegar otro largo sorbo a su taza.

—¿Quieres jugar?

—¿No tienes otra cosa? —Tantea la mesa con los dedos.

—¡Vamos, te enseño mi cuarto! —exclama cuando termina. Corre hasta las escaleras.

Kyle le sigue mirándolo todo. Hay muchos cuadros en las paredes. Deben ser muy modernos, porque a él le parecen muy horribles.

La puerta de Noah tiene cuatro letras gigantes pegadas, una de cada color, y mogollón de estrellas esparcidas.

—¡Tachán! —clama, dando un rápido giro sobre sí mismo antes de tirarse en la cama abarrotada de cojines—. La he decorado yo.

Es doble, o un poco más grande incluso, pero él es muy pequeño ¿para qué la necesita? Al fondo hay dos puertas que dan a una terraza.

Enseguida se levanta de un salto. Se cambia la camisa y la deja engurruñada por ahí. Lo hace tan rápido que Kyle no se da cuenta.

—Yo nunca he jugado —comenta rebuscando en el armario.

—¿Tienes un baño para ti solo...?

—Claro. No voy a bajar cada vez que quiera usarlo —obvia.

Pone la Wee en el suelo. Kyle no entiende dónde piensa enchufarla hasta que conecta un cable y descubre que el enorme panel sobre el escritorio no era una pizarra.

Pone el único disco que tiene, los minijuegos cutres que venían de regalo.

Kyle, más que fijarse en el videojuego, está cautivado con la pasión con la que Noah aprieta los botones, mueve todo el cuerpo. Y siente ternura, y lástima, de la pobre criatura que cree que esto es divertido.

Entrecierra los ojos y gruñe en voz baja. El próximo día traería una de sus consolas. Tiene que enseñarle qué es un verdadero videojuego, qué es la diversión.

Practican un montón de deportes, que en la realidad deben ser bastante más complicados. Golf, tenis, béisbol... Noah se parte de risa con el minijuego de los bolos. Se entretiene haciendo posturas complicadas sobre la cama porque con un suave toque de muñeca la bola sale disparada a la

velocidad del rayo y los tira todos.

—Esto es facilísimo —se jacta.

Juegan varias veces a cada uno de los minijuegos, dan la vuelta completa y vuelven a empezar. En algún momento Noah se ha tumbado sobre las piernas de Kyle como si fuese un cojín más, y zarandea las piernas al aire y ve la televisión de medio lado, concentrado. Revolotea el mando con efusividad para hacer los movimientos. Kyle hace lo mismo sin apenas moverlo.

Cuando se han dado cuenta el cielo ya ha empezado a teñirse de naranja. Noah bufa.

Con descuido deja caer el mando sobre la cama.

—¿Te estás aburriendo? —advierte Kyle.

—Los videojuegos son aburridos.

—Si te has estado riendo todo el tiempo.

—Pero ahora me aburro —replica.

—Es que este juego es un rollo. El próximo día te voy a traer juegos de verdad. —Sonríe—. Me traeré la Zboz, que tiene un juego chulo para dos.

Noah rueda sobre él hasta quedar bocarriba. Se estira perezoso como un felino, y cuando sus ojos verdes se abren se clavan en los marrones.

—Vamos a tener sexo.

—¿Qué...?

Antes de que pueda expresar bien su sorpresa, Noah le ha pegado los labios.

Sus ojos se abren con estrépito, y como no los cierra, ve que Noah tampoco lo hace. Las pestañas del menor se afilan perfilando un par de centelleantes ojos verdes, desbordan un erotismo que debería ser impropio a su edad.

¿Qué está haciendo Noah? ¿Por qué?

Esos suaves labios pasean por una línea cerrada, los volúmenes bailan con lentitud hasta que consiguen lo quieren: los de Kyle se separan, despacio, con inseguridad. Deja a la vista una fina estrechura que emite sonido al ser abordada, porque la lengua de Noah se abre paso con decisión y se encuentra con la otra más tímida.

Noah se apropia de su boca, y el letargo le sumerge la mente. Kyle entrecierra los ojos, su cuerpo se concentra únicamente en la inconstante fusión que se vuelve más húmeda a cada momento. Solo se separan porque Noah se pone a reír.

Kyle traga saliva, desorientado. Todo esto es surrealista, más que cualquier sueño que haya tenido. Recapitula preguntándose si se ha desmayado o muerto en algún momento, porque igual no pudo apartarse del tren, o todo esto es el guion cutre de una serie y al final resulta que ha estado en coma todo el tiempo.

Eso tendría más sentido que esto.

Noah se sienta a horcajadas sobre él, sus delgados brazos le caen sobre los hombros con los dedos atados.

—¿No quieres? —pregunta con fingida inocencia—. Si ya lo hemos hecho antes.

Kyle no sabe a dónde mirar, se revuelve nervioso. Noah está sonriendo. ¿Por qué sonrío todo el rato? Pone la misma sonrisa bebiéndose un LocaCao que pidiendo sexo.

—¿No te acuerdas? —emula falsa pena.

Intenta hablar, chapurrea una inentendible palabra y media y cierra la boca para pensar primero.

—Noah... No... No sé cómo llegamos a hacerlo —Por algún motivo trata de disculparse. Se cubre el rostro con vergüenza—. Intento recordarlo y no lo entiendo, no me parece que haya sido real —murmura.

Noah se ríe, y su cálida y armoniosa risa baña la estancia. Le aparta las manos para verle el rostro.

—¿Tan bueno te pareció? —se burla. Las mejillas de Kyle se colorean tanto que puede apreciarse aún sobre su tez oscura.

—E-es que... Yo no soy así. Yo no hago esas cosas...

—Eres muy mono. —Sus brillantes dientes blancos salen a relucir. Y susurra—. Porque si te digo que quiero que me empotres en todas las superficies y posturas posibles suena un pelín precipitado, ¿no?

Kyle abre la boca, pero no sale ni aire. Mira alrededor sin saber qué hacer, como un robot escacharrado.

—¡Te estoy vacilando! —estalla Noah.

—Ah. —Suelta un par de carcajadas nerviosas—. Vale.

Los suaves dígitos le rodean el antebrazo, le escalan hasta los bíceps. Su mirada decidida le busca los ojos.

—O no. —Vuelve a impactarle los labios.

Kyle abre mucho los ojos.

¿Qué le pasa a este chico que está obsesionado con pedirle sexo? Por Dios, que la semana pasada él todavía era virgen, todo esto es demasiado. Y nunca le ha importado en especial el sexo, es Noah quien consigue que él, consigue que...

Los cierra, despacio.

Los toques se vuelven acelerados y descoordinados, sus labios se pelean y sus bocas húmedas se separan cuando necesitan tomar aire, y solo porque lo necesitan para vivir.

Noah se divierte con tanto entusiasmo.

Kyle siente el calor de la estancia intensificarse hasta niveles desmesurados. La lengua del menor aborda la suya, no le deja pensar con claridad. Y se está frotando contra él en cada beso, de forma muy sutil, pero mueve todo el cuerpo y es evidente que es a propósito. Le está acariciando el paquete en cada fricción.

A la mierda.

Le quita la camiseta e imanta las manos al fino torso. Se le marcan un poco las costillas y le resaltan las clavículas. Tiene la piel muy blanca, sus manos parecen gigantes y de un exagerado color oscuro puestas encima.

Lo aprieta furiosamente contra el propio.

—Noah —jadea.

Es curiosa la capacidad que tiene para extraviarle la cordura. Es tan suave su piel, son tan reconfortantes sus caricias. Se le olvida lo que está pensando, o lo que debería pensar.

Se aferra a sus labios con vehemencia.

Y Noah lo acoge, soporta toda su locura y todas las fuertes caricias que le aprietan los costados, pero que descienden con parsimonia. Es evidente que Kyle está intentando controlarse, y él está a punto de estallar en una carcajada en toda su cara.

Es muy extraño, porque esta mañana se había encontrado a sí mismo expectante por repetir el encuentro. ¡No por el sexo, sino por la persona concreta!

Quiere asegurarse de que esa increíble sensación del baño fue real.

Kyle le alza las caderas, lo lanza contra la cama. Noah se sorprende cuando abre los ojos y encuentra pegado al colchón, pero sonrío divertido.

A Kyle se le nota el miembro apretado en la bragueta, se le van a romper las costuras, y tiene la boca abierta y la mirada perdida. No tarda en cubrirle. Se abre hueco bajo su barbilla y le reparte besos desperdigados que le hacen cosquillas con la nariz.

—Kyle. —Se ríe, y él levanta el rostro para acudir a su llamada.

Trepa los dedos y la vista por el esculpido brazo. Le analiza con minucia el marcado pectoral que le asoma bajo la camiseta. Le fulmina los labios con la mirada, y en un pestañeo, se posa en sus ojos con firmeza. Justo entonces, Kyle se para en seco.

Noah curva las cejas con interrogación. La expresión de Kyle ha abandonado la lujuria, su semblante se ha ensombrecido de repente. Parece estar visionando un fantasma.

—Venir ha sido una mala idea —murmura.

—¿Qué pasa? Si ya hemos tenido sexo antes.

Kyle se aparta, se sienta en el borde de la cama. Sus dedos se hincan en los mechones de su flequillo. Ancla la mirada al suelo.

Noah está confuso.

—¿He hecho algo mal?

Kyle sacude la cabeza, pero no se destapa.

—Yo aún siento... Cosas, por otra persona. —Su voz hilada resulta difícil de oír. Noah se acerca gateando—. No sería justo para ti, yo no...

—Coge aire a trompicones—. Lo siento mucho, no puedo quitármelo de la cabeza...

—¿Es la misma persona que te llevó a las vías?

Asiente de forma queda, y da un sonoro respingo que hace saber que está llorando. Noah mira el techo sin saber qué decir. El tic-tac del reloj se escucha ahora perfectamente, pero está mintiendo, los segundos son más

largos.

—Está con otro, sabes —dice Kyle. Su voz suena ronca. Tiene que tomarse un momento para coger aire, y entre sollozos es complicado entenderle. Lo suelta todo de carrerilla—. Quiere a otro. Es que ni siquiera piensa en mí de esa forma, pero yo le sigo queriendo, y me duele el pecho cada vez que le veo, y no sé cómo pararlo.

Noah desvía la vista a un póster en la pared.

Nunca se le ha dado bien esto de entender los sentimientos. Son cosas tan absurdas, inexplicables y dolorosas, que prefiere ignorarlos al máximo posible. No entiende por qué la gente se complica tanto.

—Kyle, quizás no puedes tener lo que quieres. —Le posa la mano en el hombro—. Pero me puedes tener a mí. Yo seré tu medicina —dice. Kyle levanta el rostro porque supone que lo ha entendido mal, no puede estar diciendo eso. Noah se lo confirma un instante después—. Ella se está follando a otro, ¿por qué tú no?

Kyle jadea al oírlo. Furioso al recordar a Marc. Roto al pensar en Anthony. Confuso porque Noah piense que está hablando de una chica.

Se sorbe la nariz.

—Yo no creo en... El sexo sin amor.... —musita.

—No puedes no creer en él, ¡existe! —replica Noah enseguida—. Escucha, acabarán rompiendo, todas las parejas lo hacen. Puedes tomarte esto como una práctica. —Su voz aterciopelada, sus ojos ronronean por atención.

Le rodea los hombros con los brazos en un pequeño masaje, e inclina la cabeza para verle los ojos. Kyle tiene los suyos abiertos en exceso, porque juraría que esto es solo un sueño si no le apretase tan dolorosamente el pecho.

—Te haré sentir bien cuantas veces quieras... —le susurra al oído. Su tono aterciopelado le eriza los vellos.

Kyle se levanta.

—Lo siento, Noah... Cerraré la puerta al salir. —Sale de la habitación sin atreverse a mirarle.

Noah, de rodillas en la cama con el torso al descubierto, se ha quedado boquiabierto. Esta es la primera vez que un hombre le declina sexo sucio y sin compromiso.

Y Kyle ni siquiera está saliendo con alguien.

Nuestras pesadillas

Anthony forma una oquedad con las manos y el agua las hace rebosar. Se lo tira en la cara, y de un bufido apoya la frente en los baldosines de la ducha. El líquido reproduce una cascada en su espalda.

No sabe si debería disculparse. Ha repasado la conversación con Kyle decenas de veces y sigue sin entender qué ha dicho o hecho mal, por qué se ha enfadado, por qué ha dicho esa cosa horrible.

La puerta se abre y su hermano se cuelga con desapego.

—Buenos días.

El saludo del castaño es un gruñido seco.

Marc se planta en el espejo y lo abre para sacar un bote y una cuchilla. Anthony siempre se le queda mirando cuando lo hace. Primero se cubre de un gel que al echarse en la mano se ve azul, pero que al frotarlo se vuelve espumoso y blanco, y luego se desliza el metal por la cara y el pelo y el gel se esfuman.

Anthony no tiene un solo pelo de más en la cara, pero visto el rollo que parece tener que hacer eso tres o cuatro veces por semana prefiere que no le salga nunca y ahorrar ese tiempo. Para dormir más, por ejemplo.

—¿Por qué te afeitas? —le pregunta.

Marc para un momento para mirarle. Tiene media cara con espuma y la otra media ya afeitada.

—¿Quieres que me la deje? —Sus dientes relucen en una sonrisa burlona.

—No sé. Nunca te he visto con barba.

Marc niega de forma queda.

—Te pincharía al besarte —dice.

Cuando termina, Marc también entra en la ducha. Tomando al menor con suavidad se pega su espalda al pecho y le regala desde atrás un beso en la

mejilla que no hace ruido.

—¿Dormiste bien anoche? —Coge el bote de gel para lavarle la espalda. Anthony asiente de forma queda.

—Sí. No recuerdo en qué momento cerré los ojos. —Acompaña su respuesta con una pequeña sonrisa, y enseguida reanuda sus preocupaciones. Clava los ojos en el azulejo y sus dedos frotan el champú en modo automático.

Marc suspira, y le besa el hombro. Anthony está en las nubes desde ayer.

—Anoche estuviste hablando solo un buen rato —menciona de pasada. Le frota la espalda mientras espera su turno para ocupar el chorro. Anthony le echa un vistazo por encima del hombro, interrogante, y él se encoge de hombros—. No es la primera vez que lo haces. Últimamente siempre farfullas algo, pero ayer no paraste.

Recuerda al pequeño murmurando cosas inentendibles, pataleando y zarandeando las manos. Ahora que están despiertos y no tiene que lidiar con el incordio de poder recibir un manotazo lo recuerda jocoso.

La sonrisa le dura hasta que se da cuenta de que esta noche puede estar en las mismas.

—Es muy difícil entenderte —añade—. Aunque hay una frase que repites mucho. ¿Cómo era...?

—Yo no me acuerdo de nada —zanja Anthony, que se enjuaga en un pispás y sale de la ducha.

—Ah, era algo así como «los niños buenos no hacen preguntas, los niños malos van al infierno». A saber qué significa. —Marc ladea la cabeza. Cierra los ojos para que el champú no le moleste, y eleva el tono para ser oído sobre el repiqueteo del agua—. Al menos ahora entiendo de qué se queja Annie por las mañanas. Me costó coger el sueño anoche.

Cuando termina se envuelve una toalla en la cintura, y ve que Anthony se ha quedado estático en una posición fija. Su torso está inclinado y sus manos sujetan la toalla en su pelo, pero no la mueven.

Marc se la aparta.

—¿Te pasa algo? —pregunta. Logra su atención cuando le toca la cabeza.

Anthony se yergue despacio, y con los ojos bien abiertos, solo niega con la cabeza. Le está saliendo agua del lagrimal. Se le desliza por la mejilla y se camufla con las salpicaduras de la ducha.

Marc se agacha para encontrarse con los ojos verdes de frente.

—¿Por qué estas llorando, Anthony? —Con el pulgar recoge la lágrima.

Ya está acostumbrado a verle llorar, pero sus expectativas se han quedado atrás porque está llorando sin motivo aparente.

—No lo sé —niega, intentando pensar.

—¿Es por lo que has soñado?

—No lo sé... —Se le quiebra la voz.

Marc arruga el entrecejo.

Se acerca el chico al pecho y lo sumerge en un abrazo que le cubre el rostro.

—Olvídalo, solo son pesadillas.



—Buenos días. —Advierte con pena que Kyle aún no ha llegado.

Saca el libro de la próxima clase y suspira nervioso.

—Anthony —le llama Noemí. Se agacha y habla bajito. Oliver también se acerca—. ¿Alguno hablasteis con Kyle después de lo de ayer?

—Le dejé varios mensajes pero no me ha contestado ninguno —dice Oliver. Enseña la pantalla de su móvil, hay un tic azul bajo cada mensaje.

La chica curva las cejas y mira a Anthony.

—¿Por qué os peleasteis?

—Pues...

No quiere repetir las punzantes palabras que intercambiaron ayer, así que trata de resumirlo.

—No lo sé —dice. Ante la mirada insatisfecha de sus amigos, añade —: Bueno... Se molestó porque le dije que os había contado sobre esa chica

que le gustaba.

Noemí y Oliver intercambian miradas.

—Puede que le dé vergüenza que sepamos que esa chica le ha rechazado —sugiere Oliver, pero Noemí tiene sus reservas.

—Nosotros somos sus amigos, no es como si se hubiese enterado todo el mundo.

Tienen que abandonar el debate muy pronto, porque el primer y único punto del día entra por la puerta.

—Voy a hablar con él en el intercambio —susurra Anthony, y se dispersan con disimulo.

Cuando Kyle se sienta saca las cosas sin decir palabra.

Anthony se muerde el labio. No sabe si debería esperar a que sea Kyle quien hable primero, pero da igual. Se gira y camufla su preocupación saludando con efusividad.

—¡Buenos días, Kyle!

—Buenos días —responde sin mirarle. Tiene el moflete clavado en el puño y pasa con desgana las páginas del libro. Están todas pintarrajeadas por las esquinas. No hay ni un señor en blanco y negro que se haya librado de un bigote gracioso.

Cuando entra la profesora se hace el silencio en clase, y Anthony tiene que girarse hacia adelante.

Kyle le mira furtivamente, a través de un flequillo lacio que no ha tenido ganas de engominar esta mañana. Él también está triste.

La tensión que ha surgido entre ellos le oprime el corazón bajo el pecho, pero tampoco sabe muy bien cómo podría solucionarlo.

Podría disculparse con Anthony, sería muy sencillo. Volverían a estar hablando de cualquier tontería en un segundo. Pero la imagen de la noria ha quedado grabada a fuego en su retina, y cuando esos finos brazos le envuelvan en un cálido apretujón pensará que anoche estaban enlazados en Marc, y cuando Anthony llegue canturreando a clase sabrá que está feliz porque ha pasado la noche con Marc.

Rebusca en su estuche un lápiz y le dibuja unas cejas y unas gafas de sol a una señora con un botijo. Con parsimonia y los párpados cansados, pintarrajea media página.

Se ha pasado todo el fin de semana intentando borrar esa imagen y dejar de pensar en todo esto para que puedan seguir siendo amigos normales, porque conoce bien la teoría: Anthony no lo quiere. Nunca llegará a verle de esa forma, lo que tiene que hacer es olvidarse de una vez. Pero en la práctica la realidad es distinta. Anthony está con otro, y no puede soportarlo. No quiere fingir más que todo va bien. Está más que cansado.

Está harto.

Tira el lápiz contra la mesa y se cae por el borde de la pared. Se masajea la sien con los ojos apretados.

¿Acaso le molestaría menos si Marc fuese una chica? ¿O alguien con quien no comparta casa...?

No, no son esas cosas. Lo que le hace hervir la sangre es que en cuestión de unas pobres semanas un completo desconocido ha conseguido que los brazos de Anthony se entrelacen con los suyos, y que sus bocas se unan la una con la otra. Y eso es algo que él no ha conseguido en todos estos años.

Se agacha para coger el lápiz. Lo hace rodar hasta su mano con el pie.

De todas formas, esto ha sido decisión de Anthony, y Anthony está feliz con él. Como un buen mejor amigo debería ignorar sus estúpidos sentimientos y apoyarle. Anthony todavía no se ha atrevido a contárselo a nadie, debería hablar con él y decirle que él ya lo sabe. Debería decirle que está... Bien. Que puede contar con él y confiar en contarle esas... Esas cosas...

Clava la vista en el patio que se ve por la ventana, y da una entrecortada bocanada. No quiere hacer eso. No quiere fingir más.

Se está volviendo loco.

Cuando la primera hora de clase termina, él no ha pasado de la misma página. Cierra el libro y saca el siguiente.

Este día se le va a hacer insufriblemente largo.

—Kyle. —Levanta el rostro con desgana. Es Anthony quien le está llamando—. ¿Podemos hablar fuera?

Se miran el uno al otro. Los labios de Kyle son una línea recta. No tiene ganas de mantener otra conversación absurda con un Anthony que no entiende por qué actúa de esta forma distante y desconfiada cuando él es la causa.

—Iba a ir al baño —Se levanta arrastrando la silla.

—Ah. Entonces luego... Luego hablamos... —Su voz se va difuminando porque Kyle se aleja sin molestarse en escuchar la frase completa.

Con las manos en los bolsillos, camina por el pasillo mirando al frente. Unos compañeros de natación le saludan, pero no se para a hablar con ellos, les responde de lejos con un toque de cabeza. Abre la puerta del baño con el pie.

Se para delante del espejo y abre el grifo con vagancia. Lo hace exageradamente despacio, con tranquilidad. Tiene que hacer tiempo hasta que suene el timbre.

Los chicos entran y salen del baño y van cambiando, así que nadie repara en él ni en cuánto tiempo lleva parado en el mismo punto lavándose las manos una y otra vez.

Resopla, aburrido, y su flequillo se eleva un poco en el aire. Sus ojos reflejan el asco y la pereza inmensa que está sintiendo. En el próximo intercambio no sabe qué excusa va a poner.

El timbre suena, y el baño se queda vacío muy rápido. Por fin procede a secarse las manos, sin prisa. A él no le importa llegar unos minutos tarde. Lo prefiere a que el profesor se retrase y tenga que lidiar con preguntas incómodas de sus amigos.

—Kyle —le hablan desde atrás—. «Los niños buenos no hacen preguntas, los niños malos van al infierno».

Los ojos de Kyle, de espaldas a él, se abren algo más. El secamanos se apaga y se da la vuelta sin expresión.

—¿Qué con eso? —pregunta desinteresado.

—Anthony habla en sueños y dice eso. ¿Sabes tú qué significa?

Kyle se encoge de hombros. Le bordea para salir. Marc le sigue solo con los ojos.

—¿No eres tú su mejor amigo? —El adjetivo pronunciándose con recalco.

Kyle se detiene antes de alcanzar la manilla.

—Exactamente, Marc —hace énfasis en su persona. Vuelve tras sus pasos para encarar al azabache—. Yo soy su mejor amigo. ¿Quién eres tú?

—cuestiona con desdén.

Marc evita la pregunta, no ha venido a pelear.

—Lo ha estado murmurando por las noches últimamente —explica. Kyle aprieta el entrecejo. Así que han estado durmiendo juntos, obviamente. ¿De qué otra forma podría Marc haberse enterado?—. Le he preguntado, pero se ha puesto a llorar.

Los puños de Kyle se aprietan.

—Tú no tienes porqué saberlo, solo eres un desconocido.

—Estás en tu derecho de no contestarme. —Su tono es calmado y sus facciones están serias, muy distintas de las de Kyle.

Espera un poco a que se lo repiense y le dé alguna pista, pero el chico simplemente se le queda mirando. Con el ceño fruncido y los ojos afilados. Solo le falta gruñirle.

Viendo que no va a sacar nada de esta conversación, Marc suspira con cansancio. En lo que a él respecta, con esa actitud siempre a la ofensiva Kyle solo es un crío celoso porque le están robando tiempo de estar con su amigo.

Balancea el rostro.

—¿No deberías ser más amable con el hermano de tu mejor amigo?

Kyle le lanza una intensa mirada de desprecio. Tiene que contenerse para no alzar el puño, pero trata de tranquilizarse. Porque por alguna absurda razón que no comprende, a Anthony le importa este payaso.

—Tú no eres su hermano —masculla.

—Ya, bueno.

Kyle cierra los ojos.

A Marc ni siquiera le importa serlo. Claro que no le importa. Si lo fuese no podría tirárselo, ¿verdad? Baja la cabeza, porque la imagen de la noria vuelve diligente a proyectarse.

Es como si la estuviese presenciando de nuevo.

Como ve que Kyle no responde, Marc procede a largarse. Gira la manilla, pero no llega a abrir la puerta porque Kyle habla entonces muy despacio:

—Ya sé que te lo estás follando —escupe con desprecio.

Sus marrones inciden desafiantes sobre Marc. Buscan provocar a los

ojos azules que se giran para verle.

—¿En qué te influye saber eso, Marc? —fanfarronea—. ¿Por qué haces como si te preocupase? —le acusa. Está inclinado hacia delante. Su mirada clavada en la figura con desprecio—. Tú solo quieres meterle la polla.

Marc le presta un poco más de atención. Se acerca a él, y sus pies quedan a muy poca distancia.

Una enorme sonrisa se dibuja en el rostro del azabache.

—¿Anthony te gusta? —cuestiona con sorna. De forma retórica; se ha dado cuenta de ello el instante anterior a formular la pregunta—. ¿Por eso le sigues como un perro, aunque no ha tenido el más mínimo interés en ti en todos estos años?

Kyle abre los ojos hasta la demencia. Abre la boca, pero sus labios temblorosos vuelven a pegarse sin pronunciar palabras.

Marc chista, se da la vuelta y sale del baño. Menuda pérdida de tiempo todo esto. Mira el reloj del pasillo y ve que se ha pasado casi cinco minutos de la hora. Ahora tendrá que disculparse con el profesor.

Kyle reacciona. Se apresura en salir también.

—¡Marc! —brama—. Una cosa más.

Cuando Marc se gira no tiene tiempo para esquivar el puñetazo. Le golpea en la cara, tan fuerte que le tira al suelo. Formula un quejido ahogado cuando su hombro impacta con los baldosines.

—¡Tú no tendrías que estar aquí! —vocifera Kyle.

No le da tiempo para pensar porque se le sube encima. Le presiona el estómago con su peso, y con igualada complejión a Marc le es muy difícil liberarse. A duras penas se lo quita de encima, lo empuja a un lado.

Los marrones le apuñalan con menosprecio, no ha terminado de levantarse cuando Kyle vuelve a abalanzarse sobre él.

—¡No tendrías que existir!

Marc desvía el golpe con el antebrazo, le pasa rozándole la cara. Enseguida le empuja y aprovecha el espacio para levantarse.

Con los gritos los alumnos se asoman por las puertas y las ventanas de las aulas.

—No quiero pelear —manifiesta Marc, en posición de defensa.

Kyle se ríe, en su rostro queda dibujado una sonrisa amarga.

—Vale. —Encoge los hombros y eleva las manos en señal de tregua. Su sarcasmo es tan evidente que podría ser tangible, pero no tanto como su puño, que va directo a él—. ¡Entonces nada!

Marc lo frena con la palma por los pelos.

Sus manos tiemblan empujándose el uno al otro sin avanzar en ninguna dirección.

Kyle gruñe, y con su mano libre le empuja la frente al azabache. La presión hace que los zapatos de Marc se deslicen por el suelo; lo lleva hasta la pared.

—Eres patético —sisea Kyle.

—¿Has dicho algo? Estaba recordando la cara que puso «Anthz» cuando me lo follé anoche.

—¡¡Hijo de puta!! —grita con todas sus fuerzas.

El puño de Kyle le aterriza en la cara y el sabor metalizado impregna sus papilas. Se limpia con la manga y la tiñe de rojo.

—¿Por qué no te defiendes? —chilla Kyle, elevando otro puño al aire. Marc se yergue, pero ni levanta las manos ni trata de defenderse.

Kyle le agarra del cuello de la camisa.

—¡¡Pelea conmigo!!

—¿Quieres que peleemos por Anthony? —Se le ha partido el labio y le está saliendo más sangre; y aún así, su media sonrisa sale a relucir—. ¿Qué eres, un animal?

Kyle no puede soportarlo, su actitud, la forma en la que cree tenerlo todo controlado. Para Marc él no es ninguna amenaza.

Marc ya sabe que Anthony le ha escogido a él.

—Tú aquí no pintas nada... —masculla.

Marc imita su tono.

—¿Vamos a preguntárselo a él?

A la mierda.

Kyle le golpea. Una vez con la derecha, otra con la izquierda. El tercero

se queda en el aire, porque esta vez Marc sí reacciona. No era mala idea no devolver los golpes, porque así no tendría problemas con el colegio ni con Anthony, pero ya le estaba empezando a doler un poquito.

El azabache le golpea en el estómago con la rodilla, y Kyle gruñe de dolor, pero consigue mantener la posición. Le agarra la camisa con las dos manos y le presiona aún más contra la pared. Respira con dificultad porque el aire se le ha escapado de los pulmones con el rodillazo.

—¡Segers! ¡Summer! —gritan a su espalda. Para cuando se han dado cuenta, los pasillos se han llenado de gente. El profesor está delante de la marabunta de chicos curiosos y les mira sorprendido y furioso.

—Me parece... que te van a expulsar... —jadea Marc. Le cuesta mucho respirar así. Le aprieta las muñecas y ejerce presión para liberarse, pero Kyle le agarra más fuerte.

De todas formas, vuelve a sonreír.

—¡Cállate de una puta vez! —No le importa que las personas estén mirando cuando lo lanza contra el suelo. Los alumnos tienen que apartarse porque recorre un par de metros.

Kyle se le sienta encima, y Marc se cubre la cara como puede para pararle los puños, pero aún así recibe unos pocos.

—¡Desaparece! ¡Lárgate de aquí!

Marc se gira y lo empuja al suelo, y siguen peleándose ahí. Se dan manotazos mientras intentan esquivar los puños del otro; se pegan patadas y se dan empujones.

—¡Parad ahora mismo! —ordena el profesor, pero apenas se le escucha sobre el murmullo.

Se empujan el uno al otro y se separan un poco. Los dos se toman un momento para recuperar el aliento, sin quitarse la vista de encima. Se levantan muy poco a poco, parece que han parado; pero en un parpadeo Kyle le placa, se lo echa al hombro y lo levanta en el aire.

Marc intenta zafarse a patadas y golpes, pero todo pasa muy deprisa. Lo lanza contra el suelo, su espalda choca abruptamente contra las baldosas del piso y jadea sin aliento. Kyle también respira de forma errática.

—¿Qué intentas, matarme delante de todo el mundo? —se burla con dificultad. Su media sonrisa enseña los dientes, sus malditos ojos azules no se

cansan de desafiarlo.

—No me des ideas —gruñe, aunque no lo pretende en absoluto.

De hecho, no sabe qué coño está haciendo. Los alumnos les están mirando, y es él quien tiene su peso echado sobre el azabache y los nudillos manchados de sangre.

Kyle deja de presionarle, se levanta.

Se tambalea un par de pasos atrás y se limpia un hilo de sangre que le sale de la comisura, se ha mordido cuando Marc le ha pegado.

Abriéndose paso a empujones, lo primero que ve Anthony es a su hermano tirado en el suelo. Horrorizado, observa cómo intenta levantarse. Le sale sangre de la frente, y del labio, y de muchas partes. De puntillas entre la marabunta y sin alcanzar la primera fila, también ve a Kyle, en pie, a dos metros de su hermano. Sus nudillos están abiertos.

—¡Dios mío, Kyle! —grita desesperado.

Sepultado por el murmullo colectivo, Kyle no le escucha, pero cuando levanta el rostro sus marrones se fijan sin pretenderlo en la silueta que conoce tan bien. Hay muchas personas, pero no ve nada más. Solo dos ojos verdes clavados en los suyos.

Los labios de Anthony no se están moviendo, pero su expresión habla alto y claro en mitad de los cuchicheos.

—No lo sé —musita Kyle, su voz quebrada—. Yo tampoco sé qué estoy haciendo.

Agacha la cabeza, y se da la vuelta para entregarse al profesor. Irá al despacho del director y está más que probablemente expulsado. Pero eso será más soportable que mirar el rostro horrorizado de Anthony un solo segundo más.

Marc consigue recuperarse un poco, y mareado, se levanta.

—¿Ya está? —intenta recuperar el aliento. Cuando recobra la compostura extiende los brazos—. Golpéame más para que pueda cuidarme. —Su voz se ahoga en la muchedumbre. Los alumnos interpretan que Kyle está huyendo y piden más.

El profesor no sabe donde meterse, hay muchos alumnos y no le hacen ningún caso. Hay móviles grabando.

Kyle balancea la cabeza.

—Vete a la mierda —susurra.

El profesor de Educación Física acude a la pelea. Aparta a Marc llevándolo a una esquina. Otro profesor encara a Kyle y le grita muchas cosas, pero no le presta atención porque no le importa. Sus ojos se caen hasta quedarse mirando sus zapatos. Se desliza pegado a la pared hasta sentarse.

Esto no es lo que quería, nunca ha querido empezar una pelea. En su retina ha quedado la expresión de horror de Anthony, sin comprender nada, pero señalándole a él como el culpable.

Se aprieta los labios, frustrado.

Si tan solo Anthony pudiera entenderlo. Si supiera lo que le ha estado intentando decir todos estos años, y que el principal motivo por el que no se ha atrevido a dar el paso es únicamente su seguridad y el horrible miedo de perder su amistad..., no le miraría como si estuviera loco. Está cansado de llevar este peso en los hombros.

Exhausto, jura que es capaz de gritarlo aquí mismo a los cuatro vientos, que puede hinchar los pulmones hasta el máximo en este preciso instante y gritar con todas sus fuerzas para que Anthony pueda oírle bien; pero no lo hace. Ya no tendría sentido.

Anthony está saliendo con otro.

Cede, derrumbándose, cuando entiende que las palabras que tanto ha ansiado pronunciar ahora solo servirían para cavar su propia tumba, porque ¿cómo sería una amistad en la que Anthony sabe de sus sentimientos pero no puede corresponderlos? Entonces todos los abrazos cariñosos, los roces sin querer al pasarle la bebida o peinarle el pelo, o el susurrarse al oído cualquier tontería; desaparecería, porque Anthony estaría demasiado concentrado en no excederse o darle señales equívocas.

Vienen más profesores, regañan a los demás alumnos y se los llevan a las clases. El pasillo va quedándose vacío.

Kyle se cubre la cara con las manos para protegerse de los rezagados curiosos. Sus hombros se vuelven temblorosos, las lágrimas saturan sus orbes e, inevitablemente, rompe a llorar.



El silencio es sepulcral. Lo único que se escucha es el fatigoso repiqueteo del

reloj, que no se cansa de girar.

Sentados frente a la directora cada chico tiene la mirada desviada a un costado.

—¿Quién ha empezado?—pregunta por vez tercera.

Ninguno responde.

La mujer, de pelo canoso y gesto serio, se inclina en su asiento.

—Una semana de expulsión para cada uno —decreta con el índice levantado—. Y ya veremos qué más se me ocurre —añade.

Los dos chicos asienten sopesando.

—Voy a llamar a vuestros padres. No os mováis de aquí —avisa, antes de dejarlos a solas en la habitación.

Kyle se lamenta en silencio. Van a castigarlo siglos sin la consola. Al menos espera que no toquen su guitarra, porque entonces se morirá de aburrimiento estos días.

De reojo mira al azabache.

Con los codos en los reposabrazos, Marc tiene los dedos entrelazados y el gesto serio. Está mirando a la ventana, esperando igual de aburrido.

—Joder, estás horrible —se sorprende Kyle.

Marc le mira. El enfermero le ha colocado una tirita en una ceja, todo su ojo está morado y tiene un largo arañazo en el cuello. Además su moflete está hinchado y tiene el labio partido. Los daños en Kyle se reducen a un golpe en la mejilla, y sus nudillos despellejados están envueltos en una larga tira blanca.

—Eres el antes de esas fotos de cambios radicales —dice.

El azabache sonríe de mentira. Sus ojos se afinan y sus labios no se despegan. Luego vuelve a ignorarle.

—Tranquilo, se te pondrá normal en unos días —añade recostándose en la silla. Su mirada vaga por la estantería que tiene más cerca—. Lástima que no funcione igual con tu personalidad de mierda.

Marc chasquea la lengua y sus ojos se pierden en el techo. Este chico es un verdadero incordio. Él también le mira.

—Eres un amor de persona. —Sus cejas relajadas, su sonrisa impecable. Kyle chista asqueado.

Apartan el rostro, cada uno en su dirección.

La directora está tardando mucho. Lo único que quiere Kyle es salir de aquí de una vez y volver a casa. No quiere saber nada más de Marc en todo el día. O mejor, nunca más.

Suspira. En cuanto salga tendrá un millón de mensajes de su amigo preguntándole qué demonios ha pasado. ¿Y qué va a explicarle? No tiene ganas de pensar en eso. No tiene ganas de ver a Anthony ahora mismo.

Bueno, y puede que después de esto Anthony tampoco quiera verle a él. Kyle se revuelve en su asiento.

No sabe si suavizará las cosas pero, con pesar, se aclara la garganta para hablar. Pronunciar esto le cuesta la vida.

—Lo siento —dice.

Marc se sorprende un poco, pero no dice nada. No se disculpa de vuelta porque no cree que haya hecho nada que deba lamentar. Eso molesta a Kyle, pero se contiene, y respira.

No quiere iniciar otra pelea. No por él, pero sí por Anthony.

Anthony.

—¿Sabes eso que dicen de que si amas a alguien de verdad —hay distancia en sus palabras, como si tratase de recordar el dicho—, debes dejarlo ir?

Marc asiente. Le observa con su gesto inexpresivo.

—Bien. Pues creo que es una soberana gilipollez —expone. Y eleva el tono—. Si de verdad quieres a alguien, no lo dejas ir. No puedes dejarlo ir. Porque tu cuerpo, tu cabeza, tu corazón... Dejan de funcionar. —Aprieta el ceño y sacude la cabeza, furioso con el idiota al que se le ocurrió ese refrán—. ¿Quién puede vivir sabiendo que la persona a la que ama descansa cada noche en los brazos de otro? Es estúpido, es absurdo. —Su puño se aprieta sobre el brazo de la silla—. Yo no pienso renunciar a él. ¿Me has oído?

Se da cuenta de que lo ha dicho todo gritando cuando se calla y se hace el silencio.

Pega la espalda en la silla y trata de tranquilizarse.

—Yo no tengo nada en contra tuya, Kyle —extiende la palabra con

pereza—. Porque eso no es decisión tuya, ni mía.

Kyle calla, recordando el rostro de Anthony durante la pelea. Le duele una inmensidad reconocerlo, pero Marc, tiene razón. Anthony ha decidido salir con Marc. Es él quien le está haciendo daño.

Aprieta los puños con furia. Ni siquiera sabe a quién odiar, ¿a Marc, que fue el detonante de esta situación, o al propio Anthony, que tampoco parece muy afectado por haberle sustituido en su día a día?

—Se cansará de ti —sentencia. Marc lo ignora.

—Si tanto aseguras que te importa ¿por qué no me dices qué significa esa frase?

Kyle achina los ojos.

Está cansado de vivir en confusión, pero se está cuestionando una cosa nueva. Porque si Marc se ha tomado la molestia de buscarle, de seguirle hasta el baño para preguntar por Anthony, ¿será cierto que se preocupa por él?

—Escúchame bien —dice, pero no sigue hablando. No sabe si quiere hacerlo.

No obstante, la imagen de Anthony despertándose a media noche llorando, con el azabache a su lado solo incidiendo aún más en la herida con sus malditas preguntas innecesarias, le achaca y le aprieta el corazón en el pecho.

—No le preguntes. No hables de esto con él —le amenaza, y cierra los ojos.

Marc gira el cuerpo entero hacia él. Kyle coge aire, preparándose para la extensa explicación, y suspira en una mezcla de furia y cansancio.

—Todo es por su padre.

- 23 -

Die petunien sind heute morgen sehr schön

anthy
hoy

Kyle acabo de salir
Qué te ha pasado con marc??
Estás?? 14:32pm

Kyle...? 14:37pm

16:27pm nada, no te preocupes

Es por la chica esa verdad? 16:27pm

16:27pm no

Mentira!
Por qué no quieres hablar conmigo?
Qué he hecho??? 16:28pm

quieres hablar?
de que quieres hablar, anthz?
16:29pm quieres que hablemos de tu hermano?

Pero por qué metes a marc en todo?
Yo quiero hablar contigo, con mi amigo!
Quiero que vengas a casa a jugar
Que me cuentes qué te pasa 16:30pm

Puedo ir a tu casa?
Voy a tu casa 16:48pm

Tu madre me ha dicho que has salido
No sé si es verdad o quieres evitarme...
Cuando puedas hablame
O ven a casa directamente 17:06pm

Kyle... 17:37pm

—¿Kyle? ¿Qué estás haciendo aquí?

Apenas le ha dado tiempo a sacar la llave de casa cuando lo ha visto sentado en el suelo. Con la camisa del uniforme arrugada, las piernas separadas y las manos cruzadas al frente, Kyle le mira desde abajo.

—Hola. —Se levanta sin prisa.

El Sol ya está muy escondido, las farolas deben estar a punto de encenderse. Noah inclina la cabeza en señal de incompreensión, porque después de cómo huyó de él ayer no tenía esperanzas de volver a verle. Al menos no tan pronto.

Hay un pequeño silencio incómodo, hasta que Noah cae en la cuenta:

—¿Quieres pasar? —Busca en el manajo de llaves la correcta.

La sobria puerta de madera se abre sin emitir un ruido, y con un gesto de muñeca indica al mayor que pase primero. Kyle se quita los zapatos pisándoselos el uno al otro.

—¿Está tu padre? —pregunta, adelantándose para echar un vistazo.

—No, trabaja hasta tarde.

El mayor asiente con pasividad, y sube por las escaleras. Noah se apresura a seguirle.

—Pensaba que ya no querrías verme más.

Kyle camina deprisa. Cuando llega a su cuarto abre la puerta, pero se queda esperando a que el menor le alcance.

—Siento lo de ayer —se disculpa Noah. La intensa mirada de Kyle está puesta en él, y sus facciones están más serias de lo que cabría esperar en el alegre rostro—. No sé en qué estaba pensand...

—No, tú tenías razón —le interrumpe—. Pienso demasiado.

Y su mano derecha se aferra a su brazo con suavidad, instándole a entrar en la habitación. Noah no comprende. Quiere preguntar, pero Kyle le precede.

—Quiero dejar de pensar —dice.

Cuando se desabrocha la camisa y la manda al suelo, Noah se olvida de

cómo pestañear.

Las largas horas que pasa practicando deporte están presentes en su marcado abdomen, y su torso está salpicado por pequeños arañazos y heridas ya sanadas que se habrá hecho durante una práctica o un partido. Tiene algunos moratones que parecen recientes.

Noah trata de contener su sorpresa, pero cuando intenta expresar superioridad y desinterés, sus ojos se niegan a despegarse.

—Quiero tener sexo contigo, Noah —declara.

Noah tiene que dar un paso atrás, porque su respiración se agita como si acabase de recibir un certero golpe. Los ojos marrones le están mirando con decisión, y su voz ha sonado tan grave que no sabe distinguir si ha sido una petición o una exigencia. ¿Es este el mismo chico que salió corriendo ayer?

Noah sonrío.

—Genial. —Sus dientes juegan a morder su labio y sus ojos centellean con curiosidad—. En el primer cajón del escritorio.

Kyle encuentra un condón escondido bajo un puñado de folios. Observa el reluciente plástico rojo sobre su palma extendida. Luego lo aprieta en la mano. Se queda así, estático, un rato demasiado largo.

Noah frunce sus finas cejas.

—¿Kyle? —le llama, pero no le da tiempo a acercarse.

De dos largas zancadas Kyle cruza el cuarto. Le aprieta las caderas y lo eleva en el aire.

Noah enlaza las piernas en su torso para no caerse, pero no le hace falta, los brazos de Kyle le aprietan el costado y le sujetan el muslo con firmeza. La habitación se cubre del sonido que hacen sus bocas al separarse y reencontrarse. Las manos del mayor se le cuelan en las prendas y ascienden, y descienden; le dejan un reguero de calor sofocante.

Le está estrechando muy fuerte, le está palpando todo pedazo de carne que tiene al alcance. Noah no tiene idea de qué puede haberle pasado entre ayer y hoy, pero la desesperación le rebosa por cada poro. No le deja un solo segundo para recobrar la respiración.

Noah sonrío con amplitud, y Kyle gruñe sonoramente.

Está funcionando. Los molestos pensamientos y los problemas, se están difuminando. Su cerebro y su entrepierna se están colapsando ahora de otra

cosa, porque un olor dulce le impregna el olfato y una sonrisa resplandeciente le ciega la visión.

Noah.

En un amasijo de brazos y piernas, lleva el menudo cuerpo hasta la cama y se cierna sobre él. Enseguida pega sus bocas.

Noah es lo que necesita. No necesita nada más.

De todas formas, ¿qué sentido tiene ya seguir pensando? Si los dados han girado sádicamente en su contra. Ya no hay nada que pueda hacer. Su corazón se apretuja entonces en agonía, porque se pregunta, sin querer, si los brazos y piernas de Anthony estarán ahora mismo aferrándose a otro.

Jadea dolorosamente, y aprieta los párpados, y besa a Noah aún más profundamente. Se entierra en su boca, la recorre en su integridad. La saliva se desborda por la comisura del menor, que gime a cada rato.

Noah le palmea el antebrazo, le empuja torpemente el pecho para liberarse. Él se aparta de inmediato.

Noah intenta recobrar todo el aire que le falta, y abre la boca haciendo mucho ruido. Siente que sus pulmones deben ser ahora una pasa.

—¿Te estoy haciendo daño? —su pecho también sube y baja con dificultad.

—K...yle... —susurra, enterrando sus finos dedos en el despeinado cabello oscuro. Le atrae con cuidado. Le analiza a través de las pestañas—. Más...

Kyle escueta una fina sonrisa.

Se desabrocha el cinturón. Noah se relame porque la imagen aparece de pronto. El grueso miembro está ya completamente erguido. Está apuntado justo en su dirección. No tiene tiempo de seguir contemplándolo, porque luego Kyle le desnuda a él: de un fuerte tirón le saca hasta la ropa interior, le desabrocha la camisa y, paseando su mano áspera en una larga caricia, aparta los pliegues dejando a la vista unos rosados pezones.

Las finas muñecas caen sobre sus hombros dibujando un circuito cerrado. Los ojos de Noah se afilan como los de un felino, expectantes, y se cierran cuando Kyle se aproxima.

Esta vez los besos son solamente roces, diminutos toques muy pausados. Solo con el vértice de su lengua, solo caricias a porciones.

—Kyle. —Los marrones acuden diligentes—. ¿Ya no lo haces como antes? —suelta una pequeña risita.

—No quiero hacerte daño...

—No me has hecho daño. —Lo atrae de la nuca, y sus labios le rozan el lóbulo de la oreja cuando susurra—: Me has puesto mucho.

Kyle traga saliva, y le pone las manos en las caderas. Le atrae cuidadosamente hasta él, pegando ambas erecciones. La de Noah es más pequeña, pero también está más pringosa. Noah mueve su delgada cintura hacia arriba y abajo, buscando la fricción. Kyle cierra los ojos, y gime, muy bajito.

—Póntelo —le ordena Noah.

Kyle se arrodilla en el colchón. Lo saca y le da varias vueltas buscando la parte de arriba, y cuando la encuentra sujeta la punta con dos dedos como ha visto en el tutorial de TuTubo.

Lo estira, y se le escapa. Tres veces. El aro es muy apretado y el lubricante hace que se le resbalen los dedos. En el vídeo parecía mucho más fácil.

Noah le ve pelearse con el plástico. Se aguanta la risa y le aparta las manos. Es él quien lo estira. Kyle no dice nada, solo se muere de la vergüenza mientras lo hace.

Cuando termina se recuesta. Kyle va tras él dócilmente.

—¿Nunca has hecho nada con nadie? —curioseas tanteándole los mechones. Kyle niega de forma queda—. ¿Ni siquiera con la mano? ¿O con la boca? ¿Nunca te has liado con nadie? —Kyle sigue negando. Va bajando el listón, cada vez más sorprendido—. ¿Ni tocar por encima? ¿Aunque solo fuese un achuchón? ¿Habías besado antes?

—Yo... Besé a alguien. Una vez —musita. Noah se ríe audiblemente. Sus muñecas descansan laxas sobre el colchón, pero estira una de ellas para atraerle. Le besa, y susurra.

—A mí puedes hacerme todas esas cosas.

Kyle se queda contemplando esos ojos verdes en profundidad, fascinado al confirmar la impresionante similitud que porta con los de él. Son de la

idéntica ostentosa tonalidad de verde. Como dos gotas de la misma pintura.

—Ponla ya dentro, Kyle.

Obedece. Apoya el antebrazo tras la cabeza de Noah para vislumbrarle bien las facciones, se agarra el miembro y lo coloca sobre la entrada.

Presiona con mucha suavidad, y la punta se introduce prácticamente sola; la carne lo absorbe enseguida. Contempla cómo el ceño del menor se frunce y sus párpados se aprietan con fuerza por un momento. Le está hincando los dedos en la espalda.

—Aah... Métela entera...

Una vez los primeros centímetros están dentro, desliza el resto sin ceremonia, y el gemido de Noah rebasa el silencio del cuarto; sus verdes quedan muy abiertos al sentirlo enteramente dentro.

—¿Te duele...?

—¡No empieces! ¡Bobo! —Sus mejillas están coloreadas como fresas y su voz ha sonado quebrada.

—Perdona...

Al principio son suaves vaivenes. Kyle avanza hasta el fondo, se queda sin más carne que recorrer. Luego sale casi por completo. Cuando vuelve a enterrarse le arranca un delicioso gemido al pequeño.

—Dios, Noah...

Alzando una temblorosa mano, Noah le aparta los mechones para verle directamente. Aunque sus verdes están tiritando, sus cejas rubias están flechadas con enfado.

—¡Eres... muy lento...! —se queja.

—¿Quieres... que lo haga...?

—¡Hazlo duro, Kyle! —le regaña—. ¿Es que no ves porno?

Kyle jadea, atónito. Invoca una certera estocada que hace a Noah perder la compostura.

De pronto las grandes manos le aprietan con coraje las costillas, se arrodilla en la cama y le atrae. Le deja la espalda arqueada sobre el colchón.

Y embiste.

—¡Aghh! —Le ha salido un fino hilo de saliva sin querer, lo tiene atado entre la lengua y el labio.

—¿Así? —gruñe Kyle, moviendo las caderas.

Noah gime, elevando sus pezones al aire. Ahora Kyle es mucho más brusco, más descuidado, más agresivo. El pedazo de carne entra y sale de él a una velocidad cada vez más acelerada y puede sentir cómo su trasero se contrae y se expande para él; cómo sus pezones se estiran y su espalda de curva buscando el quiebre cada vez que le golpea ese puñado de nervios que se siente tan bien.

—¡Así, Kyle! —jadea ruidosamente. Se engancha al cabecero como puede para inclinar las caderas buscando el ángulo perfecto—. ¡No pares...!

Kyle bufa, afinando las penetraciones. Las acompaña de dispareas embestidas más profundas para sacar todo lo que las aterciopeladas cuerdas vocales puedan dar de sí.

Es impresionante, Noah está haciendo mucho ruido. ¿Lo hace a propósito? ¿O es él quien le está arrancando esos gemidos?

Lleva la vista hasta el punto en el que se unen sus cuerpos. Sus caderas se mueven solas, su miembro está abandonando la entrada una y otra vez, repetidamente y sin pausa. Ni siquiera tiene que controlarlo.

Las finas piernas de Noah están abiertas con descaro, su rosado miembro se bate furioso en el aire cada vez que le embiste.

Esto se siente bien, realmente bien.

Revisa sus manos por la fina y tersa piel de sus piernas. Le agarra los tobillos y se los pone en los hombros. El contacto se vuelve entonces más agudo, porque con el ángulo nuevo su pene desaparece por completo dentro de Noah. Cuando sale, le parece imposible que todo haya cabido dentro de ese minúsculo agujero, pero vuelve a hacerlo.

Es increíble. Entra todo.

Su vello oscuro queda pegado a la rosada piel, sus testículos le golpean las nalgas haciendo un sonido muy indecente, pero a Noah no le molesta. Tiene los ojos cerrados, y se zarandea hacia delante y atrás porque él lo está empujando con las penetraciones. Su pelo rubio está completamente desordenado ahora.

Lo hace entonces más rápido, más fuerte, y los gemidos de Noah aumentan de volumen.

Está haciendo muchísimo ruido. Aunque su padre no esté en casa van a oírles los vecinos. Abraza el menudo cuerpo contra el suyo y se da la vuelta

intercambiando posiciones.

Noah está un poco aturdido, pero le presiona el pecho para levantarse un poco, y luego desciende muy despacio. Gime, y sus mejillas arden como el infierno. Repite el movimiento, algo más despacio de lo que iba Kyle, pero una, y otra vez.

Gustosamente se empala hasta el fondo.

Kyle aprieta forzosamente los dientes. El calor que bulle de su entrepierna le está abrasando, y Noah va demasiado lento.

Alza las caderas, y se lleva al menor por delante. Lo eleva en el aire y deja que la gravedad se encargue de llevarle hasta el final de la carne.

Noah arquea la espalda, y se desgarran la garganta en un largo gemido cuando la agradable sensación se extiende por todos los rincones. Kyle le está penetrando muy duro, está siendo muy violento. ¿Qué demonios ha cambiado de ayer a hoy?

Da igual, porque por un momento se siente perdido, pero luego ya no puede seguir pensando. El calor llega a consumirle hasta el juicio, y tan solo puede sentir, el calor, la fricción, y la dulce vehemencia con la que Kyle mueve sus caderas.

Si Kyle es virgen no hay problema con que se corra dentro, ¿no?

El otro día le salió muchísimo. Si se corriese en él, el líquido rebosaría y gotearía por el suelo. Noah se muerde el labio con fuerza visualizando la escena, y sus gemidos se vuelven más ansiosos.

—¡K-Kyle! ¡Ah! Ahm... —se le escapa. Aprieta los dedos.

Kyle deja escapar una exhalación y los ojos de Noah se abren para él. Sus miradas se encuentran. Las orbes verdes brillan con total intensidad, y Kyle las contempla fascinado.

Cuando quiere darse cuenta, el rostro que está mirando ya no es el de Noah. A quien tiene encima es...

Sacude la cabeza, aumenta el movimiento de sus caderas, la profundidad de sus descargas. Consigue alejarlo, pero su mente ha quedado ya tocada.

Cuando pestañea Anthony le está observando desde arriba.

Aprieta los labios entonces, porque su mente le traiciona y le hace preguntarse si esta será de verdad la expresión que pone Anthony al ser embestido.

Se pregunta, cómo suenan los gemidos que escapan de su garganta

cuando es penetrado y de qué tono exacto se tiñen sus mejillas cuando su cuerpo es abordado una y otra vez sin descanso. Cómo de fuerte se aprietan sus paredes, dónde hinca las uñas cuando no es capaz de seguir soportando el placer que siente.

Y se da cuenta de que ahora ya no podrá saberlo.

Se aferra con violencia a sus nalgas, las separa de golpe. Intensifica la profundidad de las embestidas y los gemidos se hacen más sonoros y aumentan en número.

¿Esto es lo que le gusta de Marc, esto es lo que quiere Anthony? Porque él también sabe hacerlo. Él también puede hacerle gemir. Puede follarle salvajemente hasta hacerle perder el conocimiento si eso es lo que quiere. Le follará hasta que el mundo desaparezca, porque todo dejará de tener importancia en comparación. ¡Puede follarle hasta que se olvide de que tiene un hermano o de que existe un mundo en el exterior!

Hinca los dedos en sus muslos, enarca las cejas furioso.

¡¡Él puede follarle mejor que Marc!!

Noah grita cuando alcanza su próstata, y tuerce las caderas buscando ser golpeado justo en ese punto. Sus finas manos se afianzan con fuerza alrededor de su boca. Las olas de placer le sondan y no puede controlarse. ¡Es increíble! Se está mareando, va a desmayarse. Kyle es...

—Ant...

—¡Kyle! —chilla, y sus pulmones quedan vacíos.

Kyle jadea cuando recobra el conocimiento. Este no es Anthony, es Noah. Es verdad, está en casa de Noah. Se está follando a Noah.

—¡Ahí, Kyle! —gime, y su cuello se curva hacia atrás. Se aparta el flequillo rubio de la frente. ¿Qué es...? ¿Qué es esto que le sale de los ojos...? Está llorando. ¡Es tan placentero que está llorando, increíble, es la primera vez que le pasa!

Se cubre el rostro con el antebrazo, frota las lágrimas.

—No te tapes —le pide Kyle, pero Noah, confuso, no le escucha.

Acelera la velocidad y eleva las caderas, levanta a Noah en el aire pero le presiona al mismo tiempo hacia abajo.

Sale casi por completo, para pronto enterrarse profundamente. De sus cuerdas brota un prolongado gemido ronco. Lo hace una y otra vez, cada vez

más rápido, más furioso y más certero. Las patas de la cama chirrían y el cabecero golpea la pared, pero Noah sigue cubriéndose el rostro.

Kyle jadea desesperado, su voz ronca se corta en cada vaivén.

—Por favor, déjame verte.

Le agarra las muñecas, las separa con presteza y no las suelta, para que no vuelvan a dificultarle la visión. A Noah le encanta el gesto, e inclina el rostro hacia arriba, cediendo para sentir por completo cada empuje.

Los chillidos de Noah empiezan a sonar quebrados. Está jadeando estrepitosamente mientras mueve las caderas. Se presiona a sí mismo contra el pedazo de carne, recibe las deliciosas estocadas que acometen contra su estrechez.

Entonces Kyle le agarra las mejillas, le acerca y le obliga a encararle. Noah se sonroja, de pronto le late muy deprisa el corazón: los ojos marrones están clavados en los suyos, no emiten un pestañeo.

Le posa las manos en el pecho, le devuelve la mirada con la misma intensidad sin dejar de jadear.

Anthony se relame el labio.

Anthony le pide que vaya más rápido.

Anthony le suplica que lo abrace más fuerte, y él obedece inminente la petición de su Anthony.

No hay una sola cosa que no haría por él.

Le aprieta con fuerza el trasero contra su torso, le besa profundamente. Cierra los ojos cuando la sensación le recorre el cuerpo. Su corazón se paraliza y contiene el aliento por un instante.

Un largo gemido ronco brota de las profundidades de su garganta. El espeso líquido le abandona furiosamente, las descargas son largas e intermitentes, parecen infinitas.

No puede respirar bien. No puede pensar. No puede hacer nada más que sentir.

Y Noah también lo siente. Es esa agradable sensación de nuevo, creciendo en su entrepierna para extenderse en todas direcciones.

Su semilla acaba derramada sobre el torso del mayor, y tras ella, va él.

Se quedan largos minutos en silencio. Solo tratando de recuperar la respiración. Con dificultad Noah consigue rodar a un lado.

—Ha sido... —Trata de hablar, tragando la saliva que se le atasca en la

garganta—. Increíble... —musita, y se ríe.

Kyle, con los ojos tapados con el antebrazo, se limita a asentir.

El menor rueda hasta él, dándole un inesperado beso en la mejilla. Kyle lo ve de reojo.

La intensa sonrisa de Noah solo le hace sentir peor.

—¡Ha sido increíble, otra vez nos hemos corrido al mismo tiempo! —exclama, sus orbes verdes están brillando.

—Ah, sí...

Desvía la vista, sintiéndose un miserable. No se han corrido juntos. Ni siquiera lo han hecho juntos.

Noah trepa sobre él, restregando el semen contra sus cuerpos en el proceso. Se le queda mirando desde arriba, fijamente. Kyle, sin muchas ganas, también le mira. Por fortuna el chico deja de observarle cuando le pega la cabeza en el pecho.

Kyle suspira largamente. Él también está exhausto. Hunde la cabeza en la almohada.

—Quieres... ¿Te gustaría dormir aquí? —propone Noah—. Mi padre está siempre fuera, es raro que venga entre semana.

—No puedo. Mi madre ya estará bastante enfadada. —Ante la expresión interrogante de Noah, añade—: Me han expulsado del instituto.

Carraspea al recordarlo. No tiene ganas de volver a escuchar a su padre gritándole qué coño ha pasado y en qué cojones estaba pensando; pero cuanto más tarde en volver a casa será peor.

Hace rodar al menor a para levantarse y empieza a vestirse. Las prendas están esparcidas por todas partes. ¿A dónde ha ido su calcetín derecho? ¿Y en qué momento se ha quitado los calcetines? No lo recuerda.

Noah se cubre con la sábana, enrollándose como un bollo mientras le observa.

—¿Por qué te han expulsado?

Kyle alza perezosamente la mano. A la vista quedan sus nudillos vendados. Noah, que con las prisas no se había percatado, abre los ojos con esplendor y asombro.

—Me pegué con un chico —resume. No le apetece revivir el asqueroso

día que ha tenido.

Noah le contempla vagar desnudo en busca de su ropa, con sus hombros separados y definidos, y su espalda recta y ancha. Por su cabeza pasan todo tipo de situaciones en las que es como poco, un héroe defensor de los marginados.

—Oye... Si quieres podemos vernos mañana —insiste Noah, tratando de esconder sus increíbles ganas de volver a verle.

Kyle no responde con palabras, solo emite un extraño gruñido. Ya casi se ha vestido. Se agacha con desgana para coger la camisa, que no sabe cómo ha ido a parar bajo el escritorio.

—Kyle —le llama cuando ve que ya casi está listo para irse—. ¿Tú querías que nosotros saliésemos?

Kyle parpadea despacio. ¿Qué acaba de decir? Eso no se lo esperaba. Se acerca a la cama mientras se abrocha la camisa.

—¿De verdad quieres salir conmigo?

Aunque ha sido quien ha formulado la pregunta, Noah también se lo cuestiona. Nunca deja que sus amantes duerman en casa. Primero porque en cuanto se corre se cansa de verles la cara, y segundo porque no quiere tener a ninguno de esos pesados acosándole en la puerta.

Pero, es que, este chico...

No es su increíble altura, ni su exótica piel. Ni su mirada aparentemente decidida que a veces se atonta en una expresión adorable. Ni su blanquecina sonrisa, ni la forma en la que sus caricias calientan su cuerpo, ni su gran corazón, que le hacen sentir extraño. No es nada de eso, porque es la unión de todas las cosas. Kyle porta una mezcla de adjetivos puros que jamás había pensado que pudieran darse en una persona al mismo tiempo.

Tampoco pasa nada por pedirle salir, porque el amor no existe y Noah lo sabe, no es tan tonto. Lo importante ahora es conseguir que Kyle quiera volver a verle.

—Sí que quiero. —Alza la barbilla con decisión.

Kyle titubea, solo un segundo antes de inclinarse para rozarle los labios en un casto beso. El toque es quizás demasiado largo, porque el mayor está pensando.

Cuando se separa, niega con suavidad.

—Tú sabes lo que siento —advierde.

Noah se queda petrificado cuando le ve girar el pomo y se marcha.

Le está rechazando otra vez.

A él. Al mismísimo Noah Lovelace, que no tiene más que chasquear los dedos para que le lluevan compañeros de cama.

¿Cómo es esto posible?

Y esta actitud de recelo tampoco es propia de él. No es suya la forma en la que su respiración se agita impaciente, ni el corazón que le retumba con nerviosismo bajo el pecho. El verdadero Noah sabe que hay tantos hombres en el mundo como frutas en los cocoteros, y que solo tiene que sacudir uno para que le lluevan veinte más que le persigan perdidamente, que le regalen cosas, que se desvivan por él o que le follen rudamente como Kyle... Ah, es que esa es la diferencia. Ninguno hasta ahora lo ha hecho como él.

Porque Kyle no le ha follado. Kyle le ha hecho el amor.

Con esas caricias tan suaves que le han palpado el cuerpo mientras le penetraba furiosamente. Cómo su boca se ha abalanzado sobre la propia como si hubiese estado esperando toda la vida para poder hacerlo. Cómo se ha aferrado a su cintura sin dejar de mirarle a los ojos ni por un instante.

Noah le escucha bajar los escalones. El quinto está un poco salido por el lado y hace ruido al pisarlo. Ahora va por el seis. Siete. Ocho. Ya casi está abajo.

Se tantea el labio, porque sabe que es una pésima idea. Pero aún así lo hace. Se levanta de la cama de un salto, llevándose la sábana enrollada al cuerpo.

—¡Espera, Kyle! —grita.

Kyle, que ya se está poniendo los zapatos, le ve correr en su dirección y se incorpora. Noah se queda en mitad de la escalera. Le mira fijamente.

—A mí no me importa que aún sientas algo por esa chica, porque en algún momento dejarás de hacerlo. —Está casi gritando, pero no están tan lejos. Baja un par de escalones mientras habla—. No tienes que quererme.

Kyle vuelve tras sus pasos. Le mira desde el otro lado del pasamanos. Con Noah apoyado en la barandilla, sus rostros quedan a similar altura.

—Noah, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

Noah inclina las cejas con certeza, y asiente con energía.

—Pero casi no me conoces. —Kyle le mira de hito en hito.

—Pues déjame conocerte —replica Noah inmediatamente.

—No soy una buena persona.

—No eres una mala persona.

Kyle desvía la vista hasta el suelo.

—Yo puedo hacerte sentir así por mí, lo sé —añade, esperando una contestación que está tardando en llegar—. Déjame intentarlo.

Entonces Kyle levanta el rostro. Los ojos marrones brillan con expectación, se preguntan si eso es posible.

Si pudiera sacarse a Anthony de la cabeza todo podría volver a ser como antes. Podrían seguir siendo solo amigos, porque cuando Anthony esté con Marc, él también tendrá a alguien a quien acudir... ¡Pero estaría siendo tremendamente egoísta!

Empezar una relación solo para olvidar a otro es miserable.

Ah, pero Noah ya lo sabe. Es precisamente eso lo que le está proponiendo. Noah afirma que las cosas cambiarán en un futuro si le deja intentarlo. Y si eso que profesa poder hacerle sentir se vuelve real y acaban en una relación en la que ambos sienten amor por el otro, ¿dónde está el problema?

¿Tan egoísta sería pedirle a Noah que le enseñe a olvidar?

—¿Estás seguro, Noah?

—Lo estoy —asiente con convicción.

Kyle aprieta el entrecejo, y suelta un ínfimo suspiro que acompaña una mínima sonrisa. Le recoloca la sábana, cubriéndole el hombro en un suave gesto que cautiva a Noah.

—Noah —se aclara la voz. ¿Pero esto va en serio? ¿Va a hacerlo? Esto no tiene pies ni cabeza. Obviamente tiene que... Vaya. Sus labios ya se están moviendo—. ¿Quieres salir conmigo?

La enorme sonrisa que inunda el rostro del menor es suficiente respuesta.

El lobo y la liebre

«...la historia que yo sé, que su madre sabe... Solo Anthony sabe lo que pasó en realidad, o cuantas veces, pero parece que su cerebro lo ha borrado para protegerse. De vez en cuando sigue teniendo pesadillas, y esa frase que has dicho antes... la repite siempre. Si de verdad te importa, por poco que sea... por favor, nunca le hables de ello».

El azabache observa el sofá desde la escalera. Su hermano lleva ahí sentado, en completo silencio, desde que han terminado de cenar, y también antes de eso. Desde que llegó a casa del colegio con los pies arrastrados y los labios pegados.

Tiene la tele encendida, pero no la está viendo. Su mirada está enfocada en el móvil que sujeta entre las manos, esperando por encontrarle una razón al sinsentido en que se ha convertido este día.

Marc baja por la escalera, sus dedos descienden con parsimonia por el brillante pasamanos de madera. Se pone delante suya, en pie. Le tapa la televisión.

—Hola. —Su tono amable—. ¿Me puedo sentar?

Anthony eleva los hombros y los deja caer con desgana. No desvía la vista cuando él se sienta a su lado.

Marc apoya los codos en las piernas y entrelaza los dedos al frente. Él también se queda mirando el dispositivo que Anthony sujeta entre las manos. Sus ojos están entrecerrados con cansancio y su expresión se aparenta neutra. Por extraño que parezca en él, no ha derramado una lágrima.

Marc no sabe bien qué decir. Desde que ha salido del instituto antes de la hora con un certificado de expulsión en la mano, no han intercambiado palabra.

Desvía la vista a sus propios dedos cruzados, pensando en cómo afrontará su enfado, pero sin duda prefiere que Anthony le dedique cinco

minutos de gritos y reproches a seguir viéndole tirado en el sofá.

—Lo siento.

Anthony no tiene nada que decir al respecto. No mueve los labios, no mueve la cabeza. Se queda en silencio.

Su madre, desde el piso de arriba, se asoma a la barandilla y les ve por el hueco de la escalera.

Cuando la directora le llamó al trabajo se había temido lo peor; y así había sido.

Se planteó cómo debía castigar al chico que ahora es su hijo, y se quedó descolocada por completo cuando supo que su oponente en la infantil pelea había sido Kyle. Se preguntaba si había algún error, y cuando Anthony regresó a casa sin querer formular palabra, pensó que quizás, como adultos, deben ser ellos quienes solucionen sus problemas hablando.

—Buenas noches, chicos —se despide con el pijama puesto.

Marc se gira en su dirección. No sabía que el sofá resultaba tan visible desde este punto.

—Buenas noches. —La mujer esboza una mínima sonrisa.

Anthony también se despide, en un farfulto del que solo puede sacarse en claro media palabra para comprender que simplemente ha repetido lo mismo que su hermano.

A Marc le desconcierta que haya separado los labios para contestar, y sus cejas se curvan más severamente, entendiendo que la razón de que Anthony no le conteste, es él.

—Anthony... —Trata de buscar los ojos verdes, pero este tuerce el rostro al lado contrario—. Lo siento —se repite, como si existiera la posibilidad de que la vez anterior no le hubiera escuchado.

—¿Qué sientes, Marc? —habla despacio. Está cansado.

—La pelea —se apresura a responder—. La culpa ha sido mía.

Anthony suspira, y por primera vez desde que ha entrado por la puerta, suelta el móvil. Lo deja sobre la mesa, boca arriba, pero muy despacio, como si hubiese mandado a ejecutar la orden sin querer.

—No ha sido culpa tuya —zanja. Sus labios secos se separan con dificultad para soltar aire. Balancea la barbilla a ambos lados,

desentumeciéndose, y se levanta—. Me voy a la cama, estoy cansado.

Coge el móvil y da la vuelta al sofá. Marc también se levanta. Los pasos del menor son lentos y perezosos así que le alcanza enseguida.

—Anthony. —Sube tras él. En el último escalón, el chico se gira para oírle. Marc se queda en blanco cuando los ojos verdes le observan con las pestañas entrecerradas. Su expresión la conforman ahora mismo tres líneas rectas—. ¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. ¿No tienes que ir a trabajar? —Se mete en su cuarto.

De todas formas Marc le sigue.

—Hoy no. —Se sienta en la silla del escritorio.

Anthony asiente y cierra la puerta tras él. No se molesta en echarle, no quiere levantar la voz y no tiene ganas de discutir. Aparta las sábanas, se mete en la cama y apaga la luz.

—Buenas noches —decreta.

Marc se queda sentado en la silla, completamente a oscuras.

Esto no se lo esperaba, quería que le echara, que se enfadase, quiere que le grite.

Le inquieta más este incómodo silencio y la total ausencia de lágrima o enfado que cualquier cosa que pueda decirle. Anthony siempre está excesivamente alegre, o extremadamente triste, pero ahora no muestra sentimiento alguno. Igual a una máquina.

Se queda callado un largo rato, pensando si precisamente esto era lo que inquietaba tanto a Anthony cuando se conocieron, porque él tampoco es muy propenso a manifestar emociones.

En un descuido, la habitación vuelve a iluminarse. Un potente brillo nace bajo las sábanas y traspasa las mantas.

Marc suspira. Ya está revisando las notificaciones otra vez.

—Anthony —le llama. La luz se apaga enseguida.

Marc se levanta, y camina con cuidado de no tropezar con la hilera de basura que tiene acumulada.

Le zarandea lo que cree que es el hombro, y Anthony gruñe.

Marc se sienta a orillas de la cama y pega la espalda contra el cabecero.

—Kyle se enfadó porque yo dije algo sobre alguien que le gusta.

En cuanto a terminado de pronunciar la última palabra, aprieta los ojos y apoya la cabeza en la pared. Su rostro inclinado hacia arriba. Su corazón le ha escuchado decir eso, ha palpitado una sola vez furioso.

Ha conseguido por fin la atención de Anthony, que emerge de entre las sábanas para asomar solo la cabeza. Sus ojos aún se están acostumbrando a la oscuridad y su rostro está difuso, pero puede saber que le está mirando. Saca también la boca.

—¿Es...? —murmura con voz ronca. Advierte que está llorando porque se traba cada pocas sílabas—. ¿Es por esa chica que le gusta?

Marc inclina el rostro en señal de incompreensión. De qué demonios está hablando Anthony. ¿Qué chica?

Anthony no espera a ser respondido, da un sonoro respingo.

—¿Cómo es ella, Marc...? —Su tono queda hilado, sus ojos centellean con desasosiego, como un par de bombillas que justo antes de extinguirse piden un último deseo—. ¿Es guapa? —pregunta, y sus ojos se desbordan de líquido transparente. Acaba respondiéndose a sí mismo, en un murmurio que se acerca más a la afirmación que a la duda—. Debe serlo.

Marc levanta las sábanas, deja descubierto al tembloroso Anthony solo para tumbarse él también. Lo sumerge en un fuerte abrazo al que el menor se aferra. Sus sollozos se acrecientan, y él lo aprieta contra su pecho.

—Soy un mal amigo. —Gimotea. Su voz se ahoga entre los brazos de Marc—. No sé desde hace cuanto le gusta, yo no me había dado cuenta —se reprocha. Su respiración es errática—. Llevaba días actuando extraño y yo no he hecho nada, ha sido culpa mía. Tendría que haber ido a su casa, tendría que haber insistido. Soy una persona horrible.

—Anthony —lo llama, interrumpiendo sus lamentos que parecen no tener fin—. Tú eres la mejor persona que he conocido.

Anthony niega pobremente.

—No lo soy, soy horrible. Él es... Mi mejor amigo. —Un nudo le oprime el pecho. Por un momento su voz se estabiliza, pero le dura muy poco—. Siempre nos lo hemos contado todo, venía todas las tardes a jugar, hablábamos hasta las tres de la madrugada, y nos quedábamos dormidos

juntos en el receso mientras todos los demás hablaban. Él ha hecho cosas por mí... Cosas que... —Perdido en los recuerdos, sus ojos se vacían—. No sé qué ha podido cambiar tan rápido. No sé si es culpa mía, no sé qué puedo hacer ahora.

Marc le aleja un breve espacio para limpiarle las lágrimas, y Anthony abre los ojos. Los ojos verdes se vuelven más claros cubiertos de líquido.

—Es como si ya no fuésemos los mismos, pero no sé qué ha pasado —murmura, volviendo a esconderse.

El azabache calla. Se pregunta qué pensaría Kyle si pudiese escucharle, o estar aquí ahora, con el cuerpo de Anthony tembloroso y unos sollozos incomprensibles que van dedicados exclusivamente a él, y unos ojos que se desbordan de lágrimas que llevan su nombre.

Se sorprende a sí mismo descubriendo un sentimiento nuevo esta noche. Marc siente celos. No en un sentido romántico, y no de Kyle. De su relación con él.

Él no puede compartir lo que ellos han vivido juntos, ni los años que han pasado intercambiando conversaciones y momentos que ahora recordarán toda la vida.

Se encuentra envidiando, codiciando inequívocamente, una relación a la que poder atarse con lazos más fuertes que las tirantes hebras que deja el sexo. Una relación sin egoísmos, sin conveniencias; una relación endemoniadamente pura. Y se pregunta si acaso alguien como él, tan oscuro y maltrecho, podría establecer esa clase de vínculo con alguien, o si solo puede darse entre personas cándidas como Anthony.

Pasa un largo rato hasta que Anthony se tranquiliza. Se limpia la humedad de las ojeras con la esquina de la sábana.

Agradece que la luz sea escasa porque no quiere que Marc vea lo enrojecida que debe estar ahora su nariz.

—Perdona —murmura.

Marc sacude la cabeza. No hay nada que disculpar.

—Haréis las paces —dice, y Anthony se encoge de hombros. No ha parado de llorar porque ya no esté triste, ha parado porque está cansado de estarlo.

Se recuesta de lado.

—Pensarás que soy un llorica —musita ronco, y una media sonrisa se dibuja en el rostro del mayor.

—Sí, pero lo pensaba desde hace tiempo. —Se gana un pequeño golpe en el pecho, pero no duele en absoluto.

—¿Quieres dormir aquí conmigo?

Marc le mira, y asiente, así que se acomoda encima suya. Se percata de que Marc aún viste el uniforme del instituto.

—¿No te pones el pijama?

—Me da pereza ir hasta mi cuarto —dice, y como es una razón de sobrado peso, no se mueve un ápice.

—¿Qué hora es? —pregunta Anthony. Marc ladea el rostro para alcanzar a ver el reloj.

—La una de la mañana.

El castaño resopla. Mañana es día de clase, y por supuesto no ha hecho los deberes. Tampoco tiene ninguna gana de madrugar para llegar temprano a copiarlos.

—No tengo nada de sueño —se queja.

—Yo tampoco.

Con la mirada puesta en el techo, Anthony tiene la cabeza apoyada en el pecho de Marc, y se relaja escuchando los latidos de su corazón. Bombea muy despacio, calmado. Como es muy tarde no hay ruido y puede escucharlo muy bien.

—¿Quieres jugar a algo? —propone Marc.

—No tengo ganas de sexo —bufa él, que siente su cuerpo muy pesado como para ponerse a practicar actividad física. Marc se ríe.

—No es eso.

Metiendo la cabeza bajo la colcha, rebusca entre las sábanas el móvil de su hermano. Enciende la linterna y lo coloca sobre la mesita. El foco apunta al techo formando una circunferencia blanca, pálida como un folio. Anthony lo observa en silencio, no sabe qué quiere hacer.

De cara al techo Marc estira las manos hacia arriba y se entretiene en elaborar posturas complicadas con los dedos. Expuestos a la luz se vuelven

enormes y forman sombras que se proyectan en el techo. Trata de recordar la posición exacta en la que debe colocarlos, y cuando lo hace, la abstracta figura toma forma.

—¡Es un perro! —exclama Anthony en un susurro. Marc sonríe.

Moviendo dos dedos hace al animal abrir y cerrar la boca, e imita, muy bajito, el sonido de los ladridos de un perro. Al mover las manos mueve al perro, y lo pone a dar vueltas sin dejar de ladrar, como si el animal estuviese correteando por un jardín extenso.

—Te ves ridículo —le fastidia su hermano con una suave risita.

Marc dirige entonces sus manos hacia él, y ahora hace gruñidos extraños. Le acerca las manos más y más, con el animal imaginario enfadado por lo que ha dicho. Se abalanza sobre su nariz y le pellizca. Anthony se ríe de la tontería y le aparta la mano.

—Enséñame a hacerlo —dice, estirando sus dedos al aire. Los expande y los contrae viendo como la habitación se oscurece y se ilumina.

—¿Qué quieres que te enseñe a hacer?

—Mmm... ¡A Cthulhu! —declara más animado. Marc frunce el entrecejo.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—Pues a Godzilla entonces.

—Eso no se puede hacer.

—¿Y un dragón que escupa fuego?

—Pide algo normal.

—Vale, vale... —Se queda pensando, y Marc estira los brazos esperando a que diga algo—. A Supersonic Man volando entre edificios —dice.

Marc suspira.

—¡No te sabes ninguno! —protesta Anthony enseguida, pero sonríe.

Su hermano le coge las manos, y él las deja lacias mientras le coloca los dedos. Cuando se aparta, una figura se proyecta a la perfección.

—¡Es una liebre! —dice muy bajito. Marc se extraña, pregunta solo

por curiosidad.

—¿Por qué una liebre y no un conejo?

—No sé, parece más una liebre.

El azabache levanta una ceja. ¿Y cuál es la diferencia?

Marc también alza las manos. Su figura es más complicada, está utilizando las dos manos completas y cada dedo tiene una posición. Le cuesta encontrar la postura exacta, pero cuando lo hace, una imponente cabeza de lobo se refleja junto a la adorable liebre.

Marc empieza a gruñir, con su sombra contemplando la contraria. Cuando Anthony se da cuenta de sus intenciones intenta proteger su figura.

—¡No!

—¡Grrrr! ¡Te voy a comer!

—¡Abusón!

El lobo de Marc persigue a la liebre de Anthony, y esta trata de huir. Nada de lo que intentan tiene sentido, porque cruzan sus manos delante y detrás de las otras, saliéndose sin querer del círculo, superponiéndose; las figuras se deforman hasta perder su sentido.

Acaban peleándose tontamente; Anthony ha descruzado los dedos y ya no recuerda cómo se hace la figura, así que empuja los brazos de Marc para deshacer también la suya, pero él intenta resistirse; solo desiste cuando se le ocurre que es más interesante atacarle los costados con una invasión de cosquillas. Anthony se revuelve conteniendo la risa, tratando de zafarse desesperadamente del alcance de sus dedos. Cuando se han dado cuenta los dos se están riendo, quizás demasiado alto.

Marc para y le tapa la boca con la mano. Anthony tarda en recuperar la compostura. Cuando se ha callado la aparta, pero se le ha quedado puesta una sonrisa.

—No te pega nada hacer estas cosas, con lo serio que eres siempre —dice Anthony. Aunque se siente muy comfortable. Desearía que las cosas siempre fueran así.

—Me lo enseñó mi madre. —Cruza los brazos tras la cabeza.

—Tu madre debió de ser una mujer muy alegre.

Marc asiente pausadamente.

—Lo fue —afirma, y Anthony cae en la cuenta al oír la conjugación en pasado.

—Perdona... —murmura, pero él ladea la cabeza. Hace mucho tiempo ya como para que le afecte.

Marc se queda callado, reflexionando. Hace semanas que ha llegado a esta familia y ya porta el apellido Summer en su identificación personal. Se le ha pasado rápido.

No esperaba este nivel de aceptación y cariño de ninguna existencia humana a estas alturas, pero acaba de jugar a las sombras chinescas en la cama de su nuevo hermano, que, bueno, también es su amante.

Cierra los párpados, recordando los primeros días en la casa con algo de reparo. Ahora que ha visto que no son malas personas se siente como un verdadero capullo por haberles metido en el mismo saco. Claro que también llevaba en la lista unas cuantas familias de acogida que le devolvían, a lo máximo y sin una explicación al respecto, al mes de haber llegado.

Desvía la vista al chico que yace junto a él. Tiene las manos en alto y aún intenta hacer figuras con las manos, moviendo los dedos de forma aleatoria para ver si sale algo interesante. Es tan inocente. Anthony. El chico que no le rechazó cuando vio sangre en su ropa o frialdad en sus palabras, y eso que lo único que sabe de él es su lugar de trabajo.

—Anthony —le llama, pero él sigue a lo suyo, reliando los dedos. Vaya mierda no le sale ninguna cosa chula, con lo fácil que parece cuando lo hace Marc—. ¿Te gustaría saber más de mí?

Le falta tiempo para dejar de jugar. Los ojos verdes le miran con intensidad, y Marc se da cuenta de que ya no tiene escapatoria.

—No he sido siempre huérfano. —Sonríe con la obviedad. Anthony se acurruca junto a él. No puede creerse que lo haya dicho en serio, que por fin vaya a saber—. Mi madre era una mujer increíble, una Santa —explica. Sus ojos azules apuntan al techo de la habitación y a ratos a los de Anthony. Sus manos amasan con suavidad el aire, acompañando sus palabras—. Mi padre —hace una breve pausa, el sustantivo ha sido pronunciado en un efímero deje de desprecio, el resto, es un tono plano—, era un vago, un borracho y un desecho de ser humano. Gastaba tanto dinero en alcohol y drogas que mi

madre tuvo que empezar a prostituirse para poder seguir pagando la casa y comprarnos comida.

Un nudo encoge el pecho de Anthony, porque entonces los ojos de Marc se vuelven gélidos, no reflejan un sentimiento. Sigue contando la historia de una forma tan casual que no parece tener nada que ver con él. Como si le hubiese sucedido a otra persona y él solo fuese el narrador.

—Cuando mi padre se enteró las cosas se complicaron. Peleas, gritos todo el tiempo, golpes... Mi madre siguió trabajando allí porque no tenía más remedio, pero al final huimos. Creo que yo tenía siete u ocho, no me acuerdo. Nos mudamos a una habitación muy pequeña. —Sus manos se mueven con desapego, se acercan representando la pequeñez de la estancia—. Era un motel. La compartíamos con otras personas que tampoco tenían mucho dinero. Estuvimos allí... No lo sé, dos o tres años. —Ladea un poco el rostro, como disculpándose por no recordarlo bien—. Todo iba muy bien. Mi madre sonreía un montón de veces. Pero sonreír de verdad, no como cuando sonreía para hacerme sentir mejor —aclara, aunque el castaño no pueda entender la especificación ni la diferencia.

Las cejas de Anthony se curvan, sus ojos bien abiertos están fijos en las manos de su hermano, y sus labios se separan ligeramente con dolor cuando ve cómo la boca de su hermano se tuerce en una ínfima y ácida sonrisa.

—Luego mi padre nos encontró, mató a mi madre y... Se suicidó. —Parece que ya ha terminado, pero añade al recordarlo—. Ah, yo tenía diez años.

Anthony no sabe qué decir. En primer lugar, no sabe si quiera si debería decir algo. Marc sigue recordando para sí, y dice lo siguiente con desidia, como si fuese la primera vez que tiene ese pensamiento.

—No sé dónde estarán mis abuelos, nunca los he conocido.

—Y... —Anthony se aclara la voz—. ¿Y qué hiciste...?

—Pues, lo que pasó luego ya lo sabes. Me adoptaron, me devolvieron, me adoptaron. —Se encoge de hombros—. Empecé a escaparme y a trabajar en un restaurante por las noches. De forma ilegal, claro, yo era menor. El sueldo era una basura —masculla—. Pero me las arreglaba bien

solo.

—¿Y entonces conociste a La Familia? —pregunta con timidez.

—Sí, bueno, ellos me dieron el trabajo en el Trébol. —No le da mucha importancia—. Sabes, el antiguo piso de mis padres, que está en ruinas, es ahora del banco. —Sonríe con ironía—. Si hubiese tenido dieciocho me habrían dejado plantado en la calle y ya está.

—Eh... —Anthony se aclara la voz—. Entonces... ¿No has matado a nadie...?

La pregunta le pillaba totalmente desprevenido.

Sus cejas se curvan y tira una sutil carcajada.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, es que, la otra noche, en el local... —Se le tropiezan las palabras, se le relaja la lengua. Es horrible lo que está insinuando, pero de verdad quiere saber—. Cuando tú entraste salió ese chico y... ¡Yo no le creí! Es solo que, no sé... Yo te pregunto...

Marc no da crédito. Así que ha estado desde esa noche comiéndose la cabeza con el tema, o aparcándolo hasta preguntar ahora. ¿Y si es verdad que ha matado a alguien, no pensaba averiguarlo o hacer algo? Porque fácilmente podría estar mintiéndole ahora y ya está, y él le creería.

Anthony es demasiado inocente para el mundo real.

—A quien viste es a Jota —aclara sin mayor preocupación. Estaba casi seguro de que le había dicho algo aquella noche, por eso no está muy sorprendido. Aunque ya sabe lo primero que va a hacer al poner un pie en el local el próximo día—. Su misión en el universo es hacerle la vida imposible a los demás.

—Ah... Perdona, no tenía que haber preguntado...

—No te preocupes. Es normal que no te fíes de mí.

—¡No es eso! Bueno, antes no... ¡Pero ya sí!

Marc sonríe.

—¿Y cómo...? —Anthony suena ronco, inestable, lleva un rato sintiéndose horriblemente mal—. ¿Cómo puedes... Después de todo eso...?

Marc le mira. Ya sabía que se pondría a llorar como un mocoso, como siempre. En parte por eso no quería contárselo.

—No puedes dejar que los malos recuerdos se coman los buenos recuerdos. —Sus cristalinos están puestos en el techo, su tono es frío y calculado. Exhala—. Porque entonces estás perdido.

Anthony se afianza a Marc en un abrazo, y él, aunque no lo necesita, agradece el gesto. Aprieta el pequeño cuerpo contra el suyo, depositando un beso en los cabellos castaños.

—Todas esas familias con las que estuviste antes... Debieron ser todas estúpidas —asegura.

Una pequeña sonrisa se instala en Marc.

—Siento que esta vez es diferente —dice, y una cálida sensación de invade el pecho de Anthony, orgulloso.

El menor se incorpora, de rodillas, llevándose la manta hecha un gurrño a la espalda. Se seca torpemente con el antebrazo un par de lágrimas que ha derramado al escuchar la historia.

—Me alegro de que estés aquí, Marc.

Él también se incorpora, apoyando una palma sobre el colchón. Con la otra toma a Anthony de la nuca, atrayéndolo con sosiego.

—Me alegro de estar aquí —susurra, y se unen en un apacible beso.

Entonces Marc atrae a Anthony, tumbándose en la cama llevándose consigo. Ambos cierran los párpados despacio, para unir sus labios en unos tímidos y pequeños roces. Las carnosidades se humedecen con la saliva del otro, en un paciente choque que evoluciona poco a poco.

—Marc...

El azabache le contempla las facciones con quietud. Repasa con el pulgar la cercanía de sus grandes ojos, luego el contorno de sus finos labios rosados. Se queda observando los verdes que siempre están puestos en él, que le observan con fascinación como si él fuese un experto en la vida.

Sonríe abiertamente, y se aferra a sus mejillas con las dos manos plantándole un fiero beso en los labios. Quiere sentir más de esta persona que le calienta el pecho desde dentro, que hace clamar a cada poro de su ser por estar lo más cerca posible de él. Orbita a su alrededor como un crío perdido.

Anthony gime en la presión, y él se separa para dejarle respirar.

—Anthony. —Le examina con admiración—. Eres increíble.

Rodea con sus brazos a su denominado hermano menor, girando sobre él para acabar encima, y sus labios vuelven a unirse tranquilamente. Evocan un casi inaudible eco al ser despegados.

Cuando Marc abandona la pequeña boca, deja atrás a un Anthony atontado con los labios entreabiertos. Traslada los besos en una línea recta, entreteniéndose en su mullido moflete. El menor se ríe y se sonroja, y él desciende con dilación, sin prisa, por su cuello.

Le aparta un poco la camiseta al llegar hasta el final, para alcanzar su marcada clavícula. Anthony se muerde el labio inferior, aguantándose las cosquillas que le provoca la punta de su nariz al descenderle de forma armoniosa por el cuello.

Entonces una de sus grandes manos se cuela en el espacio que deja su cadera entre el colchón. Le levanta la camiseta, y Anthony alza los brazos para que la deslice hasta el final. La prenda se pierde en el suelo, y las muñecas de Anthony se quedan expuestas, lacias sobre su cabeza.

—Pensaba que no te apetecía tener sexo —susurra con voz ronca. Anthony gruñe, y le aparta el rostro. Tiene las mejillas rojas y los mofletes hinchados.

—Pues he cambiado de idea... —confiesa muy bajito.

En una caricia, y tan de perfil y descuidadamente que parece sin querer; Marc le roza un pezón con el índice, ganándose un espontáneo jadeo de Anthony. Sus azules relucen con determinación, repasándole el cuerpo solo con la yema de los dedos.

No vuelve a tocar ese punto, pero lo bordea haciendo círculos alrededor, traza en cada toque un camino nuevo. Están muy duros.

—¿Tienes frío?

Anthony niega de forma queda, y Marc sigue.

Se inclina sobre él, depositando un casto beso en su cuello, y desciende en línea recta. Va dejando toques que apenas hacen ruido. Se mete en su pectoral derecho, y avanza sin pausa hasta el endurecido botón. Lo atrapa entre los labios, y Anthony ahoga un gemido, porque Marc saca la lengua y lo saborea a su antojo. Rodea el pequeño saliente, lo recorre en una lenta

lamida hacia arriba, seguida otra en la dirección contraria. Anthony se frota las rodillas y se retuerce en el colchón.

Cuando Marc usa los dientes para apretarle con suavidad la piel sensible, ya es demasiado; todo su cuerpo se estremece.

—¿Te ha dolido? —pregunta, deteniéndose por un momento.

Anthony niega, así que él le besa el pezón, y sigue su camino. Dejando un fino hilo de saliva, desciende en vertical por su vientre. En su ombligo pega un pequeño salto. Reparte pequeños mordiscos por la zona, y sigue unos centímetros más abajo antes de detenerse.

Desde abajo, agazapado sobre su vientre, los azules le observan como un halcón que ha fijado a su presa. Los ojos verdes no son capaces de abrirse por completo. Parece aturdido.

—¿Sigo? —se burla.

Anthony suelta un adorable gruñido. Marc ladea la cabeza.

—Supongo que es un sí.

Le baja el pijama llevándose la ropa interior, dejando a la vista una carne rosada que se zarandea de forma sucinta a los lados. Anthony se tapa la cara con las manos. Marc le acaricia las piernas, y las separa. Le besa el interior de sus muslos, abriéndose un hueco hacia dentro.

Levanta la vista por curiosidad, y ve al confuso Anthony respirando nervioso, con la barbilla tan inclinada hacia atrás que no puede verle los ojos. Marc se frota los labios, humedeciéndolos un poco antes de separarlos. Anthony sabe lo que va a hacer, y contesta enseguida. Empieza a gemir de forma irregular, pero el ruido se queda en sus dientes apretados. Se tapa también con las manos, y menos mal, porque retiene por los pelos uno mucho más ruidoso; cuando Marc saca la lengua y suelta un par de lamidas en la punta.

Está saliendo mucho líquido, le invade las papilas. La otra vez sabía salado, pero ahora sabe más dulce. ¿Será por algo que ha comido? Se mete la carne en la boca, y la moldea con la lengua; reproduciendo que es un helado lo que saborea entre los labios. Da en ocasiones pequeñas succiones sin fuerza.

Anthony aprieta los ojos. Marc le está matando. Tiene que taparse también con la otra mano para acallarse, pero aún así está seguro de que sigue siendo demasiado audible. Les van a oír. Esto es muy peligroso. Les van a

oír, seguro, y él va a echar a correr hasta el infinito. Ya va haciendo los planes. Lo primero será cambiarse de país, y por supuesto de nombre. Siempre le han gustado los nombres cortos. Algo como “Max” o “Mike”, suena guay; suena a hombre rudo de programa de carpintería...

No, no le pega nada, le pillarían enseguida. Tiene que pens...

—Aaah.... —se le escapa en voz alta.

Quiere quejarse, recuperar la cordura o sus pensamientos o, al menos cambiar las tornas, sintiéndose complacido en exceso; pero le es imposible reaccionar. Marc sabe exactamente qué partes de la carne tocar, dónde y en qué momento succionar; dónde depositar un pequeño beso.

Pierde la razón, y el sentido del espacio y el tiempo.

No puede contenerlo, y aprieta las manos contra los ojos sintiéndose culpable, porque su semen comienza a salir con fuerza, y Marc no se aparta.

Acoge el espeso y blanquecino líquido entre sus labios, con los ojos entrecerrados puestos en las facciones contraídas del menor, en su boca exageradamente abierta. Anthony no hace ruido, pero solo porque se ha quedado sin aire en los pulmones.

A duras penas consigue entreabrir los párpados. Levanta la barbilla para mirar a Marc, y desde abajo, los profundos azules se posan en los verdes esmeralda. El azabache separa sus labios, liberando un miembro pegajoso que se queda unido a la comisura de sus labios por un fino y espeso hilo.

Abre entonces un poco más la boca, para dejar salir su lengua; y rodea en círculos el pegajoso hilo hasta romperlo. Parte se le queda en la boca, en un pequeño y espeso riachuelo que se desliza con lentitud por su barbilla hasta gotear en la sábana.

—Por Dios, Marc... —musita en un hilo de voz.

De forma obtusa recoge las piernas y gatea hasta él.

Marc también se sienta, los dos quedan de rodillas sobre la cama. Anthony atrapa entre sus palmas los mofletes del mayor. La sonrisa de Marc es inmensa.

—Estás loco —murmura, antes de entregarle un implacable y fiero beso en los labios que el azabache no se esperaba, pero que recibe gustoso.

Anthony hunde sus dígitos en el despeinado pelo oscuro, acercándolo para intensificar el contacto. Marc le rodea el torso con los brazos, y lo tumba en el colchón bajo su cuerpo.

Sus lenguas se entrelazan, sus manos se pasean sobre el cuerpo contiguo y lo acercan con afán al propio pretendiendo una unión imposible, porque la suya ya no puede superarse.

—Anthony —susurra, provocándole un pequeño escalofrío cuando muerde con delicadeza su lóbulo; habla con la carne entre los dientes—. Quiero follarte.

Las intensas orbes de su hermano están puestas sobre las suyas, esperando impacientes el consentimiento.

—Pues hazlo —dice, y una media sonrisa feroz que le eriza el vello toma el rostro del azabache.

Pestañea, y sin saber cómo, la camisa de Marc ya ha desaparecido. Ahora se está peleando con el cierre de su pantalón, que con un fluido movimiento también se pierde bajo la cama.

Anthony se ríe, y le frena cuando intenta abrazarle, porque quiere ser él quien se acerque. Va directo a su entrepierna y se mete el pedazo de carne en la boca. Su lengua rota con parsimonia, esmerándose por cubrir cada centímetro, en una imagen maravillosa en la que lo impúdico y el cariño se mezclan extrañamente. Empapan concienzudamente la piel, y luego se incorpora.

Marc le está mirando fijamente, sus ojos están más abiertos de lo normal. Le esquiva y se aclara la voz.

—¿Qué...? —musita. Tiene las mejillas tiernamente coloreadas.

Marc bufa, ronco y varonil. Saca un condón de la mesita, y agradece a Jesucristo, a Buda y al Marc del pasado, haber traído unos pocos a este cuarto y no tener que parar para ir al otro ahora. Lo arranca del envoltorio, lo tira por ahí, y se estira el plástico hasta el fondo en medio segundo.

Con un brusco movimiento le eleva los muslos, los pliega sujetándolos por debajo de la rodilla. Une sus pechos, y sin ceremonia previa, se desliza dentro de él.

La carne de Anthony se está adaptando a su pene, puede sentirlo en la forma en la que le deja paso, en cómo se adapta a sus formas; le apresa. Se hunde todo lo que puede, avanza hasta que las pieles chocan y ya no es posible seguir más.

El calor asfixiante trepa rápidamente hasta los pulmones del menor,

expandiéndose como una nube de vapor caliente que agita su pecho en un desenfrenado subir y bajar. La garganta le arde y su lengua se siente seca, así que despega los labios para tomar una amplia bocanada de aire, pero pronto los labios de Marc le buscan y le atrapan. Su lengua le invade sin detenerse a esperar recibir un permiso.

Cuando Marc se aparta, Anthony da una amplia bocanada, sintiendo sus pulmones vacíos; pero no le sirve de nada. Empieza a jadear de forma irregular cuando el oxígeno de la habitación se le vuelve insuficiente; porque puede sentirle enteramente dentro.

Las gélidas orbes están puestas en él, le observan con voracidad. Fríos como escarcha, no emiten un mísero pestañeo, pero sus labios abiertos evocan pequeños gemidos roncós que rompen por completo su expresión seria. Está disfrutando igual que él. Su barbilla se cae hacia atrás al comprenderlo.

—¿Te gusta? —fanfarronea, pero su respiración también es errática.

—Hmhg... —Anthony aprieta los dientes con fuerza, cuando su espalda se arquea contra su voluntad y su entrepierna palpita en la dirección del azabache. Es tan reconfortante su tacto..., y tan intimidante su mirada... De sus labios no brota más que un leve susurro—. Marc...

De inmediato acude a la llamada, le regala un casto beso en los labios, y luego desciende, para depositar otro en su pezón izquierdo. Sus labios atrapan la carne, se frotan entre sí y succionan con suavidad.

Anthony aprieta los dientes. Maldición, ¿qué le ha dado a Marc con sus pezo...?

—A-aah... —Mantiene los párpados cerrados y frunce el ceño.

Intenta contener la voz atrapándose el labio entre los dientes; pero Marc sigue jugando en su pecho, dejando muescas aquí y allá, mordiéndole sutilmente las clavículas mientras su mano caliente se cuela por el espacio que sus caderas forman entre la espalda y el colchón. Le recorre la espina dorsal, y le aprieta contra él cuando alcanza sus omóplatos.

Se mueve más despacio, pero las penetraciones se hacen más profundas.

—Me gustas mucho, Anthony... —susurra.

Anthony se siente opacado, confuso. Marc le está golpeando muy adentro, le entumece el cuerpo y los sentidos hasta volverle incapaz de

encontrar un pensamiento. Frota sus labios enrojecidos, necesitados de su contacto.

Como no le responde y tiene una extraña expresión de confusión en el rostro, Marc deja de mover las caderas, divertido. Le concede unos segundos para recobrar el conocimiento. Solo lo justo, para que pueda recordar dónde está, y su nombre, y quizás el propio.

Anthony ladea el rostro, desorientado. Las puntas de sus dedos se estiran hacia él, interrogantes.

—Marc... —le busca en un susurro. Tiene las cejas inclinadas, parece molesto—. ¿Por qué paras...?

Marc se ríe, con el rostro sonrojado hasta el extremo de su hermano y su aterciopelada voz que ahora suena tan difusa pronunciando su nombre. Incitándole a invadirle una vez más. Suplicándole por continuar el delicioso movimiento.

Pero contemplarle es más divertido.

Las piernas del menor se le cierran en la cintura, le aprietan con fuerza pareciendo buscar el quiebre, pero él permanece impassible, ignorando también a su propio miembro que palpita sepultado en la carne. Prefiere degustar un ratito más los deliciosos gemidos disconformes de Anthony, que ha comenzado a mover las caderas con abandono.

Sonríe enormemente ante la desoladora escena.

Anthony gruñe, e intenta liberarse de su nombre, pronunciarlo en voz alta para que deje de golpearle las sienes; pero las palabras se le enredan en la lengua y solo emite un jadeo ronco.

—Idiota...

Siente las profundas azules analizarle minuciosamente cada resquicio, le está estudiando con cuidado; como si tratase de memorizar cada palmo y reacción.

Marc recobra el movimiento en un instante que se le aparenta eterno. Enseguida le presiona en ese punto milagroso, y los descompasados gemidos que inútilmente trata de frenar entre dientes bañan la silenciosa estancia. Inclina la cabeza hacia atrás instintivamente, ardiendo en ese punto por el que están conectados. Su respiración es entrecortada y su mente está confusa, el ardor le trepa y se le extiende por todas partes; sacudiéndole en especial la entrepierna.

No puede contenerlo más, y su espalda se arquea hacia arriba.

Los labios del menor forman de pronto un círculo perfecto, y sus manos se aferran con desesperación al oscuro cabello, enterrando los dedos en sus mechones. Sus bocas se unen en un violento choque; sus piernas tiemblan alrededor de la cintura de Marc. Hace presión contra los labios del azabache reprimiéndose la voz, mientras el espeso líquido acaba de ser derramado entre sus cuerpos.

Sus párpados se cierran de golpe y se deja caer sobre la cama.

Marc rueda a su lado. Le busca la boca, pero Anthony está respirando muy raro, al final le da un sonoro beso en la mejilla antes de tumbarse.

Anthony gruñe dándose la vuelta. Se entierra en la almohada.

—Increíble —sopesa Marc, sonriente—. Te has corrido solo con el culito. Ha sido adorable. —Se gana un débil tortazo de Anthony en el pecho; está cansado para regañarle—. He notado que ya no te duele nada.

Busca las mantas para taparlos. Se envuelve hasta los hombros comprobando que el cuerpo del menor queda bien cubierto.

—Tú no has terminado —jadeando, habla como puede, y echa la manta hacia abajo para seguir, pero se queda tumbado recuperando el aire.

—No importa. —Sonríe, dando un profundo suspiro de satisfacción. Terminar no está mal, pero desde luego lo mejor de tener sexo con Anthony es ver sus expresiones y sus gemidos descontrolados mientras intenta silenciarse desesperadamente. Y está medio moribundo ahora, no quiere forzarle a seguir.

Esboza una fina sonrisa que enseña los dientes.

—La próxima vez ya podremos tener sexo de verdad.

—¿Hasta ahora ha sido de mentira? —pregunta risueño. Se gira hacia su hermano, que lo acoge entre los brazos—. Solo dame un momento —reivindica.

—¿Quieres seguir? —pregunta sorprendido. Anthony asiente, y él se ríe—. Pensaba que esta noche iba a poder descansar.

Su corazón apenas se ha estabilizado cuando los labios del menor se abalanzan contra los suyos.

Marc lo recibe gustosamente cuando le trepa el cuerpo para mirarle desde arriba. Sus manos se buscan.

—Marc... —musita humedeciéndose los labios.

El azabache suspira aceptando su derrota, porque es incapaz de negarle la más insignificante petición a esos profundos ojos verdes y esa tenue voz que susurra en su oído, suplicando por una vez más.

Maldita mariposa de los huevos

¿Sabes una cosa, Anthz?

Recuerdo perfectamente el día que nos conocimos.

Te vi en el parque, y te reconocí porque te había visto antes, llorando con la profesora cada vez que tu madre te dejaba en clase. Por aquella época eras un llorica... ¡Y en eso no has cambiado mucho! Lo que no recuerdo es por qué me acerqué a ti aquel día. Supongo que simplemente me parecía interesante lo que estabas haciendo. Habías construido un pequeño castillo con arena y agua. Habías usado una hoja caída como bandera y palmeabas la arena muy satisfecho. No fue hasta que puse los pies en el arenero y mi sombra tapó tu construcción que te giraste para mirarme, creo que no me habías oído llegar. Recuerdo saludarte, y que tú me saludaste de vuelta, y... Y supongo que, así de fácil, y así de simple, empezó todo.

De eso han pasado ya casi... Catorce años.

—Catorce años —musita.

Uf. Me ha dado un poco la bajona de repente.

Como vivimos tan cerca ir a tu casa después del colegio se convirtió en un hábito. No sé en qué momento nos hicimos tan amigos, solo sé que en clase yo me pasaba el día sacando punta en la papelera, porque tu mesa estaba justo al lado y así hablábamos todo el rato; y si me regañaba la profesora y tenía que sentarme, pasábamos a tirarnos bolitas con mensajes.

Me gustaría poder preguntarte si tú también te acuerdas de esas cosas, pero no lo hago.

—¡Coño! —exclama, a punto de caerse al suelo.

Maldita sea, por este barrio de noche no se ve una mierda.

Ahora no me acuerdo de lo que estaba pensando... ah. ¡Ah! ¿Te acuerdas

de que yo creía que si a una chica le rozaba la barriga una paloma se quedaba embarazada, y que de ahí venían los bebés? Lo sé. ¿Qué clase de idiota puede creer eso? Bueno, y tú me pedías que me quedase fuera en la puerta cuando ibas baño, porque tu madre te había dicho que Papá Noel te vigila todo el año y tenías miedo de que entrase por la ventana mientras estabas indefenso en la taza.

El tiempo ha pasado volando, y apenas recuerdo un par de excursiones. Los veranos llenos de días en tú piscina. Los walkie-talkie que te regalaron cuando cumpliste diez. Me regalaste a mí la pareja, no te lo pensaste ni un segundo. Y también teníamos diez cuando...

Pasó eso.

Tú estabas tumbado en el sofá, aporreando el mando de la consola como si eso fuese a compensar que eras un completo paquete. Te habías arremolinado entre los cojines, de lado para ver la tele de tu salón, pero como ibas perdiendo me golpeabas el hombro con el pie intentando desconcentrarme. Me llamabas tramposo, pero solo conseguías que me riera más alto. Entonces te incorporaste solo para tirarte encima mía, imitando una de esas técnicas de lucha libre que veíamos por la tele. Te sentaste sobre mi para aferrarte a mis hombros como si no hubiese un mañana, y trataste de taparme la visión poniendo tu cabeza en medio, y eso...

Maldición, eso sí que lo recuerdo con exactitud, Anthz. Como si aún estuvieras encima mía.

Me pregunto si, si tus ojos hubiesen sido menos brillantes, o menos verdes, o tu sonrisa menos cincelada y resplandeciente; no lo hubiese hecho, porque en aquel momento no supe en qué centrar mi sorpresa: si en mi boca, que se movió sin mi consentimiento para abalanzarse contra la tuya, o en ti, que no trataste de esquivarme.

Cierro los ojos, y pienso en aquel momento, y se vuelve tangible como si ahora mismo estuviese sucediendo. Me he aferrado a esa memoria por años, Anthz. A esa increíble sensación. Con tus pequeños labios acariciando los míos, la forma en la que nos unimos por un momento, la manera en la que mis labios bailaron sobre los tuyos. Cronometrados al milímetro por un segundo que se me hizo demasiado corto.

¿Y esa cara que pusiste al separarnos? Dios, todavía no he vuelto a verte esa cara de sorpresa nunca más.

Quizás debería haber esperado para escucharte antes de salir corriendo

como un idiota muerto de la vergüenza, porque yo... Te quiero, Anthz. Ese solo fue el momento en el que me di cuenta. Y lo siento; y siento que todas las palabras que pudiera pronunciar a modo de disculpa nunca bastarán para compensar lo que desencadené. Porque fue mi culpa, Anthz. Fue mi culpa ser tan descuidado. Todas las noches sigo maldiciendo que la casualidad pusiera un tercer espectador en aquel momento que debió haber sido puro, atesorado. Solo nuestro.

Lo siento, Anthz... Lo siento... Lo siento...

—Lo siento... —Se seca las lágrimas con el antebrazo.

Fue en el funeral cuando tu madre me lo contó todo. Los moratones, los insultos. Que tu padre se había vuelto violento porque no quería tener un hijo «maricón» y que no habías dejado de hablarme porque tú quisieras. Me contó que ella lo descubrió una noche, y aquella misma fue la última, pero que no podía saber cuántas veces tu padre había... —Un nudo le oprime la garganta, es incapaz de seguir siquiera pensando.

Fue insoportable tener que aguantar a los adultos hablando bien de él, diciendo que era un gran hombre que había luchado por su patria, que era una gran pérdida; que era una ironía que después de tantos años de servicio se lo llevase un accidente de coche, que era un hombre muy cristiano y que Dios lo tendría ahora consigo... Todos los militares repetían como papagayos las mismas cosas. Tú estabas al lado de tu madre, vestido de negro. No recuerdo haberte visto llorar ese día. Te habías vuelto tan frío, tan callado. ¡Y yo creía que era por ese estúpido beso de críos, porque te había dado asco...!

Menudo imbécil.

Ellen me suplicó de rodillas que nunca te hablase de tu padre, porque parecía que tú no te acordabas, o que no comprendías bien qué había pasado. Me pidió que, por favor, volviera a ser tu amigo.

Como si necesitara que me dijeran eso para querer estar contigo.

Estaba decidido a confesarme, desde cero, nada de mencionar el beso ni ese asqueroso día; pero tenía miedo de hacerte revivir lo que pasó. Luego llegó Annie, y estabas ocupado cuidándola, luego preparabais la otra adopción... No lo sé. He ido poniendo excusas tontas para no decírtelo y el tiempo se me ha escapado entre los dedos. Apenas me he enterado ahora.

Y supongo que ya da igual.

Yo... Quiero protegerte, quiero cuidarte, quiero poder seguir estando

cerca de ti y compartir momentos contigo, y crear un montón de memorias increíbles que después recordemos tumbados en las toallas de la playa. Quiero reírme muchas más veces de ti cuando te gane a jugar y tú te enfades, y quiero que te rías mucho más de mí, siempre que quieras.

El problema es que cuando estoy contigo también quiero rozarte sin querer. Quiero recolgarme a tu espalda con la excusa de saludarte. Quiero que te apoyes en mí cuando estés borracho, y apoyarme en ti cuando yo solo no sea capaz de llegar a casa. Que bebas de mi refresco. Que me quites sin preguntar la chaqueta cuando no la llevo puesta y tú tienes frío, y luego, por la noche; dejarla en la cama porque se haya quedado con tu olor —ladea el rostro, cansado—. Si te dijera esto creo que dirías que estoy loco. Y yo también creo que es eso; que simplemente estoy mal de la cabeza.

En fin, ahora tienes a Marc para cuidarte. Él se preocupa por ti, y veo que te hace feliz. Ya no tendría ningún sentido decirte nada de todo esto que estoy pensando, así que no te lo digo.

Y ahora que lo pienso —arruga el entrecejo—, si yo no te hubiese besado aquella tarde, tu padre no nos habría visto juntos, así que no te hubiese tocado un pelo. Es posible que entonces tus padres no hubiesen tenido el sospechoso-accidente-del-que-tu-madre-salió-ilesa, y tu madre no hubiese decidido adoptar, ni a Annie, ni a Marc. Y si Marc no hubiese llegado a tu casa, yo no te habría perdido.

¿No es increíble? Efecto mariposa lo llaman.

Es mi culpa, o es gracias a mí, que ahora eres feliz.

Tira la camisa a un lado del cuarto, se deja caer en la cama y suspira profundamente antes de coger el móvil.

retrasado

hoy

hola, anthz...
estás? 1:56am

1:56am Sí

2:01am He ido a tu casa y no estabas...

perdona

las cosas que te dije en el café no las decía en serio
seguimos siendo amigos...? 2:02am

pues claro...
2:02am Estás mejor?

sí 2:03am

Yo he estado pensando
Quieres salir el finde de fiesta?
Noe, Oli, Ryo, tú y yo

2:04am Seguro que así te olvidas de esa chica

gracias anthz pero ya no hace falta
estoy saliendo con alguien 2:05am

Los ojos de Anthony se abren despacio, y sus cejas se elevan un poco cuando ha procesado la información.

Kyle no tiene nada que envidiar a los modelos de las revistas, lo raro es que no se haya echado novia antes. Tampoco le han faltado pretendientas, así que habrá estado esperando a la persona adecuada. Se alegra por él. Lo vuelve a leer.

«Estoy saliendo con alguien»

Era evidente que iba a pasar, ya lo sabía. Lleva años preparándose para que esto no le afecte.

No obstante, agradece enormemente que su hermano esté dormido en este momento, porque resultaría demasiado inconveniente tratar de explicar el motivo por el que, cuando sus pupilas terminaron de releer la frase completa por cuarta vez; sus ojos se debordaron en exceso.

Sigue las novedades en twitter

@fstonewriter

¡Deja tu review en Amazon,
por favor, me ayudaría mucho!